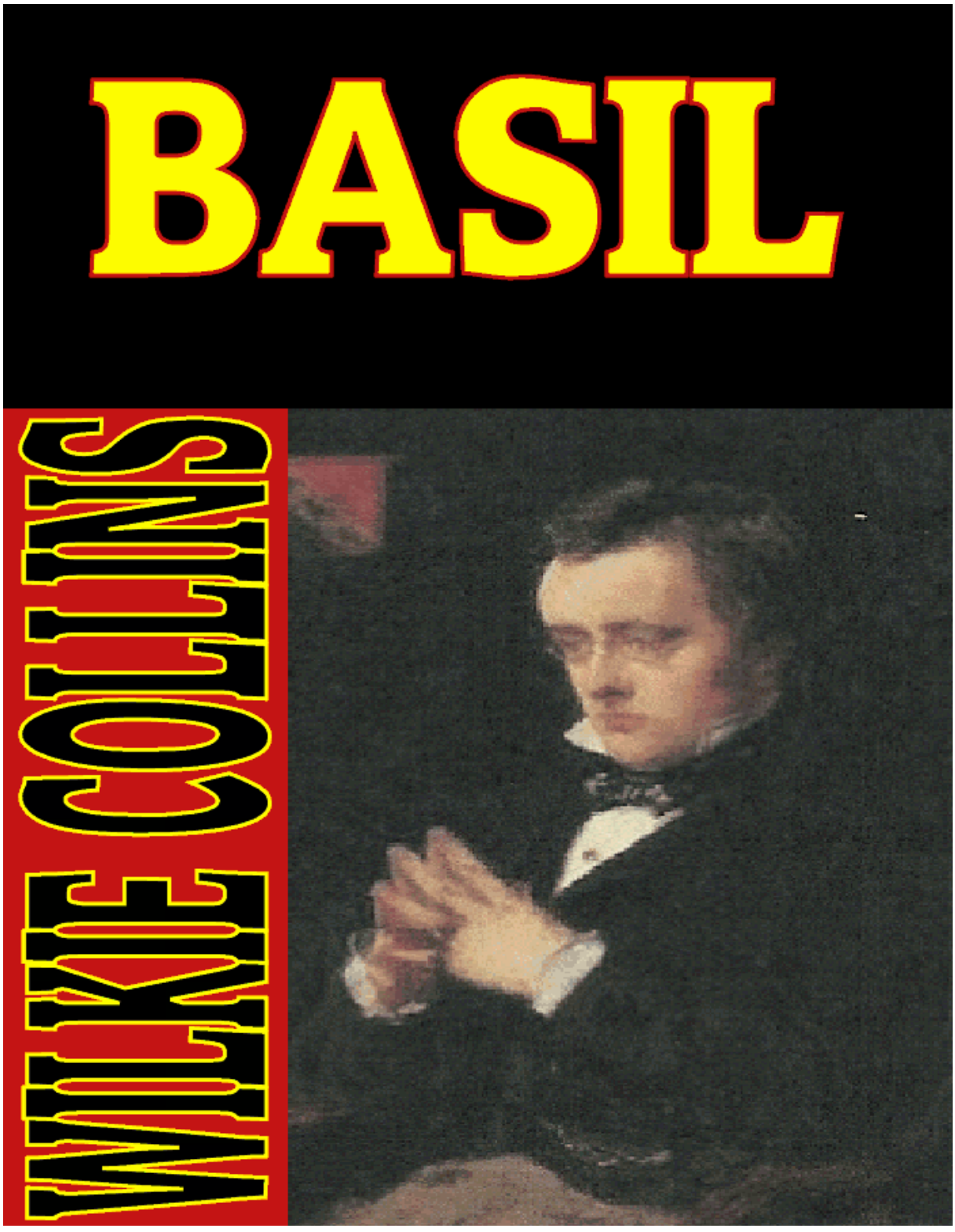
BASIL
WILKIE COLLINS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CARTA A MODO DE DEDICATORIA

AL SEÑOR CHARLES JAMES WARD

Hace ya muchísimo tiempo que esperaba con verdadero placer, mi querido y viejo amigo, que llegase el momento propicio para rendirle el debido reconocimiento por el gran valor en que tengo el afecto que usted me profesa, así como el agradecimiento por las muchas muestras de amabilidad que ese afecto me ha deparado, y que ahora le ofrezco con inmensa alegría en este lugar. Al dedicarle esta obra que ahora se publica, cumplo por consiguiente un propósito que durante bastante tiempo he deseado muy sinceramente llevar a cabo. Por si fuera poco, para mí gano la satisfacción de saber que habrá al menos una página de mi libro que siempre habré de contemplar con absoluto placer, y no es otra que la página que lleva su nombre.

El principal acontecimiento del que brota esta narración es un suceso real del que he tenido conocimiento. Al dar después forma al relato, a medida que se me iba sugiriendo por sí solo, lo he guiado casi siempre hacia el terreno que mejor conozco por mi propia experiencia, o bien por las experiencias que me han referido otros, de manera que, en su transcurso, incidiera sobre algo real y verdadero. Mi idea era que cuanto más pudiera cosechar de lo real, en calidad de texto a partir del cual hablase, tanto más seguro podría estar respecto del valor genuino de lo ideal que sin duda brotaría de él. La imaginación y la fantasía, la elegancia y la belleza, y todas las cualidades que son para la obra de arte lo que son para la flor el aroma y la coloración, sólo pueden ascender hacia el cielo si están enraizadas en la tierra. ¿No es acaso la más noble poesía esa ficción en prosa de la verdad cotidiana?

Así pues, dirigiendo siempre que pude a mis personajes y a mi relato hacia la luz de la realidad, no he dudado en violar algunas convenciones de la ficción sentimental. Por ejemplo, el primer encuentro amoroso que se produce entre dos de los personajes del libro tiene lugar precisamente donde se produjo el auténtico encuentro amoroso en el que se inspira, esto es, en el último lugar y en las ultimísimas circunstancias que sancionarían los artífices de la ficción sentimental. Así pues, no sé si mis amantes darán pie al ridículo en vez de suscitar interés, pues los he representado de manera fehaciente en la situación en que se han encontrado cientos de amantes, tal como seguramente reconocerán cientos de personas cuando lean el pasaje al que me refiero. Pero a ese respecto me siento tan optimista y tan confiado que prefiero no pensarlo.

Por ello, en algunas partes de este libro, en las que he procurado excitar la tensión o la piedad que pueda sentir el lector, he admitido los sonidos callejeros más ordinarios que se puedan escuchar por ahí, ya que los considero accesorios perfectamente idóneos. Y también he reflejado los acontecimientos callejeros más ordinarios, en el momento y el lugar representados, convencido de que al resaltar la verdad resaltan la tragedia, resaltando en conjunto la fuerza de los legítimos contrastes como ningún otro artificio literario podría resaltar, por mucho que fueran hábilmente introducidos, ni siquiera por mano habilísima.

Permítame abundar un poco más en la historia que se relata en estas páginas.

Convencido de que la novela y el drama son hermanas gemelas en la familia de la ficción, de que una es el drama narrado y otra el drama representado; convencido de que todas las profundas, intensas emociones que el dramaturgo tiene el privilegio de suscitar, también puede suscitarlas el narrador de forma igualmente privilegiada, no me ha parecido acertado, ni menos aún necesario, respetar únicamente las realidades cotidianas, si bien he respetado las realidades. Dicho en otros términos, no me he rebajado tanto como para asegurarme la credibilidad del lector, la verosimilitud de mi relato, por el procedimiento de no exigirle en

ninguna ocasión que haga uso de su fe. Los accidentes y sucesos extraordinarios que pueden ocurrir y que ocurren de hecho a muy pocos hombres, me parecían material tan legítimo con el que trabajar en la ficción —siempre y cuando hubiera un buen propósito para utilizarlos— como los accidentes y sucesos ordinarios que pueden afectarnos y de hecho nos afectan a todos. Al apelar a las genuinas fuentes de interés que pueda haber dentro de la esfera de interés del propio lector, sin duda podía empezar por contar con toda su atención; sin embargo, sólo al apelar a otras fuentes (a su manera, igual de genuinas), situadas más allá de su experiencia, podía contar con su interés y con excitar su incertidumbre, con despertar sus sentimientos más profundos y con agitar sus más nobles pensamientos.

Escribiendo en estos términos —de manera muy breve y muy general, pues no debo alejarle demasiado de la historia en sí—, no me queda otro remedio que repetir, espero que innecesariamente, que aquí me limito a comentar lo que he intentado hacer. Entre el propósito que aquí sugiero y la ejecución de ese propósito tal como se plasma en las páginas siguientes, se encuentra la amplia línea de demarcación que distingue la voluntad del acto. Aún está por precisar que me haya quedado corto según el criterio de los más exigentes. Que me haya quedado corto según mi criterio es algo que sé de forma tan precisa como dolorosa.

Una palabra más sobre el modo en que se lleva a cabo el propósito de las páginas que siguen.

Quien reconozca que el cometido de la ficción estriba en poner de manifiesto la vida de los hombres, no podrá desmentir que las escenas de crímenes y de miserias a la fuerza han de formar parte de dicha exposición, al menos mientras la naturaleza de los hombres siga siendo como es. Nadie podría afirmar que dichas escenas no arrojen resultados útiles, siempre y cuando se pongan al servicio de un propósito moral tan sencillo como puro. Si alguien me preguntase por qué he escrito ciertas escenas de este libro, mi respuesta sería bien sencilla: habría que encontrarla en la verdad universalmente aceptada que expresan las páginas precedentes. Tengo todo el derecho de apelar a esa verdad, ya que es la que me ha guiado a lo largo de este escrito. Al extraer esa lección, que se contiene en las páginas siguientes, de los ejemplos del error y del delito que de forma más pasmosa y natural la manifiestan, decidí hacer justicia a la honestidad de mi propósito diciéndolo con toda claridad. Al hacer uso de los dos personajes de mi historia, cuyas acciones ponen de relieve las escenas más oscuras de mi relato, no he olvidado que tenía por deber, aparte de retratarlos al natural, ponerlos al servicio de un buen propósito moral; a costa de sacrificar, en ciertos pasajes, el efecto dramático (aunque espero no haber sacrificado la verdad natural), he mostrado tal cual es la conducta de los viles, relacionada como siempre en menor o mayor grado con algo que resulta en sí egoísta, despreciable o cruel. No sé si algunos personajes míos conseguirán hacerse querer por parte del lector, pero hay una cosa que sí sé con seguridad: en ningún caso le engañaré para dirigir sus simpatías hacia el lado de los malos.

A las personas que disientan de los amplios principios que aquí se esbozan, a las que nieguen que la vocación del novelista ha de ser algo más que entretenerlas, a las que se aparten espantadas de toda referencia seria y honesta que, en los libros, se haga a cuestiones que a su juicio sean privadas y que, sin embargo, comenten en público; a quienes vean implicaciones encubiertas allí donde nada se implica; a quienes vean alusiones impropias allí donde no las hay; a quienes tengan total inocencia en la palabra, que no en el pensamiento; a quienes vean que la moralidad termina en la lengua, sin llegar nunca al corazón, a todas esas personas me parece que será una pérdida de tiempo ofrecer cualquier otra explicación de mis motivos que no haya dado hasta ahora. A esas personas no me dirijo en este libro, y tampoco pienso dirigirme a ellas en ningún otro.

* * *

Estas palabras formaban parte de la introducción original a esta novela. Las escribí hace casi diez años, y lo que dije entonces lo sostengo ahora.

Basil fue la segunda de mis obras de ficción. Fue condenada de antemano en el momento en que apareció, al menos entre ciertos lectores que la tomaron por un ultraje a su idea de la propiedad. Consciente de haber diseñado y de haber escrito mi relato con la más estricta consideración a la verdadera delicadeza, lejos de toda falsedad, permití que las interpretaciones lascivas de algunos pasajes totalmente inocentes de este libro se abriesen paso de forma absolutamente ofensiva, sin tomarme la molestia de protestar y de hacer valer la opinión que me suscitaron, dando por bueno el desprecio. Yo sabía que *Basil* no tenía nada que temer de los lectores puros de mente, y dejé que esas páginas se hicieran valer o fracasar según sus propios méritos. Lentamente, y con toda seguridad, mi relato se abrió paso a despecho de las críticas adversas, y halló en el favor del público un lugar que no ha perdido desde entonces. Algunos de los mejores amigos que ahora tengo llegaron a ser amigos míos a través de *Basil*. Parte del reconocimiento más gratificante a mi trabajo que he recibido de lectores que me eran desconocidos, ha sido el reconocimiento dado a la pureza de esta historia, de la primera página a la última. El perdón que ahora he de pedir por *Basil* es el perdón por sus defectos literarios, resultado de la inexperiencia, que ninguna corrección podría quitar del todo, y que nadie ve, al cabo de estos diez años, mejor que su propio autor.

Solamente debo añadir que la presente edición es la primera que se beneficia de mi revisión. Si bien los sucesos de esta historia siguen siendo exactamente los que eran, confío que el lenguaje en que se expresan, en la mayor parte de los casos, se haya alterado para mejorar.

Wilkie Collins

Harley Street, Londres, julio de 1862

PRIMERA PARTE

I

¿Qué es lo que estoy a punto de escribir?

La historia de los sucesos que tuvieron lugar en poco más de un año, uno solo de los veinticuatro que ha durado hasta hoy mi vida.

¿Por qué emprendo una tarea como ésta?

Puede ser que por pensar que mi narración tal vez sirva para hacer el bien; puede ser que porque aspiro a que un buen día tal vez se le pueda dar uso a manera de advertencia. Estoy ahora a punto de relatar la historia de un error inocente en sus comienzos, culpable en su desarrollo, fatal en su desenlace; de buena gana persistiría en la esperanza de que mi relato, sencillo y fiel, ponga de manifiesto que este error no fue cometido del todo sin alguna excusa. Cuando alguien encuentre estas páginas después de mi muerte, tal vez pueda leerlas con calma y juzgarlas con ecuanimidad, como si fuesen reliquias investidas de solemnidad gracias a las sombras expiatorias de la tumba. Así, el duro veredicto contra mí dictado podrá quedar enjugado en el arrepentimiento; a los niños de la próxima generación de nuestro linaje se les enseñará a hablar caritativamente de mi memoria, y por su cuenta podrán pensar en mí con amabilidad y a menudo, en las pensativas vigilias de la noche.

Animado por estos motivos y por algunos otros que también siento, pero que no puedo analizar, acometo ahora esta ocupación que yo mismo me he impuesto. Escondido en los montes más recónditos de la remota región oeste de Inglaterra, rodeado únicamente por los contados y sencillos habitantes de una aldea pesquera de la costa de Cornualles, no es muy de temer que distraiga mi atención de esta tarea, así como tampoco hay grandes posibilidades de que la indolencia en que pudiera caer retrase su pronta realización. Vivo bajo la amenaza de una hostilidad que pende sobre mí en todo momento y que bien podría descender y arrollarme sin que yo sepa cuándo, ni de qué forma. Un enemigo decidido, dispuesto a todo, mortífero, paciente y capaz por igual de esperar días o años, hasta que llegue su oportunidad, en todo momento acecha mis pasos desde la salvaguardia de las tinieblas. Al dedicarme a este nuevo afán, no podría decir de cuánto tiempo dispongo; no sé si me queda aún otra hora, no sé si mi vida llegará hasta el anochecer.

Por ello, no emprendo mi narración como si fuera una ocupación ociosa. ¡Y la emprendo además el día de mi cumpleaños! Hoy cumplo mis primeros veinticuatro años de vida; hoy empieza el primer año de mi vida que no ha sido recibido con una sola palabra de afecto, con una sola muestra de cariño. Aún hay, sin embargo, una mirada de bienvenida que me encuentra en mi soledad: la adorable mirada matinal que tiene la naturaleza, tal como ahora la contemplo desde el encierro de mi habitación. Luce poco a poco con creciente luminosidad el sol lujuriante por entre los bancos de nubes púrpuras, cargadas de lluvia; los pescadores extienden sus redes a secar sobre los declives más bajos del roquedo; juegan los niños en torno a los botes amarrados en la playa; la brisa marina sopla con frescura y con pureza tierra adentro. Todos los objetos brillan y destacan al mirarlos, todos los sonidos son gratos de oír al tiempo que trazo con mi pluma los primeros renglones que han de dar comienzo a la historia de mi vida.

II

Soy el segundo hijo de un caballero inglés de inmensa fortuna. Según tengo entendido, nuestra familia es una de las más antiguas de este país. Por parte de mi padre se remonta a mucho antes de la conquista de los normandos; por parte de mi madre puede que no sea tan antigua, pero sí tiene más noble abolengo. Amén de mi hermano el mayor, tengo una hermana más joven que yo. Mi madre falleció poco después de dar a luz al último de sus hijos.

Debido a una serie de circunstancias que más adelante saldrán a colación, me he visto obligado a renunciar al uso de mi apellido paterno. Por honor me he visto en la obligación de renunciar a su uso, y por honor me abstendré de mencionarlo aquí. En consecuencia, como encabezamiento de las páginas que siguen me he limitado a escribir mi nombre de pila, pues no me parece que tenga ninguna importancia añadir el apellido que he terminado por emplear, y que tal vez me vea obligado a cambiar por algún otro en un momento puede que no muy lejano. Confío en que ahora, desde el principio mismo, se comprenda por qué no llamo a mi hermano y a mi hermana más que por sus nombres de pila, por qué dejo en blanco el lugar en que debiera figurar el nombre de mi padre, por qué se oculta mi propio apellido en esta narración, así como se oculta en el mundo en que vivo.

El relato de mi infancia y juventud tiene poco interés; no añadiría nada nuevo. Mi educación fue como la educación de tantos cientos de muchachos pertenecientes al mismo rango que tengo yo en la vida. Al principio asistí a clase en una escuela privada y luego asistí a una facultad, con objeto de completar lo que suele denominarse «una educación liberal».

La vida que llevé en la facultad no me ha dejado un solo recuerdo placentero; allí encontré que la adulación, más que moneda corriente, estaba sentada como principio de conducta; pavoneándose por las calles, en las borlas doradas de los señores; entronizada en el refectorio, en la tarima que tenían reservada. El estudiante más aventajado de mi facultad, el hombre cuya vida era más ejemplar, cuyos logros suscitaban más admiración, me fue presentado cuando se encontraba sentado, en calidad de plebeyo, en el sitio más inferior. El heredero de un condado, que no había aprobado el último examen, me fue señalado minutos más tarde cuando cenaba a solas, a lo grande, en una de las mesas elevadas sobre una tarima por encima del resto, por encima de los reverendos eruditos que le habían dado la espalda por considerarlo un asno. Yo acababa de llegar a la universidad y acababa de recibir las correspondientes congratulaciones por haber ingresado en «un venerable seminario del saber y la religión».

Por vulgar y por perogrullesco que pueda parecer, reseño esta circunstancia concurrente en mi ingreso en la facultad porque constituyó la primera causa de la disminución de mi fe en la institución a la que estaba ya ligado. Muy pronto di en considerar la enseñanza universitaria que había de recibir como una suerte de mal necesario, al cual no me quedaba más remedio que someterme con paciencia. No estudié con ánimo de destacar y tampoco me adherí a un determinado grupo de hombres. Estudié literatura francesa, italiana y alemana; ahondé en mi conocimiento de los clásicos nada más que lo suficiente para obtener la licenciatura y terminé mis estudios en la facultad sin haberme labrado más reputación que la de ser indolente y reservado.

Cuando regresé a mi casa, como era el benjamín y no podría heredar ninguna de las tierras que eran propiedad de la familia, salvo en el supuesto de que mi hermano falleciera sin haber engendrado hijos, se consideró necesario que iniciase la práctica de una profesión. Mi padre tenía influencia en algunas valiosas «prebendas» y estaba en perfecta sintonía con varios miembros del gobierno. La iglesia, el ejército, la armada y, en última instancia, la abogacía, eran las opciones que se me ofrecieron. Escogí la última.

Mi padre pareció ligeramente perplejo ante mi decisión, pero no hizo mayor comentario al respecto, aparte de limitarse a decirme con toda sencillez que no me olvidase de que la abogacía era un buen trampolín para saltar al Parlamento. Mi verdadera ambición, sin embargo, no era forjarme un nombre de peso en el Parlamento, sino en la literatura. Por entonces, ya me había comprometido en el arduo pero glorioso servicio a la pluma y estaba determinado a perseverar en mi empeño. La profesión que me ofreciera las mayores facilidades para llevar a cabo mi proyecto iba a ser la profesión que yo escogiera. Por eso escogí la abogacía.

De este modo inicié la vida bajo los mejores auspicios. Aunque era el benjamín de la familia, sabía que la riqueza de mi padre, exclusivamente dependiente de las tierras que poseía, me garantizaría unos ingresos propios muy por encima de mis necesidades. No tenía hábitos extravagantes, ni gustos que no pudiera gratificar en el momento mismo en que cuajaban; no tenía preocupaciones ni responsabilidades de ninguna especie. Podría dedicarme a mi profesión o no hacerlo en absoluto, según quisiera. Podía dedicarme por completo y sin reservas a la literatura, a sabiendas de que, en mi caso, la pugna por la fama nunca sería idéntica —terriblemente, gloriosamente idéntica— a la pugna por el pan. En mi caso, el sol matinal de la vida lucía sin que lo ocultase una sola nube.

Quizá podría intentar en este punto un esbozo de mi propio carácter, tal como era entonces. Ahora bien, ¿qué puede decir un hombre de sí mismo? ¿Que sondeará la profundidad de sus vicios y que medirá la altura de sus virtudes, siendo tan válido como es su palabra? No, no podemos conocernos, ni menos aún juzgarnos. Son otros los que han de juzgarnos, pero no podrán conocernos. Solamente Dios juzga y conoce. Así pues, que mi carácter se presente —en la medida en que todo carácter humano puede presentarse en su integridad, en este mundo— a través de mis actos, a medida que entre a describir el único pasaje de mi vida que estuvo preñado de sucesos y que, no en vano, configura la base de esta narración. Entretanto, primeramente será necesario que añada algo más acerca de los miembros de mi familia. Dos al menos serán de gran importancia para el transcurso de los sucesos que se narran en estas páginas. No intentaré siquiera juzgar sus caracteres: me limitaré a describirlos —no sé si acierto o si yerro— tal como se me aparecían entonces.

III

Siempre consideré a mi padre —y hablo de él en pasado porque ahora estamos separados para siempre, porque en lo sucesivo está para mí tan muerto como si el sepulcro se hubiera cerrado ya sobre él—, siempre consideré a mi padre, decía, el hombre más orgulloso de cuantos he conocido personalmente, el más orgulloso de todos los que he conocido de oídas. No era el suyo un orgullo convencional, el que popularmente suele caracterizarse mediante un porte rígido, majestuoso, mediante unas facciones rígidas, mediante una entonación dura, severa, mediante encorsetados discursos de desprecio por la pobreza y los andrajos, mediante las fanfarronadas interminables a propósito de la prosapia y la buena crianza. El orgullo de mi padre no tenía nada que ver con eso. Era ese otro orgullo apacible, negativo, instintivo, siempre cortés, que sólo puede detectarse a través de una atentísima observación, y que un observador corriente no suele percibir en absoluto.

Quien le hubiera observado al comunicarse con cualquiera de los granjeros que tenían arrendadas sus fincas, quien viese su manera de quitarse el sombrero cuando por casualidad se cruzaba con las mujeres de dichos granjeros, quien hubiese notado la calurosa bienvenida que daba al hombre del pueblo, cuando en realidad se trataba de un hombre de genio, ¿le habría tenido acaso por orgulloso? En ocasiones como éstas, si tenía de hecho ese orgullo, era imposible de detectar. En cambio, viéndole cuando, por ejemplo, entraban juntos en su casa un escritor y un hombre que recientemente hubiera recibido un título nobiliario, carente de hidalguía antañona, observando meramente la manera totalmente distinta con que estrechaba la mano a cada uno de ellos, notando que la cordialidad y la cortesía eran destinadas por entero al hombre de letras, que en modo alguno contendía con él en cuanto al rango familiar de cada cual, mientras que la formalidad también cortés, es cierto, iba a parar al hombre del título nobiliario, que sí contendía con él en ese respecto, se descubría al instante en dónde, en qué radicaba su orgullo. Ése era su punto flaco. La aristocracia de título, bien diferenciada de la aristocracia de alcurnia, para él no era ni mucho menos aristocracia digna de ese nombre. Tenía celos de dicha aristocracia; la detestaba. A pesar de ser un plebeyo, se tenía por hombre socialmente superior a cualquier otro, ya fuera barón, ya fuera duque incluso, cuya familia no tuviera el abolengo y la antigüedad de la suya.

Entre la infinidad de ejemplos de este peculiar orgullo que podría aducir aquí, recuerdo uno que me parece suficientemente característico para tomarlo por muestra de todos los demás. Sucedió cuando yo no era más que un niño y me fue relatado por uno de mis tíos, ya difunto, que fue testigo de las circunstancias en que tuvo lugar y que siempre lo contó con especial regocijo de la concurrencia, hasta el final de sus días.

Un comerciante de inmensa riqueza, que recientemente había sido elevado al rango de lord, se había alojado en una de nuestras casas de campo. Amén de él, los otros invitados eran su hija, mi tío y un abad italiano. El comerciante era un hombre corpulento, de rostro colorado y purpúreo, que llevaba sus nuevos honores con una curiosa mezcolanza de pompa impostada y de buen humor natural. El abad era enano y deforme, magro y cetrino, de rasgos afilados y ojos brillantes, ojos de pájaro, aparte de tener una voz grave, líquida. Era un refugiado político, cuya manutención dependía del dinero que recibía como profesor de lenguas. Podría haber pasado por un mendigo de la calle, al que mi padre habría seguido tratando como al principal invitado que tenía en su casa, debido a una única razón que para él era sobradamente decisiva: era descendiente directo de una de esas antiquísimas y famosas familias romanas, cuyos apellidos son parte de la historia de las guerras civiles italianas.

El primer día, el grupo que se reunió para la cena estaba compuesto por la hija del comerciante, mi madre, una anciana señora que había sido su institutriz y que había vivido con ella desde que contrajo matrimonio con mi padre, así como el lord de reciente

nombramiento, el abad, mi padre y mi tío. Cuando se anunció que la cena estaba lista, el lord avanzó con toda su nueva y ampulosa dignidad para ofrecer el brazo a mi madre como si tal cosa. Mi padre, pálido de tez como siempre, se puso rojo como la grana en un instante. Tocó al magnífico comerciante y lord en el brazo y le señaló con un gesto significativo a la decrépita y anciana señora que había sido en su día la institutriz de mi madre. Acto seguido caminó hasta el otro extremo de la sala, donde el depauperado abad había estado en un rincón, leyendo un libro, para conducir con extremada cortesía al diminuto, deforme, lisiado profesor de lenguas, ataviado con una larga y deshilachada levita, hasta donde se hallaba mi madre, a cuyo hombro el abad apenas llegaba; les abrió la puerta para que entrasen los primeros; invitó con toda cortesía al noble de nuevo cuño, que estaba poco menos que paralizado por el asombro y la confusión, a que les siguiera dándole el brazo a la temblequeante anciana, y regresó a llevar del brazo a la hija del noble a la mesa donde iba a tener lugar la cena. Sólo retomó su expresión y talante de costumbre cuando vio al diminuto abad, escuálido y hambriento representante de los poderosos barones de antaño, sentado en el lugar preeminente de la mesa al lado de mi madre.

Gracias a circunstancias tan accidentales como éstas era posible descubrir hasta dónde llegaba su orgullo de casta. Nunca hizo jactancia de sus ancestros; nunca habló siquiera de ellos, salvo que se le preguntase al respecto, pero nunca los olvidaba. Sus ancestros eran de hecho la sal misma de su vida, las deidades de su adoración social, los tesoros familiares que era preciso conservar como si fueran lo más preciado, mucho más que todas sus tierras, que su riqueza, que toda ambición y toda gloria, también por parte de sus hijos y de los hijos de sus hijos, hasta el final de la estirpe.

En su vida doméstica, cumplía con sus deberes para con su familia de manera honorable, delicada y afectuosa. Creo que, a su manera, nos amaba a todos; sin embargo, nosGíros éramos sus descendientes y debíamos compartir sus afectos con sus ancestros. Éramos sus propiedades domésticas, así como sus hijos. Toda libertad justa nos era otorgada, toda indulgencia no menos justa nos era concedida. Nunca dio muestras de ninguna suspicacia, de ninguna severidad indebida. A tenor de sus indicaciones aprendimos que deshonrar a nuestra familia, ya fuera de palabra, de obra o de omisión, era el único delito fatal que jamás podría ser olvidado, ni mucho menos perdonado. Bajo su estricta supervisión nos formamos en los principios de la religión, del honor y la diligencia; todo lo demás quedó confiado a nuestro sentido de la moral, a nuestra manera de entender los deberes y privilegios de nuestra posición social. En su conducta hacia cada uno de nosotros jamás hubo nada de lo que pudiéramos quejarnos; sin embargo, siempre hubo algo incompleto en nuestras relaciones domésticas.

Puede que parezca incomprensible, puede que incluso a más de uno le parezca ridículo, pero es pese a todo verdad que ninguno de nosotros tuvo nunca intimidad con él. Quiero decir con esto que fue para nosotros un padre, pero nunca un compañero. Había en su talante, en su talante apacible e inflexible, siempre invariable, algo que casi inconscientemente nos llevaba a guardar el debido comedimiento. En toda mi vida, nunca me he sentido más incómodo, sin saber por qué en el momento, que cuando muy de pascuas a ramos me tocaba cenar a solas con él. Nunca le confié ninguno de mis planes de diversión cuando era un niño; nunca hablé con él más que en términos muy generales de mis ambiciones y de mis esperanzas cuando era joven. No era cuestión de que hubiese recibido tales confidencias ridiculizándome con su severidad, pues era incapaz de tal cosa; antes bien, era cuestión de que parecía estar por encima de tales banalidades, de que era incapaz de participar de ellas, o de que sus pensamientos le llevaban a estar demasiado lejos de los nuestros. Por eso, todas mis consultas vacacionales las sostuve con los viejos criados; por eso, mis primeras páginas manuscritas, cuando probé suerte en la escritura, las leyó mi hermana, sin que nunca llegasen a penetrar en el despacho de mi padre.

Asimismo, su modo de atestiguar su ocasional desagrado hacia mi hermano o hacia mí mismo tenía algo aterrador por su inmensa calma, algo que nunca olvidábamos, y que siempre temíamos como si fuera la peor calamidad que pudiera sobrevenirnos.

Siempre que, de pequeños, cometíamos alguna falta infantil, él no daba muestras de la más mínima irritación; lisa y llanamente modificaba del todo su manera de tratarnos. No nos daba una sonora reprimenda, no nos amenazaba con vehemencia, no nos castigaba positivamente de ninguna manera; en cambio, cuando estábamos con él, nos trataba con una fría y despectiva cortesía (especialmente cuando nuestra falta demostraba la menor tendencia a la mezquindad, a ser ajena a la caballerosidad que se nos suponía) que nos taladraba hasta el corazón. En tales ocasiones, ni siquiera se dirigía a nosotros por nuestros nombres de pila; si accidentalmente nos lo encontrábamos en el jardín, con toda seguridad nos evitaba; si le hacíamos una pregunta, contestaba con la mayor brevedad, como si fuésemos perfectos desconocidos. La totalidad de su comportamiento venía a decir casi textualmente que habíamos terminado por ser indignos de relacionarnos con nuestro padre, con lo cual él había decidido hacernos sentir esa indignidad tan hondamente como él la sentía. Pasábamos días y más días en ese purgatorio doméstico, semanas incluso. Para nuestros sentimientos adolescentes, y en especial para los míos, no había ignominia comparable a ésta, al menos mientras duraba.

Desconozco en qué términos vivía mi padre con mi madre. Respecto a mi hermana, su porte siempre demostró un punto de galantería anticuada y afectuosa, muy propia de una época muy anterior. Le prestaba la misma atención que hubiese prestado a la dama más encumbrada de la tierra. Cuando estábamos solos, entraba con ella del brazo en el comedor, tal y como hubiese entrado con una duquesa en un salón en el que se celebrase un banquete. De pequeños, nos permitía levantarnos de la mesa antes de levantarse él, pero nunca antes de que ella se hubiese levantado. Si un criado tenía un descuido de sus deberes con él, a menudo lo perdonaba; si tenía un descuido con ella, lo despedía en el acto. A sus ojos, su hija era la representante de su madre: era la señora de la casa, a la vez que era su niña. Era curioso ver la mezcla de cortesía de alta cuna y de amor paterno que se daba en su talante, cuando por ejemplo le rozaba con todo su afecto la frente con los labios nada más verla por la mañana.

Físicamente, mi padre era un hombre de mediana estatura. Era muy esbelto y de complexión sumamente delicada; tenía la cabeza pequeña, bien puesta sobre los hombros, con una frente más ancha que despejada. Era de tez singularmente pálida, salvo en los momentos de agitación, de los que ya he mencionado su tendencia a enrojecer en un instante. Sus ojos, grandes y grises, tenían algo que imponía, una imperiosa forma de mirar, y daban cierta firmeza inquebrantable, cierta dignidad inflexible a su expresión, que era de una especie poco corriente. Delataban en cada una de sus miradas su alta cuna, su crianza, sus enraizados prejuicios ancestrales, su caballeresco sentido del honor. Ciertamente, era precisa toda la energía masculina de la parte superior de su rostro para redimir a la parte inferior de todo rastro de afeminamiento, por lo delicada, lo fina que era, muestra de lo mejor de los rasgos normandos. Tenía una sonrisa notabilísima por la dulzura que podía transmitir; era casi como la sonrisa de una mujer. Al hablar, también le temblaban a menudo los labios, como a las mujeres. Si alguna vez rió cuando era joven, su risa tuvo que ser muy clara y musical; sin embargo, desde que me alcanza la memoria, yo nunca le oí reír. En sus momentos más felices, en la compañía más alegre, a lo sumo le he visto sonreír.

En la disposición y el talante de mi padre se daban otras cualidades que tal vez llegue a mencionar; sin embargo, causarán mayor efecto y se entenderán mejor tal vez si las comento más adelante, en relación con las circunstancias que en especial las suscitaban.

IV

Cuando una familia posee tierras y otras propiedades en abundancia, es el miembro de dicha familia a quien menos interesa la hacienda, el menos afecto por la casa, el menos relacionado por pura simpatía con sus parientes, el menos propenso a aprender en qué consiste el cumplimiento de sus deberes, el menos dado a admitir sus propias responsabilidades, el que con frecuencia ha de hacerse cargo de la herencia familiar: el primogénito.

Mi hermano Ralph nunca fue excepción a esta norma. Nos educamos juntos. Una vez concluida nuestra educación, no lo vi nunca más, salvo en períodos muy breves. Durante los años que siguieron al término de su educación universitaria, casi siempre se encontraba de viaje por el continente europeo. Y cuando regresó para instalarse definitivamente en Inglaterra, no regresó para vivir bajo nuestro techo. Tanto en el campo como en la ciudad, siempre fue un visitante y no compartía con nosotros nuestra morada.

Me acuerdo de cómo era en el colegio: más fuerte, más alto, más apuesto que yo. Me sobrepasaba de lejos en popularidad dentro de la reducida comunidad en que vivíamos. Era el primero en iniciar una osadía, el último en abandonar el intento de realizar una hazaña; lo mismo era el último que el primero de la clase. Era uno de esos muchachos de natural alegre, jactancioso, guapo, temerario, al que las personas mayores se vuelven instintivamente para sonreírles, al encontrarse con ellos en su paseo matinal.

Luego, en la facultad, llegó a ser ilustre entre los remeros y los jugadores de criquet, y alcanzó gran renombre por su destreza con la pistola, amén de ser temible cuando participaba en los concursos de esgrima. No hubo fiestas en la universidad tan espléndidas como las que él daba, invitando a beber vino a todo el mundo; los comerciantes le daban a elegir a él antes que nadie cuando recibían nuevo género; las damiselas de la ciudad se enamoraron de él por docenas; los jóvenes tutores proclives a dárselas de dandies copiaban de él su corte de levita, su nudo de corbata; hasta los severos rectores de los colegios mayores miraban con indulgencia sus delitos. El alegre, valeroso, apuesto caballerito inglés tenía tal encanto personal que sometía a cualquiera. Aunque yo fui su diana preferida tanto en el colegio como en la facultad, nunca tuve con él ninguna riña. Siempre le dejé ridiculizar mi forma de vestir, mi talante y mis costumbres, poniéndome a merced de su talante intrépido y jactancioso, como si tuviera por derecho de prelación al nacer el privilegio de reírse de mí todo lo que le viniera en gana.

Hasta entonces, mi padre no tuvo por él peores preocupaciones que las ocasionadas por sus borracheras y por las considerables deudas que contrajo. Sin embargo, cuando volvió a casa —cuando las deudas fueron saldadas, cuando se consideró esencial invertir su energía libre y descuidada en una disciplina útil—, fue cuando las complicaciones y las dificultades de mi padre comenzaron en serio.

Iba a ser imposible hacer que Ralph comprendiera y apreciara su posición, al menos tal y como era deseable que la comprendiera y la apreciara. El mayordomo renunció, desesperado, a todo intento de ilustrarle acerca de la extensión, el valor y la debida administración de las fincas que en un futuro iba a heredar. Se hizo un vigoroso esfuerzo por imbuirle de alguna ambición, por animarle a dedicarse a la carrera parlamentaria. Él se rió de tal idea. Después se le ofreció una comisión de mando en la guardia real; él la rehusó, pues afirmó que jamás se presentaría con la casaca roja abotonada de arriba abajo, porque no estaba dispuesto a someterse a ninguna constricción, ya fuera por la moda o por la disciplina militar, y porque en resumidas cuentas estaba decidido a ser su propio amo y señor. Mi padre habló con él largo y tendido; le comentó por lo menudo cuáles eran sus deberes y cuáles sus perspectivas, quiso inculcar en él la necesidad de cultivar su mente, el ejemplo de sus ancestros, pero todo fue en vano. Él bostezaba y jugueteaba sobre las páginas estampadas de

su propio abolengo familiar, cada vez que el libro era abierto para que él lo viese.

Cuando íbamos al campo, no se preocupaba más que de cazar y de tirar al blanco. Tan difícil era convencerle de que asistiera a una cena de gala como de que asistiera a la iglesia. En la ciudad, rondaba los teatros tanto entre bambalinas como desde el patio de butacas; en Richmond, se codeaba con actores y actrices; en Vauxhall, subía en los globos aerostáticos; iba por ahí con detectives de la policía, por ver cómo vivían los truhanes y los ladronzuelos de poca monta. Era miembro de un club en el que se jugaba al whist, de un club al que iba a cenar, de un club de lucha libre, de otro de boxeo, de otro de picnics, de otro aun de aficionados al teatro; en resumidas cuentas, llevaba una vida tan despreocupada, tan jovial y licenciosa que mi padre, al ver de esa forma ultrajados todos sus prejuicios de familia, todos sus refinamientos de familia, casi dejó de dirigirle la palabra y lo veía tan pocas veces como podía. Muy de vez en cuando, la intercesión de mi hermana sirvió para reconciliarlos, aunque fuese brevemente. Su influjo, por suave que fuera, siempre se dejó sentir para bien, aunque no estaba en su mano cambiar la naturaleza de mi hermano. Por más anhelos que pusiera en persuadirle y en encarecerle, él siempre terminaría, sin duda, por arrojar por la borda el favor paterno una vez más, días después de haberlo recuperado.

Al final, esta situación llegó a su punto culminante debido a la torpeza con que Ralph tuvo una aventura amorosa con la hija de uno de nuestros arrendatarios. Mi padre actuó en tal ocasión con la determinación acostumbrada. Decidió aplicar un remedio desesperado: consentir que su refractario primogénito hiciera su carrera a sus anchas, con total libertad, hasta que se cansara de sus andanzas y pudiera regresar a casa convertido en un hombre más sobrio. En consecuencia, consiguió para mi hermano un puesto de agregado en una embajada en el extranjero, e insistió en que abandonase Inglaterra sin más tardanza. Por una sola vez, Ralph se mostró dócil. No tenía ni idea de diplomacia, ni le interesaba en modo alguno, pero le agradaba la idea de vivir en el continente europeo, de modo que agradeció de mil amores la posibilidad de marcharse de casa. Mi padre le despidió con agitación mal disimulada, con verdadera aprensión, aunque afectó quedar satisfecho de que, por muy caprichoso y más perezoso que fuera Ralph, en realidad fuera incapaz de deshonrar voluntariamente a su familia, ni siquiera en sus momentos de máxima intrepidez.

Después de su partida, pocas noticias tuvimos de mi hermano. Sus cartas fueron tan escasas como breves, y en general las terminaba con una nueva petición de que le fuera remitida una determinada cantidad de dinero. Las únicas noticias de cierto calibre que recibimos en lo referente a sus andanzas, nos llegaron por medio de cauces abiertos al público.

Se estaba forjando una reputación en todo el continente, una reputación que sólo de oírla hacía a mi padre dar un respingo. Se vio implicado en un duelo; introdujo un nuevo baik procedente de Hungría; se las ingenió para conseguir el mozo de cuadra más bajo que se vio jamás detrás de un cabriolé; se llevó de calle a la belleza más deslumbrante de todas las bailarinas de ópera del momento, a pesar de los abundantes competidores con los que hubo de disputarse sus favores; uno de los grandes cocineros de Francia inventó un grandioso plato que bautizó con su nombre; se suponía que era él el «amigo desconocido» al que una condesa polaca aficionada a la literatura había dedicado sus «Cartas en contra del comedimiento impuesto por el lazo matrimonial»; una metafísica alemana de sesenta años de edad había caído rendidamente enamorada de él, aunque platónicamente, y había comenzado a escribir novelas eróticas a sus años. Tales eran algunos de los rumores que llegaron a oídos de mi padre en lo tocante a su hijo y heredero. Al cabo de una prolongada ausencia, vino a hacernos una visita. ¡Qué bien recuerdo el asombro que provocó en toda la casa! Se había convertido en un perfecto extranjero, tanto por talante como por apariencia física. Llevaba un bigote magnífico; de la cadena de su reloj colgaban en racimos juguetes de miniatura en oro y brillantes; llevaba la pechera de la camisa en una perfecta filigrana de batista y encaje. Se

Librodot

trajo sus propios cajones de licores y perfumes; su propio valet francés, listo e impúdico donde los hubiera; su propia biblioteca de viaje, compuesta exclusivamente por novelas francesas, que abría con su propia llave de oro. Por la mañana no tomaba más que chocolate a la taza; mantuvo largas conversaciones con la cocinera y revolucionó nuestra dieta. Le llegaban a casa todos los periódicos franceses gracias a un quiosco londinense. Cambió la decoración de su dormitorio; salvo su valet, ningún criado estaba autorizado a penetrar en él. Los retratos de familia que adornaban su aposento fueron vueltos de cara a la pared, y en el dorso de los lienzos colocó retratos de actrices francesas y de cantantes italianas. Luego ordenó retirar una bella cómoda de ébano que había pertenecido a la familia desde hacía trescientos años, sustituyéndola por otra vitrina en forma de templo dedicado a Afrodita, con puertas de cristal tras las cuales colgaban rizos de cabello, notas escritas sobre papel tornasolado de un rosa muy pálido y otras prendas de amor y reliquias sentimentales. Su influencia llegó a impregnarnos a todos. Diríase que imbuyó la casa del cambio que había tenido lugar en su persona, el salto del insensato y bullicioso joven genuinamente inglés al dandy extranjerizante convertido en el colmo de la exquisitez. Fue como si el encendido, efervescente ambiente que reinaba en los bulevares de París hubiese penetrado con insolencia en la antigua mansión inglesa, como si hubiese contagiado y agitado el apacible aire nativo, llegando hasta los más recónditos rincones del lugar.

Mi padre quedó más consternado que disgustado por la alteración que se había operado en los gustos y costumbres de mi hermano; su primogénito estaba más lejos que nunca del ideal de la primogenitura que él seguía teniendo. En cuanto a los amigos y vecinos, Ralph era efusivamente temido y rechazado por todos ellos, antes incluso de que hubiera pasado una semana en casa. Mostraba una paciencia irónica al conversar con cualquiera de ellos y una respetuosa manera, no menos irónica, de dar al traste con sus anticuadas opiniones y de corregir sus más leves deslices, por lo cual los exasperaba y los agraviaba hasta extremos irresistibles. Fue peor aún cuando mi padre, desesperado, intentó tentarle a que se casara, pensando que iba a ser su última oportunidad de reformarlo, con lo cual invitó a la casa a la mitad de las damiselas en edad casadera que conocíamos, sólo para que él se divirtiera.

Ralph nunca manifestó en casa mucho agrado por los refinamientos de la compañía femenina. En el extranjero había vivido de forma tan exclusiva como se pudo permitir, rodeado de mujeres cuyos caracteres abarcaban la parte más baja de la gama, variando de forma infinitesimal, desde la misteriosa de dudosa catadura hasta la descaradamente perdida. Aquellas jóvenes bellezas inglesas, todas ellas de alta cuna, de altísimo refinamiento y de formación completa, no tenían el menor encanto para él. Se dio cuenta desde el primer momento de la conspiración doméstica en la que estaba destinado a ser la víctima. A menudo subía al piso de arriba en plena noche, a visitarme en mi dormitorio; mientras se divertía tratando a patadas, despectivamente, tanto mis sencillas prendas de vestir como mi simple equipo de aseo personal, y mientras se reía a su manera, con total despreocupación, de mis hábitos tranquilos y mi vida monótona, colaba de rondón y entre paréntesis toda suerte de sarcasmos acerca de nuestras jóvenes invitadas. Para su gusto, tenían una manera de ser horrorosa e inanimada; su inocencia era mera hipocresía en la que les habían educado. La pureza de su piel, la regularidad de sus facciones estaban muy bien, comentaba; en cambio, cuando una chica no sabía caminar como es debido, cuando te daba la mano con los dedos fríos, cuando no era capaz de dar un uso estimulante a sus ojos, por bonitos que los tuviera, era el momento de sentenciar esas facciones tan regulares, esa piel tan pura, para que se las llevasen de vuelta a la casita de muñecas de la que habían salido. Él, desde luego, echaba de menos la conversación con su ingeniosa condesa polaca y anhelaba una cena a base de panqueques con sus *grisettes* preferidas.

El fracaso del último experimento que hizo mi padre con Ralph bien pronto estuvo a la vista. Las madres más vigilantes y experimentadas comenzaron a sospechar que el método de

Librodot

flirtear que tenía mi hermano era más bien peligroso, mientras que su manera de bailar el vals era sencillamente inaceptable. Uno o dos de los padres, sumamente cautelosos, se sintieron alarmados por la laxitud de modales y de opiniones, de modo que optaron por alejar a sus hijas del peligro, decidiendo sencillamente acortar sus visitas a nuestra casa. Las demás ni siquiera se vieron en semejante necesidad. Mi padre de repente descubrió que Ralph se dedicaba de forma demasiado visible a una joven recién casada que pasaba una temporada alojada en nuestra casa de campo. Ese mismo día, tuvo con él una larga conversación en privado. Desconozco qué ventilaron entre ellos, pero tuvo que ser algo bastante serio. Ralph salió del despacho de mi padre muy pálido y muy silencioso; ordenó a un criado que preparase su equipaje de inmediato, y a la mañana siguiente partió con su valet francés y sus variadísimos objetos y bagatelas de fabricación francesa con rumbo al continente.

Pasó un tiempo, y recibimos luego una nueva y breve visita suya. Seguía sin cambiar en modo alguno. El humor de mi padre se resintió con esta segunda decepción. Se volvió más fastidioso, más silencioso, más proclive que de costumbre a darse por ofendido. Menciono en particular este cambio que se produjo en su disposición, porque ese cambio estaba destinado a repercutir fatalmente sobre mí, en un momento no muy lejano, por cierto.

Además, en esta última ocasión se produjo una seria desavenencia entre padre e hijo, y Ralph se marchó de Inglaterra casi de la misma manera que se marchó la vez anterior.

Poco después de su segunda despedida, tuvimos noticias de que había modificado su manera de vivir. Había contraído lo que, de acuerdo con el código moral del continente, se denominaría seguramente una relación de conveniencia con una mujer separada ya de su marido cuando él la conoció, una relación que al parecer lo había reformado. ¡Y la dama en cuestión tenía la altanera ambición de ser a un tiempo mentora y amante de mi hermano! No obstante, pronto demostró estar bien cualificada para realizar a la perfección tan valerosa empresa. Con inmenso asombro por parte de todos sus conocidos, Ralph se volvió repentinamente frugal; poco después, de hecho renunció a su puesto en la embajada para alejarse de todas las tentaciones. Posteriormente regresó a Inglaterra; se ha dedicado a coleccionar cajitas de rapé y a aprender a tocar el violín, y vive tranquilamente en los alrededores de Londres, sujeto aún a la vigilancia e inspección de la resuelta misionera que lo llevó a reformarse.

Que algún día llegue a ser el caballero acostumbrado más al campo que a la ciudad, de altos principios y no menos altas miras, tal como siempre ha deseado verle mi padre, es algo que para mí carece de sentido intentar adivinar. Los terrenos que él ha de recibir en herencia, posiblemente yo nunca más vuelva a hollarlos; en los salones que él ha de presidir, yo nunca más volveré a guarecerme. Permítaseme, pues, dejar a un lado todo lo que a mi hermano se refiere, para ocuparme de un tema que me resulta más cercano, querido incluso por ser el último recuerdo que puedo amar, más precioso si cabe que todos los tesoros que pudiera tener en esta soledad, en este exilio, lejos de mi hogar.

¡Mi hermana! Ojalá pudiera paladear generosamente tu adorado nombre en un relato como éste. Ya falta poco para que las tinieblas del crimen y del pesar me envuelvan del todo; aquí, todos mis recuerdos de ti prenden una luz purísima ante mis ojos, una luz de redoblada pureza por contraste con lo que me aguarda más allá. ¡Ojalá sean tus ojos amables, amor mío, los primeros que se posen sobre estas páginas cuando su autor se haya despedido de ellas ya para siempre! ¡Ojalá sean tus tiernas manos las primeras en tocar estos papeles, cuando las mías ya estén frías! Hasta ahora, Clara, cada vez que en mi narración he tenido que mencionar casualmente a mi hermana, me ha temblado la pluma hasta detenerse. En este punto en el que todas mis remembranzas de ti se apiñan en mí sin refreno de ninguna clase, me asoman las lágrimas con tal velocidad que apenas puedo contenerlas. Por vez primera desde que emprendí esta tarea, el valor y la presencia de ánimo me fallan.

Es inútil perseverar por más tiempo. Me tiembla la mano, los ojos se me nublan cada vez más. He de poner fin por hoy a mi labor y salir a reponer fuerzas y a recuperar sobre todo resolución en vistas al día de mañana, paseando por los cerros desde los que se domina el mar.

V

Mi hermana Clara es cuatro años menor que yo. Tiene una tez y un rostro que, con la excepción de los ojos, le dan un asombroso parecido con mi padre. En cambio, su expresión debe de ser muy similar a la que tenía mi madre. Siempre que la he observado en los momentos en que está callada, pensativa, me ha dado la impresión de refrescar e incluso de incrementar los vagos recuerdos infantiles que tengo de mi madre. Tiene en los ojos ese leve tinte de melancolía, esa ternura y esa peculiar suavidad en reposo que sólo se encuentra en las personas de ojos azules. Su tez, tan pálida como la de mi padre siempre que no esté hablando, ni tampoco moviéndose, tiene en mayor medida que la de él una acusada tendencia a colorearse no sólo en los momentos de agitación, sino siempre que va caminando, o cuando está hablando de algún asunto que le interese en especial. Sin esa peculiaridad, su palidez podría tenerse por un defecto. Con ella, toda ausencia de coloración en su piel, salvo ese color fugaz e incierto que he descrito, a más de uno le llevarán a descartar toda afirmación de su belleza. Y es posible que no sea, desde luego, una belleza, al menos en la acepción ordinaria del término.

Tiene la parte inferior del rostro quizá demasiado pequeña en comparación con la parte superior; es de talle demasiado delgado; su hipersensibilidad nerviosa es demasiado visible en sus actos, en su forma de mirar. No llamaría la atención, ni menos suscitaría admiración en un palco en la ópera; pocos hombres que se la cruzaran por la calle volverían la cabeza para mirarla mejor; pocas mujeres la contemplarían con esa mirada atenta pero desdeñosa, ese escrutinio firme y despectivo que tan a menudo suele llevarse toda muchacha vistosa y decididamente bonita, y que tan a menudo se tiene por un cumplido, o por señal de triunfo, cuando quien así la mira es de su mismo sexo y es inferior. Los más grandes encantos que tiene mi hermana en la superficie provienen de su interior.

Cuando uno llegaba a conocerla de veras, cuando lograba que ella hablase libremente, como si estuviera con un amigo, el atractivo de su voz, de su sonrisa y sus modales, entonces sí causaban una impresión indescriptible. Sus palabras más leves y sus actos más comunes eran capaces de interesar y deleitar por igual al que estuviera en esa situación, sin que llegase a saber por qué. Había gran belleza en su sencillez sin pretensiones, en su natural —exquisitamente natural— amabilidad de corazón, de palabra y de trato, que hacía prevalecer sobre uno su propia influencia discreta, a pesar de las influencias rivales, sean cuales fueran. La echabas de menos y pensabas en ella cuando acababas de abandonar la compañía de las mujeres más hermosas y brillantes. Recordabas algunas contadas, afectuosas palabras suyas nada más olvidar el ingenio de las damas más ingeniosas, el saber de las más sabias. La influencia que de ese modo poseía mi hermana, y la poseía inconscientemente, sobre todas aquellas personas con las que había tenido contacto, y muy especialmente sobre los hombres, podría explicarse, creo yo, en unas cuantas frases.

Vivimos en una época en la que muchísimas mujeres parecen tener la ambición de presentarse en sociedad como seres moralmente asexuados, para lo cual calcan el lenguaje y los modales de los hombres, sobre todo en lo tocante a ese miserable y moderno dandismo de conducta, que pretende reprimir todo lo que delate calidez de sentimiento, que se abstiene de desplegar el más mínimo entusiasmo sobre cualquier cuestión que se presente y que, en resumen, se esfuerza por hacer de esa imperturbabilidad facial que tan de moda está fiel reflejo de esa imperturbabilidad mental no menos de moda. A las mujeres de esta especie tan exclusiva y tan moderna les gusta emplear expresiones coloquiales en su conversación; asumen una brusquedad bastarda y masculina en su trato, una licenciosidad bastarda y masculina en sus opiniones; fingen ridiculizar toda manifestación visible de sentimiento, que suelen además motejar por lo común de «sentimentalismo». Ya no hay nada que las

impresione, las agite, las divierta o las deleite de forma cordial, natural, femenina. La simpatía parece irónica si es que llegan a mostrarla; el amor parece mera cuestión de cálculo, de burla, de desdén y padecimiento, caso de que lleguen a sentirlo.

Frente a mujeres como éstas, mi hermana Clara constituía un contraste tan radical como se pueda concebir. Y en ese contraste se hallaba el secreto de su influencia, del voluntario homenaje de amor y admiración que se le rendía allá por donde fuera.

Son pocos los hombres que no pasan en secreto por algunos momentos de intenso sentimiento, momentos en que, en medio de las desdichadas trivialidades e hipocresías de la sociedad moderna, se les presenta mentalmente la imagen de una mujer pura, inocente, generosa, sincera; una mujer cuyas emociones sigan siendo cálidas, capaces de causar impresión, y cuyos afectos y cuya simpatía puedan aún traslucir en sus actos y así dar color a sus pensamientos; una mujer en la cual podamos depositar una fe y una confianza tan plenas como si aún fuéramos niños, a la cual desesperamos de hallar cerca de las endurecedoras influencias de este mundo, a la cual a duras penas nos aventuramos a buscar, salvo en aquellos lugares solitarios y alejados, en el campo, en pequeños y recónditos altares rurales, al margen de la sociedad, entre bosques y cultivos, en cerros desiertos y lejanos. Cuando alguna mujer por casualidad cumple, o se queda muy cerca de cumplir las expectativas de una imagen como ésta, posee esa influencia universal a la que no hay rivalidad que se acerque. De ella en realidad depende, y gracias a ella en realidad se preserva esa exigencia del sincero respeto y la admiración de los hombres, en la cual se fundamenta el poder de todo el sexo, el poder que tan a menudo asumen tantos y que tan rara vez de veras poseen los menos.

Así era en el caso de mi hermana. Por donde quiera que fuese, aun sin tener la inclinación natural ni la ambición de brillar, eclipsaba a otras mujeres que la aventajaban por belleza, por formación, por lucimiento en las costumbres y en la conversación, pues conquistaba sin otra arma que el puro encanto femenino de cuanto decía y de cuanto hacía.

Sin embargo, no era en medio de la alegría y la pompa y circunstancia de la temporada londinense donde desplegaba su carácter al máximo; era, antes bien, cuando vivía en donde más le gustaba vivir, en la vieja casa de campo, entre los viejos amigos y los viejos criados que por ella hubieran soportado de buen grado mil veces la muerte, donde mejor era estudiarla y amarla. Era allí donde el encanto existente en la mera presencia de la amable, gentil, feliz jovencita netamente inglesa, capaz de colarse en el corazón de todos, en el interés de todos y mostrarse totalmente agradecida por el amor de todos, surtía su mejor y más brillante influencia. En los picnics, en las fiestas al aire libre y en las pequeñas reuniones campestres de toda clase, era, a su manera tranquila y natural, el espíritu que presidía la comodidad de los presentes, la amistad de los invitados. Hasta las muy rígidas leyes del puntilloso tratamiento campestre se relajaban ante su ánimo sin afectación, ante su natural bondad irresistible. Siempre se las ingeniaba, sin que nadie supiera cómo, para que hasta las personas de trato más formal renunciasen y olvidasen incluso su formalidad, portándose con total naturalidad durante el resto del día. Ni siquiera un tozudo, adormecido, callado terrateniente era. demasiado para ella. Se las ingeniaba para que éste se sintiera a sus anchas, cuando nadie más hubiera osado asumir semejante tarea: era capaz de escuchar con toda paciencia sus confusos parlamentos sobre los perros, los caballos, el estado de las cosechas, al tiempo que se ventilaban otras conversaciones en las que ella sí estaba de veras interesada; era capaz de recibir de mil amores toda pequeña atención, todo el agradecimiento que él quisiera rendirle, al margen de lo torpe o lo inoportuna que fuera, tal como recibía las atenciones de todos los demás, es decir, con un talante que daba claras muestras de que para ella era un favor que se otorgaba a los seres de su sexo, y no un derecho que tuviera porque sí.

Por eso, siempre conseguía que menguase la larga lista de penosas afrentas y ofensas que desempeña papeles de gran importancia en el drama social de nuestra sociedad campestre. Era la perfecta apóstol errante de la orden de la Reconciliación; allí por donde pasaba,

Librodot

desterraba todo pernicioso malhumor de las fortalezas en que se hubiera asentado, humildes y encumbradas por igual. Nuestro buen párroco la llamaba a veces su cura ayudante voluntaria, a la vez que estaba dispuesto a afirmar que con una de sus oportunas intervenciones, con una de sus miradas persuasivas, era como si ella predicase con los mejores sermones, con los más prácticos que se hubiesen compuesto jamás, sobre las bendiciones que entraña el hacer las paces unos con los otros.

Con su natural bondad infatigable, con su resolución y su diligencia al afrontar la tarea de hacer felices a todos los que se le acercaban, se mezclaba otra influencia indescriptible, que invariablemente la mantenía lejos de la presunción, incluso entre las personas más presumidas. Nunca conocí a nadie tan venturero, de palabra o de mirada, como para tomarse una libertad con ella. Había en ella algo que inspiraba tanto respeto como amor. Siguiendo la natural inclinación de sus ideas más peculiares y favoritas, mi padre siempre supuso que era el genio de la raza lo que brillaba en sus ojos, y que era el ascendiente de la raza lo que saltaba a la vista en sus modales. Yo creo que era algo debido a una causa no ya más simple, sino también mejor. Hay una bondad de corazón que porta el escudo de su pureza sobre la mano abierta de la amabilidad que inspira, y esa bondad era la suya.

Para mi padre, creo yo, ella era mucho más de lo que él llegó a imaginar, más de lo que sabrá reconocer, a menos que la pierda. En sus relaciones con el mundo en general, él se vio a menudo herido de gravedad en sus peculiares prejuicios, en sus peculiares refinamientos, pero siempre tuvo la seguridad de ver los primeros respetados y los segundos compartidos por ella. Podía confiar en ella implícitamente; podía estar tranquilo, que ella no sólo estaría deseosa, sino que sería además muy capaz de compartir con él sus angustias y problemas domésticos, y de aliviarle en ese sentido. Si no hubiera estado tan fastidiosamente ansioso por su primogénito, si hubiese desconfiado sabiamente y desde el principio de su propia capacidad de persuadir y reformar a Ralph, y si hubiese dejado que Clara ejerciera su influencia sobre él de modo más constante y más cabal, no me cabe ninguna duda de que aquella época tan esperada en que habría de sobrevenir la transformación de mi hermano hubiese llegado mucho antes de lo que llegó.

Los hondos, intensos sentimientos de mi hermana se hallaban muy por debajo de la superficie; para ser mujer, demasiado por debajo. Para ella, el sufrimiento era algo que era preciso resistir en silencio, en secreto, largo y tendido; a menudo era algo casi totalmente desprovisto de una salida exterior, de un desarrollo visible. No recuerdo haberla visto llorar nunca, salvo en alguna rara y muy seria ocasión. A menos que se la mirase muy de cerca, era más probable pensar que era muy poco sensible a las penas y a los contratiempos habituales. En tales ocasiones, sólo entrecerraba los ojos un poco más que de costumbre, al tiempo que se le volvían algo más opacos; la palidez de su piel se le marcaba más; los labios se le cerraban y le temblaban de forma involuntaria, pero eso era todo: por su parte, no había suspiros, ni llanto, ni un palabra más alta que otra. Sin embargo, sufría agudamente. La fuerza misma de sus emociones radicaba en su silencio, en su secreto. Y esto es algo que precisamente yo, culpable de infectar con mi angustia la pureza de un corazón que tanto me amaba, debiera saber mejor que nadie.

¡Cuánto más tiempo dedicaría a rememorar todo lo que ella ha hecho por mí! Ahora que me aproximo cada vez más a las páginas que han de poner en conocimiento del lector mi fatal historia, tanto más tentado me siento a demorarme en esos recuerdos de mi hermana, más puros y más gratos, que ahora me embargan el ánimo. Los primeros y pequeños regalos que en secreto me envió al colegio, inocentes regalos de niña pequeña; los primeros, dulces días de nuestro trato ininterrumpido, cuando el término de mi vida universitaria me devolvió a casa; las primeras e inestimables simpatías que tuvo con mis primeras, fugaces vanidades de escritor en ciernes, ahora que escribo esto se apiñan de nuevo, felizmente, en mis pensamientos.

Pero todos estos recuerdos han de ser calmos y disciplinados. He de ser sereno e imparcial en mi narración, aun cuando sólo sea con la intención de que dicha narración muestre con justicia y veracidad, sin suprimir ni exagerar nada, todo lo que a ella le he debido.

Y no es sólo que le haya debido cosas en el pasado; es también que le debo no pocas cosas en la actualidad. Aunque cabe sin duda la posibilidad de que no vuelva a verla nunca más y de que sólo me quede su recuerdo, Clara sigue influyendo en mí, al tiempo que sigue dándome consuelo, ánimo, esperanza, como si ya fuese el espíritu guardián de la casa de campo en que resido. Hasta en mis peores momentos de desesperación tengo presente que Clara está pensando en mí, que me compadece; todavía percibo ese recuerdo, como si fuera una invisible y misericordiosa mano que me da sostén, mientras me hundo, y que me levanta cuando he caído, y que aún puede, desde luego, llevarme con bien, con ternura, al final de mi arduo trayecto.

Librodot

VI

Doy por terminada la exposición de todas las noticias preliminares que atañen a mis parientes más cercanos, que tan necesaria era en estas páginas; puedo pasar a renglón seguido al asunto más inmediato de que trata mi narración.

Imagine el lector que mi padre y mi hermana llevan viviendo unos cuantos meses en nuestra residencia londinense; imagine también que hace muy poco me reúno yo con ellos, tras haber gozado de un breve viaje por el continente.

Mi padre está atareado con sus deberes de parlamentario. Lo vemos muy poco. Las reuniones de los comités le absorben las mañanas, las tardes se le van en los debates de la Cámara. Muy de vez en cuando tiene un día de asueto, pero lo suele pasar encerrado en su estudio, dedicado a sus asuntos. Rara vez se le ve en sociedad; si acaso, asiste a una cena con otros políticos o a una reunión de carácter científico. Tales son las únicas ocasiones en que le tienta el relajo de la sociedad.

Mi hermana lleva una vida que en el fondo no es muy acorde con sus gustos sencillos. Está harta de los bailes, de la ópera, de los juegos florales y de tantos otros pasatiempos alegres como ofrece Londres; de todo corazón anhela cabalgar de nuevo por los verdes caminos del campo en su pequeña carretela tirada por un poney, repartir trozos de bizcocho, a manera de premio, entre los niños buenos de la Escuela Infantil de la Parroquia. Sin embargo, la amiga que casualmente pasa una temporada con ella adora las emociones; mi padre cuenta con que ella acepte las invitaciones que él de mil amores declina, de modo que, como de costumbre, Clara ha de renunciar a sus propios gustos e inclinaciones, y se presenta en los calurosos salones que están llenos a rebosar de la buena sociedad, y escucha noche tras noche los mismos cumplidos insustanciales y gratuitos, las mismas preguntas de cortesía, hasta que, a pesar de su paciencia, de todo corazón desearía que sus amigos más a la moda residieran todos juntos en cualquier otro rincón del planeta, cuanto más lejos mejor.

Mi regreso, tras una temporada en el continente, es la noticia que recibe con más agrado, pues da un nuevo objetivo, un nuevo impulso a la vida que lleva en Londres.

Estoy atareado en la escritura de una novela histórica; en efecto, he estado en el extranjero principalmente con objeto de examinar con mis propios ojos las localidades en que transcurre mi relato. Clara ha leído los primeros seis capítulos aún sin terminar, manuscritos, y me augura un éxito maravilloso en el momento en que sea publicada mi obra de ficción. Está decidida a ordenar mi estudio con sus propias manos, a quitar el polvo de los libros, a ordenar los papeles. Sabe de sobra que soy tan quejoso y tan escrupuloso en lo que atañe a mis bienes y mis objetos literarios, que me indignan tanto las intromisiones de las doncellas y los plumeros en mis tesoros bibliográficos, como si fuese un veterano autor con veinte años de carrera literaria a mis espaldas, y ha resuelto ahorrarme toda aprensión a este respecto, para lo cual quiere ocuparse en persona de todo lo que haya que hacer en mi estudio, amén de ser ella la que conserve la llave de la puerta cuando a mí no me haga falta.

Aparte de las ocupaciones que tenemos en Londres, también encontramos entretenimiento; sin embargo, el más grato de nuestros pasatiempos nos lo proporcionan al fin y al cabo nuestros caballos. Todos los días salimos a montar, unas veces con amigos, otras solos los dos. Es en este tipo de ocasiones cuando volvemos la grupa a los parques y buscamos aquellos parajes de campo a los que podemos llegar con facilidad desde la ciudad. La zona por la que más nos gusta cabalgar es el norte de Londres.

A veces, llegamos tan lejos que podemos dar forraje a los caballos en una pequeña posada que me recuerda a las que hay cerca de nuestra casa de campo. Allí me encuentro el mismo salón que tiene el suelo de arena, decorado con los mismos grabados deportivos de

Librodot

siempre, amueblado de modo que destaque la misma mesa de caoba oscura, las sillas de madera de olmo, que recuerdo de la posada de nuestro pueblo. Clara, además, encuentra por los alrededores trozos de campo que recuerdan muchísimo a nuestro campo y árboles que bien podrían haber sido trasplantados expresamente para ella, de nuestro parque, allí.

Estas excursiones las guardábamos en secreto, pues nos gustaba disfrutarlas totalmente a solas los dos. Por otra parte, si mi padre se hubiera enterado de que su hija bebía la leche recién ordeñada que le ofrecía la tabernera, que su hijo probaba con mucho gusto la cerveza del tabernero, en una posada de carretera situada en las afueras de la ciudad, creo que con toda seguridad hubiese dado en sospechar que sus dos hijos habían perdido completamente el seso.

Las fiestas vespertinas las frecuento casi tan poco como mi padre. He de recurrir a la bondad natural de Clara para que cumpla por mí ese deber, tal como lo cumple por él. Y poco descanso le queda en esa tarea. Las parientas de avanzada edad y los amigos siempre están dispuestos a cuidar de ella, con lo cual no le dejan excusa para permanecer en casa. A veces me avergüenzo de mi comportamiento y la acompaño a más fiestas de lo normal; sin embargo, mi inveterada indolencia en estas cuestiones termina por vencerme una vez más. He contraído la mala costumbre de escribir por las noches; de día me dedico a leer casi sin descanso. Sólo por mi afición a los caballos consiento en interrumpir mis estudios; sólo por eso accedo a salir de casa.

Tales eran mis hábitos domésticos, mis ocupaciones y diversiones de costumbre, cuando un simple accidente alteró mi vida en todos los sentidos, transformándome de forma irrecuperable en el que soy ahora.

Así fue como ocurrió.

VII

Acababa de recibir mi asignación trimestral para cubrir mis gastos y había ido al centro de la ciudad para cobrar el cheque en el banco de mi padre.

Una vez cobrado ese dinero, me paré un momento a pensar cómo iba a regresar a casa. Primero pensé en caminar; luego se me ocurrió tomar un coche de punto. Mientras sopesaba esta frivolidad, pasó por delante de mí un ómnibus tirado por caballos, que circulaba con dirección oeste. Llevado por un perezoso impulso momentáneo, le hice una señal para que se detuviera y subí.

Fue, sin embargo, algo más que un mero impulso momentáneo. Si en aquella época no tenía mayores cualificaciones para dedicarme a la carrera de las letras, que en efecto estaba iniciando, tenía al menos una: la aptitud para descubrir diversos aspectos del carácter de los demás, así como algo que es resultado lógico de esta aptitud, a saber, un deleite inquebrantable en el estudio de los caracteres de toda clase, para lo cual me presentaba allí donde pudiera encontrarlos.

Antes, muchas otras veces había montado en un ómnibus con la intención de entretenerme observando a los pasajeros. Un ómnibus siempre me había parecido una especie de sala de exposiciones ambulante, en la cual salían a la luz todas las excentricidades de la naturaleza humana. No conozco ninguna otra esfera en la que se reúnan de forma tan surtida personas de toda clase y temperamento, ni otro lugar en el que se encuentren en tan marcado e inmediato contraste las unas con las otras. Limitarse a observar los diversos métodos de subir al vehículo y de tomar asiento que adoptan las distintas personas es como estudiar un comentario completísimo sobre las variedades infinitesimales que se presentan en el rostro del ser humano.

Así pues, cuando hice una señal al cochero, amén de ese mero impulso momentáneo también pesó entre mis pensamientos la idea de pasar un rato entretenido, de modo que me sumé a los pasajeros del ómnibus.

Cuando monté, había cinco personas. Dos damas de mediana edad, vestidas de sedas y satenes con pasmoso esplendor, las dos con guantes de cabritilla de color pajizo y con sendos pañuelos de bolsillo intensamente perfumados. Tenían un aire de haber ocupado sus asientos muy de mala gana, afectaban la más solemne gravedad e iban en completo silencio. Era evidente que sus magníficos adornos estaban así exhibidos en un lugar indigno de ellas, en medio de una compañía sumamente ajena y en modo alguno receptiva.

Una plaza de un lateral, cerca de la puerta, iba ocupada por un anciano adusto y curtido, vestido de negro, aunque con gran desaliño, que murmuraba sin cesar algo ininteligible, como si masticase las palabras con las encías desdentadas. Ocasionalmente, con evidente disgusto por parte de las acicaladas damas, se secaba la calva y la frente arrugada con un andrajoso pañuelo de algodón azul que guardaba en el interior del sombrero.

Enfrente de este anciano iban sentados un digno caballero y una niña pequeña que parecía enferma y tenía un aire alelado. Todos los acontecimientos de aquel día están grabados de forma indeleble en mi memoria, y por eso recuerdo no sólo la pompa que se daba ese caballero, sino también las palabras que dirigió a la pobre y escuchimizada criatura que iba a su lado. Cuando subí al ómnibus, estaba diciéndole en voz muy alta cómo debía arreglarse el vestido, cómo colocar los pies cuando subieran más pasajeros al vehículo. Acto seguido, quiso imprimir en ella, con vistas al futuro, la obligación de llevar siempre preparado el importe exacto del billete antes de que pasara el revisor, con objeto de no ocasionar retrasos innecesarios. Una vez ventilado este excelente consejo, se puso a tararear por lo bajo, llevando el compás al dar golpecitos con su grueso bastón de Malaca. Seguía con su

entretenimiento, produciendo uno de los sonidos más agudamente antimusicales que he oído nunca, cuando el ómnibus se detuvo para que subieran dos damas. La primera que entró era una persona de edad, pálida y deprimida; era palmaria su delicada salud. La segunda era una muchacha joven.

Entre las obras de la vida oculta que trabaja en nuestro interior, y que a buen seguro experimentamos, aun cuando no podamos explicarlas, ¿existe alguna más digna de nota que esas misteriosas influencias morales que de continuo ejerce un ser humano sobre otro, ya sea por atracción, ya por repulsión? En los más sencillos asuntos de esta vida, así como en los más cruciales, ¡qué sorprendente, qué irresistible es el poder de esas influencias! ¡Qué a menudo percibimos, placenteramente a veces, y otras con dolor, que alguien nos está mirando, y cómo lo sabemos antes incluso de verificar esa realidad con nuestros propios ojos! ¡Cuántas veces profetizamos para nuestros adentros, y luego resulta ser verdad, la llegada de un amigo o de un enemigo, antes incluso de que uno u otro aparezcan de veras! ¡Con cuánta extrañeza y brusquedad nos convencemos, cuando alguien nos es presentado, de que a esta persona la amaremos en secreto, de que a esa otra la odiaremos, antes de que la experiencia nos guíe, antes de que se produzca un solo hecho en relación con estos personajes!

He dicho ya que los dos pasajeros que subieron al vehículo en el que yo viajaba eran una señora de edad y una muchacha joven. Nada más tomar asiento esta última casi frente a mí, al lado de su acompañante, percibí directamente su influencia sobre mí, una influencia que no sé describir, que no había experimentado en toda mi vida, que nunca volveré a experimentar.

La ayudé a llegar hasta su asiento cuando pasó por delante de mí, aunque no fuera más que tocándole el brazo por un instante. En cambio, ¡cómo se prolongó la sensación de ese contacto! La sentí estremecedoramente; la sentí en todos mis nervios, en el pulso de mi corazón desbocado.

¿Tuve yo la misma influencia sobre ella, o fui yo quien la recibía y ella quien la ejercía? Sin embargo, estaba destinado a descubrirlo, aunque no entonces, sino mucho, mucho tiempo después.

Llevaba el velo sobre el rostro cuando la vi por vez primera. Sus rasgos, su expresión, no me fueron visibles con claridad; nada más pude percibir, de forma muy vaga, que era joven y hermosa. Al margen de esto, por más que quisiera imaginar, fue muy poco lo que pude ver.

Desde el momento en que entró en el ómnibus ya no tengo más recuerdos de lo que ocurrió en el vehículo. No recuerdo qué pasajeros bajaron, qué pasajeros pudieron subir. Toda mi capacidad de observación, hasta ese momento muy activa, me había abandonado del todo. ¡Qué raro es que los caprichos del azar puedan dejar en suspenso la actividad de nuestras facultades! ¡Qué raro es que cualquier bagatela pueda poner en movimiento toda la compleja maquinaria de nuestras facultades, y que otra baste para dejarla en suspenso!

Llevábamos un rato circulando cuando la acompañante de la joven le dirigió un comentario. Ella no le oyó del todo bien, así que se levantó el velo mientras su acompañante se lo repetía. ¡Cómo me dolió entonces cada latido de mi corazón! Poco me faltó para oírlo latir cuando su rostro, por primera vez, me fue libre y maravillosamente desvelado.

Era morena. El cabello, los ojos, la piel misma la tenía más oscura de lo habitual en las mujeres de Inglaterra. La forma de su cara, el aire que tenía en conjunto, añadido a lo que pude ver de su figura, me llevó a suponer que rondaría los veinte años. En sus rasgos ya despuntaba una madurez aparente, pero tenía todavía una expresión aniñada, sin formar, sin asentar del todo. En sus grandes ojos negros, cuando tomó la palabra, vi un fuego latente. Su languidez cuando callaba, esa voluptuosa languidez de los ojos negros, era todavía fugitiva, nada firme. La sonrisa de sus labios redondeados (que a otros ojos podrían haber parecido

demasiado redondeados) se esforzaba por ser elocuente sin atreverse del todo. Entre las mujeres siempre parece quedar algo incompleto, una creación moral que hubiera de imprimirse sobre lo estrictamente físico, que sólo el amor es capaz de desarrollar, y que la maternidad perfecciona más si cabe cuando ya está desarrollado. Mientras la miraba, pensé cómo se fijaría el color aún pasajero en sus mejillas redondeadas, oliváceas; en cómo se asentaría esa expresión aún titubeante, y en cómo resplandecería en plenitud el lujo de su belleza, cuando oyese las primeras palabras y recibiese el primer beso del hombre a quien amase.

Aún estaba mirándola cuando, como estaba sentada frente a mí y hablaba con su acompañante, nuestras miradas se encontraron. No fue más que un instante, pero la sensación que produce un instante a menudo nos proporciona un pensamiento para toda la vida, y ese mínimo instante dio vida nueva a mi corazón. Se bajó el velo de inmediato; movió los labios involuntariamente al bajarlo, y me pareció percibir, a través del encaje, que ese levísimo movimiento maduraba hasta dar lugar a una sonrisa.

Aún me quedaba muchísimo por ver, muchísimos detalles que iban a encandilarme. Así, el finísimo dobladillo de delicado encaje blanco, que rodeaba su adorable cuello moreno; así, su figura bien visible por la abertura del echarpe, sin duda esbelta, aunque plenamente desarrollada en su esbeltez, y exquisitamente fina; así, la cintura, de natural baja, de tamaño igualmente natural; así, los pequeños adornos de mercería y de joyería que llevaba, sencillos e incluso nada originales en sí, aunque cada uno de ellos era una hermosura, un tesoro, al verlos en ella. Todo esto estaba por contemplar, por disfrutar despacio, a pesar del velo. ¡Ay, el velo! ¡Qué poco oculta de la mujer, cuando el hombre que la mira de veras la ama!

Casi habíamos llegado ya al final del trayecto del ómnibus, cuando ella y su acompañante se bajaron. Las seguí con cautela y desde lejos.

Era alta, alta al menos para ser mujer. No había muchas personas en la calle por la que transitábamos; aunque las hubiese habido, por mucha que fuera la distancia a la que las seguía, nunca la habría perdido, ni la habría confundido con nadie más. Por desconocidos que fuéramos, ya tenía la sensación de que la reconocería incluso de lejos, sólo por su manera de caminar.

Siguieron hasta llegar a un barrio de casas nuevas, entremezcladas con terrenos baldíos y otros a medio construir. Estábamos rodeados por diversas calles sin terminar, plazas sin terminar, tiendas sin terminar, jardines sin terminar. Por fin, se detuvieron en una plaza recién construida y llamaron a la campanilla de una de las casas más nuevas. Se abrió la puerta, y por ella desaparecieron las dos. Era una casa parcialmente adosada; no tenía número, aunque sí un rótulo que la distinguía del resto: North Villa. La plaza, que estaba sin terminar, igual que todo lo demás en la vecindad, se llamaba Hollyoake Square.

En esa ocasión no me fijé en nada más acerca de la plaza. Su novedad, su aspecto desolado me repugnaron incluso entonces. Ya había quedado satisfecho con la situación de la casa, pues ya sabía que era su domicilio, ya que me había acercado lo suficiente para oírle preguntar, cuando le abrieron la puerta, si había recibido alguna visita mientras estaba ausente. Por el momento me bastó. Necesitaba reposo para asimilar mis sensaciones; mis pensamientos estaban necesitados de más serenidad. De inmediato me marché de Hollyoake Square rumbo a Regent's Park, cuya entrada norte no me quedaba del todo lejos.

¿Estaba enamorado, enamorado de una muchacha a la que había conocido accidentalmente en un ómnibus? ¿O me había entregado tal vez a un capricho momentáneo, y sólo había sentido el calor de la admiración apresurada que siente un hombre joven por una cara bonita? Ésas eran las preguntas a cuyas respuestas no hallaba solución. Mis pensamientos se hallaban en confusión total; mis ideas se descarriaban una a una. Seguí caminando y soñando a pleno día; no tenía impresiones concretas, si se exceptúa la belleza de la

desconocida que acababa de ver. Cuanto más intentaba serenarme, reanudar los sentimientos serenos y tranquilos con los que me había levantado por la mañana, menos dominio de mí tenía. Hay dos situaciones de emergencia en las que el hombre sabio de veras procura razonar a fondo y volver del impulso a sus principios, si bien lo intenta en vano: una es cuando una mujer le atrae por vez primera; la otra, cuando también por vez primera, esa mujer le ofende.

No sé cuánto tiempo llevaba caminando por el parque, absorto y sin pensar en nada, cuando las campanas de una iglesia cercana dieron las tres; con ese repicar me acordé de que me había comprometido para salir a dar un paseo a caballo con mi hermana a las dos en punto. Tardaría casi media hora en llegar a casa. Anteriormente, nunca había olvidado de este modo una cita con mi hermana. El amor aún no me había vuelto egoísta, como les pasa a todos los hombres, e incluso a las mujeres, más o menos. Sentí tanto pena como vergüenza por haberme olvidado de algo que al tiempo me hacía sentir culpable y avivé el paso camino de mi casa.

El mozo de cuadra, que me pareció indescriptiblemente hastiado y descontento, seguía acompañando a mi caballo del ronzal, por delante de la casa, de un lado a otro. El caballo de mi hermana ya había sido devuelto a los establos. Entré y me enteré de que, tras esperarme durante una hora, Clara había salido con algunas amistades y no regresaría antes de la hora de cenar.

En la casa no había nadie a excepción de los criados. Todo me parecía mortecino, vacío, inexpresablemente miserable. El lejano pasar de los carruajes por las calles de los alrededores sonaba con pesadez, como una mala señal; las puertas, al abrirse y cerrarse en las dependencias domésticas de la planta baja, me sobresaltaban y me irritaban; el aire londinense me resultaba más denso de respirar que nunca. Estuve paseando de un lado a otro de una estancia, sin saber qué decidir. Una vez encaminé mis pasos hacia mi estudio, pero volví atrás antes de entrar. En esos momentos, leer o escribir estaba fuera de cuestión.

Sentí que dentro de mí iba cobrando fuerza la secreta inclinación de volver a Hollyoake Square, e intentar ver de nuevo a la muchacha, o averiguar al menos quién era. Hube de esforzarme —sí, sinceramente lo digo— para reprimir ese deseo. Intenté reírme de él, pensar que era una ridiculez; intenté pensar en mi hermana, en el libro que estaba escribiendo, en cualquier cosa, salvo en el único asunto que me acuciaba cada vez con más fuerza, cuanto más me empeñaba en dejarlo de lado. Se había adueñado de mí el encantamiento de la sirena. Me eché a la calle, convenciéndome no sin hipocresía de que sólo me impulsaba una caprichosa curiosidad por saber el nombre de la muchacha, nada más, y de que una vez satisfecha podría dejar a un lado el asunto e incluso quedaría en libertad para reírme de mi propio desatino, de mi estupidez, tan pronto regresara a mi domicilio.

Llegué a la casa. Estaban bajadas todas las ventanas de la fachada, para resguardar del sol el interior. El jardincillo estaba desierto, cociéndose y crujiendo incluso por efecto del calor. La plaza estaba en silencio, un silencio desolado, como sólo se da en las plazas de los barrios periféricos. Caminé de un lado a otro, recorriendo la acera en la que el sol caía de plano, resuelto a enterarme de cómo se llamaba antes de marcharme de aquel lugar. Mientras seguía sin decidirme sobre el modo en que iba a actuar, un agudo silbido —que resonó doblemente agudo por el silencio reinante— me hizo mirar hacia el punto del que provino.

Un recadero —uno de esos Pucks de las calles y los caminos, una de esas encarnaciones de la astucia precoz, de la malicia inveterada, del humor y la impudicia, que sólo pueden darse en las grandes ciudades— se acercaba hacia mí con la bandeja vacía debajo del brazo. Lo llamé para que viniera a hablar conmigo. Era palmario que conocía al dedillo el vecindario, por lo que pensé que tal vez pudiera serme de utilidad.

La primera respuesta que dio a mis preguntas fue que su amo servía sus productos en la casa de North Villa. Con un chelín de regalo me aseguré de que prestase atención a las

Librodot

contadas preguntas de verdadera importancia que deseaba hacerle. Por sus contestaciones supe que el dueño de la casa se apellidaba «Sherwin», y que la familia constaba únicamente del señor y la señora, amén de su hija.

La última pregunta que le hice al chico fue la más crucial. ¿Sabía a qué empleo o profesión se dedicaba Mr. Sherwin?

Su respuesta me dejó sumido en un perfecto y estupefacto silencio. ¡Mr. Sherwin era el dueño de una gran pañería sita en una de las grandes avenidas de Londres! El chico me indicó el número y el lado de la avenida en que se hallaba el establecimiento y me preguntó si deseaba saber alguna cosa más. Sólo supe indicarle por gestos que podía marcharse, que ya había oído lo que deseaba oír.

¿Todo lo que deseaba oír? Si me había dicho la verdad, había oído demasiado.

¡Una pañería! ¡Era la hija de un simple tendero! ¿Seguía estando enamorado? Pensé en mi padre, pensé en el apellido que me había dado. Esa vez, aunque bien podría haber contestado la pregunta, ni siquiera me atreví.

Sin embargo, aún era posible que el chico estuviera equivocado. Tal vez, por pura malicia, me había engañado. Tomé la determinación de llegarme hasta la dirección que me había dado, para corroborar por mí mismo si era verdad.

Llegué al lugar en cuestión; allí estaba la tienda, con un rótulo que decía «Sherwin» colgado sobre la puerta. Aún me quedaba una posibilidad. Pudiera ser que ese Sherwin y el Sherwin de Hollyoake Square no fueran la misma persona.

Entré a adquirir algo. Mientras el dependiente me estaba envolviendo y atando el paquete, le pregunté si el dueño residía en Hollyoake Square. Algo perplejo ante la pregunta, me contestó afirmativamente.

—Es que hace tiempo conocí a un Mr. Sherwin —dije, forjando con esas palabras el primer eslabón de la larga cadena de engaños que más adelante iba a ponerme grilletes e iba a degradarme—, un Mr. Sherwin que actualmente, según tengo entendido, reside en una casa de Hollyoake Square. Este que le digo era soltero, pero no estoy seguro de que mi amigo y el dueño sean la misma persona.

—¡Oh, no! ¡Ni muchísimo menos, señor! El dueño está casado y tiene una hija, a la cual se tiene por una finísima damisela, señor. Se llama Miss Margaret.

Y el hombre sonrió al decir esto, con una mueca que me dio náuseas y me sobresaltó.

Por fin tuve respuesta. Lo había descubierto todo. ¡Margaret! También sabía cómo se llamaba. ¡Margaret! No había sido, por cierto, uno de mis nombres preferidos. En ese momento sentí algo parecido al terror, al descubrir que repetía ese nombre para mis adentros y que hallaba una nueva e inimaginada poesía en sus sonidos.

¿Sería acaso el amor, un amor puro, el primero, cuyo objeto era, sin embargo, la hija de un comerciante, a la que sólo había visto durante un cuarto de hora, en un ómnibus, amén de seguirla luego a su casa por espacio de otro cuarto de hora? No, tal cosa era imposible. Con eso y con todo, al mismo tiempo sentí una extraña reticencia ante la idea de volver a casa y ver a mi padre y a mi hermana precisamente en ese momento.

Aún iba caminando despacio, aunque no con rumbo a mi domicilio, cuando me topé con un antiguo amigo de mi hermano, un compañero de la universidad, que era también conocido mío: un tipo intrépido, bienhumorado y social. Me saludó nada más verme, con la misma ruidosa cordialidad de siempre, e insistió en que lo acompañara a cenar a su club.

Si los pensamientos que tanto seguían pesándome en el ánimo fueran solamente los mórbidos, caprichosos pensamientos del momento, ése era el hombre cuya compañía sería más indicada para disiparlos. Decidí intentar el experimento y acepté su invitación.

Durante la cena, intenté rivalizar con él en jovialidad, en chanzas; bebí mucho más vino del que tenía por costumbre, pero no sirvió de nada. Toda palabra de alegría surgía muy debilitada de mi corazón y llegaba muerta a mis labios. El vino me volvió febril, pero no me puso más jubiloso. La imagen de la morena belleza de la mañana seguía siendo todavía la única imagen que dominaba mis pensamientos; la influencia de la mañana, a un tiempo siniestra y seductora, seguía dominando por entero mi corazón.

Abandoné la pugna. Anhelaba estar de nuevo a solas. Mi amigo bien pronto se dio cuenta de que me flaqueaba ese ánimo forzado; intentó desperezarme, intentó hablar por los dos, pidió más vino al camarero, pero no sirvió de nada. Por fin, con un bostezo de desesperación no disimulada, sugirió que visitásemos un teatro.

Opté por disculparme; aduje una pequeña indisposición; insinué que había bebido quizá demasiado. Él se echó a reír, y en sus carcajadas noté un cierto desprecio, amén de su buen humor. A la postre, se fue al teatro él solo, dándose obviamente cuenta de que yo seguía siendo tan mal compañero como lo fui en la universidad, años antes.

Tan pronto nos despedimos noté un cierto alivio. Titubeé; di por la calle unos cuantos pasos hacia aquí y hacia allá, y acallando luego todas mis dudas, dejando que mis inclinaciones me guiaran a su antojo, me encaminé por tercera vez en lo que iba de día hacia Hollyoke Square.

La apacible tarde de verano se combaba hacia el crepúsculo. El sol estaba ya bajo, aunque resplandeciente, en un horizonte sin nubes, y la última y más reposada hora de luz diurna se agotaba en un cielo violáceo cuando entré en la plaza.

Me acerqué a la casa. La vi por la ventana, que estaba abierta de par en par. Había una jaula colgada a bastante altura, del panel de la contraventana. Ella estaba enfrente, jugando con el pobre canario cautivo con un azucarillo, que ponía a su alcance por entre los barrotes, para retirarlo rápidamente y enseñárselo después por otro barrote, y por otro. El pajarillo saltaba y aleteaba de un lado a otro de su prisión, piando como si de veras disfrutase de su parte en el juego que le proponía su ama. ¡Qué adorable estaba ella! Llevaba el cabello castaño peinado en dos crenchas, de modo que la parte inferior de la oreja resultara visible, y recogido en un grueso y sencillo moño en la nuca, sin ornamento de ninguna clase. Llevaba un sencillo vestido blanco, abrochado en el cuello, de modo que descendía sobre su regazo formando innumerables pliegues pequeños y ondulados. La jaula estaba colgada a una altura suficiente para que tuviese que mirar hacia arriba. Se reía con el alborozo de una niña pequeña, a la vez que movía sin cesar el azucarillo de un barrote a otro. A cada instante, su cabeza y su cuello adoptaban un nuevo giro, cada vez más adorable; a cada instante, su figura adoptaba con naturalidad la postura que mostraba mejor su más lucida simetría. El último relumbre del ambiente vespertino le daba aún de lleno, la pausa con que se despedía la luz diurna sobre la luz diurna de la belleza y la juventud.

Me quedé escondido tras una columna de la cancela; la miraba sin atreverme a mover, ni a respirar siquiera, pues me daba miedo que, si me viese o me oyese, decidiera alejarse de la ventana. Tras varios minutos de juego, el canario por fin tocó el azucarillo con el pico.

—¡Eso es, *Minnie*! —exclamó, entre risas—. Ya has pescado el azucarillo fugitivo, así que te lo puedes quedar.

Durante un minuto más permaneció muy quieta, mirando la jaula. Luego se puso de puntillas, hizo un mimo con los labios fruncidos, dedicado al canario, y desapareció en el interior de la habitación.

Se puso el sol; las sombras del crepúsculo invadieron la lóbrega plaza; se encendieron cerca y a lo lejos las farolas de gas; las personas que habían salido a tomar el fresco por los campos ya volvían a sus casas en parejas o en solitario, mientras yo permanecía cerca de la casa, con la esperanza de que de nuevo se asomara a la ventana. Pero no volvió a aparecer.

Librodot

A la sazón, una criada entró con velas en la habitación y cerró las persianas venecianas. Sabedor de que no tenía sentido seguir allí por más tiempo, me marché de la plaza.

Caminé, alegre, hacia mi casa. Haberla visto por segunda vez me sirvió para completar lo que había empezado cuando la vi por vez primera. La impresión que me había causado el primer encuentro me hizo insensible a todo presagio, a toda reflexión, despreocupado, ajeno al ejercicio de la más mínima contención. Me entregué por entero al encantamiento que estaba obrando en mi interior. La prudencia, el deber, los recuerdos y los prejuicios de mi casa fueron absorbidos y olvidados por efecto del amor, un amor que quise fomentar, que se regocijó más aún en el primer lujo temerario de una nueva sensación.

Entré en casa sin pensar en otra cosa que en cómo podría verla, cómo podría hablar con ella al día siguiente y sin tardanza, murmurando su nombre para mis adentros, incluso en el momento en que abrí el pestillo de mi estudio. Nada más entrar en la estancia, involuntariamente me estremecí y me quedé boquiabierto, sin saber qué decir. ¡Clara estaba dentro! No sólo me sobresalté, sino que además me invadió una fría sensación, como un desmayo. Sólo de mirar a mi hermana me sentí como si me hubiese sorprendido in fraganti en la comisión de un crimen.

Estaba de pie ante mi escritorio; acababa de coser las páginas sueltas de mi manuscrito, que hasta entonces estaban en un cajón. No recuerdo dónde se celebraba aquella noche un baile por todo lo alto, al cual tenía pensado asistir. Llevaba un vestido de crepé azul pálido (el color preferido de mi padre). En su cabello castaño claro se había colocado una flor blanca. Estaba en el círculo de luz suave que proyectaba mi lámpara de mesa, mirando hacia la puerta, con las hojas que acababa de coser en la mano. Tenía la tez más pálida que nunca: su rostro casi parecía el de una estatua, por su pureza y su reposo. ¡Qué contraste tan marcado con la otra viva imagen que había visto a la caída de la tarde!

El recuerdo de la cita a la que había faltado volvió vengativamente sobre mí, al verla sonreír y sostener mi manuscrito de modo que yo pudiera admirar su trabajo. Con ese recuerdo también regresaron, más negras que nunca, las dudas ominosas que me habían deprimido el ánimo muy pocas horas antes. Intenté hablar con voz firme y noté que fracasaba en mi empeño al dirigirme a ella.

—¿Me querrás perdonar, Clara, por haberte privado hoy de tu paseo a caballo? Me temo que sólo tengo una mala excusa...

—Entonces es mejor que no me la digas, Basil. O espera si no a que papá la exponga por ti de manera convincente, como en el Parlamento, cuando regrese esta noche. Mira, he intentado ordenar tus papeles, pero estaban en un desorden tal que de veras temí perder algunas de estas hojas.

—Ni las hojas ni su autor merecen la mitad de las molestias que te has tomado, pero créeme que de veras siento haber faltado a nuestra cita. Me encontré con un viejo amigo de la facultad, por la mañana tuve mucho trabajo, y cenamos juntos. No quiso admitir una negativa por respuesta...

—¡Basil, qué pálido estás! ¿No estarás enfermo?

—No, creo que ha sido el calor, nada más.

—¿Ha ocurrido algo? Te lo pregunto tan sólo porque si puedo ser de alguna utilidad... Si quieres que me quede en casa...

—Ni muchísimo menos, cariño. Te deseo un gran éxito en el baile y que te diviertas muchísimo.

Por un instante no dijo nada, y fijó en cambio sus ojos claros y afables en mí, con más seriedad y angustia que de costumbre. ¿Estaba acaso escrutando mi corazón y descubriendo quizá el nuevo amor que en mi seno crecía, un usurpador, en el lugar en el que antes había

reinado mi amor por ella?

¡El amor! ¡Ay, el amor por la hija de un comerciante! Me volvió a las mientes esa idea mientras Clara me observaba; curiosamente mezclada con ella, me acordé de una máxima que mi padre había repetido muchas veces a Ralph: «Nunca te olvides de que tu posición social no te pertenece solamente a ti, y recuerda que no puedes hacer con ella lo que te plazca. Nos pertenece también a nosotros, así como pertenece a tus hijos. Habrás de mantenerla por ellos, tal como yo la he mantenido por ti».

—Pensé que antes de irme al baile —prosiguió Clara, aunque en un tono más grave que antes— me gustaría echar un vistazo en tu habitación para comprobar que todo estuviera en orden, como a ti te agrada, por si acaso tuvieras la intención de escribir esta noche. Me quedaba tiempo para esto mientras mi tía, que va a acompañarme, está en el piso de arriba terminando de acicalarse. Claro que a lo mejor no sientes el deseo de ponerte a escribir, ¿verdad?

—Al menos lo intentaré.

—¿Puedo hacer alguna cosa más por ti? ¿Quieres que deje mi ramillete en tu habitación? ¡Las flores están fresquísimas y huelen que da gusto! No me costará nada recoger otro ramo. ¡Mira que rosas! Son rosas blancas, mis favoritas. Siempre me recuerdan mi jardín, allá en nuestra casa de campo.

—Muchas gracias, Clara, pero creo que el ramillete es más idóneo en tu mano que sobre mi mesa.

—Buenas noches, Basil.

—Buenas noches.

Se dirigió hacia la puerta, pero se dio la vuelta y sonrió como si estuviera a punto de decir alguna cosa más. Sin embargo, se contuvo; se limitó a mirarme por un instante. En ese instante, de todos modos, la sonrisa que esbozaba desapareció de su rostro y de nuevo adoptó esa expresión de seriedad y de angustia. Salió sin hacer ruido. Minutos después, oí alejarse pesadamente el carruaje que la llevaba al baile en compañía de su tía. Me había quedado a solas en la casa, a solas para pasar la noche.

VIII

Mi manuscrito estaba delante de mí, bien ordenado por las esmeradas manos de Clara. Fui pasando las hojas lentamente, pero mis ojos tan sólo se posaban mecánicamente en lo escrito. Nada más que un día antes, ¡cuánta ambición, cuántas esperanzas, cuántas y cuan queridas sensaciones de mi corazón —y mis más elevados pensamientos— habitaban en aquellas pobres hojas de papel, en aquellas minúsculas, garrapateadas marcas de tinta! En esos instantes, de golpe pude mirarlas con total indiferencia, casi como las hubiese mirado un desconocido. Los días de calma y de estudio, de firme labor y de pensamiento, parecían terminados para siempre. Aquellas ideas que agitaron el conocimiento almacenado con paciencia, las visiones mejores que todo lo que este mundo pueda depararnos, todo ello quedó posado con frescura y con buen ánimo, poco a poco, en las páginas de mi primer libro: todo era ya pasado irrecuperable, marchito todo por el acalorado aliento de los sentidos, condenado a un destino estéril, cuyo germen fue un accidente ocurrido en un día de ocio.

Rápidamente dejé a un lado el manuscrito. Mi inesperada entrevista con Clara había calmado las turbulentas sensaciones que experimenté poí la tarde y al principio de la noche; sin embargo, la fatal influencia de aquella belleza morena seguía estando en mí. ¿Cómo iba a escribir?

Tomé asiento ante la ventana abierta. Daba a la parte de atrás de la casa, sobre una franja ajardinada —un jardín londinense— que era una mazmorra en la que la naturaleza mal medraba cerrada a cal y canto; los tocones de los árboles y las flores alicaídas parecían aspirar visiblemente a una mayor cantidad de aire fresco, al sol y a la amplitud del campo, debido al ambiente hollinoso que reinaba en prisión, entre las altas paredes de ladrillo. Sin embargo, había espacio para que corriese el aire, al tiempo que esa franja servía para alejar el tumulto y el bullicio de las calles. Había salido la luna y brillaba tiernamente rodeada por un fino festón de luz amarilla pálida. Por lo demás, el horroroso vacío de la noche resaltaba en ausencia de estrellas; el tenebroso lustre del espacio refulgía sin una sola nube.

En mi interior se formó un presentimiento: que en esa hora solitaria y aquietada iba a tener lugar mi decisiva, definitiva lucha contra mí mismo. Sentí que la vida o la muerte de mi corazón dependía de lo que acaeciera aquella noche.

El nuevo amor que había en mí, la gigantesca sensación que había crecido en un solo día, era el primer amor. Hasta ese momento, mi corazón nunca se había desgarrado. Nada sabía yo de la pasión que más absorbe a la humanidad. Ninguna mujer se había interpuesto entre mis ambiciones, mis ocupaciones, mis diversiones y yo. Ninguna mujer me había inspirado jamás las sensaciones que yo sentía entonces.

Al procurar calibrar en qué posición me encontraba, debía considerar ante todo una cuestión: ¿tenía aún la fuerza suficiente para resistir a la tentación que un mero accidente me había arrojado al paso? Tenía un incentivo para resistirme, a saber, la convicción de que, si sucumbiera, en lo referente a mis perspectivas de familia terminaría por ser un hombre arruinado.

Conocía bien cómo era el carácter de mi padre: sabía hasta qué extremo podían prevalecer sus afectos y sus simpatías por encima de sus prejuicios, e incluso de sus principios, en algunos casos peculiares; este mismo conocimiento me persuadió de que las consecuencias de un matrimonio degradante que pudiera contraer su hijo (degradante en cuanto al rango, claro está), serían terribles, fatales para uno, puede que para los dos. Cualquier otra irregularidad, cualquier otro ultraje incluso, podría perdonarlo tarde o temprano. En cambio, esa irregularidad, esa ofensa, nunca jamás podría perdonarla, ni siquiera si se le rompiera el corazón por ello. Estaba segurísimo de eso, tan seguro como estaba de existir en esos instantes.

Librodot

¡La amaba! ¡Todo lo que sentía, todo lo que sabía se resumía en esas dos palabras! Por perjudicial que fuera mi pasión para el ejercicio de mis facultades mentales, así como para mi sinceridad y para mi sentido del deber en mis relaciones con los míos, era sin embargo un sentimiento puro hacia ella. Es verdad. Si ahora mismo yaciera en mi lecho de muerte, si supiera que el Día del Juicio Final tuviese que responder de la veracidad o la falsedad de los renglones que acabo de escribir, podría afirmar en mi último suspiro que así fuera y que quedasen como están.

No obstante, ¿qué importaba mi amor por ella? Por digna que fuese de mi amor, yo había errado al alimentar ese sentimiento, porque el azar, ese mismo azar que podría haberle dado posición y familia, le había colocado en un rango demasiado lejano en esta vida, demasiado inferior al mío. Si fuese hija de un «caballero», mi padre le hubiese dado su acogida y todo su afecto cuando yo la llevara a casa en calidad de esposa mía. Siendo como era hija de un comerciante, la cólera de mi padre, la desdicha de mi padre, mi propia ruina tal vez por añadidura, serían la dote fatal que le confiriese tal matrimonio. ¿A qué era debida tantísima diferencia? A un prejuicio social, sí, aunque era un prejuicio que en nuestra casa había sido principio rector o, más aún, religión, ya desde el día en que nací, e incluso desde hacía varios siglos.

(¡Qué extraña esa previsión del amor que precipita el futuro en el presente! ¡Allí estaba yo, pensando en ella, pero ya convertida en mi esposa, antes quizá de que hubiera podido sospechar siquiera qué pasión había inspirado en mí, vejando mi corazón y fatigando mis pensamientos, antes de hablar con ella, como si el peligroso descubrimiento de nuestro matrimonio estuviese ya al alcance de mi mano! Desde entonces he pensado más de una vez en qué antinatural me habría parecido esto si me lo hubiese encontrado en un libro.)

¿De qué modo podría aplastar yo mi deseo de verla, de hablar con ella al día siguiente? ¿No sería aconsejable que me marchase de Londres, de Inglaterra incluso, y que huyese de la tentación sin que importase adonde, ni a costa de qué sacrificio? ¿Debería tal vez refugiarme en mis libros, en los amigos apacibles, inmutables, antiguos, que me habían acompañado desde mis primeras horas pasadas al calor de la lumbre? ¿Tenía resolución suficiente para fatigar mi corazón por medio de la dureza, la seriedad, la esclavitud del estudio? Si me fuera de Londres al día siguiente, ¿podría tener la conciencia tranquila a sabiendas de que no podría regresar al día siguiente?

Durante las horas de la noche, mientras de este modo me esforzaba en vano por sopesar en calma mi situación, nunca se me pasó por las mientes la indigna idea que bien podría habérsele ocurrido a cualquier otro que estuviera en mi lugar: ¿por qué iba a casarme con la muchacha? ¿Sólo porque la amaba? Con mi dinero, mi posición social y las oportunidades de que disponía, ¿por qué me obstinaba en conectar amor y matrimonio como si sólo fueran una única idea? ¿Por qué me empeñaba en ver un dilema y un peligro allí donde no tenía por qué existir ni lo uno ni lo otro? Si una idea como ésta se me hubiera pasado por la cabeza, aunque fuese de la forma más difusa y vagarosa, me habría escudado de ella, me habría escudado de mí con auténtico horror. Fueran cuales fuesen las nuevas degradaciones que aún me reservara el futuro, el consuelo y la santidad de este recuerdo han de ser todavía míos. Mi amor por Margaret Sherwin era digno de ser la ofrenda que yo hiciera a la mujer más pura y más perfecta que había creado Dios.

Avanzó la noche; los ruidos que me llegaban, débiles, desde las calles remitieron hasta cesar del todo; mi lámpara titiló hasta apagarse; oí que regresaba del baile el carruaje de Clara. Las primeras, frías nubes del día asomaron y ocultaron el halo menguante de la luna; el aire se enfrió con el frescor matinal, la tierra se purificó con el rocío de la mañana, y yo seguía sentado ante la ventana abierta, debatiéndome con mis ardientes pensamientos de amor por Margaret, debatiéndome por pensar con serenidad y con provecho, abandonado a una pugna

que se renovaba en todo momento, aunque nunca variaba. Hora tras hora, fue siempre una pugna en vano.

A la postre empecé a pensar de forma cada vez menos clara; pasaron unos momentos más y me hundí en un sueño ligero, inquieto, febril. Y empezó de ese modo otra durísima prueba, una prueba más peligrosa: la de los sueños. Los pensamientos y las sensaciones que había contenido de forma cada vez más débil, a cada hora de vigilia que iba transcurriendo, se rebelaron dentro de mí y se liberaron perfectamente de todo intento de controlarlos.

He aquí lo que soñé.

Me encontraba en una anchurosa llanura, cercada por un lado por la espesura del bosque, cuyas recónditas, oscuras profundidades parecían insondables a la vista; al otro, la cercaban unos cerros que iban elevándose cada vez más, hasta perderse de vista entre unas brillantes, bellas nubes blancas que refulgían bajo el sol. Por el flanco del bosque, el cielo estaba oscuro y vaporoso. Era como si una espesa emanación se hubiera levantado entre los árboles, extendiéndose sobre el claro firmamento de aquella parte de la escena.

Según me hallaba en la llanura, mirando a mi alrededor, vi que una mujer venía hacia mí desde el bosque. Era bastante alta; llevaba suelto el cabello, largo y negrísimo, y una túnica del tono pardusco del vapor y de la niebla que estaba suspensa sobre los árboles, que le llegaba hasta los pies en gruesos pliegues cada vez más oscuros. Avanzaba hacia mí a buen paso y con suavidad, atravesando el terreno tal como atraviesan las sombras de las nubes los maizales en sazón o el agua en calma.

Miré al otro lado, hacia los cerros, y allí vi a otra mujer que descendía desde sus lomas luminosas; su túnica era blanca, pura, reluciente. Tenía el rostro iluminado como si le diera de lleno la luna de agosto; sus pasos, según bajaba de los cerros, dejaban una estela de luminosidad que centelleaba hasta muy lejos, como la estela de las estrellas cuando lucen en noche de invierno clara y fría. Llegó al punto en que los cerros daban paso a la llanura. Allí hizo un alto, y supe que me observaba desde lejos.

Entretanto, la mujer del bosque tenebroso seguía acercándose a mí, sin detenerse en ningún momento, al contrario que la mujer de las colinas claras. Pude ver entonces su rostro. Tenía los ojos lustrosos y fascinantes, como los ojos de una serpiente; grandes, oscuros, suaves, como los de una corza. Venía con los labios entreabiertos en una sonrisa algo lánguida y se echó los largos cabellos hacia atrás, apartándoselos de las mejillas, el cuello y el pecho, mientras yo la contemplaba.

Tuve entonces la impresión de que una luz procedente del lado opuesto me daba de lleno. Me di la vuelta y vi que la mujer de los cerros me indicaba mediante gestos que ascendiera con ella hacia las brillantes nubes que estaban en lo más alto. Su brazo, al extenderlo, brillaba con especial luminosidad pese a estar en los cerros claros de por sí. De su mano extendida salían largos y finos haces de una luz temblorosa, que penetraban hasta donde me encontraba yo, frescos y sosegantes al alcanzarme.

Sin embargo, la mujer del bosque siguió acercándose cada vez más, hasta que noté su acalorado aliento sobre mi cara. Me miró a los ojos con unos ojos que me fascinaron, al tiempo que abría los brazos como si fuese a abrazarme. Le toqué la mano, y en un instante noté que ese tacto me recorría como si fuera fuego de la cabeza a los pies. En ese momento, sin dejar de mirarme con insistencia, con sus ojos salvajes y brillantes, entrelazó sus flexibles brazos alrededor de mi cuello y me arrastró con ella, dando unos cuantos pasos en dirección al bosque.

Noté que ya no sentía los rayos de luz brotados de aquella mano que me indicaba que le siguiese y que me habían alcanzado antes; una vez más volví la mirada hacia la mujer de los cerros. Ascendía de nuevo hacia las nubes brillantes, deteniéndose a cada trecho, continuamente, para darse la vuelta y quedarse un momento retorciéndose las manos,

cabizbaja, como si tuviera una pena amarga. La última vez que la vi mirar hacia mí estaba ya muy cerca de las nubes. Se cubrió el rostro con la túnica y se arrodilló, mirando hacia donde yo estaba. Después de esto ya no volví a verla, pues la mujer del bosque me aferró con más fuerza que antes, a la vez que me besaba en los labios con sus labios cálidos. Fue como si su larguísima cabellera cayese sobre nosotros dos, extendiéndose sobre mis ojos como si fuera un velo que así ocultó las claras cumbres de los cerros y la mujer que seguía caminando hacia las brillantes nubes que había en lo alto.

En brazos de la mujer oscura fui arrastrado, al tiempo que me hervía la sangre y me faltaba el aire en los pulmones, .hasta que nos adentramos por los secretos rincones escondidos entre la insondable hondura de los árboles. Allí me rodeó del todo con los pliegues de su túnica crepuscular, apoyó su mejilla contra la mía y murmuró algo que me sonó a música misteriosa, a pesar del silencio nocturno y de las tinieblas en que estábamos sumidos. Y ya no pensé en regresar a la llanura, pues me había olvidado de la mujer de los cerros claros, entregándome en cuerpo y alma a la mujer del bosque tenebroso.

Aquí terminó el sueño. Desperté.

Era totalmente de día. Lucía el sol, muy brillante, sin una sola nube en el cielo. Miré el reloj y vi que se me había parado. Poco después oí que el reloj del vestíbulo daba las seis.

El sueño me había quedado vividamente impreso en la memoria, sobre todo su último tramo. ¿Sería quizá una advertencia de los acontecimientos que estaban por venir, presagiados así en las desatinadas visiones que se tienen al dormir? En tal caso, ¿qué propósito podía tener ese sueño, o cualquier otro sueño, por cierto? ¿Por qué se había quedado inconcluso, por qué no terminaba de mostrarme las consecuencias visionarias de mis actos visionarios? ¡Qué preguntas tan supersticiosas! ¡Qué dispendio de atención para dedicarla así a una bagatela como es siempre un sueño!

A pesar de todo, esa bagatela sí había dado pie a un resultado que sería duradero. No lo sabía entonces, pero ahora sí lo sé. Mientras disfrutaba de la revivificante y tranquilizante luz del sol, me fue sumamente fácil descartar por ridicula, desechar de mi mente, o de mi conciencia, mejor dicho, la tendencia a ver en las dos figuras sombrías de mi sueño la encarnación de dos personas de carne y hueso, cuyos nombres a punto estuvieron de brotar temblorosos de mis labios; en cambio, no pude desechar también de mi corazón las imágenes del amor que me había dejado el sueño y que mis sentidos veneraban. Ese resultado de la noche perduró dentro de mí, creciendo y fortaleciéndose minuto tras minuto.

Si hubiera sabido de antemano que la mera visión de la mañana me iba a reanimar, me iba a devolver el aplomo, habría tachado la predicción de absoluto disparate, y habría descartado toda consideración al respecto. Sin embargo, ahí estaba. Las melancólicas reflexiones, los augurios, el miedo y el debate vividos durante las horas de tinieblas desaparecieron con la luz del día. Sólo permanecieron en mí los pensamientos de amor por Margaret, ya sin estar en tela de juicio, sin oposición de ninguna clase. ¿Eran, pues, las consideraciones trazadas horas antes semejantes a las neblinas nocturnas, que se desvanecen cuando regresa la luz del sol? No lo sabía. Pero era joven, y cada mañana es tanto como la vida nueva de la juventud, como la vida nueva de la naturaleza.

Así pues, salí de mi estudio. Que llegaran las consecuencias como debieran y cuando debieran; ya no pensé más en ello. Fue como si al salir de mi estancia me hubiese desembarazado de todo pensamiento melancólico, como si mi corazón saltase con más elasticidad que nunca, después de la pesada carga que hubo de soportar durante la noche. ¡Gozo en el presente, esperanza en el futuro, azar y fortuna en los que confiar hasta el final! Ése era mi credo cuando me eché a la calle, decidido a ver a Margaret otra vez, decidido a decirle que la amaba antes de que concluyera el día. Con el alborozo del aire fresco y la alegría del sol brillante, encaminé mis pasos hacia Hollyoake Square con el corazón tan ligero

como el de un mozalbete al salir dé la escuela, contento de repetir por el camino los versos de Shakespeare: «La esperanza es el cayado de un amante; camina en lo sucesivo con su apoyo, y úsalo contra todo pensamiento que te lleve a desesperar».

IX

Londres despertaba por todos los rincones con su actividad matinal cuando comencé a recorrer las calles. Era el momento en que se levantaban las persianas de las tabernas; esos vampiros de la bebida que sorben la vida de Londres abrían los ojos a tiempo de comenzar a otear las presas que iban a caer en sus garras con el nuevo día. Los estancos y las tiendas de provisiones de los barrios más pobres; las sucias casas de comidas, de las que ya salían vapores malolientes, grasientos, y que exhibían una hoja del periódico del día anterior, sucia y agitada por el viento, en cada una de sus ventanas, desplegaban ya su comercio cotidiano, o se disponían a hacerlo. Por aquí, un obrero se apresuraba para no llegar tarde a su trabajo; por allá, un robusto y anciano caballero iniciaba su paseo matutino antes de desayunar. Pasaba una carreta del mercado, ya descargada, de regreso a la granja de la que había salido; pasaba si no traqueteando un coche de punto cargado de maletas, de pasajeros pálidos y soñolientos, camino del tren o del vapor que fueran a tomar. Vi cómo se renovaba por doquier la vitalidad poderosa de la gran ciudad y sentí un inusitado interés por todo lo que veía. Era como si todas las cosas, por todos lados, reflejasen ante mis propios ojos el aspecto que debía de tener mi corazón.

Sin embargo, la quietud y el sopor de la noche aún pendían sobre Hollyoake Square. Aquel barrio desangelado parecía reivindicar su aburrimiento siendo el último en despertar y adquirir un remedo al menos de actividad y de vida. En North Villa aún no se desperezaba nada. Seguí caminando hasta rebasar las últimas casas y adentrarme por los hollinosos campos de Londres, e intenté pensar en el curso de los acontecimientos que debía propiciar con objeto de ver a Margaret en persona, y de hablar con ella, antes de regresar a mi domicilio. Al cabo de un rato, mucho más de media hora, volví sobre mis pasos y llegué a la plaza sin haber trazado aún plan ni proyecto ninguno, pero a pesar de todo resuelto a salirme con lo que pretendía.

La cancela de la verja de North Villa estaba abierta. Una de las criadas de la casa se hallaba junto a ella, como si quisiera tomar el fresco, al tiempo que echar un vistazo, antes de comenzar el cumplimiento de sus deberes de cada día. Avancé hacia ella, decidido a hacerme con sus servicios y dispuesto a emplear todas mis dotes de persuasión, o bien el dinero que fuera necesario.

Era joven (¡más a mi favor!, pensé), gordezuela, rubicunda, y a la vista estaba que nada tenía de descuido en lo tocante a su apariencia personal (¡otro punto a mi favor!). Al ver que me aproximaba, sonrió y se pasó el delantal presurosamente por la cara, limpiándola con esmero para estar presentable cuando yo la inspeccionase, de modo muy similar al cuidado que pone un vendedor en sacar brillo a un mueble cuando ve que uno se detiene a estudiarlo.

—¿Estás al servicio de Mr. Sherwin? —le pregunté, al llegar a la cancela.

—Sí, como simple cocinera, señor —contestó la muchacha, a la vez que se daba un último y furioso frote con el delantal en la mejilla.

—¿Te sorprendería mucho si te pidiera que me hicieses un gran favor?

—Bueno, señor... La verdad, usted me es desconocido, así que... ¡no lo sé, de veras! —Calló y siguió frotándose con el delantal, sólo que esta vez fue con los brazos.

—Espero que no sigamos siendo desconocidos por mucho tiempo. ¿Y qué te parece que empezáramos a tratarnos si yo te dijera que estarías más bonita con unas cintas más llamativas en la cofia? ¿Y si te propusiera que comprases algunas, sólo por ver si es verdad lo que digo?

—Es muy amable por su parte, señor, y de veras se lo agradezco. Lo que ocurre es que unas cintas para la cofia son lo último que podría comprar mientras siga trabajando en esta casa. Aquí, el señor es tan estricto con nosotras como la señora; nos vuelve medio locas con

Librodot

los alborotos que arma a cuento de nuestras cofias. Es un hombre tan austero y tan severo que hemos de llevar las cintas y las cofias tal como a él le gusta. Bastante difícil es que la señora se entrometa en cosas como son las cintas y las cofias de las criadas. Imagínese en cambio qué ocurre cuando el señor baja a la cocina, y... Bueno, no servirá de nada que se lo explique, señor, pero muchas gracias de todos modos por su interés.

—Espero que no sea ésta la última vez en que te haga un cumplido. Ahora debo decirte qué favor es el que me gustaría que me hicieras. ¿Sabes guardar un secreto?

—¡Desde luego que sí, señor! He guardado muchísimos secretos desde que empecé a servir.

—Bien, pues quiero que me encuentres una oportunidad para conversar con tu joven señora...

—¿Con Miss Margaret, señor?

—Sí. Deseo tener la oportunidad de ver a Miss Margaret y de hablar con ella en privado, aunque es preciso que ella no sepa nada antes de que llegue ese momento.

—¡Ay, Señor! No, señor, no me atrevería...

—¡Vamos, vamos! ¿Es que no te imaginas por qué razón deseo ver a la señora? ¿No supones qué es lo que deseo decirle?

La muchacha sonrió y meneó la cabeza maliciosamente.

—¡Puede que esté usted enamorado de Miss Margaret, señor! Pero no me atrevería. ¡No podría, no!

—Como tú quieras. De todos modos, sí podrás decirme al menos si Miss Margaret sale alguna vez a dar un paseo.

—¡Desde luego, señor! Sale casi todos los días.

—¿No la acompañas tú nunca? ¿No te ocupas tú de ella, cuando no hay nadie más que pueda...?

—No me haga más preguntas, señor. Por favor se lo pido, no me haga más preguntas. —Estrujó el delantal entre los dedos, con un aire lastimero y perplejo—. Yo no le conozco, señor, y Miss Margaret tampoco le conoce, de eso estoy segura. No podría... De veras, no podría...

—¡Pero mírame bien, muchacha! ¿Te parece que podría yo hacerle ningún daño a tu señora, o a ti? ¿Es que parezco tan peligroso que no se puede confiar en mí? ¿No me creerías si te diera mi palabra de honor?

—Sí, señor. Seguro que sí, siendo además tan amable y tan formal conmigo... —Acto seguido se retocó la cofia.

—Entonces, supongamos que en primer lugar te prometo que no le diré a Miss Margaret que he hablado contigo acerca de ella. Y supongamos también que te prometo, en segundo lugar, que si me dices cuándo tenéis previsto salir Miss Margaret y tú, solamente hablaré con ella cuando tú nos veas bien a los dos, y que la dejaré en el momento en que tú quieras que la deje. ¿No te parece que podrías aventurarte a echarme una mano si te prometiera todo esto?

—Bueno, señor, desde luego que las cosas así son muy distintas. Pero hay que tener en cuenta al señor. Y es que me da muchísimo miedo, ¿sabe? ¿No podría hablar primero con el señor?

—Supongamos que estuvieras tú en el lugar de Miss Margaret. ¿Te gustaría que alguien como yo te hiciera la corte previa consulta con la autoridad de tu padre, y sin consultar previamente cuáles son tus deseos? ¿Te gustaría recibir una propuesta de matrimonio mediante un mensaje que te hiciera llegar tu padre? Vamos, dímelo con el corazón en la mano. ¿Te gustaría que así fuera?

Se echó a reír y meneó la cabeza de forma muy expresiva. Yó sabía cuál era la fuerza de mi último argumento, así que lo repetí.

—Supongamos que estuvieras tú en el lugar de Miss Margaret.

—¡Ssh! No hable tan alto —dijo la muchacha en un susurro, a modo de confidencia—. Estoy segura de que es usted un caballero y me gustaría mucho ayudarle... Si es que me atrevo, claro.

—¡Buena chica! —dije—. Bueno, cuéntame entonces cuándo saldrá hoy Miss Margaret y quién va a acompañarla.

—¡Ay, ay de mí! No está bien que yo lo diga, nada bien, pero he de decírselo, ¿verdad? Bueno, pues esta mañana saldrá conmigo a las once, e iremos al mercado. Es lo que hemos hecho durante toda la semana pasada. Al señor no le gusta, pero la señorita se lo pidió casi de rodillas, diciéndole que nunca podrá casarse si no sabe nada de los precios de las cosas, de cómo se lleva una casa, de cómo se sabe qué carnes son las buenas, de todo eso, ya sabe usted.

—¡Un millón de gracias! Me has dado toda la ayuda que necesitaba. Estaré aquí mismo antes de las once, esperando el momento en que salgas con ella.

—¡Oh, por favor se lo pido, señor! No lo haga. Ay, ojalá no le hubiese dicho nada. No debería haberle dicho nada, no, señor.

—No temas; no perderás nada por lo que me has dicho. Te prometo todo lo que dije que te prometería. Adiós. Ah, y no olvides que no debes decir ni una palabra a Miss Margaret, ni una palabra, antes de que yo la vea.

Mientras me alejaba a buen paso, oí que la muchacha me seguía a la carrera, para detenerse después y regresar a cerrar suavemente la cancela. Obviamente, se había puesto de nuevo en el lugar de Miss Margaret y había renunciado a presentar resistencia.

¿Cómo iba a emplear las horas que me restaban hasta las once? El engaño susurró: ve a casa, evita que se presente la menor ocasión de parecer sospechoso, desayuna con tu familia, como de costumbre. Y tal como el engaño me aconsejó, así actué.

No recuerdo que Clara estuviera nunca tan amable, tan atenta, tan llena de esos cuidados deliciosos y sin embargo triviales, que tienen una gracia exquisita cuando es una mujer la que los ofrece a un hombre, y muy en especial una hermana a su hermano, como cuando nos reunimos los dos con mi padre a la hora del desayuno. Ahora rememoro con vergüenza qué poco pensé en ella, qué poco le hablé aquella mañana, con qué mínimo titubeo, con qué ausencia de reproches hacia mí mismo me disculpé al rechazar un compromiso que deseaba cumplir conmigo aquel día. Mi padre estaba absorto en algún asunto de negocios; con él no pudo hablar Clara. Y fue a mí a quien dirigió todas sus acostumbradas preguntas y comentarios de la mañana. Prácticamente no le escuché; le contesté breve y descuidadamente. En cuanto dimos por terminado el desayuno, sin mediar palabra de explicación volví a marcharme apresuradamente de la casa.

Al bajar las escaleras, miré de pasada y por casualidad al comedor. Desde allí dentro me miraba Clara pasar. En su rostro noté la misma expresión de angustia que tenía cuando me dejó a solas la noche anterior. Sonrió cuando se cruzaron nuestras miradas, aunque fue una sonrisa triste, frágil, nada propia de ella. Sin embargo, entonces no me produjo la menor impresión: toda mi atención estaba concentrada en mi inminente encuentro con Margaret. La vida entera me palpitaba y me ardía por dentro en ese sentido; en cualquier otro aspecto, era frialdad, sopor, insensibilidad.

Llegué a Hollyoake Square casi una hora antes de la hora que habíamos fijado. Presa de la tensión y la impaciencia que me causó tan largo intervalo, me fue imposible encontrar un solo momento de reposo. Caminé sin cesar de un lado a otro de la plaza, y di vueltas y más

Librodot

vueltas por los alrededores a la vez que oía las campanas de una iglesia cercana dar cada cuarto, avivando mecánicamente el paso, a medida que se acercaba la hora. Por fin oí el primer repicar de las once. Antes de que las campanas quedasen en silencio ya había tomado yo posiciones, desde un lugar que me permitía ver con toda claridad la cancela de North Villa.

Transcurrieron cinco minutos... y no apareció nadie. Acuciado por la impaciencia, podría haber llamado yo a la puerta y haber entrado en la casa sin parar mientes en quién pudiera encontrarme, en qué resultado pudiera tener semejante imprudencia. Dieron las once y cuarto, y en ese preciso instante oí que se abría la puerta, tras lo cual vi bajar las escaleras a Margaret y a la criada con la que había hablado.

Atravesaron con lentitud la cancela y echaron a caminar por la plaza, alejándose del lugar en que yo estaba. La criada se fijó en mí; me percaté por una significativa mirada que me lanzó mientras caminaban. En cambio, su joven señora no dio muestras de haberme visto. Al principio, fui presa de una agitación tan virulenta que me sentí perfectamente incapaz de dar un solo paso hacia ellas. Me repuse al cabo de pocos momentos y me di prisa para alcanzarlas antes de que llegasen a la zona más transitada de la vecindad.

Según me aproximaba a su lado, Margaret se dio la vuelta de repente y me miró con una expresión de ira y de asombro en los ojos. Acto seguido, su adorable rostro se tiñó por completo de un hondo y ardiente sonrojo; bajó levemente la cabeza, titubeó un momento y bruscamente apresuró el paso. ¿Se acordaría de mí? La mera posibilidad de que así fuera me dio mayor aplomo. Yo...

¡No! No puedo poner por escrito las palabras que le dirigí. Al tener presente el desenlace al que condujo nuestra fatal entrevista, me encojo sólo de pensar en exponer ante los demás aquellas palabras con que le declaré mi amor, e incluso de preservarlas por escrito. Tal vez sea orgullo —miserable, inútil orgullo— lo que me anima en este sentimiento; lo cierto es que no logro sobreponerme a lo que siento. Con todo lo que recuerdo, me avergüenza escribir, me avergüenza rememorar lo que dije en mi primer encuentro con Margaret Sherwin. No podría aducir ninguna razón de peso que justifique las sensaciones que ahora me embargan; no puedo tampoco analizarlas, y aunque pudiera no lo haría.

Baste decir que me arriesgué a todo y que le dirigí la palabra. Por confusas que en efecto fueran mis palabras, brotaron de mi corazón acaloradas, ansiosas, elocuentes. En muy pocos minutos, le confesé todo lo que con dolor he relatado en todas estas páginas. Le dije cuál era mi nombre, cuál mi rango en esta vida; todavía ahora se me sonrojan las mejillas sólo de pensarlo. Es increíble que aturdiera de aquella manera a la muchacha, que me aprovechara de su orgullo, que la obligase a escucharme sólo por ser mi posición social la que era, en el supuesto de que no accediera a escucharme sólo por mi pretensión, aunque para ello le apremiase con honor. Anteriormente, jamás había incurrido en la mezquindad de encomendar a mis múltiples ventajas de tipo social lo que no me atreví a confiar a mis fuerzas. Es verdad que el amor se eleva muy por encima de cualquier otra pasión, pero también es cierto que a veces también se rebaja mucho más.

Las respuestas que dio a todo lo que yo le apremié que me contestara fueron confusas, vulgares y, desde luego, desazonadoras. La había abordado por sorpresa, la había asustado; era impensable que prestara oídos a semejante interpelación por parte de un absoluto desconocido. Fue un craso error dirigirle la palabra; fue un craso error que ella hiciera un alto para escucharme. Hubiese debido tener muy en cuenta lo que me correspondía hacer en calidad de caballero y también tomar la firme decisión de no volver a hacer nunca más el menor avance. Yo no sabía nada de ella; era imposible que de veras me importase tanto, teniendo en cuenta el brevísimo tiempo pasado desde que la vi. Y ella tuvo que rogarme que le permitiera seguir su camino sin más estorbos por mi parte.

Así me contestó, quieta por momentos, por momentos apresurándose a dar unos pasos

Librodot

más. Podría haberse expresado con toda severidad, con ira incluso, pero todo lo que hubiese dicho no habría bastado para contrarrestar la fascinación que su sola presencia ejercía sobre mí. Vi su rostro y me pareció más adorable aún en su confusión, en los rápidos cambios que noté en su expresión; vi que en una o dos ocasiones me miraba a los ojos, y que de inmediato esquivaba mi mirada. Y mientras tuve ocasión de mirarla, me dio lo mismo todo lo que pudiera decir. Se limitó a decir lo que le habían enseñado que dijera; no busqué la clave de sus pensamientos y de sus sentimientos en las palabras que me dirigió, sino en su tono de voz, en el lenguaje de sus ojos, en toda su expresión facial. En todos estos elementos detecté indicios que me dieron mayor confianza. Intenté todo lo que el respeto y la persuasión del amor me sugirieron, intenté todo lo posible con tal de obtener su consentimiento y de concertar alguna cita en el futuro, pero ella sólo contestó repitiendo lo ya dicho, avivando el paso mientras seguía hablándome. La criada, que hasta ese momento se había quedado unos pasos más atrás, se situó entonces al lado de su señora y me miró de forma significativa, como si pretendiera recordarme lo que le había prometido. Con unas breves palabras de despedida, les permití que siguieran su camino. Haberlas retenido más tiempo en aquel primer encuentro hubiera supuesto un riesgo excesivo.

A medida que se alejaban, la criada se dio la vuelta, asintió y sonrió, como si de ese modo quisiera tranquilizarme y asegurarme que no había perdido nada con la tolerancia que ejercí. Margaret no se demoró un instante; tampoco miró atrás. Esta última demostración de modestia y de reserva, lejos de desanimarme, incrementó mi atracción hacia ella de modo más potente que nunca. Al cabo de un primer encuentro, era la virtud más idónea de que pudo hacer gala. Todo el amor que por ella sentía antes no fue nada en comparación con el amor que sentí en esos momentos, una vez me dejó a solas sin dirigirme siquiera una mirada de despedida.

¿Qué camino debía emprender, entonces? ¿Podía confiar en que, después de lo dicho, Margaret saliera al día siguiente a la misma hora? No: no renunciaría tan pronto a la modestia y el comedimiento que había manifestado en nuestro primer encuentro. ¿De qué modo podría comunicarme con ella? ¿De qué forma podría emplear a fondo mi destreza, para que fuese realmente buena la impresión favorable que, según me susurraba la vanidad, estaba seguro de haber causado a la primera? Decidí escribirle.

¡Qué diferente iba a ser el esfuerzo necesario para escribirle una carta, en comparación con lo que me había costado escribir aquellas páginas que entonces atesoraba y que ya había abandonado para siempre sin saberlo aún! ¡Con qué lentitud tuve que trabajar! ¡Qué precauciones tomé, con qué falta de seguridad construí frase tras frase, sin saber si poner un punto ahí, si redondear laboriosamente un párrafo más allá, cuando trabajaba con denuedo y empujado sólo por la ambición! En cambio, cuando me hube entregado por entero al servicio del amor, ¡cuan rauda corría la pluma sobre el papel! ¡Con qué libertad, con qué lisura fluían mis deseos convirtiéndose en palabras, si se compara lo que del corazón brotaba con los pensamientos que la mente había dictado en aquellas otras páginas! La composición era instintiva; había dejado de ser un arte. Supe escribir con elocuencia, sin detenerme a buscar la expresión más idónea, sin tachar una sola palabra. Era lento y trabajoso ascender la cuesta al servicio de la ambición; fue en cambio rápido (demasiado rápido) rodar cuesta abajo, al servicio del amor.

No será preciso describir el contenido de la carta que le escribí a Margaret; fue una simple recapitulación de lo que ya le había dicho. A menudo insistí con vehemencia en el honroso propósito de mi aspiración; terminé por encarecerle que me escribiese una respuesta y que me concediera un nuevo encuentro con ella.

La carta se la llevó la criada. Otro regalito, otro poco de oportuna persuasión y, sobre todo, el respeto con que había cumplido mi promesa: con eso bastó para ganarme a la

Librodot

muchacha de todo corazón. Se mostró dispuesta a ayudarme en lo que fuera, al menos mientras su intervención pudiera mantenerse en secreto, oculta a su amo y señor.

Esperé un día entero a que llegara la respuesta a mi carta, pero no recibí nada. La criada no supo darme explicaciones sobre este silencio. Desde la mañana en que nos vimos, su joven señora no había dicho ni una sola palabra a propósito de mí. Sin dejarme desanimar, le escribí de nuevo. En la segunda carta incluí algunas amenazas de amante, así como las súplicas amorosas de rigor. Y surtieron el efecto deseado; por fin recibí respuesta.

Fue brevísima, escrita con premura y de modo tembloroso. Decía únicamente que la diferencia de rango que había entre ella y yo la obligaba a solicitarme, mejor por escrito que de palabra, que me abstuviera de interpelarla nunca más.

¡«La diferencia de rango»! Así pues, ésa era la única objeción. Era eso lo que «la obligaba»: ¡no me había rechazado porque fuera ésa su natural inclinación! ¡Qué joven era y qué noble en su abnegación, qué firme en su integridad! Resolví hacer caso omiso de su orden tajante y decidí verla de nuevo. ¡Mi rango! ¿Qué era mi rango? ¡Era algo que debía arrojar a los pies de Margaret, algo que Margaret tranquilamente podría pisotear si le apeteciera!

Una vez más, busqué ayuda en mi fiel aliada, la criada. Tras una serie de dilaciones que a punto estuvieron de volverme loco de pura impaciencia, por insignificantes que en el fondo fuesen, se las ingenió para hacer realidad mis deseos. Una tarde, mientras Mr. Sherwin estaba ausente por un asunto de negocios, y aprovechando que su esposa tampoco estaba en su domicilio, conseguí que me franquease la entrada del jardín que había detrás de la casa, en donde estaba Margaret ocupada en regar unas flores.

Se sobresaltó nada más verme e hizo ademán de volver al interior de la casa. Le tomé la mano para impedírselo. Ella la retiró, sólo que sin brusquedad, sin enojo. Aproveché la ocasión, pues ella vacilaba, sin saber si insistir o no en su intención de retirarse, y así repetí lo que ya le había dicho en nuestro primer encuentro, pues ¿qué es el lenguaje del amor, salvo un lenguaje hecho de repeticiones? Ella me contestó tal como me había contestado por carta: la diferencia de rango la obligaba a darme su negativa.

—¿Y si no existiera esa diferencia? —dije—. ¿Y si los dos tuviéramos el mismo rango en esta vida, Margaret?

Ella alzó rápidamente la mirada y se alejó dos pasos, sorprendida quizá de que yo la tratase por su nombre de pila.

—¿Te ofende acaso que te llame por tu nombre tan pronto? Para mí, en mis pensamientos, no eres Miss Sherwin, sino Margaret. ¿Te ofende, pues, que te hable tal como pienso?

No; bajo ningún concepto debía sentirse ofendida conmigo, ni con nadie, por tal cosa.

—Supongamos, pues, que esa diferencia de rango en la que con tanta crueldad insistes no existiera entre nosotros. ¿Me dirías entonces que no abrigara esperanzas, que no te hablase, con la frialdad con que ahora me lo dices?

No debí preguntárselo, no sirvió de nada. La diferencia de rango existía, en efecto.

—¿Es que acaso nos hemos conocido demasiado tarde? ¿Estás ya...?

—¡No! ¡Oh, no! —Se calló de repente, nada más decir estas palabras. En sus mejillas asomó el mismo arrebol delicioso que ya había visto antes extenderse por su cara. Obviamente sintió que, sin querer, por inadvertencia, había dicho más de la cuenta y que me había dado una respuesta en un asunto en el que, de acuerdo con todas las leyes amorosas establecidas en el código femenino, yo no tenía el menor derecho a esperar tal cosa. Con las palabras que pronunció a continuación me acusó —aunque en voz muy baja y poco menos que quebrada— de haber cometido un entrometimiento que a duras penas se hubiese esperado por parte de un caballero de mi posición.

—Pero sabré recuperar un lugar mejor en tu estima —dije, pues no sin ansiedad había percibido que existía una interpretación sumamente favorable de lo que me dijo—, viéndote la próxima vez, y todas las que vengan después, con el beneplácito de tu padre. Hoy mismo le mandaré una nota para pedirle que me conceda una entrevista en privado. Le diré todo lo que a ti te he dicho: que tienes verdadero rango tanto por tu belleza como por tu bondad, y que ése es el rango más elevado que existe en la tierra, muchísimo más elevado que el mío. Y ése es el único rango que yo deseo. —Afloró deliciosamente a sus labios una sonrisa que en vano se esforzó por reprimir—. Sí, eso haré; no pienso dejarle en paz hasta que me dé una respuesta favorable. Entonces, ¿cuál será la tuya? Una palabra te pido, Margaret, sólo una, antes de que me vaya...

Intenté tomarle la mano por segunda vez, pero se alejó de mí y se fue corriendo a la casa.

¿Qué más podía desear, qué más podía otorgarme la modestia y la timidez de una muchacha?

En el momento en que llegué a casa escribí a Mr. Sherwin. En el sobre anoté el rótulo «Privado» en lugar visible y me limité a solicitar que me concediera una entrevista para tratar de un asunto de considerable importancia; dejé que él conviniera la hora. Receloso de confiar lo escrito al correo, le envié la nota por un recadero —no con uno de nuestros criados, por elemental precaución— y le indiqué que aguardase respuesta. Si Mr. Sherwin no estuviera en su domicilio, le ordené que esperase a su regreso.

Tras una prolongada demora —prolongada para mí, pues mi impaciencia de buena gana habría convertido las horas en minutos— recibí contestación. Venía escrita en papel de cartas de filete dorado, con una caligrafía extremadamente vulgar y de copiosas florituras. Mr. Sherwin me presentaba sus respetos y añadía que tendría el honor de recibirme en North Villa, si me venía bien, el día siguiente a las cinco de la tarde.

Doblé la carta con esmero, pues me era casi tan preciada como la carta de Margaret. Pasé la noche sin conciliar el sueño, dándole vueltas a todas y cada una de las posibles opciones que podría adoptar durante la entrevista del día siguiente. Iba a ser un asunto difícil, delicado. Nada sabía del carácter de Mr. Sherwin, a pesar de lo cual iba a tener que confiarle un secreto que no había osado confiar a mi padre. Expresarle mi intención de hacerle la corte a su hija, viniendo de una persona de mi posición, podría dar pie a todo tipo de suspicacias. ¿Y qué podría yo decir sobre un posible matrimonio? Un matrimonio público y reconocido era algo descartado de antemano, imposible; un matrimonio privado podría ser en cambio una proposición no ya osada, sino fatal. Por más angustia y más empeño que puse en mis reflexiones, no supe llegar a otra conclusión que a la siguiente: lo mejor sería hablar con toda sinceridad, a pesar de todos los riesgos que entrañase. ¡Y yo sabía ser sumamente sincero cuando tal opción era la más adecuada para sacar adelante mis propósitos!

Hasta el día siguiente, cuando ya se acercaba la hora de mi entrevista con Mr. Sherwin, no me atreví a afrontar cabalmente las elementales necesidades de la situación en que me hallaba. Decidido a intentar causar toda la impresión que las apariencias pudieran producirle, me tomé insólitas molestias con mi atuendo; más aún, pedí a un amigo en cuya discreción podía confiar, seguro de que no me haría preguntas incómodas —y esto lo escribo con pesar, avergonzado; me limito a referir la verdad, que bastante penitencia es sin más añadiduras—, le pedí a un amigo, decía, que me prestase uno de sus carruajes, con el cual me desplacé hasta North Villa, pues temía que fuese demasiado riesgo pedirle a mi padre su carruaje, o a mi hermana el suyo, ya que de sobra sabía yo que era debilidad común entre los hombres del estilo de Mr. Sherwin tener verdadera reverencia por el rango y adorar la riqueza, de la cual decidí no sin una punta de mezquindad aprovecharme al máximo. Mi amigo me prestó de muy buen grado su carruaje. Por indicación mía, el cochero me recogió a la hora convenida

Librodot

ante un establecimiento del que yo era cliente habitual.

Librodot

X

Cuando llegué a North Villa, se me hizo pasar a una estancia que debía de ser la sala.

Todo lo que vi allí dentro era opresivamente nuevo. La puerta, barnizada con una capa satinada, brillante, se abrió con un chasquido parecido al de una pistola; el papel que decoraba las paredes, con un dibujo chillón, a base de pájaros, un enrejado y floréenlas, en tonos dorados, rojos y verdes, sobre un fondo blanco, parecía no haber tenido tiempo de secar; las llamativas cortinas, en blanco y azul cielo, así como una alfombra más extremada si cabe, en tonos amarillos y rojos, daban la sensación de haber llegado de la tienda correspondiente el día anterior; la mesa redonda, de palo de rosa, estaba penosísimamente bruñida en exceso; los libros de láminas encuadernados en marroquinería que reposaban sobre ella decían a las claras que nunca habían sido hojeados, ni desplazados siquiera, desde el día en que fueron adquiridos. Sobre el piano, no había una sola partitura mínimamente arrugada por el uso. Nunca se vio una sala decorada con más abundancia y que fuera tan poco acogedora como ésta. A uno le dolían los ojos de mirar en derredor; no había reposo por ninguna parte. El grabado de la reina, con un pesado marco sobredorado, cuya franja superior formaba una ostentosa corona, estaba colgado sin más acompañamiento en una de las paredes, desde la cual escrutaba la estancia con gesto ceñudo. No había ni asomo de sombra, de resguardo, de intimidad, de retiro en ninguno de los rincones, en ninguno de los recovecos de aquellas cuatro paredes que herían la vista. Todos los objetos dispuestos en derredor resultaban agresivamente cercanos a la mirada, mucho más cercanos de lo que estaban en realidad. A un hombre de inclinación nerviosa, la estancia le habría producido una intensa jaqueca en menos de un cuarto de hora.

No se me hizo esperar mucho. Con otro virulento restallido de la puerta se anunció la entrada de Mr. Sherwin en persona.

Era un hombre alto y delgado, aunque de hombros algo caídos y de piernas flojas, flojedad que procuraba disimular con la anchura de sus pantalones. Gastaba corbata blanca y una ridicula camisa de cuello duro. Era de tez cetrina; tenía los ojos pequeños, negros, brillantes, incesantemente móviles; sus facciones eran sobre todo cambiantes, afectadas por contracciones nerviosas y por espasmos que continuamente le tensaban y destensaban la frente, la boca, los músculos de las mejillas. Había tenido el pelo negro, sin duda, sólo que se le iba volviendo de un gris plomizo; lo tenía muy seco, enredado y abundante, de modo que una porción considerable se le proyectaba casi en horizontal sobre la frente. Tenía la costumbre de domarlo hacia delante, pasándose los dedos de forma sumamente irritante sobre el mechón que más sobresalía. Los labios los tenía finos, incoloros, con numerosas arrugas verticales, muy marcadas además. De habérmelo encontrado en circunstancias normales, hubiera pensado que era un hombre muy estrecho de miras, un tiranuelo a su manera, más que nada sobre los que de él dependían, mientras que hubiera sido un parásito pomposo para los que se encontrasen por encima de él, sin dejar de reparar muchísimo en los detalles más convencionales del respeto, sin dejar de lado su inmensa fe en su propia infalibilidad. Ahora bien, era el padre de Margaret, y por eso estaba yo decidido a que me agradase.

Me hizo una mínima y por otra parte repulsiva reverencia; luego, miró por la ventana. Al ver el carruaje que me aguardaba a la puerta de su casa, hizo otra reverencia e insistió en ocuparse personalmente de mi sombrero. Hecho esto, tosió y me rogó que le indicase qué podía hacer por mí.

Me costó bastante iniciar la conversación con él. Sin embargo, era necesario que yo hiciera uso de la palabra de inmediato, así que comencé por disculparme.

—Mucho me temo, Mr. Sherwin, que el hecho de que un perfecto desconocido, como yo lo soy, se presente así en su casa...

Librodot

—Eh, eh, no tan desconocido, señor mío, si me permite que lo diga.

—¡Desde luego!

—Tuve el inmenso placer, señor, y el adicional provecho, así como... desde luego, el beneficio, de que el año pasado me fuera mostrada su residencia en la ciudad mientras su familia y usted se hallaban ausentes. Una casa bellísima, ya lo creo; resulta que tengo yo algún trato con el mayordomo que lleva los asuntos de su señor padre, que tuvo la inmensa amabilidad de mostrarme una a una las estancias de su casa. ¡Vaya placer, un placer intelectual, quiero decir! El mobiliario, los tapices y cortinajes... ¡qué decoración tan recatada! En cuanto a los cuadros, ¿qué le diría? Vi algunas piezas destacables entre lo más hermoso que he visto en la vida. Quedé maravillado, maravilladísimo, a decir verdad.

Hablaba en voz baja, cargando las tintas en algunas palabras que eran obviamente sus preferidas: por ejemplo, «a decir verdad», o «desde luego». No sólo sus ojos, sino toda su cara parecía parpadear y hacer muecas al tiempo que me hablaba. Por el azoramiento y por la ansiedad que yo sentía, esta peculariedad me irritó y me desconcertó más de lo que aquí podría describir. Habría dado medio mundo a cambio de que se hubiese dado la vuelta cuando me tocó hablar de nuevo.

—Me agrada muchísimo saber que mi familia y mi apellido no le son desconocidos, Mr. Sherwin —señalé—. Por esa circunstancia, me siento menos titubeante y me resulta algo más llevadero hacerle saber cuál es el objeto de mi visita.

—Perfecto. ¿Puedo ofrecerle alguna copa? ¿Un jerez, quizá, un...?

—No, gracias. En primer lugar, Mr. Sherwin, tengo sobrados motivos para expresar mi deseo de que esta entrevista, al margen de los resultados a que pueda conducir, sea tenida por algo estrictamente confidencial. Y sin duda puedo confiar en que me conceda usted este favor...

—Desde luego, desde luego; faltaría más. Quedará en el más estricto secreto. Le ruego que prosiga...

Desplazó su silla para acercarse más a mí. A pesar de sus parpadeos y sus muecas, noté una expresión latente de astucia y de curiosidad en su mirada. Tenía mi tarjeta de visita en la mano y con nerviosismo la enrollaba y la desenrollaba, sin cesar un solo instante, para disimular quizá la ansiedad que sentía por saber lo que yo había ido a decirle.

—También debo rogarle que no juzgue lo que vengo a decirle hasta que no me oiga decir todo lo que le quiero decir. Tal vez se sienta usted inclinado a contemplar... a contemplar, digamos que de modo desfavorable en principio... Resumiendo, Mr. Sherwin, y sin más preámbulos, la cuestión por la que vengo a visitarle tiene que ver con su hija, con Miss Margaret Sherwin.

—¡Mi hija! ¡Dios bendiga mi alma! La verdad, la verdad es que no me imagino...

Se calló; estaba poco menos que sin resuello y se inclinó hacia mí, al tiempo que estrujaba mi tarjeta entre sus dedos, hasta reducirla a las mínimas dimensiones posibles.

—Hace algo más de una semana —proseguí—, conocí accidentalmente a Miss Sherwin a bordo de un ómnibus; iba acompañada de una dama mayor...

—Mi esposa, Mrs. Sherwin, quiero decir —señaló con impaciencia, a la vez que me hacía un gesto no menos impaciente, como si ese «Mrs. Sherwin» fuese un obstáculo insignificante en nuestra conversación, que él deseara quitar de en medio con la mayor celeridad.

—Probablemente no le sorprenda saber que me asombró la extrema belleza de Miss Sherwin. La impresión que causó en mí fue, no obstante, algo más que un momentáneo sentimiento de admiración. Por hablar con toda franqueza, sentí... ¿ha oído usted hablar alguna vez del flechazo, Mr. Sherwin?

Librodot

—En los libros lo he visto, señor. —Golpeó con la yema del dedo índice uno de los tomos encuadernados en marroquinería que descansaban sobre la mesa y sonrió, una sonrisa en parte deferente, en parte sarcástica.

—Me atrevería a decir que seguramente le darán ganas de reír si le digo que existe realmente el flechazo fuera de los libros. Pero sin necesidad de abundar más en eso, es mi deber confesarle, con toda mi sinceridad y con toda honradez, que la impresión que me causó Miss Sherwin fue tal que me impulsó a desear gozar del privilegio de conocerla. Dicho con toda simpleza, descubrí dónde está su domicilio siguiendo sus pasos hasta esta casa.

—¡Por mi alma que es ése un proceder extraordinario donde los haya!

—Le ruego que me deje terminar, Mr. Sherwin. Creo que no le parecerá deleznable mi conducta si me permite decir todo lo que tengo que decirle.

Masculló algo ininteligible; se puso más amarillo que antes; dejó caer mi tarjeta, que para entonces era un amasijo de trocitos, y se pasó la mano rápidamente por el cabello, hasta que le quedó como un saledizo de cornisa sobre la frente, sin dejar de parpadear, mirándome con un semblante siniestro, torvo. Me di cuenta de que sería inútil tratarle como hubiese tratado a un caballero de verdad. Saltaba a la vista que había interpretado con total mezquindad y mala fe la delicadeza y la vacilación que mostré al hablarle, de modo que cambié mi plan previsto y fui al grano directamente; cogí «el toro por los cuernos», tal como hubiese dicho él.

—Discúlpeme, Mr. Sherwin, pero debiera haber sido más directo; posiblemente debiera haberle dicho de entrada, y con estas mismas palabras, que he venido a verle... —A punto estuve de decir: «para pedirle la mano de su hija», pero sin querer pensé por un momento en mi padre, un pensamiento que me cruzó siniestro por la cabeza, de modo que esas palabras nunca llegaron a salir de mis labios.

—Bien, ¡señor mío! ¿A qué?

El tono en que lo dijo fue tan desabrido que me sacó de mi ensueño; me devolvió de inmediato mi absoluto dominio de mí.

—A pedirle su permiso para cortejar a Margaret... O, por decirlo de modo más claro si cabe, y si le place a usted, a pedir su mano en matrimonio.

Lo dije tal cual. Aun cuando hubiese podido, no habría traído a mi memoria lo que acababa de decir; a pesar de todo, temblé al expresarme de modo tan sencillo como tosco, diciendo así en voz alta lo que solamente había pensado muy por encima y en medio de mi embeleso enamorado, lo que hasta ese momento sólo había insinuado con delicadeza a la propia Margaret.

—¡Dios del Cielo! —exclamó Mr. Sherwin, enderezándose de golpe en la silla y mirándome con tal sorpresa que sus inquietos rasgos quedaron en efecto inmóviles por un instante—. ¡Dios del Cielo, esto sí que no me lo esperaba! Y es muy gratificante, muy asombroso... Me siento sumamente halagado, sumamente halagado, señor mío. Espero que no piense siquiera por un momento que llegué a dudar de su honroso sentimiento. Los jóvenes caballeros que se hallan en su misma posición social a veces no se muestran a la altura, ni muestran el debido respeto, de las esposas y las hijas de sus... En fin, de los que no pertenecen exactamente a su mismo rango. Pero no es ésa la cuestión, no; había caído yo en un malentendido, ya ve, qué estupidez por mi parte, hay que ver. Le ruego, señor mío, que me permita ofrecerle una copa de vino.

—No, no quiero vino. Gracias, Mr. Sherwin. Debo rogarle que me conceda su atención un poco más, pues debo exponerle, confidencialmente, cuál es mi situación con respecto a las propuestas que le he hecho. Existen determinadas circunstancias...

—¿Sí? ¿Sí?

Librodot

Se inclinó de nuevo con evidente ansiedad, acercándose a mí, mientras preguntaba. Tuvo un aire más inquisitivo y más taimado que nunca.

—He reconocido ante usted, Mr. Sherwin, que he hallado los medios para conversar con su hija, para hablar con ella en dos ocasiones. He hecho esas maniobras de modo totalmente honroso. Y ella se los ha tomado con una modestia y una renuencia muy dignas de ella, muy dignas de cualquier dama, de la dama más encumbrada de la tierra. —Mr. Sherwin se volvió para mirar con muestras de respeto el grabado de la reina; me miró de nuevo e hizo una solemne reverencia—. Pues bien; aunque literalmente me haya dado su negativa, y a ella le debo el decirlo, sigo pensando, pese a todo, que sin pecar de vanidoso puedo aventurarme a confiar en que lo haya hecho simplemente porque ése es su deber y no porque tenga esa inclinación natural.

—¡Ah! Sí, sí, ya entiendo. No haría nada sin contar con mi aprobación, ¿no es cierto?

—Desde luego, ésa es una de las razones por las que se tomó mi intromisión tal como lo hizo; sin embargo, también hubo otra, que ella me comunicó con total sencillez: la diferencia existente entre nuestro rango en la vida.

—¡Ah! ¿No me diga? ¿Ella le dijo eso? Hay que ver, que ella piense en esa dificultad... Sí, sí, desde luego. ¡Hay que tener altos principios, señor mío! ¡Altos principios, gracias a Dios!

—No será menester decirle, Mr. Sherwin, cuan hondamente entiendo el delicado concepto del honor que manifiesta esta objeción por parte de su hija. Podrá usted fácilmente imaginar que no es una objeción personalmente para mí. La felicidad de mi vida entera depende de Miss Sherwin. No deseo gozar de otro altísimo honor si no es ése; no puedo concebir felicidad mayor que la de ser el marido de su hija. A ella se lo he dicho ya; asimismo, le dije que yo mismo le explicaría el asunto a usted. Ella no puso reparos; por consiguiente, aquí me tiene, convencido de estar plenamente justificado al considerar que, siempre y cuando usted autorizase la suspensión de los escrúpulos que tanto la honran en este momento, ella no sentiría el pudor que ahora demuestra a la hora de permitir incluso que yo le haga la corte.

—Muy acertado, sí, señor; una forma muy acertada de expresarlo. Y muy práctica, si me permite decirlo. Ahora, estimado señor, quisiera hacerle una pregunta: ¿qué me dice de su honorable familia, eh? ¿Qué me dice?

—Es exactamente ahí donde se encuentra la dificultad. Mi padre, del cual dependo enteramente al ser yo su hijo benjamín, tiene muy acendrados prejuicios... o quizá debiera llamarlos convicciones, sobre todo en lo referente a las desigualdades sociales.

—Así ha de ser, cómo no... Me parece muy natural, muy adecuado, por parte de su respetadísimo padre, desde luego. Con semejantes fincas, con semejantes casas, con una familia como la suya, emparentada según tengo entendido con la nobleza, especialmente por la rama de su madre tristemente fallecida... Mi querido señor, enfáticamente se lo repito: las convicciones de su señor padre de veras que le honran; yo las respeto tanto como le respeto a él, por supuestísimo.

—Me alegra que sepa usted ver las ideas de mi padre sobre estas cuestiones de sociedad bajo una luz tan favorable, Mr. Sherwin. Así, tanto menos le sorprenderá saber qué probabilidades tienen de afectarme en el paso que voy a dar.

—Claro está que él no lo ve con buenos ojos. Quizá debería decir que lo condena con toda su energía. Bien, pues aunque mi querida hija sea digna de toda posición social, y aunque un hombre como yo, dedicado por entero a intereses de tipo mercantil, pueda ir con la cabeza bien alta, tanto como el que más, y tenerme por uno de los puntales de esta nación eminentemente comercial —se pasó los dedos por el pelo e intentó darse aires de

suficiencia—, sigo estando perfectamente preparado para reconocer que, en cualquier clase de circunstancias, y digo bien, en cualquier clase de circunstancias, su condena es muy natural, y cabía esperarla, desde luego.

—No ha expresado su condena, Mr. Sherwin.

—¡No me diga!

—Aún no le he dado ocasión de pronunciarse al respecto. Mi encuentro con su hija de usted lo he guardado totalmente en secreto; no sólo no está él al corriente, sino que tampoco lo conocen los demás miembros de mi familia. Y es preciso que siga siendo un secreto. Teniendo muy presente el íntimo conocimiento de mi padre que yo tengo, le diría que no creo que haya medio alguno que dejase de utilizar con tal de frustrar el propósito de mi visita, siempre y cuando yo se lo hubiese referido. Ha sido conmigo el mejor de los padres, el más afectuoso; sin embargo, creo firmemente que si tuviera que aguardar a su consentimiento, no habría súplicas por mi parte, ni por parte de nadie que me respaldase, capaces de inducirle a dar su sanción al matrimonio que he venido a proponerle.

—¡Dios del Cielo! Esto es llevar muy lejos las cosas, teniendo en cuenta que en lo pecuniario depende usted de él. ¿Qué demonios podríamos hacer, eh? Dígame usted...

—Hemos de guardar tanto el cortejo como el matrimonio en absoluto secreto.

—¡En secreto! Dios Santo, no veo que pueda yo salir bien parado de este asunto.

—Pues sí, ha de ser secreto. Un absoluto secreto entre nosotros, hasta que llegue el momento en que pueda comunicar mi matrimonio a mi padre, momento en el cual disponga de la mejor ocasión para...

—¡Le estoy diciendo, señor mío, que no veo que pueda yo salir bien parado de todo esto! ¡La mejor ocasión, me dice! ¿Qué ocasión tendríamos, después de lo que me acaba de decir usted?

—Podríamos tener ocasiones, desde luego. Por ejemplo, una vez realizada con la debida solemnidad la ceremonia, yo podría presentar a Miss Sherwin a mi padre, sin desvelarle quién sería en realidad y dejar que ella misma, gradualmente y sin dar lugar a sospechas de ninguna clase, conquistara su afecto y su respeto, cosa que con su belleza, su elegancia y su afabilidad natural no dejará de hacer, estoy seguro; mientras tanto, yo aguardaría a que madurase la ocasión para contárselo todo. Así, cuando yo le dijera que esa damisela que tanto le habría interesado, que tanto le habría deleitado, es mi esposa, ¿piensa usted que dejaría de otorgarnos su perdón? Por otra parte, si sólo pudiera decirle que esa damisela iba a convertirse más adelante en mi esposa, sus prejuicios sin duda alguna le llevarían a dejar en suspenso sus impresiones favorables, para negarse a darnos su consentimiento. Dicho en dos palabras, Mr. Sherwin, antes de contraer matrimonio sería imposible ganárnoslo; después de contraído el matrimonio, cuando ya de nada le serviría oponerse en redondo, nos veríamos en una situación muy distinta, y podríamos estar seguros de dar pie, tarde o temprano, a los resultados más favorables que se puedan desear. He ahí por qué será absolutamente necesario mantener al principio en secreto nuestra unión.

Me pregunté entonces, y no he dejado de preguntármelo hasta hoy, cómo se me ocurrió hablar de esta forma, tan convincentemente, sin titubear, cuando mi conciencia ponía en entredicho cada una de las palabras que decía.

—Sí, sí... Ya entiendo. Oh, sí, ¡entiendo! —repuso Mr. Sherwin, a la vez que agitaba un manojo de llaves que llevaba en el bolsillo con una expresión de considerable perplejidad—. Ahora bien, éste es un asunto muy espinoso, dése cuenta. Un asunto muy raro y muy espinoso, desde luego. Tener a un caballero de su alcurnia y su crianza por yerno es, desde luego... Bueno, claro está que hay que tener muy en cuenta la cuestión del dinero. Supongamos que al fin y al cabo fracasara usted con su señor padre. Todo mi dinero está

Librodot

invertido en especulaciones. No podría hacer nada. Le doy mi palabra de que me ha puesto usted en una situación como nunca había vivido.

—Tengo amigos influyentes, Mr. Sherwin, en muchos lugares de importancia. Hay puestos, puestos muy apetecibles, que me serían accesibles de inmediato, siempre y cuando yo hiciera valer mis intereses. Así, podría yo cubrir el riesgo del fracaso.

—¡Ah, bueno! ¡Sí! Eso es algo, desde luego que sí.

—Solamente le puedo garantizar que mi afecto hacia Miss Sherwin no es de tal naturaleza que pueda ser superado por cualquier consideración pecuniaria. Hablo en defensa de todos nuestros intereses cuando le digo que un matrimonio en privado nos daría una gran ocasión en el futuro, así como abundantes oportunidades para ponerlo de manifiesto. Es posible que mi ofrecimiento le parezca hecho bajo ciertas desventajas y dificultades, ya que, con excepción de una moderada pensión que me dejó mi madre, no dispongo de ninguna perspectiva concreta. Sin embargo, de veras considero que mis propuestas tienen el respaldo de algunas ventajas, a modo de compensación, que las harán recomendables a sus ojos.

—¡Desde luego! ¡Sin ninguna duda! No me pasa inadvertida, estimado señor, la inmensa ventaja, el honor y todo lo demás. Sin embargo, hay algo insólito en todo este asunto. ¿Cuáles iban a ser mis sentimientos si su señor padre no se dejara convencer, y si mi querida hija fuera repudiada por su familia? ¡Bueno, bueno! Hay que pensar que eso no sucederá fácilmente, creo yo, teniendo en cuenta sus méritos, su educación y sus modales, tan distinguida como es ella, aunque tal vez no debiera ser yo quien lo dijera. Su educación me ha costado cien libras al año, señor mío, sin incluir extras de ninguna clase...

—Estoy seguro, Mr. Sherwin...

—... y ha estudiado en una escuela, señor mío, en la que era regla de la casa no admitir a ninguna muchacha de clase inferior a la hija de un profesional; sólo hubo una excepción a la regla en mi caso, y era la escuela quizá más donosa de todo Londres. Dedicaban un día por semana a enseñar a las muchachas cómo entrar y cómo salir de una estancia con dignidad y sin precipitarse; tenían un modelo de carruaje y unas escaleras con las que practicaban las muchachas, y el lacayo de la escuela hacía las veces de tal; subían al carruaje y bajaban de nuevo, con porte de damas de verdad. ¡No habrá duquesa que haya tenido mejor educación que mi Margaret!

—Permítame asegurarle, Mr. Sherwin, que...

—Y hay que recordar que sabe varias lenguas: francés, italiano, alemán... Lenguas que estudió incluso en vacaciones, o después de terminar sus estudios en la escuela (acaba de terminar), mantenidas al día y mejoradas incluso gracias a la amable atención de Mr. Mannion...

—¿Puedo preguntarle quién es Mr. Mannion? —El tono en que hice esta pregunta enfrió de inmediato su entusiasmo por la educación de su hija. Contestó con el tono que había empleado antes y con una de sus inclinaciones de cabeza.

—Mr. Mannion es mi administrador de confianza, señor mío. Es una persona excelente, por no decir superior; tiene un gran talento y ha leído mucho; en fin, ya sabe usted.

—¿Es joven?

—¡Joven! ¡Oh, no, ni mucho menos! Mr. Mannion tendrá cuarenta o cuarenta y dos años si acaso, es un admirable hombre de negocios, así como un gran erudito. Ahora mismo se encuentra en Lyon, adonde ha viajado con objeto de comprar unas sedas para mi establecimiento. Cuando regrese, me encantará presentarle...

—Le ruego que me perdone, pero creo que nos estamos alejando un poco del asunto que nos interesa a los dos.

Librodot

—Le ruego yo que me perdone a mí, pero es cierto. Bueno, mi estimado señor: será preciso que me conceda un día o dos, digamos dos, para calibrar qué sentimientos tiene mi hija al respecto y para considerar despacio sus propuestas, que como bien puede ver me han tomado muy por sorpresa. Sin embargo, le aseguro que estoy sumamente halagado, sumamente honrado, sumamente deseoso...

—Espero que tenga en consideración mis deseos, Mr. Sherwin, y me haga saber el resultado de sus deliberaciones tan pronto le sea posible.

—Sin falta, puede usted confiar en mi celeridad. Veamos, ¿qué le parece si nos vemos a esta misma hora dentro de dos días, siempre y cuando pueda hacerme una nueva visita?

—Perfectamente.

—Hasta ese momento, ¿se abstendrá de mantener toda clase de comunicación con mi hija?

—Se lo prometo, Mr. Sherwin, pues tengo para mí que su respuesta será favorable.

—¡Ah, bien, bien! Ya se sabe, los amantes, según dicen, nunca pierden la esperanza. Una breve consideración, una breve charla con mi querida hija, y... En serio, ¿no quiere cambiar de opinión y tomarse una copa de jerez conmigo? ¿Tampoco ahora? Muy bien, pues veámonos pasado mañana a las cinco de la tarde.

Con un restallido más ruidoso que nunca, la novísima puerta de la sala se abrió para permitirme salir. Al ruido siguió el inequívoco rumor de un vestido de seda y otra puerta cerrada de un portazo al otro extremo del corredor. ¿Nos había escuchado alguien en secreto? ¿Dónde estaba Margaret?

Mr. Sherwin salió hasta la cancela de la verja para despedirme con una ceremoniosa reverencia. Por preñado de ilusiones que estuviera el ambiente que respiraba, me estremecí involuntariamente al devolverle el saludo de despedida y al pensar en él... ¡en mi suegro!

Librodot

XI

Cuanto más me acercaba a la puerta de mi casa, mayor renuencia sentía a pasar precisamente en casa el breve intervalo que iba a mediar entre mi primera y mi segunda entrevista con Mr. Sherwin. Cuando hube franqueado el umbral, esa renuencia casi devino pesar. Estaba reacio, en modo alguno preparado para encontrarme con mis más cercanos y queridos familiares. Me alivió saber que mi padre no estaba en casa. Sí que estaba mi hermana; el criado me indicó que acababa de entrar en la biblioteca, e inquirió si deseaba que le comunicase que había llegado yo. No quise molestarla, dado que tenía la intención de salir inmediatamente.

En mi estudio, le escribí a Clara una breve nota en la que meramente le expliqué que iba a ausentarme de casa, pues pensaba pasar dos días en el campo. Ya la había sellado, dejándola sobre la mesa para que el criado se la entregase, y a punto estaba de salir cuando oí que se abría la puerta de la biblioteca. En el acto retrocedí y entrecerré la puerta de mi estudio. Clara había encontrado el libro que buscaba, y se disponía a llevarlo a su sala de estar. Esperé hasta que desapareció de mi vista y después me fui de casa. Fue la primera vez que rehuía el contacto con mi hermana, nada menos que con mi hermana, que en toda su vida nunca me había hecho una pregunta inquisitiva, ni había pronunciado una sola palabra que me contrariase; mi hermana, que desde niña había confiado a mi custodia todos sus pequeños secretos. Mientras pensaba más despacio en lo que acababa de hacer, me ganó una sensación de humillación que casi fue castigo más que suficiente por la mezquindad de la que era culpable sin paliativos.

Di la vuelta para llegar a las caballerizas y ordené que de inmediato ensillaran mi caballo. No tenía la menor idea del camino que iba a emprender. Simplemente había tomado la decisión de pasar los dos días que durase mi ordalía, mi incertidumbre, lejos del domicilio paterno, tan lejos que pudiera cumplir con fidelidad mi promesa de no ver a Margaret. Poco después de partir, dejé que fuese mi caballo el que indicase la ruta a seguir, y me entregué a mis pensamientos, a mis recuerdos, a medida que fueron surgiendo uno tras otro. El animal tomó la dirección que más veces habíamos enfilado durante el tiempo que pasaba yo en Londres, es decir, la carretera del norte.

Hasta que hubimos recorrido media milla más allá de las afueras no volví en mí y no miré a mi alrededor para descubrir por qué parte de la campiña procedía. Tiré de las riendas y volví la grupa de mi caballo, para poner rumbo al sur. Seguir el camino por el que tantas veces había cabalgado junto a Clara, su camino preferido, y detenerme quizá en algún lugar en el que otras veces hubiera estado con ella, era más sin duda de lo que mi valor o mi insensibilidad me aconsejaban en ese momento.

Llegué hasta Ewell y allí hice un alto; empezaba a oscurecer, y era inútil fatigar a mi caballo con la decisión de ir más lejos aún. A la mañana siguiente me levanté casi al amanecer, y pasé la mayor parte del día caminando entre las aldeas, por las trochas y los campos, por donde quiso llevarme el azar. Durante la noche habían vuelto a rondarme muchos pensamientos que había excluido a lo largo de la semana anterior; pensamientos que eran en realidad malos presagios, pensamientos con los que da la sensación de que duele la mente, tal como duele el cuerpo cuando uno se halla bajo una densa y sombría lluvia que arrecia sin cesar, y sin que podamos asignarle un lugar definido, una causa determinada. Lejos de Margaret, me vi sin recursos para combatir la opresión que se apoderaba de mí. Solamente pude esforzarme por aliviarla mediante el sistema de mantenerme en continua actividad, ya fuera caminando o cabalgando hora tras hora, en un vano empeño por aquietar mi espíritu y fatigar mi cuerpo. La aprensión que me causaba la posibilidad de que fracasara mi apelación a Mr. Sherwin no tenía nada que ver con la vaga, lóbrega tristeza que ensombrecía mis

Librodot

pensamientos; se hallaban demasiado próximos a mi domicilio para que tal cosa fuera posible. Además, lo que había observado en el padre de Margaret, sobre todo durante la última parte de mi entrevista con él, me demostraba a las claras que él había intentado disimular bajo la sorpresa exagerada y bajo el titubeo impostado un deseo secreto de aprovecharse cuanto antes de mi ofrecimiento, puesto que, al margen de las condiciones que pudieran atascarlo, era desde el punto de vista social algo infinitamente más ventajoso que todo lo que hubiese podido soñar. Lo que más me pesaba no era su tardanza en aceptar mi propuesta, sino la carga del engaño, los grilletes del disimulo que me impuso por sí sola mi propuesta.

Esa tarde me marché de Ewell y viajé a caballo con rumbo a casa, aunque sólo llegué a Richmond, en donde pasé la noche y la mañana del día siguiente. Llegué a Londres a primera hora de la tarde y fui directamente a North Villa a eso de las cinco, sin haber pasado antes por casa.

Seguía sintiendo la opresión sobre mi espíritu. Ni siquiera la visión de la casa en donde vivía Margaret me devolvió el vigor, ni pudo tampoco animarme.

En esta ocasión, cuando se me hizo pasar a la sala, me estaban esperando tanto Mr. como Mrs. Sherwin. Sobre la mesa descansaba el jerez que con tanta perseverancia me había sido ofrecido durante la última entrevista que tuvimos; al lado vi un bizcocho de libra recién comprado. Cuando entré, Mrs. Sherwin estaba cortando el bizcocho en porciones, mientras su marido observaba el proceso con ojo crítico. A la pobre mujer le temblaban los débiles, blanquísimos dedos mientras manipulaba el cuchillo bajo la atenta inspección de su cónyuge.

—Me alegro muchísimo de verle de nuevo por aquí; me alegro muchísimo, mi estimado señor —dijo Mr. Sherwin, al tiempo que avanzaba hacia mí con una sonrisa de hospitalidad y la mano extendida—. Permítame presentarle a lo mejor que tengo en mí. Señor mío, le presento a Mrs. Sherwin.

Su esposa se puso en pie apresuradamente e hizo una reverencia, para lo cual dejó el cuchillo clavado en el bizcocho. Mr. Sherwin, mirándola con severidad, lo extrajo ostentosamente y lo dejó sobre la fuente con un gesto de excesiva violencia.

¡Pobre Mrs. Sherwin! Prácticamente no me había fijado en ella cuando la vi subir al ómnibus en compañía de su hija; fue como si la viera por primera vez. En las emociones de las mujeres se da por su propia naturaleza un afán comunicativo. Una mujer feliz difunde imperceptiblemente esa felicidad a su alrededor; ejerce una influencia pareja a la influencia que tiene un día soleado. Por eso mismo, la melancolía de una mujer melancólica es inexorable aunque silenciosamente contagiosa. Mrs. Sherwin era una de estas mujeres. Su cutis pálido y enfermizo, de aspecto humedecido; sus ojos azul claro, grandes, mansos, acuosos; la incansable y vigilante timidez de su expresión; la mezcla de vacilación inútil y de rapidez involuntaria que tenían todos sus gestos, denotaba la misma, significativa traición de una vida transcurrida incesantemente en el miedo y en la compostura, de una disposición pródiga, generosa, modesta, tendente a la meliflua simpatía y, sin embargo, aplastada hasta tener por imposible toda afirmación propia, hasta dar por perdida la esperanza de ver la luz. En ese rostro manso y macilento, en sus dolorosos sobresaltos y en su premura al moverse, en su trémula, débil voz, era bien fácil ver que ante mí se abría una de esas devastadoras tragedias sentimentales, que se ensayan y se representan escena tras escena, año tras año, en el secreto teatro del hogar: tragedias que siempre quedan en penumbra, debido a la lentitud con que cae el telón, que baja más y más a cada día que pasa, hasta esconderlo todo al fin de la mano de la muerte.

—Últimamente ha hecho un tiempo muy hermoso, señor —dijo Mrs. Sherwin con voz casi inaudible y mirando al hablar con ojos de angustia a su marido, por ver si tenía justificación que pronunciase incluso esas palabras tan penosamente vulgares—. Muy hermoso, ya lo creo —continuó la pobre mujer con tanta timidez como si acabara de

convertirse en una chiquilla a la que alguien acabara de ordenar que diese la primera lección en presencia de un desconocido.

—Un tiempo delicioso, Mrs. Sherwin. He disfrutado de dos días en el campo, en los alrededores de Ewell, un rincón de Surrey que no había visitado hasta ahora.

Se hizo un silencio. Mr. Sherwin tosió; era obviamente un repicar de advertencia conyugal que ya había empleado muchas otras veces, pues Mrs. Sherwin se sobresaltó y lo miró a la cara.

—En calidad de señora de la casa, Mrs. Sherwin, se me ocurre que tal vez pueda usted ofrecer a nuestro visitante, a un caballero como éste, una porción de bizcocho y una copa de vino. Seguro que por eso no se le caerán los anillos, señora.

—¡Ay, es cierto! ¡Le ruego que me perdone! Lo lamento, lo lamento muchísimo. —Y sirvió una copa de vino con tal temblor que el botellón arrancó un sonoro tintineo del borde de la copa. Aunque no deseaba tomar nada, comí y bebí un poco por elemental consideración hacia el azoramiento de Mrs. Sherwin.

Mr. Sherwin se sirvió una copa de jerez y la alzó a contraluz con gesto de admiración.

—A su salud, señor mío. A su salud —dijo, bebiendo el vino con aires de experto, soltando un expresivo chasqueo con los labios. Su esposa, a quien no ofreció nada, le miró en todo momento con una atención reverencial.

—¿Usted no toma nada, Mrs. Sherwin? —dije.

—Mrs. Sherwin, señor mío —interrumpió su marido—, nunca prueba el vino y no puede digerir el bizcocho. Tiene el estómago delicado, muy delicado. Pero tómese usted otra copa, ¿no le apetece? Este jerez me sale a seis chelines la botella; a ese precio, tiene que ser un vino de primera categoría, y desde luego que lo es. Bien, si no desea usted tomar nada más, pasemos a tratar del negocio que nos ocupa. ¡Ja, ja! Negocio lo llamo yo, pero espero que sea para usted asunto de placer.

Mrs. Sherwin tosió; una tos muy débil, minúscula, medio ahogada en su arranque.

—¡Ya estamos otra vez! —dijo él, volviéndose con virulencia hacia ella—. ¡Ya estamos tosiendo de nuevo! Seis meses de tratamiento médico, seis meses de factura que habré de pagar de mi bolsillo, ¿y para qué? ¡No ha servido de nada, de nada, Mrs. Sherwin!

—Oh, me encuentro mucho mejor, gracias. Sólo ha sido un poco...

—En fin, señor mío. A lo que íbamos. Al día siguiente de nuestra charla, tuve lo que cabría calificar de explicación con mi querida hija. Ella se mostró naturalmente algo confundida, y no menos azorada, como es lógico. Se trata de un asunto muy serio para decidirlo a su edad, y sobre todo con tan poco margen, teniendo en cuenta que ha de incidir en la felicidad de su porvenir.

En este punto, Mrs. Sherwin se llevó el pañuelo a los ojos sin hacer el menor ruido, pues seguramente había adquirido con largos años de práctica la costumbre de llorar en silencio. Su marido le dedicó, sin embargo, una rápida mirada, sin el menor rastro de conmiseración.

—¡Dios Santo, Mrs. Sherwin! ¿De qué le sirve ponerse así? —le dijo, con indignación—. ¿A qué viene esa llantina? Margaret no está enferma, no es desdichada tampoco, así que... ¿qué demonios es lo que pasa ahora? Por mi alma le juro que es una circunstancia de lo más molesta, sobre todo delante de una visita. En fin, mejor será que se marche y me deje discutir el asunto por mis propios medios; no hace usted más que fastidiar cuando se trata de un negocio, y tengo la impresión de que siempre será igual.

Mrs. Sherwin se dispuso, sin una sola palabra de protesta, a salir de la sala. Sinceramente lo sentí por ella, pero no pude decir nada. Llevado por el impulso del momento,

Librodot

me puse en pie para abrirle la puerta, pero me arrepentí de inmediato, pues mi gesto aumentó tanto su azoramiento que se golpeó el pie contra la silla y se le escapó una exclamación de dolor mientras salía.

Mr. Sherwin se sirvió una segunda copa de jerez sin parar mientes en todo esto.

—Confío en que Mrs. Sherwin no se haya hecho daño —dije.

—¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! No vale la pena ni siquiera pensar en ello. Ya sabe usted, la torpeza y el nerviosismo, nada más. Siempre está nerviosa; los médicos (todos unos farsantes) no consiguen ponerle remedio, y es muy triste, ya lo creo, pero no se puede hacer nada.

A estas alturas, a pesar de todos mis esfuerzos por preservar intacto algún respeto hacia él, sólo por ser el padre de Margaret, ya se había hundido hasta el lugar que le correspondía en mi estima.

—Bueno, bueno. Mi querido señor —prosiguió—, volvamos al punto en que me interrumpió Mrs. Sherwin. Veamos: estaba diciéndole que mi querida hija estaba un tanto confundida y todo eso, ya sabe usted. Tal como son las cosas, le expuse todas las ventajas que le reportaría una relación como la que usted prometió trabar con ella; de paso, le hice saber algunas de las circunstancias que son un tanto vergonzantes, me refiero al matrimonio en secreto y todo eso, ya sabe usted. También le comenté cuáles serían las restricciones respecto al matrimonio que, si llegara a celebrarse, yo me sentiría obligado a imponerle en calidad de padre suyo, y que en seguida pasaré a detallarle. Como es un hombre de mundo, señor, sabe tan bien como yo que las jóvenes damiselas no suelen dar respuestas directas y concretas cuando se les pregunta por sus gustos en favor de algún que otro caballero joven. Sin embargo, logré sacarle lo suficiente para deducir que usted había sacado buen provecho de su tiempo, que no le había dado ocasión para sentirse descorazonada, ya sabe qué quiero decir, pues dejo a ese respecto que le haga usted hablar con claridad a ella. Está más en su línea que en la mía, es un trato justo. Ahora, pasemos si le parece a lo que de negocio tiene la transacción. Yo lo único que tengo que decirle es que si está usted de acuerdo con mis propuestas, yo estoy entonces de acuerdo con las suyas. Me parece que es justo, ¿eh?

—Muy justo, Mr. Sherwin.

—Ya me parecía. Bien, pues. En primer lugar, mi hija es demasiado joven para casarse aún. Tan sólo tiene diecisiete años.

—¡Me deja usted perplejo! Yo había pensado que al menos tendría veinte años.

—Sí, a todo el mundo le parece mayor de lo que es en realidad, a todo el mundo. Y es verdad que parece mayor. Está más formada, más desarrollada, debiera decir, que la mayoría de las muchachas de su edad. De todos modos, ésa no es la cuestión. Lo cierto es que es demasiado joven para casarse, eso no hay quien lo discuta; es demasiado joven desde el punto de vista moral, desde el punto de vista de su educación; es demasiado joven, vaya. En resumidas cuentas, el resultado de todo esto es que no daré mi consentimiento al matrimonio de Margaret hasta que haya pasado un año más, un año, digamos, a contar desde ahora. Un año de noviazgo, pues, para que mi hija pueda dar por terminada su educación y para que termine de formarse su constitución, ya me entiende usted; para que termine de formarse su constitución.

¡Un año de espera! Al principio, me pareció una prueba demasiado larga de resistir, una prueba que de ningún modo debiera permitir que a mí se me impusiera. Acto seguido, ese retraso se presentó a mis ojos bajo una luz bien diferente. Ver a Margaret quizá a diario, quizá durante horas y horas seguidas, ¿no sería el más preciado de todos los privilegios? ¿No me daría una inmensa felicidad observar de qué modo se desarrollaría su carácter, ser testigo de su primer amor por mí, amor de doncella, a medida que avanzase hacia la confianza,, hacia la

Librodot

madurez, en función de la frecuencia con que nos viésemos los dos? Según pensaba en esta posibilidad, le contesté a Mr. Sherwin sin vacilar.

—Será una dura prueba —dije— para mi paciencia, aunque no para mi constancia, ni menos aún para la fuerza de mi afecto. Estoy dispuesto a esperar a que transcurra ese año.

—Exactamente —replicó Mr. Sherwin—. Era de esperar tanta sinceridad, tanta razón, de todo un caballero como usted. Bueno, pues así llegamos a la mayor dificultad que se me presenta en todo este asunto. De hecho, hay una pequeña estipulación que debo hacer.

Se detuvo, se pasó los dedos por el pelo en todas direcciones. Se le distorsionaron las facciones de modo ominoso, aunque no dejó de mirarme.

—Le ruego que se explique, Mr. Sherwin. Su silencio me inspira cierta inquietud sobre este particular, se lo aseguro.

—Claro, claro; le entiendo. Ahora bien, debe usted prometerme que no se sentirá molesto, ofendido, vaya, por lo que voy a proponerle.

—Desde luego.

—Bueno, pues muy bien. Puede que le parezca extraño. De todos modos... Ejem... Si se tienen en cuenta las circunstancias, es decir, por lo que le concierne a usted personalmente, quiero que mi querida hija y usted se casen de inmediato, pero que no se casen exactamente hasta que pase un año. No sé si me ha entendido...

—Debo confesar que no.

Tosió con bastante incomodidad; se volvió hacia la mesa y se sirvió otra copa de jerez, momento en el cual vi que le temblaba la mano un poco. Se lo bebió de un trago, carraspeó tres o cuatro veces y volvió a tomar la palabra.

—Bueno, pues si quiere que sea más claro aún, así es como entiendo yo este asunto: si fuera usted otro más de nuestro rango social, y si viniera a cortejar a Margaret con plena aprobación y consentimiento de su señor padre, cuando usted hubiese dicho que sí al compromiso del año de plazo, todo estaría ya dicho y hecho: habríamos cerrado un trato a plena satisfacción por ambas partes y todo llegaría a buen fin. En cambio, siendo su situación la que es, no puedo quedarme contento estando las cosas como están; dicho de otro modo, no puedo poner fin al trato de esta manera.

Era palmario que se sentía seguro por la fluidez que le confería el vino y se sirvió, en este momento tan delicado, una nueva copa.

—¿No se da usted cuenta, señor, a qué punto pretendo llegar por el camino más corto? —siguió—. Supongamos que corteja usted a mi hija durante todo un año, tal como acordamos; supongamos que su señor padre se entera. Hemos de mantenerlo todo en absoluto secreto, por descontado. Claro, hay veces en que los secretos se descubren, sin que nadie sepa por qué ni cómo. Supongamos, pues, que su padre se huela por dónde van los tiros y que el matrimonio se rompa. ¿Dónde cree que iría a parar la reputación de Margaret? Si todo esto ocurriese con una persona de su misma posición social, podríamos dar explicaciones de todo y contar con que nos creyeran; en cambio, si tal cosa ocurriese con usted, ¿qué diría todo el mundo? ¿Creerían los demás que usted de veras tuvo la intención de casarse con ella? Ésa es la cuestión; ésa es precisamente la cuestión.

—Ya, pero tal caso no podría darse. Me asombra que pueda usted imaginar tal situación. Ya le he dicho que soy mayor de edad.

—Y es apropiado que me lo recuerde, muy apropiado, desde luego que sí. Claro que también me dijo, no sé si se acordará, que si su padre tuviera noticia de este matrimonio, no se detendría por nada, por nada, recuerdo que dijo usted, para oponerse en redondo. Bueno, pues a sabiendas de esto, mi estimado señor, aunque tengo total confianza en su honor, en su resolución, en su determinación de llevar a buen puerto su compromiso, no puedo confiar

Librodot

de igual manera en que usted esté preparado de antemano para oponerse a todo lo que su padre podría hacer si llegara a enterarse, ya que ni siquiera usted mismo sabe bien qué llegaría a hacer, qué influencia podría ejercer sobre usted. Una situación tan lamentable no es probable que se llegue a dar, dirá usted; sin embargo, si es posible aunque sea de forma muy remota, y hay todo un año de plazo para que se dé esa remota posibilidad, por Júpiter, señor mío, que es mi deber en nombre de mi hija guardarnos de los accidentes. Es mi deber, ya lo creo.

—¡En nombre del Cielo, Mr. Sherwin! ¡Olvide de una vez esas dificultades imposibles que sólo ve usted y hágame saber qué es lo que tiene que proponerme!

—¡Con calma, mi estimado señor! Con calma, con mucha calma. De entrada, esto es lo que le propongo: que se case usted con mi hija, que se case con ella en privado, en el plazo de una semana. ¡Le ruego que guarde la compostura, señor! —Y es que le estaba mirando totalmente pasmado, sin habla—. Tómeselo con calma, le ruego que se lo tome con calma. Bueno, supongamos pues que se casa con Margaret de esta manera, para lo cual he de estipular una cláusula. Le exijo que me dé su palabra de honor de que la dejará a la salida de la iglesia y de que por espacio de un año entero nunca intentará estar con ella si no es en presencia de una tercera persona. Una vez vencido ese plazo, yo me comprometo a entregársela en calidad de esposa suya, de hecho y también de nombre. ¡Ahí está! ¿Qué le parece, pues?

Estaba demasiado pasmado, demasiado abrumado para decir nada en ese momento, y Mr. Sherwin siguió a lo suyo. —Este plan que se me ha ocurrido, dése cuenta, reconcilia todos los extremos. Si llega a producirse un accidente, si somos descubiertos, está claro que su padre no podrá hacer nada para impedir la boda, puesto que la boda ya se habrá celebrado. Al mismo tiempo, yo me aseguro el plazo de un año para que termine de formarse su constitución, para ultimar el perfeccionamiento de sus cualidades, en fin, ya sabe usted. Además, así disfruta usted de una oportunidad única para navegar ciñéndose al viento todo lo que usted quiera, para comunicar el asunto a su señor padre poco a poco, sin temor a las consecuencias, en el supuesto de que al fin y al cabo se torcieran las cosas. Por mi honor, mi estimado señor, creo que merezco toda credibilidad por haber ideado un plan como éste; todo queda bien aclarado, enderezado, al gusto además de todas las partes. No hará falta que le diga que dispondrá de todas las facilidades para estar con Margaret, aunque con las restricciones de que le hablaba, con esas restricciones, ya me entiende usted. Es posible que la gente hable de sus visitas; sin embargo, como tendré en mi poder el certificado, y estaré tranquilo por tenerlo todo aclarado y asegurado, no pienso preocuparme por tales habladurías. Bueno, ¿y qué me dice? Tómese su tiempo, piénselo despacio si quiere; recuerde solamente que tengo absoluta confianza en su honor, y que actuó movido por un sentimiento paternal, en defensa de los intereses de mi queridísima hija.

Calló al fin, seguramente extenuado por la extraordinaria volubilidad de su larga arenga.

Habrá hombres con más experiencia en este mundo, menos dominados por el amor de lo que yo estaba, que en una situación como ésa habrían reconocido en esa proposición una probatura injusta para su contención y es posible que también una humillación no menos injusta. Otros habrían detectado la motivación egoísta que entrañaba, la mezquina desconfianza de mi honor, mi integridad, mi firmeza, que subyacía a su proposición; la no menos mezquina ansiedad que demostraba Mr. Sherwin en su afán por sacar partido cuanto antes de semejante trato, seguramente por miedo a que yo me arrepintiese. Yo no discerní todo esto ni por asomo. En cuanto me repuse del natural asombro de los primeros momentos, solamente vi en el extraño plan que me fue propuesto la certeza de asegurarme —al margen del sacrificio que costara, al margen de los riesgos, al margen de la tardanza— el triunfo definitivo de mi amor. Cuando calló Mr. Sherwin, le contesté de inmediato:

Librodot

—Acepto sus condiciones. Las acepto de todo corazón.

Poco o mal preparado estaba para un asentimiento tan repentino a su proposición, de manera que al principio pareció absolutamente perplejo. Pero pronto recobró su dominio de sí mismo —su taimado dominio de sí mismo, muy de comerciante—, de modo que se puso en pie y me estrechó la mano con vehemencia.

—Encantado, mi estimado señor; estoy sumamente encantado de ver con qué rapidez nos entendemos, pues es muestra de que nos llevaremos pero que muy bien. Hemos de tomar otra copa, ¡cuernos, debemos celebrarlo con otra copa! ¡Un brindis, ya sabe usted! ¡Un brindis que no puede renunciar a beber de un trago, un brindis por su esposa! ¡Ja, ja! ¡Ahí le he sorprendido, que no? ¡Ay, mi querida, queridísima Margaret! ¡Dios la bendiga!

—Así pues, podemos considerar que todas las dificultades están por fin zanjadas —dije, deseoso de poner fin a mi entrevista con Mr. Sherwin tan rápidamente como me fuera posible.

—Decididamente. Zanjadas y bien zanjadas, si me permite decirlo. Sí quisiera, entiéndame, que se haga un seguro de vida, y le pediría que lo extendiera a favor de Margaret; tal vez también sería buena idea que preparase un contrato en el que se comprometa a asignar una determinada parte de las propiedades que pueda usted llegar a poseer más adelante a su esposa y a sus hijos. ¡Ya ve, a estas alturas ya pienso con verdaderas ganas en el día en que sea abuelo! En fin, todo esto puede esperar a mejor ocasión. Digamos que dentro de un día o dos...

—Así pues, supongo que no pondrá ninguna objeción a que vea ahora a Miss Sherwin, ¿verdad?

—En modo alguno. Puede verla ahora mismo, si así lo desea. Venga por aquí, mi estimado señor. Por aquí. —Y me condujo por el pasillo hasta llegar al comedor.

Esta pieza estaba amueblada con menos lujo, aunque con peor gusto (si es posible) que la sala de la que acabábamos de salir. Junto a la ventana estaba sentada Margaret; era la misma ventana por la que la había visto aquella tarde en que llegué caminando a la plaza, después de nuestro encuentro en el ómnibus. La jaula del canario estaba colgada en el mismo sitio. Me fijé entonces, con momentánea sorpresa, en que Mrs. Sherwin estaba sentada a bastante distancia de su hija, en el otro extremo de la estancia; acto seguido, me situé junto a Margaret. Llevaba un vestido de color amarillo claro, que daba un especial esplendor a su tez morena y a su magnífica melena castaña. Una vez más, se volatilizaron todas mis dudas, todos mis reproches, dejando su lugar a una exquisita sensación de felicidad, al resplandor de la alegría y la esperanza, del amor que parecía colmarme el corazón, en el momento mismo en que la miré.

Tras pasar unos cinco minutos en la estancia, Mr. Sherwin susurró algo a su esposa y nos dejó. Mrs. Sherwin siguió en su lugar, aunque no dijo nada. Apenas se volvió a nosotros más que un par de veces. Puede que por simple cuestión de delicadeza se abstuviera de dar la impresión de estar vigilándonos a su hija y a mí. Fueran cuales fuesen sus sentimientos, no me preocupé siquiera de especular al respecto. Bastante tenía con el privilegio de hablar con Margaret sin interrupciones, de declararle por fin mi amor sin titubeos y sin reservas.

¡Cuánto tenía que decirle, y qué breve se me antojó el tiempo de que disponía aquella noche! ¡Qué breve, sí, para referirle todos los pensamientos que en el pasado había generado ella en mí, todos los sacrificios a los que de buena gana había accedido con tal de tenerla, todas las expectativas de la felicidad futura que había concentrado en ella y que vivían, de hecho, gracias a la perspectiva de que me recompensara con su amor! Ella dijo bien poca cosa, aunque tan poca cosa fue un nuevo deleite a mis oídos. Sonrió, me dejó tomarle de la mano sin hacer el menor intento de retirarla. Había anochecido; la oscuridad empezaba a espesar a nuestro alrededor; la figura quieta de Mrs. Sherwin, quieta como si estuviera muerta, siempre en el mismo lugar, siempre en la misma postura, fue difuminándose en la

Librodot

penumbra, al otro lado de la estancia. Sin embargo, en ningún momento se me pasó por la cabeza la idea del tiempo que pasaba, la idea de mi hogar. Podría haberme pasado la noche entera sentado con Margaret ante la ventana, sin tener conciencia de las horas que irían pasando.

Sin embargo, relativamente pronto entró de nuevo en la estancia Mr. Sherwin, que me sacó de mi ensoñación acercándose a nosotros y hablando con los dos. Me di cuenta de que ya había pasado tiempo más que suficiente y de que esa noche ya no íbamos a estar juntos los dos. Por eso, me levanté y procedí a despedirme, no sin antes concertar una hora para ver a Margaret al día siguiente. Mr. Sherwin me acompañó a la puerta con gran ceremonia. Cuando ya me marchaba, me sujetó del brazo y me habló en tono sumamente confidencial.

—Venga mañana una hora antes de lo fijado, así saldremos juntos a obtener la licencia. No pondrá ninguna objeción, ¿verdad? La boda podría celebrarse exactamente dentro de una semana, ¿le parece bien? Será como usted diga, por supuesto; no quisiera dar la impresión de que soy un dictador. ¡Ah, ya veo que no pone objeciones! Pues le garantizo que Margaret tampoco objetará nada. Respecto al consentimiento, en lo que a la boda se refiere, hay una absoluta reciprocidad por ambas partes, ¿verdad que sí? Muy bien, pues buenas noches. Y que Dios le bendiga.

Librodot

XII

Esa noche volví a casa sin sentir la renuencia ni las aprensiones que había sentido la última vez en que me acerqué a la entrada de nuestro domicilio. La certeza del éxito que se desprendía de lo ocurrido durante aquella velada me confirió una confianza en mi propio dominio, una confianza en mi capacidad de esquivar todas las preguntas peligrosas, como nunca había experimentado. No me preocupó que de inmediato, y quizá durante un buen rato, fuera a encontrarme en compañía de Clara o de mi padre. Fue provechoso, para preservar mi secreto, que me hallase en ese estado de ánimo, ya que nada más abrir la puerta de mi estudio me quedé de una pieza al verlos a los dos en mis aposentos.

Cuando entré, Clara estaba midiendo uno de mis anaqueles repletos de libros con un trozo de cordel; aparentemente, estaba comparando su longitud con la de otro anaquel vacío que había en la pared contigua. Al verme, dejó lo que estaba haciendo, y se dio la vuelta para mirar con gesto significativo a mi padre, el cual se hallaba cerca de ella, con una carpeta llena de papeles en la mano.

—No es de extrañar que te sorprenda esta invasión de tu territorio, Basil —dijo mi padre con una peculiar amabilidad—. De todos modos, tendrás que solicitar una explicación, si quieres, a la primera ministra de la casa —y señaló a Clara—. Yo no soy más que el instrumento de una conspiración doméstica ideada por parte de tu hermana.

Clara parecía dudar; no sabía si decir algo o no. Fue la primera vez en que vi semejante expresión en su cara, en el momento en que me miró a los ojos.

—Nos han descubierto, papá —dijo tras un brevísimo silencio—, y hemos de dar las explicaciones de rigor. Pero ya sabes que siempre que puedo dejo en tus manos todas las explicaciones.

—Muy bien —dijo mi padre sonriendo—. En este caso, mi tarea será bien fácil. Cuando me dirigía a mi despacho, Basil, me interceptó tu hermana y me trajo aquí para que le diera mi opinión sobre un nuevo conjunto de anaqueles que pensaba encargar para ti, y eso que debiera estar ocupándome de mis propios asuntos de dinero. Clara había pensado encargar en secreto esos anaqueles, para instalarlos por sorpresa en tu estudio, un día en que tú no estuvieras en casa. De todos modos, como la has sorprendido en el momento en que medía los espacios con la habilidad de un experto carpintero, todo hay que decirlo, y con el ímpetu de una arbitraria damisela que gobierna sin oposición en toda la casa, guardar el secreto está ya fuera de toda consideración. Hemos de hacer virtud de la necesidad, y confesarlo todo.

¡Pobre Clara! Ésa fue su única intervención tras los diez días de total olvido de ella en que había incurrido yo y le había dado miedo decírmelo ella en persona. Me aproximé a darle las gracias, aunque no con demasiada gratitud, me temo, pues me sentía demasiado confuso para hablar con toda libertad. Me pareció una fatalidad. A medida que aumentaba el mal que causaba yo en secreto a los lazos de familia, a los principios de familia, más era el bien que inconscientemente me devolvía mi familia a través de las manos de mi hermana.

—Yo no puse la menor objeción al plan de los anaqueles, por supuesto —prosiguió mi padre—. Lo cierto es que hace falta más sitio para los volúmenes y volúmenes que has ido reuniendo; sin embargo, sí le sugerí que pospusiera la ejecución del proyecto. Está bien claro que esos anaqueles no harán verdadera falta al menos hasta dentro de unos' meses. Y dentro de una semana exactamente nos volvemos al campo.

No pude reprimir un sobresalto de asombro y de desazón. Ésa era la dificultad que debiera haber previsto mucho tiempo antes, pero que de modo casi inexplicable nunca se me pasó por la cabeza, aun cuando era efectivamente el momento del año en que muchas otras veces nos habíamos ausentado de Londres ya de modo acostumbrado. ¡Dentro de una semana

Librodot

exactamente! ¡El día mismo que fijó Mr. Sherwin para mi boda!

—Mucho me temo, señor, que no podré marchar con usted y con Clara tan pronto como usted propone. Tenía el deseo de permanecer en Londres por más tiempo. —Lo dije en voz baja, sin aventurarme a mirar a mi hermana. Pero no pude dejar de oír la exclamación que a ella se le escapó mientras yo hablaba, ni el tono que le dio.

Mi padre se acercó uno o dos pasos hacia mí y me miró a los ojos con insistencia, con la firme y penetrante expresión que le caracterizaba.

—Me parece una decisión de todo punto extraordinaria —dijo. Su tono de voz y su talante cambiaron ominosamente—. Tu súbita ausencia en estos últimos dos días ya me pareció bastante rara; en cambio, esto de quedarte en Londres tú solo es de veras incomprensible. ¿Qué es lo que tienes que hacer?

Una excusa... ¡no! ¡No fue una excusa! Vale más que en estas páginas llamemos a las cosas por su nombre: una mentira afluía a mis labios, pero mi padre la cortó en seco. En seguida se percató de mi azoramiento, por más ansiosamente que me esforzase por disimularlo.

—Basta —dijo, fríamente, mientras por vez primera asomaba a sus mejillas ese enrojecimiento que en él tanto significaba—. ¡Basta! Si has de dar excusas, Basil, prefiero no hacer preguntas. Tienes un secreto que has optado por guardarme, y te ruego que lo guardes. Nunca me he acostumbrado a tratar a mis hijos tal como no trataría a ningún otro caballero con el que por casualidad tuviera relaciones. Si ellos tienen asuntos privados, no soy quién para interferir en esos asuntos. La confianza que tengo en su honor es mi única garantía, lo único que me asegura que no me están engañando. En una relación entre caballeros, ésa es garantía más que suficiente. Quédate, así pues, todo el tiempo que desees. Nos alegrará verte con nosotros en el campo, en el momento en que tus ocupaciones te permitan abandonar la ciudad. —Se volvió hacia Clara—. Cariño, supongo que ya no me necesitas más aquí. Mientras me ocupo de mis negocios, tú te puedes ocupar del asunto de tus anaqueles con tu hermano. Hagas lo que hagas, me alegraré de dar las órdenes que sean precisas.

Y así se marchó de mis aposentos, sin hablarme ni mirarme otra vez. Me dejé caer sobre un sillón, sintiéndome desgraciado, carente de autoestima, debido a las últimas palabras que me había dicho. La confianza que tenía en mi honor era su única garantía contra la posibilidad de que yo le engañase. Según pensaba en esa afirmación, todas y cada una de sus sílabas parecieron traspasarme la conciencia, marcar a fuego la hipocresía en mi corazón.

Me volví hacia mi hermana. Estaba de pie a escasa distancia de mí, pálida y silenciosa, retorciendo con gestos mecánicos el cordel con que había medido los anaqueles, que todavía sostenía entre sus dedos temblorosos, y me miró de forma tan adorable, tan lastimera, que mi fortaleza terminó por ceder cuando le miré a los ojos. En ese instante fue como si me olvidase de todo lo que había pasado desde el día en que conocí a Margaret, como si de golpe me viera devuelto a mi antigua manera de vivir, a mis antiguas simpatías domésticas. Me quedé cabizbajo, y sentí que las lágrimas, calientes, pugnaban por brotar de mis ojos.

Clara se acercó en silencio a mi lado; se sentó junto a mí y me rodeó con un brazo por el cuello.

Cuando estuve más tranquilo, me habló en tono muy suave.

—He estado muy preocupada por ti, Basil, y tal vez he dejado, sin querer, que esa preocupación se me notase más de lo debido. Quizá me he acostumbrado a extraer demasiado de ti; quizá has estado siempre demasiado dispuesto a complacerme. Pero lo cierto es que llevo mucho tiempo acostumbrada a que así sea, y no tengo a nadie con quien hablar como hablo contigo. Papá es muy amable, pero nunca podría ser exactamente lo que tú eres para mí; Ralph no vive con nosotros, y siempre le he importado poco, eso creo. Tengo algunas

amistades, pero no son...

Calló de nuevo, le fallaba la voz. Se esforzó un instante por mantener la compostura; se esforzó como sólo saben esforzarse las mujeres, y culminó con éxito su empeño. Me apretó el cuello más fuerte, pero habló en un tono más firme y más claro cuando retomó la palabra.

—No me será nada fácil dar por perdidos nuestros paseos por el campo, a caballo y a pie, ni tampoco las charlas que siempre teníamos al atardecer, en la vieja biblioteca de la casa de campo. Sin embargo, creo que podré renunciar a todo esto y marcharme sola con papá, aunque sea por vez primera, sin ponerte melancólico con lo que pueda yo decir o hacer en esta despedida, siempre y cuando me prometas que cuando te encuentres en dificultades me dejarás ayudarte. Creo que siempre podré ser de utilidad, ya que siempre tendré un vivo interés por todo lo que te concierna. No quiero ser yo quien se entrometa en tu secreto, pero si ese secreto alguna vez te causa problemas o malestar (y espero que no sea así, y rezo para que no lo sea), quiero que tengas toda la confianza en mi capacidad para ayudarte, sea como sea, a superar cualquier adversidad. Déjame marchar al campo, Basil, a sabiendas de que aún confías en mí incluso aunque llegue el día en que ya no puedas confiar en nadie más. Dímelo, Basil; dime que así es.

Le di la garantía que tanto deseaba tener, se la di de todo corazón. Fue como si, con las contadas y sencillas palabras que dijo, hubiese recobrado la influencia que siempre había tenido sobre mí. Se me pasó por la cabeza que tal vez debería, por elemental gratitud, confiarle mi secreto de inmediato, sabedor de que mi secreto estaría a salvo, pues ella no lo revelaría; sin embargo, pensé, comunicárselo tal vez la sobresaltase o incluso la hiriese. Creo que habría terminado por confiárselo, de no haber sido por un mínimo accidente, por la banal interrupción que supuso el que alguien llamase entonces a la puerta.

Era uno de los criados. Mi padre deseaba ver a Clara, por algo relacionado con su inminente viaje a la casa de campo. No se encontraba ella del todo bien para obedecer a ese llamamiento en el acto; sin embargo, con su coraje de costumbre a la hora de disciplinar sus sentimientos y someterse a los deseos de cualquier persona a la que amase, decidió obedecer de inmediato el mensaje que acababa de recibir. Unos instantes en silencio; un leve temblor en seguida reprimido; un beso de despedida, unas palabras de ánimo ya desde la puerta:

—No te apenes por lo que ha dicho papá. Tú me has hecho muy feliz, Basil, y yo sabré hacerle feliz a él también. —Y así se marchó Clara.

En esos breves momentos de la interrupción, pasó el momento oportuno para desvelar mi secreto. En cuanto mi hermana se hubo marchado de la estancia, regresó la renuencia que sentí anteriormente, la negativa a confiarlo a nadie de los míos, y ya no se alteró durante el largo año de prueba que había accedido a pasar. Claro que esto no importó mucho. Tal y como iban a desarrollarse los acontecimientos, si se lo hubiera dicho todo a Clara, el final habría sido exactamente el mismo, y la fatalidad se habría precipitado exactamente por los mismos medios.

Salí poco después de que se fuese mi hermana. Durante el resto de la noche, no pude dedicarme a ninguna ocupación allá en casa, y supe también que sería inútil procurar dormir en esos momentos. Mientras caminaba por las calles se formaron en mí amargos pensamientos contra mi padre, amargos pensamientos contra su inexorable orgullo de familia, impuestos sobre mi espíritu por el disimulo y el secreto, por la opresión que ya había padecido en grado superlativo; dicho de otro modo, fueron amargos pensamientos en contra de esas tiranías sociales que no toman en consideración la simpatía y el amor, lo más humano, y que mi padre encarnaba decisivamente frente a mis ideas. Poco a poco, estas reflexiones se fundieron con otras no tan lúgubres. Pensé otra vez en Clara, consolándome con la creencia de que, al margen del modo en que pudiera recibir mi padre la noticia de mi matrimonio, podía contar con mi hermana, estar seguro de que amaría a mi esposa y la trataría con toda

amabilidad, aunque sólo fuese por mí. Este pensamiento me llevó a recordar a Margaret con suavidad, felizmente. Regresé a casa, calmado y tranquilizado de nuevo, al menos aquella noche.

Los acontecimientos de aquella semana, tan cargados de importancia para mi porvenir, se sucedieron con ominosa rapidez.

Se obtuvo la licencia matrimonial; se dio cumplida cuenta de todos los demás preliminares pendientes de ajustar con Mr. Sherwin; vi a Margaret a diario, y me entregué sin reservas de ninguna clase al encanto que sobre mí ejercía en cada uno de nuestros encuentros. En casa, el ajetreo de la partida inminente, las visitas de despedida, la infinidad de pequeñas cuestiones pendientes de resolver antes de realizar un viaje al campo, daban la sensación de acelerar las horas, al tiempo que el día en que Clara se marchase, el día en que yo iba a contraer matrimonio, iba estando más cercano. Toda clase de interrupciones me impidieron mantener una conversación más larga, más privada, con mi hermana. Mi padre, por su parte, rara vez estuvo disponible durante más de cinco minutos seguidos, ni siquiera Para los que muy en especial deseaban hablar con él. En mis relaciones con los de casa no surgió nada que me azorase, nada que me alarmase de veras.

Llegó el día. No había dormido durante toda la noche anterior, así que me levanté temprano, por ver qué tal pintaba la mañana.

Es extraño con qué frecuencia ejerce su natural prerrogativa esa instintiva creencia en los malos presagios y en la predestinación, eso que con displicencia llamamos superstición, y cómo se adueña incluso de mentalidades que han sido adiestradas para repudiarla, especialmente en los momentos en que un gran acontecimiento va a marcar nuestra vida. Creo que esto les ha ocurrido a muchísimos hombres, a muchos más de los que lo han confesado, y a mí desde luego me ocurrió. En cualquier período anterior, me hubiese echado a reír ante la sola imputación de que yo hubiese albergado siquiera por un instante un sentimiento de índole supersticiosa. En cambio, mientras oteaba el cielo y veía las negras nubes que abarcaban el firmamento entero, mientras miraba la intensa lluvia que vertían los nubarrones, se adueñó de mí una congoja irreprimible. Durante los últimos diez días, el sol había lucido prácticamente sin interrupción; en cambio, el día fijado para mi boda llegaron las nubes, la niebla, la lluvia. Hice el esfuerzo de reírme de los malos presagios en que me hizo pensar el mal tiempo, pero fue un esfuerzo en vano.

Estaba previsto que emprendieran viaje a la casa de campo a hora muy temprana. Desayunamos todos juntos; fue un desayuno apresurado, incómodo, en silencio. Mi padre se pasó todo el tiempo escribiendo algunas notas, o bien examinando las cuentas que le había presentado el mayordomo. Clara fue visiblemente incapaz de pronunciar una sola palabra sin arriesgarse a perder por completo la compostura. Fue tan absoluto el silencio, mientras estuvimos sentados a la mesa, que tanto la lluvia (que se suavizó, a la vez que caía con más persistencia, a medida que fue transcurriendo la mañana), como el rápido y discreto trajín de los criados por el comedor, se oían con dolorosa nitidez. La opresión del que sería el último desayuno de familia en Londres, durante lo que restaba de año, surtió un efecto tan desconsolador que no podría describirlo, así como tampoco puedo olvidarlo.

Al fin llegó el momento de partir. Clara parecía tener miedo incluso de confiarse a mirarme a la cara. Con prisas, se bajó el velo sobre la cara nada más anunciarse que el coche estaba listo. Mi padre me estrechó la mano con bastante frialdad. Yo había esperado que me dijera algo al despedirnos, pero se limitó a decirme adiós con toda simpleza y brevedad. Hubiese preferido que me hablase con enojo y no con la contención de que hizo gala, reduciéndose a la cortesía más elemental. Tan sólo le quedaba un desaire por hacerme y no me lo ahorró. Mientras mi hermana se despedía de mí, esperó a la puerta de su dormitorio para acompañarla a bajar las escaleras, como si supiera intuitivamente que ésa era la última

Librodot

atención que yo había confiado en mostrarle.

—Piensa en lo que me prometiste en tu estudio, Basil —susurró Clara en una voz tan baja, tan temblorosa, que a duras penas acerté a entenderla—. Cuando pienses en mí, dijiste que me escribirías a menudo.

Al levantar su velo por un instante, al besarme, sentí en la mejilla las lágrimas que rodaban por las suyas. Los seguí a los dos por las escaleras. Cuando hubieron salido a la calle, Clara me dio la mano: una mano helada, inerte. Me di cuenta de que la fortaleza que me había prometido tener en la ocasión ya no le acompañaba, a pesar de todos sus esfuerzos por conservarla; por eso la dejé subir de prisa al coche, sin detenerla con una última palabra de despedida. Acto seguido, mi padre y ella se alejaron a gran velocidad.

Cuando entré de nuevo en la casa, el reloj me indicó que aún me quedaba una hora de espera antes de que llegase el momento de ir a North Villa.

Entre las distintas emociones producidas por la impresión de a escena que acababa de vivir, y la anticipación con que pensaba en la escena que aún estaba por llegar, sufrí durante esa hora tantos conflictos internos como los que sufren casi todos los hombres en su vida entera. Era como si agotase todos mis sentimientos en tan breve margen de espera, como si mi corazón tuviese que pararse una vez concluido ese lapso. Mi inquietud era una tortura, a pesar de lo cual no lograba superarla. Recorrí la casa entera, de habitación en habitación, sin pararme en ninguna. Tomé de la biblioteca un libro tras otro, los abrí con la intención de leer un rato, y acto seguido los volví a dejar en su sitio. Una y otra vez me asomé a la ventana para distraerme con lo que pasara por la calle, pero no llegué a quedarme quieto ni siquiera un minuto seguido. Fui a la galería, miré los cuadros que colgaban de las paredes, y tampoco supe qué estaba mirando. Por fin deambulé hasta el estudio de mi padre, la única estancia que aún no había visitado.

Sobre la chimenea estaba colgado un retrato de mi madre. A él volví los ojos, y por vez primera viví una larga pausa. El cuadro tuvo en mí el efecto de aquietarme, aunque a duras penas entendí en qué consistía ese efecto. Quizá llevó mi espíritu cerca de ese espíritu que ya no estaba con nosotros; quizá, esas voces secretas del mundo de lo desconocido, las voces que sólo el alma sabe escuchar, se soltaron en ese momento y me hablaron por dentro. Mientras permanecí sentado, mirando el retrato, noté una extraña y repentina calma. Se me fue la memoria a una larga enfermedad que padecí de niño, una larga temporada en que mi cuna estuvo junto al lecho de mi madre, que pasaba las tardes sentada a mi lado, acunándome hasta que me quedaba dormido. Este recuerdo trajo consigo la terrible imaginación de que tal vez quisiera ella acunar mi espíritu en esos momentos, desde el lugar en que se hallase, entre los ángeles de Dios. La quietud y el temor se adueñaron de mí y terminé por esconder la cara entre las manos.

Un reloj que dio la hora en la estancia me sobresaltó y me hizo regresar al mundo en que me hallaba. Me marché de casa inmediatamente y encaminé mis pasos hacia North Villa.

Margaret, su padre y su madre estaban en la sala cuando llegué. En seguida entendí que ni Mr. Sherwin ni su señora habían pasado la mañana en calma. El inminente acontecimiento que todos esperábamos para ese día había obrado su revuelta influencia en ellos, tal como la obró en mí. Mrs. Sherwin había palidecido hasta quedar muda; ni una sola palabra salió de sus labios. Mr. Sherwin se esforzó por adoptar un aire de tranquilidad que obviamente estaba muy lejos de sentir de veras, pues lo hizo caminando con brusquedad de un lado a otro de la sala y hablando por los codos, haciendo las preguntas más elementales y los chistes más vulgares. Para mi sorpresa, Margaret mostró muy pocos síntomas de agitación, sobre todo en comparación con sus padres. Salvo por el color que le subía a las mejillas sin que existiera razón para ello, salvo por la blancura que en seguida cobraba su piel, no pude detectar en ella otras muestras de emoción visible.

La iglesia estaba cerca. Por el camino arreció la lluvia, y la neblina matinal espesó hasta formar una niebla densa. Tuvimos que aguardar en la sacristía a que llegase el clérigo que iba a oficiar la ceremonia. En aquella sala parecía condensarse toda la negrura y toda la humedad del día; era un lugar oscuro, frío, melancólico, cuya única ventana miraba al cementerio contiguo, sobre cuyo suelo empapado flotaban hilachas de vapor. La lluvia repicaba con monotonía en la acera. Mientras Mr. Sherwin hablaba del tiempo con el sacristán (un hombre alto y enjuto, vestido con la sotana negra de rigor), yo permanecí sentado en silencio, cerca de Mrs. Sherwin y de Margaret, observando con atención mecánica las blancas casullas que colgaban delante de mí, en un armario entreabierto, así como la botella de agua y el vaso, los libros de gran formato, encuadernados en cuero marrón, que estaban sobre la mesa. Fui incapaz de hablar, incapaz de pensar incluso, durante ese intervalo cargado de expectación.

A la postre llegó el clérigo y entramos en la iglesia, una iglesia que era una desolación de bancos desiertos, con ese ambiente helado, pesado, de día de semana. Mientras nos situábamos en torno al altar, una enorme confusión embotó todas mis facultades. Mi percepción del lugar en el que me encontraba, incluso de la ceremonia en que tomaba parte, fue haciéndose borrosa y dudosa por momentos. No conseguí centrar mi atención mientras duró la ceremonia. Balbuceé y me confundí al pronunciar los responsos. En un par de ocasiones me di cuenta de que estaba impaciente por la lentitud con que transcurría la ceremonia; me pareció el doble, el triple de larga que lo habitual. Con esta impresión vino a mezclarse otra, desatinada y monstruosa, que me pareció producida por un sueño: era la impresión de que mi padre había descubierto mi secreto, de que me espiaba desde un rincón escondido de la iglesia, atento a denunciarme en el momento propicio, resuelto a abandonarme públicamente al final. Esta morbosa fantasía fue creciendo dentro de mí hasta que concluyó la ceremonia, hasta que nos fuimos de la iglesia y regresamos a la sacristía.

Se pagaron las tasas correspondientes; inscribimos nuestra alianza en el registro y en el certificado; el clérigo me deseó felicidad con todo comedimiento, y el sacristán le imitó solemnemente. El encargado de los bancos sonrió e hizo una reverencia; Mr. Sherwin hizo un discurso de felicitación, besó a su hija, me estrechó la mano, frunció el ceño para recriminar en privado a su señora las lágrimas que se le habían escapado y, por último, encabezó el cortejo con Margaret del brazo, y así salimos de la sacristía. Seguía lloviendo cuando los dos subieron al coche. La niebla iba ganando espesor, según me di cuenta al quedarme a solas bajo el pórtico de la iglesia, intentando darme plena cuenta de que estaba casado.

¡Yo, casado! ¡El hijo del hombre más orgulloso de Inglaterra, heredero de un apellido que consta en el pergamino de Battle Abbey, casado con la hija de un comerciante en paños! ¡Y qué matrimonio! ¡Qué condiciones pesaban sobre él! ¡Qué dura prueba iba a empezar ahora! ¿Por qué había accedido tan fácilmente a las proposiciones de Mr. Sherwin? ¿No habría terminado por ceder, si yo hubiese tenido la resolución necesaria para imponer mis propias condiciones?

¡Y qué inútil es formular estas preguntas! Había aceptado el compromiso y debía por lo tanto cumplirlo a rajatabla, cumplirlo incluso de buen humor, hasta que pasara el año impuesto y ella fuera mía para siempre. Ése había de ser mi único pensamiento, la única idea que guiara todos mis actos en el futuro. Se acabaron las reflexiones sobre las consecuencias de lo hecho, se acabaron los malos presagios por la revelación de mi secreto ante mi familia. Había dado el salto a una nueva vida; me llevara a donde me llevase, era un salto que ya nunca podría volver atrás.

Con esa inconmovible obstinación que caracteriza a toda persona de frágil mentalidad cuando ha de afrontar sus asuntos de más peso, Mr. Sherwin había insistido en que la primera cláusula de nuestro acuerdo (abandonar a mi esposa a la puerta de la iglesia) se cumpliera al pie de la letra. Como compensación por ello, estaba invitado a cenar en North Villa esa misma noche. ¿A qué iba a dedicar todo el tiempo que me quedaba hasta la hora de la cena?

Me fui a casa, ordené que ensillaran mi caballo. No estaba de humor para permanecer en una casa desierta; no estaba de humor para visitar a mis amistades. Lo único que podía apetecerme era una larga cabalgada bajo la lluvia. Todas las fatigas y todas las deprimentes emociones de la mañana se habían fundido en una desatada excitación de cuerpo y de mente. Cuando trajeron el caballo, vi con placer que el mozo a duras penas podía sujetarlo.

—Llévelo en corto, señor —dijo el hombre—. Hace tres días que no sale.

Mi ánimo era el perfecto para una cabalgada como la que me prometía semejante advertencia.

¡Y vaya cabalgada fue, cuando por fin salí de los límites de Londres, al levantar la niebla e iluminarse la tarde, al ver el camino liso y despejado ante mí! La velocidad del animal bajo la lluvia dispersa que aún caía, el paso largo y regular de mi caballo, la emoción que produce la empatia física establecida entre jinete y montura, el dejar atrás las carretas y las diligencias, los frenéticos ladridos de los perros que me saludaban al pasar, y volar por delante de las tabernas del camino, los gritos de los muchachos y de los hombres medio borrachos que resonaban un instante a mis espaldas, para perderse después a lo lejos... eso sí que era ocupar, acelerar, aniquilar las premiosas horas de soledad que viví en el día de mi boda, tal como exactamente apetecía mi corazón.

Llegué a casa calado hasta los huesos, pero con el cuerpo caldeado por el ejercicio, con el ánimo a punto de hervir, febril. Cuando me presenté después en North Villa, mi cambio de talante sorprendió a todos. Al cenar, no fue preciso insistirme para que compartiera el jerez a que Mr. Sherwin se enorgullecía de invitarme, ni tampoco necesité mayor apremio para catar el oporto que sacó después, sin olvidar su explicación preliminar sobre la cosecha, la añada, el precio de cada botella. Por engañoso que fuera, mi buen humor estuvo incólume. Cada vez que miraba a Margaret, su presencia estimulaba mi ánimo. Me pareció algo preocupada y se mantuvo insólitamente callada durante la cena; sin embargo, su belleza era de esa belleza voluptuosa, que resulta más adorable que nunca en reposo. Nunca como en esta ocasión me pareció que fuese tan grande el influjo que tenía sobre mí.

En la sala, el talante de Margaret se tornó más familiar, más confiado y desenvuelto conmigo, en comparación con el modo en que me había tratado hasta entonces. Me habló con más calor, me miró con más candor. La velada de nuestra boda estuvo jalonada por cien anécdotas, esas baratijas que atesora el amor, y que siguen estando en mi recuerdo. Entre ellas, hay una al menos de la que nunca me olvidaré: aquella noche la besé por primera vez.

Mr. Sherwin se había ausentado de la sala; Mrs. Sherwin estaba al otro extremo, regando unas macetas de la ventana. Por expreso deseo de su padre, Margaret me estaba mostrando unos curiosos grabados. Me entregó una lupa con la que debía estudiar yo una parte en concreto de uno de los grabados, que estaba considerado como una obra maestra en su género. En vez de aplicar la prueba de la lupa al grabado, que no me importaba nada, la coloqué entre risas sobre el rostro de Margaret. A través del cristal, su adorable y lustroso ojo negro pareció relampaguear al mirarme; su cálida, agitada respiración me llegó a la mejilla. No fue más que un instante, y en ese instante la besé por vez primera. ¡Qué sensaciones me produjo aquel beso! ¡Qué recuerdos me trae ahora!

Fue una prueba más de la ternura, de la pureza con que la amaba; hasta ese momento, me había dado miedo aprovechar el primer privilegio del amor que tanto había anhelado afirmar, y que bien pudiera haber afirmado antes. Puede que los hombres no me entiendan, pero las mujeres sí me entenderán.

Llegó la hora de despedirnos, la hora inexorable que iba a separarme de mi esposa antes de que terminase el día que nos casamos. ¿Debo confesar ahora lo que sentí al cumplir por primera vez la descabellada promesa que le hice a Mr. Sherwin? No. Es un secreto que no le he revelado a Margaret, y que me abstengo de revelar aquí.

Me despedí de ella tan presurosa y tan bruscamente como pude; imposible hubiera sido confiar en despedirme de ella de otro modo. Se las había ingeniado para recogerse en la zona menos iluminada de la sala, de modo que sólo vi vagamente su rostro en el momento de la despedida.

Fui a casa. Cuando me acosté, dispuesto a dormir, comenzó la ordalía para la que no había dejado de aprestarme inconscientemente durante el día entero. Todos los nervios de mi cuerpo, puestos en tensión extrema desde la mañana, por fin aflojaron y cedieron. Noté que me temblaban las extremidades hasta que la cama vibró bajo mi peso. Me poseyó el horror más lúgubre, sólo que no estuvo originado por pensamiento alguno, así como tampoco originó pensamientos: mis facultades intelectuales parecían paralizadas del todo. La reacción física y mental, después de la fiebre y la agitación del día vivido, fue tan repentina y tan grave que hasta los más tenues ruidos de la calle me aterraban: sí, literalmente me aterraban. El silbido del viento que se había levantado después de ponerse el sol me hizo incorporarme en la cama de un brinco, con el corazón desbocado y la sangre helada en las venas. Cuando no se oía nada, aguzaba el oído en espera de los ruidos: estaba alerta y sin respirar, sin osar mover un músculo. Al final, la agonía de la postración nerviosa fue más de lo que pude soportar, peor aún que el horror del niño al caminar a oscuras, al dormir solo en la primera planta de la casa, que ya me había abrumado desde que me acosté. A tientas llegué a la mesa y encendí la vela en la palmatoria. Me envolví con el batín y me quedé estremecido junto a la luz de la llama, dispuesto a pasar en vela las fatigosas horas que restaban hasta el amanecer.

¡Y así fue mi noche de bodas! ¡Así terminó el día que había comenzado cuando me casé con Margaret Sherwin!

Librodot

SEGUNDA PARTE

I

Así llego a una nueva época en mi narración. Hasta la fecha en que contraje matrimonio me he presentado como un agente activo en los diferentes sucesos descritos. Después de ese momento, salvo una o dos excepciones, y durante todo el año en que estuve a prueba, cambió mi postura con mi cambio de vida, y me convertí en un sujeto pasivo.

Durante ese año de paréntesis se produjeron algunos sucesos, parte de los cuales en su día despertaron mi curiosidad, pero no mi aprensión, mientras otros me afectaron y me sumieron en una pasajera decepción, si bien ninguno de ellos me inspiró la menor suspicacia. Ahora sí puedo repasarlos, al igual que tantas oportunas advertencias que pasé por alto en su día con fatal negligencia. Precisamente en estos sucesos queda en realidad comprendida la historia del largo año que hube de esperar hasta hacer valer mi reclamación sobre mi esposa. Son sucesos que jalonaron el paso del tiempo con frecuencia, preñándolo de significado. Por eso, a ellos he de ceñirme de forma exclusiva en este otro tramo de mi narración.

Antes será, de todos modos, necesario que describa la naturaleza de mi relación con Margaret durante el período de prueba que siguió a nuestra boda.

La mayor preocupación de Mr. Sherwin era que mis visitas a North Villa fuesen poquísimas; saltaba a la vista que temía las consecuencias de que su hija y yo nos viéramos muy a menudo. Sin embargo, sobre este particular sí tuve la resolución necesaria para hacer hincapié en la defensa de mis intereses y vencí toda la resistencia que él opuso. Le exigí que me concediera el derecho de ver a Margaret todos los días, aun dejando que las horas de visita se ajustaran a su conveniencia. Tras las objeciones que cabía esperar, a regañadientes terminó por acceder a mi demanda. No existía compromiso alguno por el que debiera yo limitar el número de las visitas que quisiera hacerle a Margaret, y ya de entrada le hice ver que me tocaba a mí el turno de imponer sobre él ciertas condiciones, tal como él me había impuesto las suyas.

En consonancia con lo dicho, quedó aclarado que Margaret y yo íbamos a vernos a diario. Habitualmente la veía a última hora de la tarde. Cuando tuvo lugar alguna alteración en el horario de mis visitas, esa alteración fue debida a la necesidad (que todos reconocimos por igual) de evitar un encuentro con alguno de los amigos de Mr. Sherwin.

Los momentos de la mañana o de la tarde que pasé junto a Margaret rara vez transcurrieron en la desocupación ni en el Elíseo del amor. No satisfecho con haber enumerado tan sólo las muchas virtudes adquiridas por su hija en la escuela, como hizo en nuestra primera entrevista, Mr. Sherwin volvió a referirse a ellas con jactancia y en muchísimas ocasiones; llegó incluso al extremo de obligar a Margaret a que desplegase ante mí su conocimiento de ciertas lenguas extranjeras, que nunca dejó él de recordarnos que había pagado pródigamente de su propio peculio. En una de estas exhibiciones de su talento, se me ocurrió la idea de obtener un nuevo placer gracias al trato que tenía con Margaret, y decidí enseñarle a que apreciase y disfrutase de veras la literatura que hasta entonces obviamente sólo había estudiado por ser una tarea impuesta. Mi capricho me llevó a regodearme por anticipado en todo el deleite que iba a procurarme semejante ocupación. Sería como si reviviéramos por entero la historia de Abelardo y Eloísa, como si reviviéramos toda la poesía y el romance por los que comenzaron antaño aquellos inmortales estudios del amor, pero sin el menor asomo de culpa, sin la tristeza que empañaron su conclusión.

Además, tenía un propósito muy concreto en mi deseo de asumir la dirección de los estudios que realizase Margaret. Pensando en el día en que llegara el momento de revelar el secreto de mi matrimonio, me daba cuenta de que sería motivo de orgullo poder presentar a mi esposa a todo el mundo, y entendía que ella sería la excusa que bastaría por sí sola para paliar toda imprudencia en que hubiese incurrido yo a causa de ella. Estaba dispuesto a que muy en especial mi padre careciera de argumentos contra ella, al margen del único y desgraciado argumento que suponía su nacimiento; quería que él la viese como una mujer preparada por la belleza de su cultivado espíritu, así como por sus restantes cualidades, para codearse con la clase más elevada que pudiera ofrecerle el conjunto de la sociedad. Sólo de pensar en esto acometí con renovados ardores mi proyecto; quise asumir mis nuevos deberes sin tardanza y continuar su cumplimiento con una felicidad que nunca tuvo un solo momento de mengua.

De todos los placeres que un hombre encuentra en el trato con una mujer a la que ama, ¿habrá uno solo que exceda, que iguale incluso el placer que procura leer con ella un mismo libro? ¿En qué otra ocasión dura tanto la dulce familiaridad de la más dulce de las compañías, sin llegar a empalagar, y en qué otra ocupación puede pasar una y otra vez esa dulzura, tan delicada, tan inagotable, entre ella y uno mismo? ¿Cuándo se encuentra tu rostro de modo tan constante junto al suyo? ¿Cuándo, sino entonces, pueden mezclarse sus cabellos con los tuyos, tocar su mejilla la tuya, mirar tus ojos los suyos? Es éste el único momento en que uno puede respirar su aliento durante horas y más horas, estar juntos, percibir hasta la menor coloración de sus mejillas, que no en vano imprime algunos cambios en la temperatura de las tuyas, y seguir hasta las más leves palpitaciones de su seno, hasta la menor gradación de sus suspiros, casi como si su corazón latiese en el tuyo, como si su vida alumbrase en la tuya. No cabe duda de que es entonces, si acaso, cuando comprendemos y casi revivimos en nosotros el amor de la primera pareja que existió en la raza humana, cuando los ángeles aún caminaban con ellos por los mismos senderos de un jardín, cuando sus corazones eran puros y desconocían la contaminación del árbol fatal.

Pasó así velada tras velada, cada una más plena de felicidad que la anterior, dedicados a lo que Margaret y yo llamábamos nuestras lecciones. ¡Nunca fueron las lecciones de literatura tan parecidas a las lecciones del amor! Lo que más leíamos eran poetas italianos ligeros; estudiábamos la poesía del amor, escrita además en la lengua del amor. Sin embargo, en cuanto a la clara, utilitaria finalidad que me había propuesto, esto es, aportar una mejora práctica al intelecto de Margaret, fue un propósito que sin sentir, engañosamente, me abandonó tan por completo como si nunca hubiese existido. La escasa enseñanza seria que intenté darle al principio dio resultados muy pobres, la verdad. Es posible que el amante interfiriese demasiado con el preceptor; tal vez cometí el error de estimar en exceso la fertilidad de las facultades que quise cultivar en ella, pero entonces no me importó, así como tampoco pensé en cuestionar dónde se hallaba dicha facultad. Me entregué sin reservas a las exquisitas sensaciones que me procuraba el mero hecho de estar juntos los dos, mirando con Margaret la misma página de un libro, y no detecté, ni pretendí detectar, que era yo el que leía los pasajes más difíciles, y que dejaba muy pocos de los realmente fáciles para que ella probase suerte.

Felizmente, teniendo en cuenta mi paciencia al soportar la dura prueba que me fue impuesta por los términos en los que tanto las restricciones de Mr. Sherwin como mi promesa de obedecerlas me obligaban a convivir con Margaret, era Mrs. Sherwin quien por lo común permanecía en la sala con nosotros dos. Nadie, de todas las personas a las que hayan sido impuestos los ingratos deberes de supervisión que a ella le fueron impuestos, nadie los ha cumplido con tanta delicadeza, con tanta consideración.

Siempre guardó con nosotros dos una distancia tal que no habría podido oírnos cuando hablábamos en susurros. Rara vez notamos que nos estuviese mirando. Tenía una rara forma

Librodot

de estar horas sentada en la misma zona de la sala, sin cambiar siquiera de postura, sin entretenerse con ocupación de ninguna clase, sin decir palabra, sin que se le escapara siquiera un suspiro. Pronto me di cuenta de que en estos lapsos no estaba absorta en sus pensamientos, al contrario de lo que había supuesto en principio, sino que estaba absorta en un extraño letargo corporal y mental, en un trance que la tenía en vela, incómoda, en el que caía por simple debilidad física. Era como la ausencia y la fragilidad del comienzo de la convalecencia, después de una prolongada enfermedad. No cambiaba de apariencia; nunca parecía encontrarse mejor, ni peor. Yo a menudo le hablaba; hice lo indecible por mostrarle mi simpatía, por ganarme su confianza y su amistad. La pobre señora siempre se mostró agradecida, siempre me habló con gratitud y con amabilidad, pero muy brevemente. Nunca me refirió cuáles eran sus sufrimientos, cuáles sus penas. La historia de esa vida solitaria, en suspenso, era un misterio impenetrable incluso para su familia, para su marido y para su hija, tal como lo era para mí. Era un secreto entre Dios y ella.

Con Mrs. Sherwin como guardiana y custodia de Margaret, fácil es imaginar que yo no sintiera en especial ninguna de las opresiones más férreas de la restricción. Su presencia, en calidad de tercera persona encargada de permanecer con nosotros en todo momento, nunca fue suficiente para reprimir esos encariñamientos a que daba lugar la lección de cada tarde, aunque sí fue sobradamente perceptible, dotándolos por tanto del carácter de los encariñamientos escatimados, y sobre esa base me resultaban más preciados aún. Mrs. Sherwin nunca supo, y yo no lo supe cabalmente hasta bastante después, hasta qué punto dependía de su conducta, de su forma de estar sentada en la sala con Margaret y conmigo, el secreto de la paciencia que supe tener durante el año de prueba.

En este aislamiento en que ahora escribo, en la soledad, en este cambio de vida y de todas las esperanzas y disfrutes de la vida que me ha sobrevenido, me estremezco sólo de pensar en cómo fueron aquellas tardes, aquellas veladas en North Villa. En este momento vuelvo a ver la sala como en un sueño, con la mesita redonda, la lámpara de lectura, los libros abiertos. Margaret y yo estamos sentados juntos; su mano está en la mía, mi corazón está en el suyo. El amor, la juventud y la belleza, la mortal Trinidad que adoramos y alabamos en este mundo, se hallan ahí, en esa sala apacible e iluminada con blandura, aunque no están a solas. A lo lejos, en la penumbra que reina al fondo, está una figura solitaria, siempre doliente, siempre inmóvil. Tiene silueta de mujer, aunque gastada, debilitada. Tiene rostro de mujer, sólo que fantasmal, impertérrito, cuyos ojos miran sin ver, cuyos labios no se mueven, cuyas mejillas jamás colorea la sangre; es un rostro que la frescura de la salud y la felicidad nunca más visitarán. ¡Qué desconsolada, qué admonitoria figura de sorda congoja y de paciente dolor para adornar el fondo de una imagen en la que priman el amor, la belleza y la juventud!

Pero me desvío de la tarea que he de realizar. Permítaseme volver a mi narración, que su curso comienza a volverse tenebroso paso a paso ante mí, a medida que la escribo.

La contención y el azoramiento que, en parte, me causaban al principio los extraños términos de acuerdo con los cuales vivíamos juntos mi esposa y yo, fueron disipándose gradualmente debido a la frecuencia de mis visitas a North Villa. Pronto comenzamos a charlar sin premeditación, con la distensión y con la franqueza que sólo da una prolongada intimidad. Por lo común, Margaret solamente empleaba sus dotes de conversadora para lograr que yo desplegara las mías. Nunca se cansaba de inducirme a que le hablase de mi familia; me escuchaba con inmenso interés, al menos en apariencia, mientras yo le hablaba de mi padre, de mi hermana o de mi hermano mayor; en cambio, cada vez que ella me interrogaba directamente acerca de cualquiera de ellos, invariablemente se alejaba de su carácter, de su disposición de ánimo, para centrarse en su apariencia personal, en sus costumbres de cada día, en su modo de vestir, en sus relaciones con la sociedad galante, en sus diversos modos de gastar su dinero, en otros tópicos de naturaleza semejante.

Por ejemplo, siempre escuchaba, y escuchaba con toda atención, lo que yo quisiera contarle del carácter de mi padre, de los principios que regulaban su vida. Daba muestras de tener la mejor disposición para aprovecharse de las instrucciones que le daba yo de antemano, al respecto de cómo debería tratar sus peculiaridades el día en que fuera presentada a él. No obstante, en todas estas ocasiones era otra cosa lo que realmente le interesaba sobremanera, a saber, cuántos criados le atendían en su casa, con qué frecuencia visitaba la corte, cuántos lores y damas de alcurnia había tratado, qué hacía y qué decía a sus criados cada vez que éstos cometían una equivocación, si se enojaba con sus hijos cuando éstos le pedían dinero, si obligaba a mi hermana a adquirir sólo una determinada cantidad de prendas de vestir a lo largo de un año.

Volvía a la carga cada vez que nuestra conversación rondaba en torno a Clara; si yo empezaba por describir su amabilidad, su gentileza, su bondad, sus modales sencillos y sin embargo irresistibles, podría dar por descontado que antes o después me vería llevado, sin darme cuenta, a una digresión en torno a su estatura, su figura, el color de su tez, su forma de vestir. Esta última cuestión interesaba a Margaret de forma especial; era capaz de preguntarme una y otra vez al respecto. ¿Cómo acostumbraba a vestir Clara por las mañanas? ¿Cómo llevaba peinado el cabello? ¿Qué vestidos se ponía de noche? ¿Distinguía entre un vestido para una cena de gala y otro para asistir a un baile? ¿Cuáles eran sus colores preferidos? ¿Quién era su sastre? ¿Lucía muchas joyas? ¿Qué era lo que más le gustaba como adorno de pelo, qué estaba más de moda, las flores o las perlas? ¿Cuántos vestidos compraba al año? ¿Disponía de una doncella para su servicio en especial, o tenía más de una?

Y volvía a la carga con denuedo: ¿disponía de un carruaje propio? ¿Qué damas la acompañaban cuando salía de casa? ¿Le gustaba bailar? ¿Cuáles eran los bailes de moda en las casas de los nobles? ¿Practicaban mucho el piano las damiselas de alcurnia? ¿Cuántos pretendientes había tenido ya mi hermana? ¿Iba también a la corte, igual que mi padre? ¿De qué asuntos conversaba con los caballeros? ¿De qué asuntos le hablaban ellos? Si estuviera conversando con un duque, ¿cuántas veces le trataría de «alteza»? En tal supuesto, ¿el duque le llevaría una silla, o una limonada, y la atendería tal como atienden los caballeros sin título nobiliario a las damas, cuando las tratan en sociedad?

Margaret recibía mis respuestas a estas preguntas, y a otras cien de semejante naturaleza, con gran ansiedad y total concentración. Sobre el asunto de los vestidos de Clara, que era quizá su preferido, mis respuestas fueron para ella una fuente inagotable de diversión y de placer. Disfrutaba en especial cuando superaba las dificultades que entrañaba la tarea de interpretar correctamente los torpes circunloquios de que me servía yo para describir echarpes, vestidos, gorros, y me enseñó el preciso lenguaje de modistilla que debiera haber empleado con una triunfal expresión de picardía, con un empeño algo burlesco, es verdad, que sin embargo me encantó. En aquella época, cada una de las palabras que ella pronunciara, por frivola que pudiera ser, era a mis oídos música celestial. Sólo en virtud de la severa comprobación de los sucesos posteriores aprendí a analizar su conversación. A veces, cuando no estaba con ella, me daba por pensar en la mejor forma de conducir su adolescente curiosidad hacia metas más elevadas; cuando, no obstante, nos reuníamos de nuevo, esa idea se había volatilizado, y era disfrute más que suficiente oírla conversar, sin que me importase, sin considerar siquiera de qué me hablaba.

En aquella época vivía feliz, sin reflexionar, bajo el sol resplandeciente del gozo en que el amor me envolvía; estaba deslumbrado, con la mente adormecida bajo esa luz. Una o dos veces asomó una nube amenazante, una sombra helada y siniestra, pero en seguida se alejó y lució de nuevo el sol, ese sol para mí igual que antes.

Librodot

II

El primer cambio que alteró la apacible uniformidad con que transcurría la vida en North Villa se produjo tal como sigue.

Una tarde, al llegar a la sala eché de menos a Mrs. Sherwin. Descubrí con gran disgusto que su marido se había acomodado allí, al parecer con la intención de pasar la velada. Parecía un tanto aturullado y estaba más inquieto de lo normal. Nada más recibirme, me informó de un suceso por el que diríase que tenía un hondísimo interés.

—¡Tengo noticias, mi estimado señor! —dijo—. Ha regresado Mr. Mannion... ¡Dos días antes de lo que esperaba!

En un principio, me sentí tentado de preguntarle quién era Mr. Mannion, qué consecuencias podía entrañar para mí su regreso. A renglón seguido, recordé, sin embargo, que el nombre del tal Mr. Mannion ya se había mencionado en mi primera conversación con Mr. Sherwin y rememoré la descripción que de él me había dado: un «administrador de toda confianza», de unos cuarenta años de edad, un hombre de buena educación, que de hecho había puesto sus conocimientos al servicio de Margaret, ya que le había ayudado a refrescar todo lo que había aprendido en la escuela. Eso era todo cuanto sabía de él y no sentí mayor curiosidad por descubrir más a través de Mr. Sherwin.

Margaret y yo tomamos asiento, como de costumbre, con nuestros libros.

Hubo en su manera de recibirme, cuando llegué, algo un tanto apresurado, un tanto brusco. Cuando comenzamos la lectura, me di cuenta de que se distraía sin cesar, hasta el punto de que miró varias veces hacia la puerta. Mr. Sherwin se dedicó a recorrer la sala de punta a cabo sin entrometerse en nuestra tarea, salvo una sola vez, en que detuvo su inquietante caminar para comunicarme que Mr. Mannion vendría de visita esa misma velada y que confiaba en que no tuviera yo nada que objetar al hecho de ser presentado a una persona que era «prácticamente como de la familia, y un hombre tan leído como para complacer sin duda a un gran lector» como yo. Me pregunté en silencio, no sin impaciencia, quién era el tal Mr. Mannion, teniendo en cuenta que su llegada a la casa de su patrón al parecer iba a causar una sensación muy considerable. Cuando lo comenté con Margaret en un susurro, ella me sonrió con intranquilidad y no dijo nada.

Por fin, repicó la campanilla de la puerta. Margaret se sobresaltó un poco al oírla. Mr. Sherwin tomó asiento y adoptó una actitud harto estudiada. Se abrió la puerta y llegó Mr. Mannion.

Mr. Sherwin recibió a su administrador con la superioridad del patrón prendida de sus palabras. Su tono de voz y sus modales contradijeron de plano su actitud. Margaret se puso en pie, muy presurosa, y con idénticas prisas volvió a sentarse, mientras el visitante la tomaba respetuosamente de la mano y le hacía las preguntas de rigor. Al cabo, fuimos presentados, y a Margaret se le indicó que saliera a llamar a su madre, para que acudiera a la planta baja. Mientras estuvo ausente de la sala, no hubo nada que distrajera mi atención de Mr. Mannion. Le miré con una curiosidad y un interés que en un primer momento no supe explicarme.

Si la extraordinaria regularidad de los rasgos faciales bastara por sí sola para que un hombre fuese apuesto, este administrador de confianza de Mr. Sherwin era con toda seguridad uno de los hombres más apuestos que hubiera visto en toda mi vida. Contemplando su rostro al margen de la cabeza (que tenía quizá demasiado grande, tanto la frente como lo demás), destacaba en todo él una simetría y una proporción casi perfectas. La frente, despejada, la tenía lisa y sin arrugas, y tan maciza como el mármol; en el entrecejo y en la finura de los párpados llamaba la atención una firmeza y una inmovilidad que parecían de mármol, y que eran tan fríos como el mármol mismo; tenía los labios delicados, y si no hablaba los mantenía

Librodot

en todo momento cerrados, como si nunca hubiese pasado de través el aliento, la vida. No tenía una sola arruga. De no ser por las entradas y por las canas que peinaba en las sienes, habría sido imposible calcular su edad a juzgar por su apariencia, al menos con un margen de error de unos diez años.

Tal era su semblante en lo que a la forma se refiere. En cambio, en lo tocante a la afirmación externa de nuestra inmortalidad, en lo que se refiere a la expresión, era de un absoluto vacío, tal como entonces pude comprobar. Nunca había visto un rostro que, como el suyo, derrotase todo intento de penetrar en el alma que en teoría debiera reflejar. Nadie hubiese sabido confeccionar una máscara tan inexpresiva como para semejársele, a pesar de lo cual sí parecía una máscara. Nada revelaba de sus pensamientos, ni siquiera cuando hablaba; nada se podía saber de su disposición cuando permanecía en silencio. Sus ojos grises y helados no servían de ayuda cuando uno intentaba estudiarlo. Nunca modificaba esa mirada firme y directa, que fue la misma que le dedicó a Margaret y que me dedicó a mí, la misma que a Mr. Sherwin y a su esposa; era exactamente la misma mirada cuando hablaba que cuando escuchaba, cuando hablaba de asuntos importantes o de cuestiones triviales. ¿Quién era? ¿Qué era? Su nombre y su ocupación daban pobre respuesta a esos interrogantes. ¿Era de natural frío, de corazón en modo alguno impresionable? ¿Tenía acaso alguna pasión feroz y secreta o alguna pena terrible que hubiesen sacudido su vida, y que hubiesen quedado inertes para siempre? ¡Imposible aventurar conjeturas! Uno se encontraba ante un rostro impenetrable, de todo punto inexpresivo, tan inexpresivo que ni siquiera parecía vacío: un misterio en el que uno detenía la mirada, en el que demoraba el pensamiento, y que obviamente ocultaba algo. Que fuese vicio o virtud, era imposible de precisar.

Vestía tan discretamente como le era posible, todo de negro; su estatura era algo superior a la media. Su talante era quizá el único aspecto que algo delataba a ojos de un atento observador. Contemplado en relación con su posición social, su porte (por discreto que fuera) proclamaba su pertenencia a un estrato superior al de la posición que le había sido adjudicada en este mundo. Tenía la calma y el dominio de sí que se suponen propios de un caballero. Mantenía su respetable apostura sin dar la menor muestra de arrugarse jamás; hacía gala de una determinación, tanto en sus palabras como en sus actos, que nunca hubiera sido posible tomar por obstinación, ni tampoco por exceso de confianza. No llevaba siquiera cinco minutos en su presencia, pero su aplomo ya me había asegurado que sin duda tuvo que descender en algún momento previo a la posición que ocupaba entonces.

Al hacerse las presentaciones, me dedicó una inclinación sin decir palabra. Cuando habló con Mr. Sherwin, su voz sonó tan desprovista de expresión como estaba su rostro: habló con un tono más bien grave, pero de singular vocalización. Hablaba estudiadamente, pero sin poner énfasis en ninguna palabra en concreto, y no titubeaba al elegir sus palabras.

Cuando bajó Mrs. Sherwin, observé cómo se conducía con respecto al recién llegado. No pudo reprimir un encogimiento ligeramente nervioso cuando él se acercó a colocarle una silla. Al responder a las preguntas que le hizo, interesándose por su salud, la señora no le miró una sola vez; al contrario, no dejó de escrutarnos a Margaret y a mí, aunque con una expresión de tristeza y de ansiedad, de todo punto indescriptible, que sin embargo me vino a las mientes muchas veces después de aquel día. Siempre parecía estar más o menos asustada, la pobre señora, sobre todo en presencia de su marido. En cambio, delante de Mr. Mannion parecía indudablemente aterrada.

A decir verdad, esta primera observación a que pude someter al presunto administrador en North Villa me bastó para convencerme de que él era allí el amo, aunque fuese a su manera, con discreción y con mesura. El carácter de ese individuo, aparte de los elementos de que pudiera constar, era un carácter dominante. Esto no lo pude detectar en su rostro, ni tampoco lo deduje de sus palabras; sin embargo, lo descubrí en las miradas y en la conducta de su patrón y de la familia de su patrón, sobre todo al verlo sentado con ellos a la mesa.

Librodot

Margaret rehusó mirar su semblante, aunque no tanto como sus padres. Él en cambio apenas le devolvió una sola mirada; rara vez la miró, de hecho, a no ser que la cortesía más elemental le obligase a mirarla.

Si alguien me hubiese comunicado de antemano que yo habría de cancelar la ocupación a que de ordinario dedicaba las veladas en compañía de mi joven esposa, solamente por observar al hombre que de hecho había interrumpido nuestra lección, y siendo ese hombre nada más que el administrador de Mr. Sherwin, me habría carcajeado de semejante idea. No obstante, así fue. Nuestros libros quedaron postergados sobre la mesa, postergados por mí en todo caso, puede que también por Margaret, solamente por atender a Mr. Mannion.

Su conversación, al menos en este primer encuentro, venció toda curiosidad, de forma tan absoluta como su rostro. Procuré guiar de alguna manera sus palabras. Se limitó a contestarme, sin abundar en más; habló con gran respeto por los buenos modales, con notable modulación, de forma muy inteligible, pero siempre con extrema brevedad. Mr. Sherwin, tras hacer referencia al viaje de negocios por el que Mr. Mannion había tenido que ausentarse, ya que fue a adquirir una partida de seda en Lyon, le hizo determinadas preguntas sobre Francia y los franceses, preguntas evidentemente surgidas de la más ridicula ignorancia tanto del país como de sus habitantes. Mr. Mannion se limitó a aclararle las ideas, nada más. No se notó en su voz la menor inflexión de sarcasmo, ni en sus ojos hubo el menor asomo de sarcasmo mientras habló. Cuando hablamos entre nosotros, él no se sumó a la conversación; permaneció sentado con toda tranquilidad, a la espera de que alguien se dirigiera personalmente a él. En esos momentos se me pasó por la cabeza la sospecha de que tal vez estuviese estudiando mi carácter, tal como yo intentaba en vano estudiar el suyo; a menudo me di la vuelta bruscamente para observarlo, más que nada por ver si me estaba mirando. Nunca fue así. Sus duros, helados ojos grises no estaban posados en mí, ni tampoco en Margaret. Lo más corriente fue que se hubiese fijado en Mrs. Sherwin, que en todo momento se encogió al sentirse observada por él.

Tras permanecer en la sala durante poco más de media hora, se levantó para marcharse. Mientras Mr. Sherwin le apremió en vano a que se quedara más, me acerqué a la mesa redonda que había al otro extremo de la sala, la mesa en la que había quedado abierto el libro que Margaret y yo nos habíamos propuesto leer durante la velada. Estaba yo junto a la mesa cuando se acercó a despedirse de mí. Se limitó a mirar de reojo el volumen que tenía debajo de la mano.

—Espero —dijo, en voz muy baja, para que nadie lo oyera al otro lado de la sala— que mi llegada no haya interrumpido ninguna ocupación, señor. Mr. Sherwin, sabedor del interés que he de tener por todo lo que se refiera a la familia de un patrón a cuyo servicio estoy desde hace años, me ha puesto al corriente confidencialmente, y es una confidencia que sé muy bien cómo respetar y preservar, del matrimonio que ha contraído usted con su hija, así como de las peculiares circunstancias en que se ha llevado a cabo dicho matrimonio. Permítame cuando menos aventurarme a felicitar a la damisela por un cambio de vida que sin duda ha de procurarle felicidad, y que ya ha comenzado por procurarle un incremento de sus recursos y placeres intelectuales. —Se inclinó y señaló el libro que estaba sobre la mesa.

—Tengo entendido, Mr. Mannion —dije—, que usted ha sido de gran ayuda en la cimentación de los estudios a los que supongo que se refiere.

—He hecho todo lo posible por ser de utilidad en ese aspecto, señor, así como en todos los demás, siempre y cuando mi patrón lo ha deseado.

Se inclinó una vez más al decirlo, y acto seguido se marchó; Mr. Sherwin salió pisándole los talones, y sostuvo con él un breve coloquio en el vestíbulo.

¿Qué era lo que me había dicho? Poco, nada más que unas breves palabras de elemental cortesía, dichas de manera sumamente respetuosa. No hubo en su tono de voz, ni en su forma

de mirar, nada que diera especial sentido a lo que había dicho. A pesar de todo, en el instante en que volvió la espalda comencé a especular casi sin darme cuenta sobre la posibilidad de que sus palabras encerrasen un significado oculto; me sorprendí al intentar recordar algo de su voz, de su talante, que me pudiera guiar a descubrir el auténtico sentido que quiso imprimir a lo dicho. Era como si el más potente acicate de mi curiosidad me lo diera mi propia experiencia, lo que ya sabía de la imposibilidad de penetrar bajo la inexpugnable superficie que ese individuo me había ofrecido.

Interrogué a Margaret, por ver qué sabía de él. No me pudo decir más de lo que ya sabía yo. Mr. Mannion siempre había sido muy amable, muy útil; era un hombre muy listo, que a veces sabía hablar largo y tendido, sobre todo si así le parecía; en un solo mes le había enseñado de lengua y literatura extranjeras más de lo que había aprendido en todo un año en la escuela. Mientras me lo refería, apenas me di cuenta de que hablaba de modo muy apresurado, al tiempo que se ocupaba en colocar debidamente los libros y papeles que teníamos sobre la mesa, pues mi atención estaba más concentrada en Mrs. Sherwin. Con gran sorpresa vi que se inclinaba ansiosamente en su asiento, mientras Margaret me hablaba, y que fijaba la mirada en su hija, escrutándola de modo muy penetrante, tanto que nunca hubiera pensado que una persona por lo común tan débil y tan carente de energía fuera capaz de semejante mirada. Pensé incluso en transferirle a ella mis interrogaciones en torno a Mr. Mannion, pero en ese momento entró su marido en la sala, y a él apelé para obtener nuevas informaciones.

—¡Aja! —exclamó Mr. Sherwin, frotándose las manos con gesto victorioso—, ¡aja! ¡Ya sabía yo que Mannion le agradaría! Ya se lo dije, mi querido señor, antes de que llegara. No sé si se acuerda... Y es que tiene una curiosa presencia, ¿no es así?

—Tan curiosa —repuse—, que con seguridad puedo decir que nunca he visto, en toda mi vida, un rostro que se pareciese al suyo ni de lejos. Su administrador, Mr. Sherwin, es un enigma andante que me encantaría resolver. Margaret, me temo, no me ha sido de mucha ayuda. Cuando le vi entrar, señor, a punto estaba de recurrir a Mrs. Sherwin para que me ayudase un poco.

—¡Ni se le ocurra! Se equivocaría de medio a medio. Mrs. Sherwin es tan hosca como un oso cuando Mannion está en su presencia. Considerando cómo se conduce con él, me extraña que pueda ser tan cortés con ella.

—¿Y usted qué puede decirme de él, Mr. Sherwin?

—Puedo decirle, de entrada, que no hay una sola empresa en todo Londres que cuente con los servicios de un administrador tan capaz como él. Es mi factótum, mi mano derecha, por decirlo a las claras, y también mi mano izquierda, cuando de eso se trata. Entiende a la perfección mi manera de abordar los negocios; de hecho, soluciona los asuntos con una eficacia de primera. A decir verdad, bien vale su peso en oro, aunque sólo sea por lo bien que se le da mantener en orden a los jóvenes empleados de la tienda. ¡Pobres diablos! Ni siquiera saben cómo lo hace, pero Mr. Mannion tiene una particular forma de mirar que es para ellos peor que una amenaza de deportación, peor que la horca, basta con que la vean de reojo. Por si fuera poco, le doy mi palabra de honor, nunca ha estado un solo día enfermo, ni ha cometido un solo error desde que trabaja conmigo. Es un lince, qué digo, un dragón inalterable, firme, constante en el trabajo, ¡ya lo creo que sí! Además, es sumamente cumplidor en otras cuestiones. Me basta con decirle que Margaret está en casa, que ha venido a pasar las vacaciones, o que Margaret está un poco necesitada de mano dura, que habrá de pasar en casa el resto del curso; si le digo que no sé qué hay que hacer para que siga estudiando sus lecciones, que no puedo permitirme el lujo de pagar a una institutriz (mala gente, las institutrices), me basta con decírselo, que allá se levanta Mannion, deja en paz sus libros, el calor de su chimenea, renuncia a sus veladas en paz y tranquilidad, lo cual ya empieza a ser mucho, dése cuenta, en un hombre de sus años, y se convierte en el perfecto preceptor a mis órdenes, no sólo gratis, sino también de primerísima clase. ¡Eso sí que es

Librodot

tener un tesoro! No obstante, aunque lleva años con nosotros, Mrs. Sherwin no piensa acogerlo de grado. Le desafío a ella, o a quien sea, a que me explique el porqué.

—¿Y sabe usted qué empleo tenía antes de que viniera a trabajar para usted?

—Ah, ahí sí que ha dado en el clavo, amigo mío. Ahí sí tiene razón al afirmar que es todo un misterio. No tengo ni la más remota idea de lo que pudiera hacer antes de conocerlo. Vino a verme con una recomendación y una carta de presentación, nada menos que de un caballero del cual tenía todas las garantías, por ser de la máxima respetabilidad. Yo tenía una vacante en el despacho y le puse a prueba, y en un santiamén me di cuenta de que bien valía la pena contar con él. Me halaga afirmar que tengo esa virtud hasta con el más pintado, las cosas como son. Total, que antes de que me acostumbrase a su curiosísimo rostro y a sus modales tan tranquilos, ya tenía unas ganas locas de saber algo de él, de los contactos que tenía. En primer lugar pregunté al amigo que lo había recomendado, pero el amigo en cuestión no gozaba de la libertad necesaria de responder nada que no fuese una nueva garantía de su total y absoluta fiabilidad. Después, un buen día se lo pregunté al propio Mannion a quemarropa, y me contestó que tenía razones de sobra para guardar en secreto sus asuntos de familia, que eran asuntos exclusivamente suyos, nada menos, aunque ya sabe usted qué modo tiene de conducirse. En definitiva, maldita sea: me cortó en seco desde aquel día hasta hoy mismo. No pensaba arriesgarme a perder al mejor administrador que haya tenido nunca ningún hombre de negocios, menos aún por agobiarle en torno a sus secretos. Fueran cuales fuesen, no interfirieron en los negocios y tampoco interfirieron conmigo, así que me guardé mi curiosidad en el bolsillo. En resumidas cuentas, nada sé de él, pero es mi mano derecha, aparte de ser el individuo más honesto que nunca haya visto en su lugar. Por lo que a mí respecta, ¡como si fuese el Gran Mongol en persona, disfrazado de pies a cabeza! En dos palabras, le diré que puede usted descubrir lo que quiera sobre su persona, mi querido señor, que yo desde luego no he podido.

—No parece que tenga yo grandes posibilidades, Mr. Sherwin, teniendo en cuenta lo que acaba de decir.

—En fin, de eso no estoy tan seguro: hay en esto posibilidades de sobra, ya lo sabe. Lo verá además con gran frecuencia, porque vive cerca, y suele pasar aquí no pocas veladas. Nos dedicamos en tales ocasiones a resolver asuntos de negocios que no salen a relucir a las horas de comercio, y para ello nos reunimos en mi privado del piso de arriba. A decir verdad, es como si fuese de la familia; trátele como tal y averigüe de él todo lo que pueda. De hecho, cuanto más, mejor. ¡Ah! Mrs. Sherwin, por mí ya puede mirarnos como quiera, señora, que volveré a decirlo con todas las letras: es como si fuera de la familia; puede ser que un día de éstos pase a ser mi socio. Tendrá que acostumbrarse a él, tanto si le agrada como si no.

—Una última pregunta: ¿está casado o soltero?

—Soltero, sin duda. Es todo un solterón de pies a cabeza, como no hay dos.

Durante todo el tiempo que llevábamos hablando, Mrs. Sherwin nos había contemplado con mucha más ansiedad y atención de la que jamás la vi hacer gala. Hasta sus languidecidas facultades parecían susceptibles de una curiosidad muy activa cuando se trataba de Mr. Mannion, tanto más, tal vez, por el desagrado que le producía. Margaret había colocado su silla más al fondo mientras charlaba su padre, como si en apariencia no le interesara en modo alguno el tema del que hablábamos. En el primer intervalo de silencio, se quejó de un dolor de cabeza y pidió permiso para retirarse a su habitación.

Después de que se despidiera, me dispuse a marcharme, ya que Mr. Sherwin no tenía obviamente nada más que decirme sobre su administrador, nada más que valiera la pena escuchar. Camino de casa, Mr. Mannion ocupó la mayor parte de mis pensamientos. La idea de penetrar en el misterio que lo envolvía era una idea que me atraía, por contener una promesa de excitaciones futuras en modo alguno ordinarias. Decidí sostener una conversación

Librodot

en privado con Margaret, para que me hablase de él; decidí convertirla a ella en aliada de mi nuevo proyecto. ¡Ah, si realmente existiera algún romance relacionado con la vida anterior de Mr. Mannion, y si ese extraño y asombroso rostro fuera en efecto un libro sellado, que encerrase una historia secreta, qué victoria, qué placer, si Margaret y yo lográsemos desvelarlo juntos!

Cuando me desperté a la mañana siguiente, a duras penas pude creer que ese administrador de un comerciante hubiese despertado tantísimo mi curiosidad, hasta el punto de que la noche anterior se disputó el lugar preeminente en mis pensamientos con mi joven esposa. Y, sin embargo, la siguiente vez que le vi volvió a producirme exactamente la misma impresión.

Librodot

III

Transcurrieron algunas semanas; Margaret y yo reanudamos nuestras actividades y diversiones de costumbre; la vida en North Villa discurría tan suave y anodinamente como de costumbre, y yo seguía en la más absoluta ignorancia sobre la historia y el carácter de Mr. Mannion. Visitaba con frecuencia la casa, siempre a última hora de la tarde, pero en general se encerraba con Mr. Sherwin y rara vez aceptaba las constantes invitaciones de su patrón para que se sumase al grupo en la sala. En las contadas ocasiones en que lo vimos, su apariencia y su conducta fueron exactamente iguales que la noche en que lo conocí. Habló tan poco como entonces y resistió con la misma resolución, con el mismo respeto, los múltiples intentos que hice por guiarlo a una conversación en la que pudiéramos tratarnos con más familiaridad. Si realmente hubiese pretendido excitar mi curiosidad, difícilmente lo habría logrado con mayor eficacia. Con él, me sentía tal como se siente un hombre en un laberinto, cuando cada fracaso por ganar el centro sólo le produce una renovada obstinación por empeñarse más incluso en llegar a él.

En Margaret no encontré la menor simpatía por mi excitada curiosidad. Con gran sorpresa descubrí que no parecía importarle en modo alguno Mr. Mannion; si la conversación versaba sobre él, siempre cambiaba de tema, máxime si de ella dependía continuar la charla.

La conducta de Mrs. Sherwin, cuando le hablé sobre este asunto, siempre distaba mucho de parecerse a la de su hija. Siempre escuchó con gran atención lo que yo decía, pero sus respuestas fueron invariablemente breves, confusas, a veces de todo punto incomprensibles. Hube de salvar grandes dificultades hasta que logré inducirle a confesar el desagrado que le merecía Mr. Mannion. Pero nunca supo explicar de dónde surgía. ¿Acaso sospechaba algo? Al responder a esta pregunta, siempre balbuceó, tartamudeó, se estremeció, terminó por apartar la mirada. ¿Cómo iba a sospechar algo? Si algo sospechara, sería tremendamente dudoso no tener una buena razón; bajo ningún concepto podía sospechar nada, y nada sospechaba, claro está.

Nunca obtuve de ella contestaciones más inteligibles que ésta. Atribuí la confusión reinante en sus respuestas a la agitación nerviosa que la afectaba en mayor o menor grado al hablar de cualquier asunto, y pronto dejé de hacer el menor esfuerzo por inducirla a explicarse. A su debido tiempo, determiné buscar una clave del carácter de Mr. Mannion sin pedir ayuda a nadie.

A la larga, un accidente me dio la oportunidad de conocer en parte sus costumbres y opiniones; por tanto, algo pude averiguar sobre el hombre en cuestión.

Una noche me lo encontré en el vestíbulo de North Villa, a punto de marcharse a la misma hora que yo, después de haber mantenido una consulta por asuntos de negocios con Mr. Sherwin. Salimos juntos, pues; el cielo estaba insólitamente ennegrecido, el ambiente de la noche era insólitamente opresivo y estaba encalmado. A lo lejos, alrededor de nosotros, se oían débiles y lóbregos truenos. El relámpago, veloz y muy bajo, sobre el horizonte, daba al negro firmamento el aspecto de un grueso velo que subiera y bajara sin cesar, sobre un celaje de luz deslumbrante situado más allá. Los pocos peatones con que nos cruzamos iban ya a la carrera, pues habían empezado a caer gruesos goterones de lluvia. Apresuramos el paso, pero antes de recorrer doscientos metros arreció la lluvia, copiosa y con furia; los truenos comenzaron a rugir temiblemente por encima de nuestras cabezas.

—Mi casa está muy cerca de aquí —comentó mi acompañante con la misma tranquilidad y determinación de costumbre—. Le ruego que pase, señor, hasta que escampe la tormenta.

Lo seguí por una bocacalle; abrió una puerta con su propia llave, y acto seguido me

Librodot

encontré refugiado bajo el techo de Mr. Mannion.

Me hizo pasar a una sala de la planta baja. El fuego crepitaba en la chimenea; delante había un sillón equipado con un caballete de lectura; la lámpara estaba ya encendida, sobre la mesa había un servicio de té; las gruesas y oscuras cortinas estaban cerradas sobre la ventana y, como si se tratara de dar un último toque a la imagen de comodidad doméstica que constituía la sala, un gran gato negro dormitaba sobre la alfombra, disfrutando perezosamente del calor del hogar. Mientras Mr. Mannion salía, según dijo a dar algunas instrucciones a la criada, tuve la oportunidad de examinar la estancia con detalle. Estudiar la disposición del lugar en que habita un hombre es a menudo casi lo mismo que estudiar su carácter.

El contraste personal que se daba entre Mr. Sherwin y su administrador era sobradamente marcado. El contraste existente entre las dimensiones y el mobiliario de sus respectivos habitáculos era en su totalidad extraordinario. La estancia que me dediqué a contemplar no llegaría siquiera a la mitad de la sala de North Villa. El papel pintado que decoraba las paredes era de un rojo oscuro; las cortinas eran del mismo color; la alfombra era parda y, si ostentaba algún dibujo, se trataba de un dibujo tan matizado y modesto que no era visible a la luz de las velas. Una de las paredes estaba totalmente cubierta por sucesivas hileras de estantes de caoba oscura, llenos de libros a rebosar. En su mayoría eran ediciones baratas de los clásicos de la literatura antigua y moderna. La pared frontera estaba prácticamente llena de grabados enmarcados en madera de arce, que representaban obras de pintores modernos, ingleses y franceses por igual. Todos los objetos menores del mobiliario eran tan sencillos de diseño como sobrios de adorno; hasta la tetera de porcelana blanca y la taza de té correspondiente carecían de ornatos y de coloración por completo. ¡Qué diferencia con la sala de North Villa!

A su regreso, Mr. Mannion me encontró estudiando su servicio de té.

—Mucho me temo, señor, que he de confesarme epicúreo y pródigo a la vez en dos cosas distintas —dijo—; epicúreo en el té, pródigo (al menos para una persona de mi situación) en los libros. De todos modos, percibo un salario bastante liberal, por lo que puedo satisfacer mis gustos, modestos de por sí, y ahorrar también algún dinero. En fin, ¿qué puedo ofrecerle, señor?

Al ver el servicio preparado sobre la mesa, le pedí un té. Mientras conversaba conmigo, observé en él una peculiaridad digna de mención. La práctica totalidad de los hombres cambia instintivamente, en mayor o menor grado, cuando se encuentra ante su propia chimenea, en su propio hogar, respecto al talante que muestra de puertas afuera: los más rígidos se expanden un poco, los más fríos se deshielan un tanto al hallarse ante su chimenea. No fue ése el caso de Mr. Mannion. En su propia casa siguió siendo exactamente el mismo que era en la de Mr. Sherwin.

No hubiera sido menester que me refiriese su epicureismo en el té; su manera de prepararlo hubiese delatado esa cualidad ante cualquiera. Puso poco menos que el triple de la cantidad que en general se hubiese estimado suficiente para dos personas; casi inmediatamente después de llenar la tetera de agua hirviendo, comenzó a servir ambas tazas, preservando de ese modo el aroma y la delicadeza del sabor que tiene la hierba, sin empañarlo con la aspereza de una mezcla más fuerte. Cuando hubimos terminado las primeras tazas no virtió los restos en un cuenco, ni tampoco añadió agua fresca sobre las hojas. Una criada de mediana edad, aseada y silenciosa, apareció para llevarse la bandeja, que nos volvió a traer más tarde, con la tetera y las tazas limpias, listas para recibir una nueva infusión de hojas frescas. Todo esto no pasa de una trivialidad, si bien pensé en otros empleados de comerciantes, que estarían bebiendo jovialmente ginebra aguada, tanto en sus casas como en la taberna, por lo cual Mr. Mannion se me antojó un misterio más exasperante que nunca.

La conversación al principio versó sobre asuntos banales, bien es verdad que por mi

Librodot

parte no estuve muy a la altura, ya que ciertas peculiaridades de la situación en que me hallaba me tornaron harto pensativo. En una ocasión quedamos incluso en silencio, momento en el cual la tormenta arreció con redoblada fuerza. El granizo se añadió a la lluvia, golpeteando con saña la ventana. Los truenos, que reventaban con mayor intensidad a cada nuevo embate, daban la impresión de sacudir la casa hasta los cimientos. A medida que escuchaba el temible estruendo y los rugidos que parecían abarcar la totalidad inconmensurable del aire allá en lo alto, me volví a mirar el rostro apacible, el rostro quieto como el de un muerto que tenía el hombre sentado junto a mí, en el que ni siquiera por asomo se llegaba a pintar una sola emoción humana, y noté una serie de extrañas, inexplicables sensaciones que me invadían poco a poco. Tuve ganas, sin saber por qué siquiera, de que hubiese una tercera persona en la estancia, alguien más a quien mirar, alguien más con quien hablar.

Fue él quien reanudó la conversación. Me hubiese parecido imposible que cualquier hombre que estuviera en medio de una tormenta como la que en esos momentos arreciaba sobre nuestras cabezas fuese capaz de pensar en otra cosa, de hablar de otra cosa que no fuese de hecho la tormenta. Con todo, cuando tomó la palabra se refirió meramente a un asunto relacionado con nuestra presentación en North Villa. Parecía lejos de sentirse atraído y menos aún impresionado por el poderoso tumulto de los elementos, como si la tranquilidad de la noche no hubiera sido invadida por el más leve murmullo.

—¿Puedo preguntarle, señor —comenzó—, si acierto al suponer que mi comportamiento para con usted, desde la noche en que fuimos presentados en casa de Mr. Sherwin, tal vez haya parecido a sus ojos no ya extraño, sino incluso descortés?

—¿En qué sentido, Mr. Mannion? —pregunté a mi vez, un tanto pasmado por la brusquedad de su pregunta.

—Tengo perfecta constancia, señor, de que amablemente me ha dado ejemplo en no pocas ocasiones, al intentar mejorar como es debido nuestro trato y mutuo conocimiento. Cuando una persona de su posición social hace semejantes gestos con una de la mía, lo propio es corresponderlos de inmediato y con gratitud.

¿Por qué hizo una pausa? ¿Estaba acaso a punto de decirme que había descubierto que mis gestos habían sido debidos únicamente a la curiosidad, a las ganas de saber de él más de lo que él estaba dispuesto a revelar? Esperé a que prosiguiera.

—Sólo le he fallado —continuó— en la cortesía y la gratitud que tenía todo el derecho del mundo a esperar de mí, ya que, sabedor de su situación con la hija de Mr. Sherwin, supuse que toda intromisión por mi parte, mientras estuviera usted con la damisela, pudiera no ser tan aceptable como usted, con toda amabilidad, parecía tan deseoso de hacerme creer.

—Permítame asegurarle —contesté, aliviado al comprobar que nada sospechaba de mí, a la par que hondamente impresionado por su delicadeza—, permítame asegurarle que le agradezco sobremanera la consideración que ha mostrado...

Cuando estas últimas palabras brotaban de mis labios, sonó un trueno horrorosamente cerca de la casa. No dije más; ese ruido me hizo callar.

—A la vista de que mi explicación le ha dejado satisfecho, señor —siguió diciendo, y su claridad de dicción, su determinación al hablar, me pareció que subía discordantemente de tono por encima del largo estallido del último trueno—, ¿le parece justificado que me dirija a usted para comentar el asunto de su actual posición en casa de mi patrón con algo más de libertad? Quiero decir que no sé si puedo hablar de este asunto sin que usted se dé por ofendido, si le hablo con la libertad que se tomaría un amigo.

Le rogué que se tomara toda la libertad que estimara oportuna, y me sentí realmente deseoso de que lo hiciera, no sólo por mi propósito de hacerle hablar sin reservas, sino porque

Librodot

era también la ocasión perfecta para oírle hablar de sí. El profundo respeto de talante y de palabra que hasta ese momento había observado escrupulosamente, máxime en un hombre de su edad, para con un hombre de la mía, me hacía sentir a disgusto. Lo más probable es que fuera mi igual en merecimiento: tenía el talante y los gustos de un caballero, y bien podría haber sido un caballero por derecho propio, desde su nacimiento, al menos por lo que yo sabía. La diferencia que nos distinguía a los dos estribaba tan sólo en nuestras posiciones en este mundo. Yo no tenía el suficiente orgullo de casta que sí tenía mi padre, por ejemplo, para pensar que sólo por esta diferencia fuese adecuado que un hombre cuya edad casi doblaba la mía, cuyos conocimientos tal vez sobrepasaban los míos, debiera hablarme tal como Mr. Mannion me había hablado hasta ese momento.

—En tal caso —prosiguió— tal vez me permita decirle que así como estoy sumamente deseoso de no cometer la más mínima intromisión, la menor inoportunidad, durante las horas que pasa usted en North Villa, estoy a la vez deseoso de no limitarme a ser tan sólo una persona meramente inofensiva para usted. Quisiera serle de positiva utilidad, al menos en la medida de mis posibilidades. En mi opinión, Mr. Sherwin le ha obligado a cumplir un compromiso harto exigente, por no decir muy arduo: ha querido poner a prueba su discreción de modo demasiado severo, entiendo yo, teniendo en cuenta su edad y su situación. Por sentirlo de ese modo, me anima el sincero deseo de aprovechar las relaciones y la influencia que pueda tener con la familia, para que le sean de la máxima utilidad a la hora de facilitar tanto como sea posible la prueba por la que aún ha de pasar usted. Y dispongo de más medios para conseguirlo, señor, que los que usted pudiera imaginar en principio.

Su ofrecimiento me tomó un tanto por sorpresa. Noté con un punto de vergüenza que la sinceridad y la calidez de sentimientos no eran ni mucho menos lo que yo había esperado de él. Sin darme cuenta, dejé de estar pendiente de la tormenta para concentrarme más de lleno en él.

—Tengo perfecta constancia —siguió diciendo— de que una proposición como la que ahora le expongo, al provenir de una persona que no pasa de ser más que un desconocido, en principio podría despertar su sorpresa e incluso cierta suspicacia. Tan sólo puedo explicarlo pidiéndole que tenga muy en cuenta que yo conozco a la damisela desde que era una niña y que como he participado activamente en la formación de su intelecto y en el desarrollo de su carácter, me siento como si fuera casi un segundo padre para ella, en virtud de lo cual estoy naturalmente interesado por el caballero que la ha escogido por esposa.

¿Hubo por fin un amago de temblor en esa voz inquebrantable, cuando dijo estas palabras? Así me lo pareció, por lo cual le miré ansioso por captar el brillo correspondiente en su expresión facial, que tal vez ahora, por primera vez, suavizase sus rasgos férreos y animase levemente la vacía quietud de su semblante. Si una expresión así fue de hecho visible, yo llegué tarde a detectarla. En el instante en que lo miraba, se inclinó para atizar el fuego. Cuando de nuevo se volvió hacia mí, su rostro era el mismo rostro impenetrable de antes, y sus ojos eran los mismos ojos duros, firmes e inexpresivos de siempre.

—Además —prosiguió—, todo hombre ha de tener en esta vida un objeto al que dedicar sus simpatías. Yo no tengo mujer ni hijos, no tengo parientes cercanos en los que pueda pensar... No tengo más que mi rutina de negocios día a día y mis libros aquí, junto a mi solitaria chimenea, noche tras noche. Nuestra vida no es gran cosa, pero sí se ha hecho para emplearla en algo más que esto. Mi antigua alumna, allá en North Villa, ha dejado ya de ser mi alumna. No puedo por menos que sentir que daría objeto idóneo a mi existencia si pudiera dedicarme de lleno a su felicidad y a la de usted, y que sería muy de apetecer contar con dos jóvenes que están en la flor de la edad y que gozan del primer amor, para que de vez en cuando buscaran en mí la materialización de parte de sus placeres, al margen de lo triviales que pudieran ser. Todo esto tal vez le parezca extraño e incomprensible. En cambio, si tuviera mi edad, señor, y si se hallara en mi posición, lo entendería a la primera.

Librodot

¿Era posible que pudiera decir tales cosas sin que le flaquease la voz, sin que se le suavizara la mirada en lo más mínimo? Efectivamente, lo miré con total concentración y lo escuché atentamente, pero no hubo en su rostro ni en su voz la menor alteración, nada que mostrase exteriormente si sentía o no lo que estaba diciendo. Sus palabras habían pintado en mi imaginación un cuadro tan desamparado y carente de entusiasmo que mecánicamente había alzado la mano pensando en tomar la suya. Al verlo cuando terminó de hablar, hube de contener el impulso casi tan rápidamente como se había formado. No me pareció que se hubiese fijado en mi gesto involuntario, ni tampoco en su inmediata represión, y siguió hablando.

—Tal vez he dicho más de lo que debiera —prosiguió—. Si no he conseguido hacerle entender mi explicación tal como hubiera deseado, cambiemos de tema y no volvamos a comentar lo dicho, al menos hasta que me haya tratado durante muchísimo más tiempo.

—No, no cambie de tema bajo ningún concepto, Mr. Mannion —dije, pues no deseaba que pudiera deducir que yo no había depositado mi confianza en él—. Soy plenamente consciente de la amabilidad que entraña su propuesta; sé bien el interés que se toma por Margaret y por mí. Estoy convencido de que los dos aceptaremos sus buenos oficios...

Callé. La tormenta había aminorado un poco su violencia, pero mi atención de pronto se concentró en el viento, que se había levantado a medida que la lluvia y la tormenta escampaban. ¡Qué lóbregamente gemía por la calle! Me pareció que en ese momento se dolía por mí, que se dolía por él, que gemía y se dolía así por todos los mortales. Las extrañas sensaciones que me embargaron entonces me llevaron a escuchar el viento recogido en el silencio, pero pude ponerles coto y volví a tomar la palabra.

—Si no le he contestado como debiera —proseguí—, ha de atribuirlo en parte a la tormenta; le confieso que en cierto modo me descompone las ideas. Y en parte ha de atribuirlo a la sorpresa, ridicula sorpresa, lo reconozco, por el hecho de que siga usted sintiendo tan gran simpatía por intereses que, en general, sólo son considerados de tan gran importancia entre los jóvenes.

—Sólo gracias a sus simpatías pueden vivir de nuevo la juventud los hombres de mi edad; sólo por la simpatía revivimos de hecho la juventud —dijo—. Tal vez le sorprenda oír a un simple administrador de comerciante hablar de esta manera, pero debe usted saber que no siempre he sido tal como ahora me ve. He hecho acopio de un notable conocimiento, y he sufrido lo mío al hacer ese acopio. He envejecido antes de que me llegara el momento de envejecer; tengo cuarenta años, pero son como los cincuenta de muchos otros...

El corazón se me desbocó. ¿Estaba a punto de desvelar ese misterio que obviamente había rodeado su vida, sin que nadie le hubiese preguntado por él? No; cambió de tema en seguida, nada más proseguir. Tuve ganas de pedirle que siguiera por ese derrotero, pero no fui capaz. Temí recibir la misma repulsa que había recibido Mr. Sherwin, así que permanecí en silencio.

—Lo que yo fuese antes —siguió diciendo—, poco importa ahora. La cuestión es más bien: ¿qué puedo hacer por usted? Toda la ayuda que pueda prestarle bien pudiera ser escasa, a pesar de lo cual pudiera tener cierta utilidad. Por ejemplo, si no estoy equivocado, el otro día estaba usted un tanto dolido con Mr. Sherwin por llevarse a su hija a una fiesta a la que había sido invitada toda la familia. Es muy natural. Usted no podría asistir a dicha fiesta para observarla, menos aún investido de su verdadera personalidad, sin correr el riesgo de revelar un secreto que a toda costa era preciso salvaguardar. Por lo tanto, usted no podía saber a qué otros jóvenes podría encontrarse allí, jóvenes que darían por supuesto que ella seguía siendo Miss Sherwin, y que regularían su conducta con ella de acuerdo con dicha suposición. Bien, pues yo creo que en esta tesitura podría ser de alguna utilidad para usted. Tengo cierto ascendiente sobre mi patrón; tal vez, en puridad, debiera decir que tengo una gran influencia.

Librodot

Si usted quisiera, podría hacer uso de dicha influencia para respaldar sus intereses, e inducirle a prescindir en el futuro de toda intención de llevar a su hija a las fiestas de sociedad, salvo cuando usted lo desee expresamente. Por otra parte, creo que no me equivoco al dar por hecho que usted prefiere con mucho la compañía de Mrs. Sherwin antes que la de Mr. Sherwin durante sus encuentros con la damisela, ¿no es cierto?

¿Cómo había descubierto tal cosa? En fin, fuera como fuese, estaba en lo cierto, y así se lo dije, con toda sinceridad.

—Es una preferencia muy natural en todos los sentidos —dijo—, pero si se arriesgase a comunicarla a Mr. Sherwin, podría surtir por razones patentes un efecto muy desfavorable. Yo en cambio podría interceder en este asunto sin levantar sospechas; tendré abundantes ocasiones de mantenerlo fuera de la sala cuando usted se encuentre en la casa, y podría hacer uso de todas ellas si usted lo desea. Aún es más: si usted deseara gozar de una comunicación más prolongada y más frecuente con North Villa, por comparación con la que tiene actualmente, tal vez también podría yo conseguir que así fuera. No comento todo lo que podría hacer yo en estos asuntos y en otros semejantes, señor, por menosprecio de la influencia que pueda usted tener sobre Mr. Sherwin por derecho propio, sino solamente porque sé que en todo lo que se refiera a sus relaciones con su hija, mi patrón me ha pedido y me seguirá pidiendo consejo, por la costumbre que tiene de pedírmelo en tantas otras cuestiones. Hasta la fecha he renunciado a pronunciarme sobre sus asuntos, pero estoy dispuesto a dar mi opinión y a que sea una opinión favorable para usted y para la damisela, siempre y cuando ella y usted así lo deseen.

Le di las gracias, aunque no tan calurosamente como sin duda habría hecho si hubiese visto la más remota sonrisa en su rostro, o si hubiese notado el más mínimo cambio en su tono de voz, firme y decidido. Así como sus palabras me resultaban atractivas, su prestancia inalterable me repelía incluso a mi pesar.

—Una vez más he de suplicarle —prosiguió— que recuerde lo que ya le he dicho, sobre todo al estimar los motivos que me llevan a hacerle este ofrecimiento. Si pese a todo sigo dándole la impresión de entrometerme oficiosamente en sus asuntos, le bastará con tener en cuenta que he abusado con impertinencia de la libertad que me ha concedido, y no tendrá por qué tratarme en lo sucesivo según me ha tratado esta noche. No seré yo quien se queje de su conducta, e intentaré por todos los medios no considerar que en tal caso haya sido injusto conmigo.

No me fue posible resistirme a semejante alegato; le contesté de inmediato y sin reservas. ¿Qué derecho me asistía a inferir conclusiones negativas por el rostro, la voz y el talante de un hombre, tan sólo porque me hubiesen impresionado y me hubiesen parecido fuera de lo corriente? ¿Sabía yo acaso qué parte podría tener la influencia de una enfermedad natural, o las huellas externas de una pena y un sufrimiento desconocidos, en la existencia de esas peculiaridades de mera apariencia que tanto me habían asombrado? Estaría en su pleno derecho si me tachase de injusto, en los términos más inflexibles, a menos que manifestara mi rectitud en mi respuesta.

—Soy de todo punto incapaz, Mr. Mannion —dije—, de considerar su ofrecimiento con otro sentimiento que no sea la más sincera gratitud. Y lo comprobará cuando vea que pienso emplear sus buenos oficios en favor de Margaret y en el mío acogiéndolos de buena fe, antes quizá de lo que pueda suponer.

Hizo una leve inclinación de cabeza y dijo unas cuantas palabras de cordialidad, que sin embargo oí defectuosamente, ya que, mientras yo hablaba, una racha de viento más fiera de lo habitual recorrió la calle e hizo retemblar con violencia los cierres de la ventana, para morir después con un melancólico trémolo, como un grito de lamento y desesperación que exhalase un espíritu.

Librodot

Cuando volvió a tomar la palabra, tras un momentáneo silencio, introdujo un cambio en la conversación. Habló de Margaret, extendiéndose en alabanzas referidas más a sus cualidades morales que a las estrictamente personales. Habló de Mr. Sherwin, refiriéndose a ciertos aspectos de su carácter sin duda sólidos y atractivos, en los que yo desde luego no había reparado. Lo que dijo de Mrs. Sherwin también me pareció igualmente dictado por la compasión y el respeto; insinuó incluso la frialdad con que ella lo trataba, aunque la atribuyó con toda consideración a los caprichos involuntarios que son propios de un nerviosismo generalizado y de una salud tan delicada como la suya. Su lenguaje, al ocuparse de estas cuestiones, fue tan desafecto, tan desprovisto de peculiaridades, como me lo había parecido antes, cuando comentó otros asuntos.

Se hacía tarde. Los truenos seguían oyéndose, aunque a largos intervalos, con un rumor sordo y lejano. El viento no daba muestras de amainar. Sin embargo, el repicar de la lluvia contra el cristal de la ventana había dejado de oírse. No había excusa, pues, para permanecer por más tiempo a resguardo. Y tampoco tenía ganas de encontrar excusas. Había adquirido conocimientos más que suficientes sobre Mr. Mannion; sabía de sobra que todo intento por arrancarle a pesar de su reserva los secretos que pudiera guardar en relación con su vida anterior resultaría perfectamente infructuoso. Si había de juzgarle de algún modo, tendría que juzgarle por la experiencia del presente, y no por la historia del pasado. De labios del taimado amo que mejor le conocía y que lo había tratado durante más tiempo sólo había oído bondades acerca de él. Había mostrado una gran delicadeza hacia mis sentimientos, así como un vehemente deseo de ponerse a mi servicio; por tanto, permitir que la curiosidad me tentase a inmiscuirme en sus asuntos privados habría sido una mezquina respuesta a cambio de esos actos de cortesía.

Me puse en pie, listo para marcharme. No hizo el menor gesto por detenerme; ahora bien, tras abrir la persiana y echar un vistazo por la ventana, comentó simplemente que había dejado de llover casi por completo y que mi paraguas me protegería más que de sobra de lo que aún pudiera caer. Me siguió por el pasillo para iluminarme el camino. Al darme la vuelta ya en el umbral para agradecerle su hospitalidad y desearle buenas noches, caí de pronto en la cuenta de que mi actitud tuvo que resultarle fría y desabrida, especialmente por haber ofrecido sus servicios y por haberse puesto a mi disposición. Si le hubiese producido semejante impresión, él era de todos modos inferior a mí en posición social, por lo cual sería cruel dejar que persistiera. Intenté explicarme debidamente aprovechando la despedida.

—Permítame asegurarle una vez más —dije— que no será culpa mía si Margaret y yo no aprovechamos con el debido agradecimiento sus buenos oficios, los buenos oficios de una persona que bien nos quiere y que se tiene por amiga nuestra.

Aún rasgaban los relámpagos el cielo, aunque sólo a largos intervalos. Por extraño que fuera, en el momento en que lo interpelé cayó un rayo cuyo resplandor me dio la impresión de que le pasaba por encima de la cara. Dio a sus rasgos una lividez tan repugnante, un aire tan espectral de fantasmagoría y distorsión, que fue como si me dedicara una mueca y una mirada fulminante, bestial, en el instante en que duró. En ese momento me hizo falta todo mi conocimiento de su semblante reposado y tranquilo para convencerme de que debía de haberme quedado deslumhrado y aturdido por una ilusión óptica generada por el rayo.

Cuando reinó de nuevo la oscuridad, le deseé buenas noches no sin antes repetir mecánicamente lo que acababa de decir, casi con las mismas palabras.

Volví a casa caminando y pensativo. Esa noche me había dado mucho que cavilar.

Librodot

IV

Más o menos en la época en que fui presentado a Mr. Mannion —o, mejor dicho, tanto antes como después de esa época—, ciertas peculiaridades del carácter y el comportamiento de Margaret, de las que tuve noticia por pura casualidad, me produjeron algo de inquietud e incluso desagrado. Es verdad que ninguno de estos sentimientos duró demasiado, ya que los incidentes que les dieron pie fueron de naturaleza bastante trivial. En cambio, ahora que escribo tengo muy presentes en el recuerdo estos sucesos domésticos. Comentaré tan sólo dos, a modo de ejemplos indicativos. Otros sucesos posteriores, aún por relatar, pondrán de manifiesto que no están fuera de lugar en esta parte de mi narración.

Una deliciosa mañana de otoño llegué a North Villa bastante antes de la hora prevista. Cuando la criada me abrió la cancela del jardín, se me ocurrió la idea de dar una sorpresa a Margaret: pensé en presentarme en la sala inesperadamente, con un ramillete de flores que cogería para ella de sus propios arriates. Indiqué a la criada que no me anunciase y di la vuelta a la casa para llegar al jardín de atrás por una portezuela lateral. Mientras iba recogiendo flores llegué a un trecho de césped situado bajo una de las ventanas de la sala, que se había quedado entreabierta. De la sala me llegaron las voces de mi esposa y de su madre, y éste fue el trozo de conversación que escuché sin querer:

—Te lo digo en serio, mamá. Pienso tener ese vestido y vaya si lo tendré, tanto si papá quiere como si no.

Lo había dicho en voz muy alta y con total resolución, en un tono que nunca había oído emplear a Margaret.

—Por favor, por favor, querida, no hables así —repuso la voz débil y entrecortada de Mrs. Sherwin—. Sabes muy bien que ya te has gastado en vestidos más de tu asignación anual.

—No pienso consentir esa asignación. Su hermana no tiene una asignación, ni límite ninguno. ¿Por qué he de tenerla yo?

—Cariño mío, seguramente habrá alguna diferencia entre...

—Seguro que no la hay, sobre todo ahora que soy su mujer. Algún día dispondré de mi propio carruaje para mí sola, igual que su hermana. Él me concede todo lo que quiero, y tú también deberías.

—No soy yo, Margaret. Si yo pudiera hacer algo, ten por seguro que lo haría. Pero la verdad es que no le puedo pedir dinero a tu padre para otro vestido, después de que este año te haya comprado ya tantos.

—Tú siempre dices lo mismo, mamá: que si no puedes hacer esto, que si no puedes hacer lo otro... ¡Eres demasiado fatigosa! Me da igual, porque pienso tener ese vestido y vaya si lo tendré, estoy decidida. Él dice que su hermana gasta crepé azul claro por las tardes, y yo también tendré mi vestido de crepé azul claro, ¡ya lo verás! Yo misma sacaré la tela de la tienda. Papá nunca se fija en lo que me pongo, estoy segura, y no tiene por qué enterarse de lo que haya salido de la tienda, al menos hasta que hagan inventario, o como se diga. Y si entonces se agarra uno de sus arrebatos...

—¡Querida! ¡Querida! No debes hablar así de tu padre, de ninguna de las maneras. Eso está pero que muy mal, Margaret, muy mal. ¿Qué diría Mr. Basil si te oyese hablar así?

Decidí entrar al punto en la sala y decirle a Margaret que la había oído; resolví al mismo tiempo poner de manifiesto mi firmeza y reconvenirla, por su propio bien, para que no repitiese nunca lo que acababa de decir, ya que realmente me había sorprendido y me había disgustado. Ante mi inesperada llegada, Mrs. Sherwin se sobresaltó y pareció más tímida que nunca. Margaret, en cambio, me salió al paso para recibirme con su acostumbrada sonrisa.

Librodot

Me tendió la mano con su gracia habitual. No dije nada hasta que estuvimos cómodamente instalados en el rincón de siempre, hablando en susurros como solíamos. Entonces sí di comienzo a mi regañina, aunque con toda ternura, y en voz tan baja como pude. Ella optó precisamente por la mejor forma de pararme en seco a pesar de mi resolución. Sus bellos ojos se colmaron de lágrimas sobre la marcha —¡era la primera vez que la veía llorar, y además había sido yo el causante de su llanto, por lo que había dicho!—, y murmuró alguna palabra quejosa acerca de lo cruel que era por mi parte enojarme con ella sólo porque había querido complacerme al vestirse igual que mi hermana, y así se fue al traste toda intención que tuviese en el instante anterior. Involuntariamente hice todo lo posible por consolarla y apaciguarla durante el resto de la mañana. ¿Hará falta apuntar cómo terminó el asunto? Nunca más volví a comentar nada al respecto, y yo mismo le regalé el nuevo vestido que tanto apetecía.

Algunas semanas después de que la pequeña borrasca que acabo de referir quedase reducida a una calma perfecta, accidentalmente fui testigo de otro dilema doméstico en el que Margaret tuvo el papel principal. En esta ocasión, cuando llegaba caminando a la casa (también por la mañana) me encontré con la puerta abierta. En las escaleras había un cubo de agua; obviamente, la criada había estado fregando los peldaños, algo había interrumpido su faena y había olvidado cerrar la puerta mientras se ausentaba. Nada más entrar en el vestíbulo descubrí la naturaleza de la interrupción.

—¡Por Dios, señorita! —oí gritar a la doncella desde el comedor—. ¡Por Dios! ¡Por lo que más quiera, deje ese atizador! La señora vendrá aquí ahora mismo, y el gato es suyo.

—¡Voy a matar a esa bestia inmunda! ¡Voy a matar a ese odioso gato! ¡Me da lo mismo de quién sea! ¡Mi pobre, pobre pajarillo!

Era la voz de Margaret. Al principio, hablaba en tono furioso, pero en seguida se le quebró la voz por una serie de sollozos histéricos.

—Pobrecillo —siguió la criada con ánimo de apaciguarla—. Cuánto lo lamento por el pájaro y cuánto más por usted, señorita. Pero se lo pido por favor; recuerde que fue usted la que dejó la jaula sobre la mesa, al alcance del gato.

—¡Cállate la boca, desdichada! ¿Cómo te atreves? ¡Suéltame!

—Oh, no, no, no. ¡Es el gato de la señora, recuérdelo! ¡Pobre señora, siempre enferma, sin nada que la divierta aparte de su gato!

—¡Me da igual! El gato ha matado a mi pajarillo y tiene bien merecido su castigo. ¡Lo voy a matar! ¡Lo voy a matar! ¡Lo voy a matar! ¡Buscaré al primer chiquillo de la calle para que lo coja y lo cuelgue! ¡Suéltame!

Acto seguido, se abrió de repente la puerta y el gato pasó raudo por delante de mí, huyendo del peligro, aunque seguido de cerca por la criada, que se quedó boquiabierta al verme en el vestíbulo. Me dirigí rápidamente al comedor.

En el suelo encontré la jaula, dentro de la cual estaba muerto el pobre canario (el mismo canario con el que vi jugar a mi esposa el día en que la conocí). Al pájaro prácticamente le había sido arrancada la cabeza a través de los hilos metálicos de la jaula, por efecto de las garras asesinas del gato. Junto a la chimenea, ante el atizador que acababa de caérsele de la mano, estaba Margaret de pie. Nunca la había visto tan hermosa como me pareció en ese momento, presa de la furia desbordante que se había adueñado de ella. Sus grandes ojos negros centelleaban por entre las lágrimas; las mejillas se le habían encendido y las tenía rojas como la grana. Tenía los labios entreabiertos por efecto de la llantina y respiraba acaloradamente. Cerraba una mano con fuerza sobre la repisa, mientras con la otra se oprimía el pecho, aunque con los dedos sujetase convulsivamente el vestido. Por mucho que me apenase el paroxismo de pasión al que se había dejado llevar traicionada por sus sentimientos, no pude reprimir un involuntario sentimiento de admiración en cuanto mis ojos se posaron en

Librodot

ella. ¡Hasta la cólera resultaba adorable en ese rostro adorable!

No se movió al verme. Cuando me acercaba a ella, se dejó caer de rodillas junto a la jaula, sollozando con una violencia terrible, a la vez que prorrumpía en un torrente de imprecaciones y juramentos de venganza contra el gato. Bajó Mrs. Sherwin; con su total falta de tacto y con su inexistente presencia de ánimo sólo supo empeorar las cosas. En resumidas cuentas, la escena terminó con un ataque de histeria.

Aquel día, hablar con Margaret tal como quise hacerlo me resultó imposible. Abordar posteriormente el asunto del canario me pareció inútil. Si sólo hubiera insinuado de la forma más amable, sin dejar de mostrar mi mayor simpatía por la pérdida del pajarillo, el disgusto y el asombro que me había ocasionado por los extremos a los que se había dejado arrastrar en su arranque pasional, con toda seguridad me habría respondido rompiendo de nuevo a llorar, y ésa era precisamente la respuesta mejor calculada para acallarme. Si hubiera sido su marido no sólo nominalmente, sino también de hecho; si hubiera sido su padre, su hermano o su amigo, habría dejado que se saliera con la suya en sus primeros arranques emocionales, y entonces la habría reconvenido y la habría obligado a entrar en cintura. Pero yo aún era su amado; a mis ojos, las lágrimas de Margaret convertían en virtudes incluso los defectos de Margaret.

Los sucedidos como éstos, que solamente se produjeron muy de vez en cuando, constituyeron las únicas alteraciones del tenor reposado y feliz por el que discurrió nuestra relación. Pasaron las semanas sin que una palabra apresurada ni un comentario hiriente se cruzase entre nosotros dos. Asimismo, después de haber resuelto y ajustado nuestras diferencias preliminares, tampoco surgió el menor desacuerdo entre Mr. Sherwin y yo. Este último elemento de la tranquilidad doméstica reinante en North Villa no fue, sin embargo, atribuible a su tolerancia, ni a la mía, sino más bien a la mediación privada de Mr. Mannion.

Por espacio de algunos días, después de la entrevista que tuve con el administrador en su propio domicilio, me abstuve de requerir los servicios que había ofrecido poner a mi disposición. No tenía conciencia de que existiera ninguna razón para optar por semejante camino. Todo lo que se había dicho, todo lo que había ocurrido durante la noche de la tormenta, surtió una poderosa aunque vaga impresión en mí. Por extraño que pueda parecer, no pude precisar si la breve pero sin duda extraordinaria experiencia que tuve de mi nuevo amigo me llegó a atraer hacia él, o si me causó repulsa por su persona. Sentía una indudable reticencia sólo de pensar en contraer cualquier clase de obligación con él, aunque no fuera a resultas del orgullo, ni de una falsa delicadeza, ni de la hosquedad, ni de la suspicacia; era una reticencia inexplicable, surgida del miedo de encontrarme de repente cargado con una pesada responsabilidad. Pospuse cuanto pude el momento de requerir sus servicios y me contuve por puro instinto; Mr. Mannion, por su parte, no hizo mayores intentos por ponerse a mi disposición. Mantuvo el mismo talante, y durante sus encuentros con la familia, en North Villa, siguió con los mismos hábitos que ya había observado yo como algo característico de él antes incluso de la vez en que me refugié de la tormenta entrando en su casa por invitación suya. Nunca más volvió a referirse a la conversación de aquella noche.

La conducta de Margaret, cuando le comenté la disponibilidad de Mr. Mannion, su deseo de sernos de utilidad a los dos, incrementó en vez de disminuir la vaga incertidumbre que me tenía perplejo e indeciso, sin saber si aceptar o rechazar sus ofrecimientos.

No logré inducirla a que mostrase el más mínimo interés por él. Ni su domicilio, ni su apariencia externa, ni sus peculiares costumbres, ni el secreto que guardaba celosamente en todo lo tocante a su vida anterior; nada, en resumen, que tuviera la más mínima relación con él, nada pareció excitar mínimamente la atención o la curiosidad de Margaret. Aquella velada en que vino de visita, a su regreso del continente, Margaret ciertamente manifestó algunos

síntomas de interés cuando se presentó en North Villa, amén de dedicarle al menos una aparente atención cuando se sumó a nosotros. Ahora, en cambio, parecía completa e incomprensiblemente transformada sobre este asunto. Se volvía casi petulante cuando yo persistía en hablar de Mr. Mannion; era casi como si le fastidiara que yo compartiese con ella mis pensamientos al respecto. En cuanto a la difícil cuestión todavía por decidir, esto es, si debiéramos o no ponerlo a servicio de nuestros intereses, era un asunto que a ella al parecer le resultaba demasiado banal para que lo comentásemos entre nosotros.

No pasó de todos modos mucho tiempo hasta que las circunstancias me ayudaron a decidir qué opción debía tomar en lo tocante a Mr. Mannion.

Uno de los ricos amigos que Mr. Sherwin tenía por motivos comerciales celebró en su día un baile, y Mr. Sherwin anunció su intención de ir acompañado de Margaret. Aparte de los celos que sentí naturalmente, habida cuenta de mi peculiar situación, sólo de pensar que mi esposa iba a salir en calidad de Miss Sherwin y que iba a bailar a saber con quién, en calidad de joven damisela soltera, también sentí el deseo más intenso que se pueda tener de mantener a Margaret al margen del contacto social con la gente de su propia clase, hasta que concluyera mi año de prueba, con la esperanza de instalarla de forma permanente en contacto con mi propia clase social. En privado ya había comentado con ella qué ideas tenía yo a este respecto, y descubrí que ella estaba plenamente de acuerdo con mi parecer. No le faltaba por cierto ambición para ascender hasta el peldaño más elevado de la escala social, y ya había empezado a considerar con indiferencia a la sociedad que representaban los de su propio rango.

A Mr. Sherwin no pude confiarle estas ideas. Solamente pude objetar en términos generales que se llevara a Margaret de acompañante, cuando ni ella ni yo deseábamos que así fuera. Él afirmó que a Margaret le gustaban las fiestas, igual que a todas las muchachas de su edad, y que sólo fingía que le desagradaban por complacerme a mí, añadiendo que él no había asumido el compromiso de tenerla encerrada en casa durante todo un año, y lógicamente alicaída, por mi culpa. En el caso del baile en concreto que estábamos discutiendo, se mostró determinado a salirse con la suya, y llegó a decírmelo con todas las letras.

Irritado por su terquedad y por su grosera falta de consideración para con mi indefensa postura, olvidé todas las dudas y todos los escrúpulos, y en privado apelé a Mr. Mannion, para que ejerciera su influencia, tal como había prometido hacer, cuando yo quisiera, en mi favor.

El resultado de su intervención fue tan inmediato como concluyente. A la noche siguiente, Mr. Sherwin vino a vernos con una nota que acababa de redactar y me informó de que se trataba de una excusa que disculpaba la ausencia de Margaret en el baile. No llegó a mencionar el nombre de Mr. Mannion, aunque malhumorada y brevemente dijo que había reconsiderado el asunto y que había terminado por modificar la decisión que tomó en primera instancia por razones que no deseaba detallar.

Una vez di el primer paso por este camino, no dudé en seguirlo sin titubear, dando muchos otros. Cada vez que me apeteció visitar North Villa más de una vez al día, me bastó con comunicárselo a Mr. Mannion, y a la mañana siguiente de inmediato me era concedido el permiso por parte de la autoridad competente. Esa misma maquinaria secreta me permitió regular las entradas y salidas de Mr. Sherwin como me vino en gana cuando Margaret y yo estábamos juntos a última hora de la tarde. Pude estar casi totalmente seguro de que nadie más que Mrs. Sherwin estaría con nosotros, a menos que yo quisiera contar con la compañía de los demás, cosa que, como bien puede imaginarse, rarísima vez sucedió.

La pronta intervención de mi nuevo aliado, siempre en beneficio mío, la ejerció con tranquilidad, con facilidad, como si tal cosa. Nunca llegué a saber cómo, ni cuándo influía a su antojo en su patrón; Mr. Sherwin, por su parte, nunca me dijo ni palabra sobre tal influencia. Me concedía todo privilegio adicional que yo pudiera exigir, pero lo hacía tal como si actuase por entero de acuerdo con su propio albedrío, sin sospechar para nada qué

Librodot

bien sabía yo cuál era el verdadero poder que lo dirigía.

Tanto más me reconcilié con la idea de emplear los servicios de Mr. Mannion gracias a la gran delicadeza con que los efectuaba. No me permitió pensar ni por asomo que me estuviera haciendo un gran favor, y no parecía pensar él mismo que así fuera, ni siquiera en el menor grado. No afectó gozar de una súbita intimidad conmigo; su talante no experimentó alteración ninguna; persistió en su actitud de no unírsenos en las veladas en que visitaba North Villa, salvo cuando yo le invitaba expresamente; y si a mí me daba por hacer cualquier referencia a las ventajas que había obtenido de su dedicación a mis intereses, siempre contestaba a su manera, brevemente y sin darse ningún tono, que era él quien podía tenerse por favorecido al gozar del permiso de poner sus servicios a disposición de Margaret y de mí.

Yo había dicho a Mr. Mannion, al despedirme de él en aquella noche de la tormenta, que consideraría su ofrecimiento como el de un amigo. Había dado por buena mi palabra mucho antes de lo que nunca me propuse, y sin reservas de ninguna especie.

Librodot

V

Había terminado el otoño; había llegado el invierno, un invierno frío y lúgubre. Casi habían pasado cinco meses desde que Clara y mi padre se marcharon a la casa de campo. ¿Qué comunicación mantuve con ellos durante este largo intervalo?

No hubo comunicación personal con ninguno de los dos; sólo me comuniqué por escrito con mi hermana. Las cartas de Clara me llegaron con bastante frecuencia. En ellas, evitaba estudiadamente todo lo que pudiera parecerse a un reproche por mi prolongada ausencia, y se circunscribía casi exclusivamente a los detalles de la vida en el campo que le parecía probable que fuesen de mi interés. Su tono era afectuoso; mejor dicho, más afectuoso, si tal cosa es posible, que de costumbre. En cambio, la alegría y el apacible humor que tenía Clara como corresponsal habían desaparecido del todo. Mi conciencia me indicó con demasiada presteza, y muy a las claras, cómo dar cuenta de este cambio; mi conciencia me hizo saber quién había alterado el tono de las cartas de mi hermana, al haber alterado todos los placeres, todas las predilecciones, todo el propósito de su vida en el campo.

En esta etapa de mi vida estaba yo dedicado con sobrado egoísmo a mis propias pasiones, a mis intereses, pero no era tan totalmente insensible a todas las influencias que me habían guiado desde la más tierna infancia, o no tanto como para dejar de pensar por completo en Clara y en mi padre, en la antigua casona que tan estrechamente relacionaba con mis más tempranos y felices recuerdos. A veces, e incluso en presencia de mi adorada Margaret, sólo con pensar en Clara apartaba de mí cualquier otro pensamiento. Y, a veces, en la desierta casa de Londres, soñé —con extrañísimo y adormecido olvido de mi matrimonio y de todos los nuevos intereses que éste había apiñado en mi nueva vida— que cabalgaba por el campo en compañía de mi hermana y que manteníamos los dos tranquilas conversaciones en la vieja biblioteca de estilo gótico que había en la casa solariega. Bajo el influjo de estas ensoñaciones, dos veces tomé la resolución de pedir disculpas por mi prolongada ausencia, de hacer las paces con ellos, reuniéndome con mi padre y con mi hermana en el campo, aunque sólo fuera durante unos cuantos días. Pero en ambas ocasiones no estuve a la altura de mi resolución. A la segunda, llegué a tener tanta presencia de ánimo como para ir a la estación de ferrocarril, y sólo en el ultimísimo momento vacilé y me abstuve de realizar el viaje. La pugna que hube de librar para resolver separarme sólo por un tiempo de Margaret al final la había ganado, pero la aprensión de que algo podía suceder en mi ausencia, no sabía bien qué, siendo tan vivida como sin embargo vagarosa, me obligó a volver sobre mis pasos cuando ya estaba a punto de partir. Sentí una honda vergüenza por mi propia debilidad, pero cedí pese a todo a su empuje.

Por fin, recibí un día una carta de Clara en la que me conminaba a acudir a la casa de campo, en términos que no podría desobedecer.

«Nunca te he pedido —me escribía— que vinieras a vernos porque yo lo deseara, ya que nunca he querido ni querré interferir en tus planes, en tus intereses. Ahora, sin embargo, te pido que vengas a vernos pensando sobre todo en ti, aunque no sea más que una semana, a menos que quieras quedarte más tiempo, claro está. Recordarás que papá te dijo en Londres, en tu propia habitación, que estaba convencido de que le ocultabas algún secreto. Mucho me temo que esto sea meterme en sus asuntos, pero te conviene saber que tu prolongada ausencia le lleva a sentirse inquieto por ti. Él no lo dice, pero cada vez que te escribo se abstiene de enviarte ningún mensaje; cuando hablo de ti, siempre cambia de tema sobre la marcha. Te ruego que vengas, que te muestres aunque sólo sea unos días; no te haremos preguntas, puedes estar seguro. Una visita tuya nos haría muchísimo bien a todos, e impediría (espero que nunca suceda, y rezo para que así sea) un serio distanciamiento entre papá y tú. Ten presente, Basil, que en cosa de un mes o seis semanas a lo sumo habremos vuelto a la ciudad,

Librodot

y así se habrá desperdiciado la oportunidad.»

Al leer estas líneas, decidí viajar al campo de inmediato, cuando el efecto que me habían causado aún estaba fresco en mi mente. Margaret, cuando fui a despedirme de ella, solamente comentó que le gustaría venir conmigo, que sería toda una experiencia para ella ver una grandiosa casa de campo como la nuestra. Mr. Sherwin se echó a reír con la misma aspereza de costumbre, por las dificultades que a mí se me presentaban solamente por el hecho de estar sin ver a su hija por espacio de una semana. Mrs. Sherwin me recomendó muy en serio, y de forma sumamente inexplicable, que no permaneciera lejos durante más tiempo del que había pensado en principio. Mr. Mannion me aseguró en privado que mientras estuviera ausente de North Villa podía contar con él, exactamente como lo había hecho siempre durante mi presencia en la casa. Fue raro que sus palabras de despedida fueran las únicas que me sosegaron y me satisficieron al partir de Londres.

La tarde invernal iba envolviéndose con la oscuridad de la noche cuando me aproximaba a la casa solariega. La nieve, en el campo, siempre me ha parecido una visión alegre y animada. Podría haber aspirado a ver la nieve posada en el suelo el día en que llegué a casa, pero durante la semana anterior había tenido lugar el deshielo: el barro y el agua encharcaban el camino y los alrededores, y lloviznaba, al tiempo que soplaba un viento húmedo y cortante, se condensaba la neblina a medida que avanzaba la noche, y los antiquísimos olmos desnudos que jalonaban la avenida crujían y gemían lóbregos allá en lo alto según me acercaba a la casa.

Mi padre me recibió con más ceremonia de lo que a mí me hubiese gustado. Bien sabía, desde niño, qué significaba que decidiera mostrarse solamente cortés con su propio hijo. Me fue imposible discernir qué idea se habría hecho durante mi prolongada ausencia y debido a mi insistencia en guardar mi secreto, pero saltaba a la vista que yo había perdido el lugar de costumbre en su estima, y que lo había perdido hasta el punto de que no podría recobrarlo meramente con una visita de una semana de duración. El distanciamiento entre nosotros, que tanto se temía mi hermana, ya había comenzado de hecho.

Si me había quedado helado por el desolado aspecto de la naturaleza cuando me aproximaba a la casa solariega, la recepción que me dio mi padre cuando llegué a la casa sólo incrementó la impresión de incomodidad y de melancolía que tenía en mente; hizo falta todo el calor y el afecto de la bienvenida que me dio Clara, todo el placer que me supuso oírle agradecer en un susurro mi llegada y mi presteza en seguir su consejo, a la vez que me besaba, para que yo recobrase mi ecuanimidad. Ahora bien, una vez pasada la premura y la excitación del encuentro, a pesar de sus amables palabras y de sus miradas cariñosas, noté en su semblante algo que me deprimió. Me pareció más delgada, al tiempo que su palidez constitutiva era algo más acusada que de costumbre. Era evidente que las preocupaciones y las angustias la habían oprimido. ¿Sería yo la causa?

La cena discurrió esa primera noche con gran tedio y congoja. Mi padre solamente conversó sobre temas generales y sobre lugares comunes, como si estuviera presente un simple conocido. Cuando mi hermana nos dejó solos a los dos, también él se levantó de la mesa para recibir a una persona que había venido a visitarle por un asunto de negocios. No estaba yo con ganas de tener por toda compañía a las botellas de vino, así que seguí a Clara.

Al principio, solamente conversamos sobre las diversas ocupaciones a que se había dedicado desde que estaba en el campo; yo estaba reacio a comentar tanto mi prolongada estancia en Londres como el evidente disgusto de mi padre por mi dilatada ausencia, y ella lo comprendió. Había entre nosotros cierto comedimiento que ninguno de los dos tuvimos el valor de romper. No pasó mucho tiempo, sin embargo, hasta que un accidente bastante trivial de por sí me obligó a ser más sincero, mientras que a ella le permitió hablar con menos reservas sobre aquello que más de cerca le tocaba el ánimo.

Librodot

Estaba sentado frente a Clara, delante de la chimenea, jugando con mi perro preferido, que nos había seguido al salón. Mientras me agachaba sobre el animal, un guardapelo en el que llevaba un mechón de los cabellos de Margaret cayó del bolsillo de mi chaleco, balanceándose hacia mi hermana, sujeto aún por el cordel con que lo llevaba colgado del cuello. Al instante lo escondí de nuevo, pero no tan de prisa como para que Clara, con la presteza de una mujer, no se fijase en que el adorno era nuevo, extrayendo sobre la marcha la inferencia apropiada y coligiendo qué uso le había dado yo.

En su rostro se pintó momentáneamente una expresión de sorpresa y de placer; se puso en pie y, colocándome ambas manos sobre los hombros, como si quisiera que no me moviese del sitio en que estaba, me miró con intensidad.

—¡Basil! —exclamó—. Si ése es todo el secreto que te has empeñado en ocultarnos, ¡no puedes ni imaginar cuánto me alegro! Al ver un guardapelo nuevo que cae del chaleco de mi hermano —prosiguió, al observar que yo estaba tan confuso que no jba a decir palabra—, y al ver que se sonroja muchísimo cuando o oculta de nuevo a todo correr, no sería yo una mujer de verdad si no hiciese mis descubrimientos y si no diera en hablar de ellos sin más tardanza.

Hice un esfuerzo, bien que lamentable, por restar toda importancia al asunto con una risa. Sin embargo, a ella se le tornó seria y pensativa la expresión de la cara, al tiempo que mantenía la mirada fija en mí. Me tomó la mano con gentileza.

—¿Es que vas a casarte, Basil? —me susurró al oído—. ¿Amaré a mi futura hermana tanto como te amo a ti?

En ese momento entró en el salón un criado que traía la bandeja del té. La interrupción me dio un instante de consideración. ¿Debería acaso contárselo todo? Impulsivamente pensé que sí; la reflexión me indicó que r.o. Si le revelase la situación en que realmente me encontraba, me di cuenta de que tarde o temprano tendría que presentarle a Margaret. Para ello, a la fuerza tendría que llevarla en privado a la casa de Mr. Sherwin y exponerla a los humillantes términos de dependencia y de prohibición de acuerdo con los que llevaba la vida en común con mi propia esposa. Una extraña mezcolanza de sentimientos, entre los que primó el orgullo, me disuadieron de hacer tal cosa. Implicar a mi hermana en mi secreto sería igual que implicarla en las consecuencias que pudiera tener cuando fuera desvelado a mi padre. La sola idea de hacerla partícipe de una serie de responsabilidades que yo debía sobrellevar a solas no debía considerarla ni por un momento. Tan pronto nos quedamos solos de nuevo, me dirigí a ella.

—Clara, no pensarás mal de mí, ¿verdad?, si dejo que saques tus propias conclusiones de lo que has visto, ¿eh? Tan sólo quiero pedirte que guardes un estricto silencio sobre este asunto. Todavía no puedo hablarte de ello, amor, tal como querría. Un día entenderás por qué, y dirás que mi reserva estaba justificada. Entretanto, ¿quedarás satisfecha si te aseguro que cuando llegue el momento de hacer saber cuál es mi secreto, tú serás la primera que se entere, la primera en quien yo ponga mi confianza?

—Como no has agotado del todo mi curiosidad —dijo Clara sonriendo—, aunque tampoco me hayas dado esperanzas de alimentarla, al menos por el momento, creo que, aun siendo mujer como soy, puedo prometerte lo que deseas. En serio, Basil —prosiguió—, que ese guardapelo tan revelador ha iluminado gratamente algunos lúgubres pensamientos que había tenido acerca de ti, tanto que ahora ya puedo vivir feliz y contenta, a la expectativa, sin volver a hablar de tu secreto hasta que tú me des permiso para hacerlo.

En este punto entró mi padre en el salón y ya no dijimos nada más. Su comportamiento hacia mí no se había modificado desde la cena y siguió exactamente igual durante la semana que pasé en la casa solariega. Una mañana en que estábamos solos los dos, me armé de valor y decidí probar un terreno peligroso, teniendo en mente cuál habría de ser mi guía en el

Librodot

futuro; ahora bien, en cuanto empecé mediante una referencia a mi estancia en Londres, no sin añadir una disculpa, me detuvo en seco.

—Ya te dije hace unos meses —dijo, con gravedad y fríamente— que tengo demasiada fe en tu honor como para inmiscuirme en los asuntos que tú quieras guardar en privado. Hasta que no tengas plena confianza en mí, hasta que no podamos hablar con toda franqueza, prefiero no saber nada. Entiendo que careces de esa confianza, porque hablas con titubeos, y porque no me miras a los ojos con limpieza y con arrojo. Te vuelvo a decir que no quiero saber nada que empiece por una excusa tan trivial como la que me acabas de expresar. Las excusas conducen a la prevaricación y la prevaricación conduce a... algo con lo que no pienso insultarte ni siquiera imaginando que sea posible en tu caso. Ya eres un hombre hecho y derecho, y has de saber cuáles son tus responsabilidades y las mías. Elige, pues, entre decirlo todo o no decir nada.

Aguardó un instante después de terminar y abandonó la estancia. Si al menos se hubiese dado cuenta de cómo sufrí yo en ese instante debido a las viles necesidades de la ocultación, tal vez se lo habría confesado todo. Y a la fuerza se hubiese compadecido de mí, aunque tal vez no me hubiera perdonado.

Ése fue mi primer y único intento de aventurarme a revelar mi secreto ante mi padre, por medio de insinuaciones y reconociendo las cosas a medias. En cuanto a una osada confesión, me persuadí con convicción de sofista que esa opción no habría servido para nada bueno, y que, al contrario, podría haber sido muy perjudicial. Cuando por fin llegara la felicidad conyugal que tanto había esperado, que aún debía esperar durante muchos meses, ¿no sería mejor gozar de mi vida matrimonial en secreto, cómodamente, durante todo el tiempo que me fuera posible? ¿No sería mejor abstenerme de revelar mi secreto a mi padre, hasta que la necesidad me obligara a revelarlo, o hasta que las circunstancias me invitasen a hacerlo? Mi inclinación resolvió el dilema de forma conveniente, con una afirmación. Una decisión del tipo que fuera, correcta o errónea, bastó para tranquilizarme por el momento.

En lo relativo a mi padre, mi viaje al campo no sirvió de nada. Podría haber vuelto a Londres al día siguiente de llegar a la casa solariega, que su opinión acerca de mí no se habría alterado. A pesar de todo, me quedé durante toda la semana pensando solamente en Clara.

A pesar de los placeres que me procuraba la compañía de mi hermana, mi visita no dejó de ser dolorosa. El anhelo egoísta por estar de nuevo con Margaret, que no logré reprimir del todo, más la frialdad de mi padre y la lobreguez y la lluvia invernal, que nos confinó prácticamente en todo momento a permanecer dentro de la casa, fueron los factores que en diversa medida me impidieron estar a mis anchas en la casa solariega. Sin embargo, aparte de estos motivos de azoramiento, yo contaba con la mortificación adicional de sentirme por primera vez como un perfecto extraño en mi propia casa.

En toda la casa no encontré nada que me recordase el aspecto que había tenido años atrás. Las estancias, los viejos criados, los corredores y las vistas, los animales domésticos... todo parecía haberse alterado, haber perdido algo desde la última vez que lo vi. Las estancias que en particular más me había agradado ocupar dejaron de ser mis favoritas; las costumbres que hasta ahora siempre había tenido en el campo, solamente logré retomarlas a cambio de un esfuerzo que me fastidió y me sacó de quicio. Era como si mi vida discurriese por nuevos cauces desde el otoño y el invierno que pasé por última vez en la casa solariega, y como si ahora se negase a volver a fluir por donde solía, al margen de que yo así lo quisiera. Mi hogar ya no me parecía lo que era, salvo por el nombre.

En cuanto pasó una semana, mi padre y yo nos despedimos exactamente igual que nos habíamos saludado a mi llegada. Cuando me despedí de Clara, ella se abstuvo de hacer toda alusión a la brevedad de mi estancia; dijo tan sólo que pronto nos veríamos de nuevo en Londres. Era patente que se dio cuenta de que mi visita me había pesado, y me pareció

Librodot

determinada a dar a nuestra corta despedida un carácter tan feliz y tan esperanzado como le fue posible. Nos entendíamos plenamente el uno al otro, y ahí encontré algún consuelo al despedirme de ella.

Nada más regresar a Londres, fui de visita a North Villa.

Se me comunicó que no había ocurrido nada reseñable en mi ausencia, pero me percaté de que algo había cambiado en Margaret. La encontré pálida y nerviosa, más callada que nunca. Por toda respuesta a mis interrogaciones, lo explicó diciendo que el confinamiento en la casa, a consecuencia del crudo clima del invierno, la había afectado un poco, pero en seguida cambió de tema de conversación. Por lo demás, los restantes aspectos domésticos no habían variado ni un ápice con respecto a su monotonía de costumbre. Tal como solía, Mrs. Sherwin estaba en su puesto en la sala, mientras su esposo leía el periódico de la tarde en el comedor, acompañado por su ramoso oporto. A los cinco minutos de llegar, me adapté de nuevo a mi vieja manera de vivir en casa de Mrs. Sherwin, con tanta facilidad como si no la hubiese interrumpido ni un solo día. En lo sucesivo, el lugar donde estuviera mi joven esposa, y solamente donde estuviera ella, sería para mí el hogar.

Más avanzada la velada llegó Mr. Mannion con algunas cartas de negocios que deseaba someter a la inspección de Mr. Sherwin. Fui a buscarlo al vestíbulo, ya que me disponía a salir. Nunca fue un hombre de mano calurosa, pero en el momento en que se la estreché para saludarle me resultó tan mortíferamente helada que literalmente me congeló la mía por un momento. Se limitó a congratularme, como de costumbre, por haber regresado sano y salvo. Asimismo, dijo que en mi ausencia no había ocurrido nada digno de mención; no obstante, según pronunció estas palabras contadas, me fijé por vez primera en que le cambiaba la voz: habló en un tono más bajo, pero con una articulación más veloz que la habitual. Sumado a la extraordinaria frialdad de sus manos, esto me llevó a preguntarle si no se encontraría bien del todo. Efectivamente, también él había estado algo enfermo durante mi ausencia, sobrecargado por el trabajo excesivo. Disculpándose por dejarme tan bruscamente, debido a las cartas que había traído, fue a encontrarse con Mr. Sherwin en el comedor, si bien dando mayores muestras de apresuramiento que en cualquier ocasión anterior.

Había dejado bien tanto a Margaret como a Mr. Mannion; a mi regreso, a los dos los encontré enfermos. Sin duda, era algo que había ocurrido en mi ausencia, aunque nadie comentó que hubiese ocurrido nada de particular. No obstante, una trivial enfermedad parecía poca cosa en North Villa, puede que debido a la grave enfermedad que estaba presente de forma perpetua en la persona de Mrs. Sherwin.

Librodot

VI

Seis semanas después de marcharme de la casa solariega, Clara y mi padre regresaron a Londres.

No es mi intención abundar en los detalles de mi vida, ni en casa ni en North Villa, durante la primavera y el verano, puesto que sería menester repetir mucho de lo que ya he relatado hasta ahora. Mejor será, pues, proseguir cuanto antes por el final de mi período de prueba, una etapa que lastra gravemente mi resolución de escribir sobre todo esto. En fin; unas cuantas semanas más de duro faenar en mi narración, y el castigo implícito en esta tarea tan ingrata habrá terminado.

* * *

Imagínese, en resumidas cuentas, que ha llegado el último día del larguísimo año en que mis expectativas estuvieron en suspenso; imagínese que mañana será el día en que Margaret, por quien tanto me he sacrificado, por quien tanto he sufrido, por fin habrá de ser verdaderamente mía.

Iba a pasar la víspera del día en que se produciría el cambio mas grande de mi vida; las posturas relativas a este suceso que tanto yo como las distintas personas con las que tenía trato habíamos adoptado unos para con otros podría esbozarse como sigue.

La frialdad de trato demostrada por mi padre no había cambiado desde su regreso a Londres. Yo, por mi parte, me abstuve con todo cuidado de pronunciar en su presencia una sola palabra que entrañase la menor referencia a mi situación real. Aunque mantuviéramos de puertas afuera la relación habitual que existe entre padre e hijo cada vez que nos encontrábamos, el distanciamiento era ya completo entre los dos.

A Clara no se le pasó por alto esta situación y en secreto se apenó por ello. Sin embargo, en su interior despertaron sentimientos más felices cuando en privado le insinué que ya no estaba lejos el momento en que podría desvelar mi secreto. Casi se puso tan agitada como yo, aunque a causa de expectativas sumamente distintas: no podía pensar en otra cosa, salvo en la explicación y la sorpresa que le tenía yo reservadas. En ocasiones, casi llegó a darme miedo mantenerla más tiempo en la incertidumbre y casi me arrepentí de haberle hablado del asunto relativo al nuevo y absorbente interés que había cobrado mi vida, antes del momento en que con toda facilidad podría haberlo dicho todo.

Mrs. Sherwin y yo no estábamos últimamente en términos muy cordiales. Él estaba descontento conmigo por no haber tenido el arrojo de abordar en presencia de mi padre el asunto de mi matrimonio; consideraba que mis razones para guardarlo todavía en secreto estaban dictadas por una mórbida aprensión, aparte de ser muestra de una total carencia de la debida firmeza. Por otra parte, estaba obligado a contraponer a esta omisión por mi parte la presteza de que había hecho gala en el cumplimiento de sus deseos en todos los demás aspectos. Tenía un seguro de vida extendido en favor de Margaret; había hecho lo necesario para ser de inmediato habilitado como abogado con capacidad de ejercer, para cualificarme a tiempo de ocupar el primer puesto apetecible que pudiera quedar vacante a mi alcance. Mi diligencia al realizar todos estos preparativos encaminados a garantizar las perspectivas de Margaret y las mías y a salvaguardarlas de todo mal que pudiera acaecer no bastó, sin embargo, para producir un efecto favorable sobre Mr. Sherwin, tal como sin duda hubiese ocurrido caso de tratarse de un hombre menos egoísta que él. Sin embargo, al menos le obligaron a callar toda queja que ocasionalmente hubiese querido murmurar entre dientes por la reserva que yo había insistido en guardar con mi padre; asimismo, le obligaron a mantener

Librodot

hacia mí una suerte de malhumorada cortesía, que al fin y al cabo iba a ser menos ofensiva que el habitual padecimiento de su cordialidad, debido a su infalible acompañamiento de aburridas anécdotas y de chistes más tediosos aún.

Durante la primavera y el verano, Mrs. Sherwin pareció debilitarse cada vez más debido a su prolongado estado de mala salud. De vez en cuando, sus palabras y sus actos —especialmente en su trato conmigo— me hacían pensar en temores ante los cuales su mente y su cuerpo empezaban a rendirse. Por ejemplo, en cierta ocasión en que Margaret salió de la sala durante unos minutos, de repente se llegó a toda prisa hasta mí y me susurró con extrema ansiedad en la voz y en su mirada: «Vigile bien a su esposa. Le advierto que la vigile, que la mantenga lejos de todas las malas personas. Yo lo he intentado, pero le advierto que no deje de hacerlo». Le pedí de inmediato una explicación de tan extraordinaria y vehemente recomendación, pero ella se limitó a contestar musitando alguna vaguedad sobre las preocupaciones de una madre, para regresar también apresuradamente a su sitio de siempre. Me fue imposible conminarla a que fuese más explícita, por más que lo intenté.

Una o dos veces me ocasionó Margaret gran perplejidad y disgusto debido a ciertas incoherencias y alteraciones de su talante, que comenzaron a salir a la superficie poco después de regresar yo a North Villa tras haber pasado una semana en el campo. Sin previo aviso, se volvía extrañamente hosca y silenciosa; en otros momentos, se tornaba irritada y caprichosa. A renglón seguido, cambiaba bruscamente y se mostraba afectuosísima de palabra y de conducta, como si estuviera de veras deseosa de anticiparse a todos los deseos que yo pudiera tener, y aún ansiosa por manifestar su gratitud ante la más mínima atención que tuviera yo con ella. Estas inexplicables alteraciones de talante me fastidiaron y me irritaron hasta extremos indescriptibles. Yo amaba a Margaret demasiado, tanto que era incapaz de considerar desde un punto de vista filosófico las imperfecciones de su carácter; desconocía que existiera causa, y menos aún que yo se la hubiera dado, que justificase esos frecuentes cambios de comportamiento. Si fueran solamente debidos a la coquetería, tal como le dije en cierta ocasión, la coquetería era el último mérito femenino que podría encandilarme en cualquier mujer a la que yo de veras amase. Sin embargo y por fortuna, todos estos motivos de molestia y de pesar, sus caprichos y mis reconvenciones, felizmente quedaron atrás cuando el plazo que había de durar mi compromiso con Mr. Sherwin ya tocaba a su fin. Margaret volvió a hacer gala de su talante más adorable. De vez en cuando la delataban algunos síntomas de confusión, algunas muestras de que estaba insólitamente pensativa; no obstante, recordé qué cerca estaba el día de la emancipación de nuestro amor, y consideré su azoramiento como un nuevo encanto, como un nuevo adorno de la belleza que irradiaba mi virginal esposa.

Mr. Mannion, al menos en lo tocante a la atención a mis intereses, siguió siendo el mismo amigo digno de toda confianza que había sido siempre, aunque en otros aspectos pudiera tenérsele por un hombre alterado. La enfermedad de la que se había quejado meses atrás, cuando regresé a Londres, lejos de haber remitido, parecía haber ido a más. Seguía teniendo el mismo rostro impenetrable que tan poderosamente me había impresionado la primera vez que lo vi, aunque su talante, hasta entonces tan tranquilo, tan dueño de sí, se había vuelto brusco y tornadizo. Algunas veces, cuando se sentaba en compañía nuestra en la sala de North Villa, de repente se quedaba callado después de haber cruzado unas palabras con nosotros, murmuraba alguna disculpa con una voz que nada tenía que ver con su voz de siempre, decía estar aquejado por un espasmódico ataque de mareo y salía de la sala. Estos achaques eran de naturaleza en parte tan secreta como todo lo que distinguía su persona: no aparecían síntomas visibles de distorsión, ni una palidez insólita; era imposible adivinar qué clase de dolor padecía, ni en qué parte del cuerpo le afectaba. Posteriormente, me abstuve de invitarle a que se sumara a nosotros, ya que el efecto que causaban en Margaret sus repentinos ataques era, naturalmente, tan intenso que se quedaba seriamente descompuesta durante el resto de la velada. Siempre que lo vi casualmente, más avanzado el año, la influencia benéfica

Librodot

de la espléndida estación veraniega no pareció surtir en él ninguna mejoría. Me fijé en que su fría mano, la que me había helado cuando se la estreché aquella gélida noche de invierno en que regresé del campo, estaba tan fría como siempre, a pesar de que estábamos ya en aquellos cálidos días de verano que precedieron al final de mi compromiso en North Villa.

Tal era la situación de mis asuntos tanto en mi casa como en la de Mr. Sherwin cuando fui a visitar a Margaret investido por última vez de mi personalidad de antaño, la última noche que aún quedaba de separación entre los dos.

Llevaba el día entero preparándome para nuestra llegada, al día siguiente, a una casa de campo que había alquilado durante un mes, y que se hallaba en una zona bastante retirada, a suficiente distancia de Londres. Un mes de felicidad ininterrumpida con Margaret, lejos del mundo y de todas las consideraciones mundanas, era el Edén mismo en la tierra, hacia el cual habían apuntado mis más queridas esperanzas, mis deseos, durante todo un año nada menos; ahora, por fin ahora iban a cumplirse esos deseos. Terminé todas mis disposiciones en la casa de campo a tiempo de llegar a casa, poco antes de la hora en que por costumbre se servía la cena. A lo largo de ésta, expliqué que iba a estar ausente de Londres durante un mes, aunque para ello le informase a mi padre de que me proponía visitar a uno de mis amigos residentes en el campo. Me escuchó con la frialdad y la indiferencia de costumbre; tal como había previsto, ni siquiera me preguntó a casa de qué amigo tenía pensado ir durante todo un mes. Después de cenar, informé a Clara en privado de que al día siguiente, de acuerdo con la promesa que le había hecho, antes de partir tenía pensado hacerle depositaría del secreto que durante tantísimo tiempo había atesorado, y que por el momento aún era preciso no divulgar a nadie. Hecho esto, entre las nueve y las diez me apresuré para realizar una última visita de una media hora de duración a North Villa, prácticamente incapaz de comprender cuál era mi propia situación, incapaz de entender la plenitud y la exaltación de la alegría que me embargaba.

Me estaba esperando un desengaño. Margaret no estaba en la casa, pues había salido a una fiesta que celebraba una tía suya, mayor pero aún soltera, de la que era notoria su riqueza, razón por la cual se trataba de una persona a la que era preciso que toda la familia mimase y complaciese.

Me sentí tan enojado como desengañado por lo que había ocurrido. Obligar a Margaret a salir precisamente esa noche demostraba una absoluta falta de consideración hacia nosotros dos, lo cual me repugnó. Mr. Sherwin y su esposa se hallaban en la sala cuando llegué a la casa, y a él le hablé en términos no por cierto muy conciliatorios, comunicándole mi opinión al respecto. Se encontraba aquejado por un muy molesto dolor de cabeza y por un ataque de mal humor todavía peor, así que me contestó de modo tan irritante como supo.

—¡Muy señor mío! —dijo, en tono cortante y quejoso—. Permítame al menos una sola vez, esta vez, que sea yo quien decida qué es lo más conveniente. Mañana mismo todo se hará según su parecer, así que permítame que las cosas se hagan según mi juicio al menos esta noche, por última vez. Estoy seguro de que ya ha sido usted complacido más que sobradas veces por su insistencia en que Margaret no asistiera a fiestas de ninguna clase, y le advierto que también esta vez le habríamos complacido, de no ser porque llegó una segunda carta de la anciana señora, en la cual nos comunicaba que sería una afrenta para ella que Margaret no estuviera entre sus invitados. No me fue posible ir a verla para hablar con ella, por culpa de este infernal dolor de cabeza que tengo, maldito sea. Y debo decirle además que es beneficioso para usted que Margaret esté a buenas con su tía, puesto que se quedará con el dineral que tiene la buena señora, aunque para ello ha de jugar sus cartas como Dios manda. Precisamente por eso le dije que asistiera a la fiesta, porque cualquier día de éstos su asistencia a esa fiesta les valdrá a ella y a usted unos cuantos miles de libras, ¿me explico?

Librodot

Estará de vuelta a las doce y media, como muy tarde. Pedí a Mannion que se ocupase de ello, y aunque no parece que se encuentre muy boyante que digamos, la ha acompañado y él se encargará de cuidarla, al menos mientras esté con ella. Ya lo ve; a fin de cuentas, no hay razón para armar ningún jaleo.

Me supuso, desde luego, un alivio saber que Mr. Mannion se iba a ocupar de cuidar a Margaret. A mi juicio, era un hombre mucho más apto que su propio padre para desempeñar semejante cometido. De todos los buenos servicios que hasta la fecha me había prestado, pensé que ése era el mejor, aunque habría sido mejor incluso si hubiese sabido impedir que Margaret asistiera a la fiesta.

—Debo decirle una vez más —prosiguió Mr. Sherwin, más irritado aún al comprender que yo no iba a contestarle— que no hay nada por lo cual un ser racional haya de armar ningún jaleo. Todo lo que he hecho ha sido en beneficio de Margaret y de usted; ella estará de vuelta a las doce, y Mr. Mannion está encargado de cuidar de ella, y no sé qué tiene usted que... Además, es infernalmente cruel, estando tan indispuesto como estoy yo, venir a fastidiarme con semejante... ¡Es infernalmente cruel, sí, señor!

—Lamento mucho que se encuentre indispuesto, Mr. Sherwin, y no pongo en duda sus buenas intenciones, ni menos aún la conveniencia de que sea Mr. Mannion quien se ocupe de proteger a Margaret, pero me siento, pese a todo, disgustado por el mero hecho de que haya salido esta noche.

—Yo ya dije que no debía salir de ninguna manera, a pesar de lo que haya escrito su tía. Yo ya lo dije.

¡Y esta osada intervención fue nada menos que obra de Mrs. Sherwin! Antes, nunca le había oído expresar una sola opinión en presencia de su marido. Por eso, semejante estallido en sus labios me pareció absolutamente inexplicable. Pronunció esas palabras con una desesperada rapidez, con una voz inusitadamente audible, sin dejar de mirarme fijamente con una extraña expresión, a la vez que hablaba.

—¡Maldita sea, Mrs. Sherwin! —rugió su marido, con verdadera furia—. ¿Quiere callarse la boca? ¿Qué demonios pretende al darnos su opinión, si nadie tiene el menor interés por saber cuál es? Por mi alma le juro que empiezo a pensar que está usted un poco chiflada. Últimamente no ha hecho más que entrometerse y fastidiar. ¡Y no sé qué demonios se le ha metido en la cabeza! De todos modos, yo le explicaré qué es lo que ocurre, Mr. Basil —prosiguió, volviéndose cortantemente hacia mí—: más le valdría dejarse de quejas, que bastante fastidioso es su temperamento. Y lo mejor sería que para ello asistiera a la fiesta. La anciana señora me dijo que le faltaban caballeros y que se alegraría si extendiese yo la invitación a cualquier amigo mío. Le basta con mencionar mi nombre; Mannion hará las debidas presentaciones. ¡Tenga! Ahí tiene un sobre con su dirección. En casa de la tía de Margaret nadie sabrá quién es usted, ni qué es. Además, ya viene vestido de negro, perfectamente preparado para la ocasión. ¡Por Dios, vaya usted mismo a la fiesta! ¡Espero que así quede satisfecho!

Ahí dio por terminado el discurso, y ventiló el resto de su mal humor tocando con violencia la campanilla para que le trajeran su arruruz, tras lo cual vilipendió el sirviente que se lo trajo.

Vacilé, sin saber si debía aceptar o no su propuesta. Mientras dudaba, Mrs. Sherwin aprovechó la oportunidad de que su marido no la miraba para hacerme un gesto significativo. Saltaba a la vista su deseo de que me reuniese con Margaret en la fiesta, pero ¿por qué? ¿Qué sentido podía tener su comportamiento?

Hubiera sido inútil preguntar. El prolongado sufrimiento corporal, así como la debilidad, habían producido un deterioro correspondiente en su intelecto. ¿Qué debía hacer yo? Estaba resuelto a ver a Margaret esa noche; ahora bien, esperar a que volviera, por

Librodot

espacio de dos o quizá tres horas, en compañía de su padre y de su madre en North Villa, era un sufrimiento que más valía no pensar siquiera en padecer. Tomé la decisión de ir a la fiesta. Allí, nadie sabría absolutamente nada de mí. Los asistentes serían seguramente personas que vivían en un mundo distinto del mío, personas cuyos hábitos tal vez me divirtiera estudiar. En cualquier caso, pasaría una o dos horas con Margaret, y así podría ocuparme personalmente de llevarla en condiciones a su casa. Sin más titubeos tomé el sobre en el que figuraba la dirección y me despedí de Mr. y Mrs. Sherwin.

Daban las diez cuando me marché de North Villa. La brillante luz de luna que despuntaba cuando llegué ahora sólo lucía a ratos, pues las nubes se extendían espesas sobre toda la superficie del cielo a medida que transcurría la noche.

Librodot

VII

La dirección a la que me encaminaba me hizo alejarme bastante del domicilio de Mr. Sherwin, en dirección al populoso barrio que se encuentra al oeste de Edgeware Road. Encontré con toda facilidad la casa de la tía de Margaret según enfilé la calle en que se hallaba, gracias a la luz de las ventanas, a la música de baile que se oía desde la calle y al anodino grupo de cocheros y de serenos encargados de portar las farolas, con el correspondiente conciliábulo de vagos sin nada mejor que hacer, congregados delante de la puerta. Era, obviamente, una fiesta muy concurrida, y vacilé un momento antes de entrar.

Las sensaciones que tenía no eran las más apropiadas para un hombre que ha de intercambiar las cortesías convencionales con una serie de perfectos desconocidos; pensé que se me notaba por fuera la fiebre del alborozo y de la expectación que hervía en mi interior. ¿Sabría mostrar el carácter de un simple amigo de la familia en presencia de Margaret? ¿Sabría hacer tal cosa precisamente esa noche? Era harto probable que mi conducta, una vez me hallase en la fiesta, delatase la verdad a toda la concurrencia. Decidí dar un paseo por los alrededores hasta que dieran las doce, para entrar luego en el vestíbulo de la casa y enviar mi tarjeta por medio de un criado a Mr. Mannion, adjuntando un mensaje en el que le indicaría que estaba esperando en la planta baja, para acompañarle a North Villa cuando decidiera llevar a Margaret.

Crucé la calle y volví a mirar la casa desde la acera de enfrente. Me quedé un rato allí delante, escuchando la música que llegaba desde las ventanas, e imaginando en qué estaría ocupada Margaret en esos instantes. Después me puse en marcha y eché a caminar hacia el este, sin preocuparme de la dirección que había tomado.

Noté una cierta impaciencia, pero sin tener la menor sensación de fatiga, pues sabía que en el plazo de dos horas más iba a estar de nuevo con mi esposa. Hasta entonces, el presente carecía para mí de existencia: vivía en el pasado y en el futuro. Deambulé con total indiferencia por bocacalles desiertas y por avenidas llenas de gente. De todo lo que sale a nuestro encuentro durante un paseo nocturno por la gran ciudad, no hubo nada que me hiciese mirar. Sin prestar mayor atención, sin observar lo que me rodeaba, sin hallarme ni contristado ni sobresaltado en ningún momento, recorrí las relucientes avenidas de Londres. Todos los sonidos fueron silencio a mis oídos, con la excepción de la música amorosa que sonaba en mis pensamientos. Todo lo que pude ver se desvanecía ante la brillantez de la silueta que avanzaba en mi sueño nupcial. ¿Dónde estaba mi mundo en esos momentos? Arrinconado en la casita de campo en que íbamos a hospedarnos los dos al día siguiente. ¿Dónde se hallaban todos los seres del mundo? Fundidos en uno solo, en Margaret.

A veces, mis pensamientos se deslizaban ensoñadora y voluptuosamente hacia muy atrás, hasta el día en que la conocí. A veces, recordaba las tardes de verano que pasamos juntos los dos, leyendo un mismo libro; una vez más, fue como si respirase con el aliento, como si albergara las esperanzas, como si anhelase con los viejos anhelos de aquellos tiempos. Sin embargo, estuve sobre todo pensando en el mañana. El primer sueño que tiene todo hombre joven, el sueño de vivir embelesado con la mujer a la que ama, en un lugar retirado y secreto, sagrado incluso para los amigos, y por supuesto que vedado a los desconocidos, fue en esos momentos mi sueño, sólo que además me animaba la certeza de que iba a cumplirse en pocas horas, cuando despertase a la mañana siguiente, que ya estaba al alcance de mi mano.

Durante el último cuarto de hora que dediqué a mi paseo, de uno u otro modo tuve que volver inconscientemente sobre mis pasos, camino de la casa de la tía de Margaret. De nuevo apareció ante mis ojos, justo cuando las campanas de una iglesia cercana daban las once y así ponían fin a mi abstracción. Había más coches de punto en la calle; se había congregado más

Librodot

gente en torno a la puerta. Todo ese bullicio, ¿era un bullicio de llegadas o de partidas? ¿Estaría la fiesta a punto de disolverse a una hora en la que las fiestas por lo general comenzaban? Decidí acercarme más a la puerta, para averiguar si había terminado la música o no.

Me aproximé lo suficiente para oír las notas del arpa y del piano, que resonaban aún tan alegres como nunca, y de pronto se abrió la puerta de la casa, por la cual se disponían a salir un caballero y una dama. La luz de las lámparas del vestíbulo les dio directamente sobre la cara, y así me enteré de que eran Margaret y Mannion.

¡Ya se volvían a casa! ¡Hora y media antes de lo convenido! ¿Por qué?

No podía haber más que una explicación. Margaret pensaba en mí, en lo que yo sentiría si pasara de visita por North Villa y tuviera que esperarla hasta después de la medianoche. Salí corriendo a hablar con ellos cuando los vi bajar las escaleras, pero en ese preciso instante el ruido ahogó mi voz y tampoco pude seguir mi camino, debido a una refriega que tuvo lugar en la acera. Uno de los presentes dijo que acababan de robarle; otros le gritaron, para hacerle saber que habían pillado al ladrón. Se armó una trifulca, apareció la policía; me vi por todas partes rodeado por una muchedumbre que gritaba y empujaba, aunque fue como si se hubiese concitado en un visto y no visto.

Antes de que pudiera desembarazarme del gentío y salir a la calzada, Margaret y Mr. Mannion tomaron un coche de punto. Cuando me quedé libre, vi que su vehículo se alejaba a gran velocidad. Allí cerca vi otro coche de punto disponible; salté sin pensarlo dos veces e indiqué al cochero que los alcanzase. Tras haber esperado todo lo que tuve que esperar con tanta paciencia, ni por un momento pensé en dejar que un simple accidente me impidiera regresar a casa con ellos, tal como había resuelto. Estaba acalorado y enojado después de haberme debatido entre el gentío, y podría haber azotado al miserable caballo que tiraba del coche con mis propias manos, antes de renunciar a mi propósito.

Ibamos acercándonos a ellos: acababa de sacar la cabeza por la ventanilla para llamarlos, para indicar al cochero que llamase también a su colega, pero su coche dobló bruscamente por una bocacalle, para tomar exactamente la dirección contraria a la que nos hubiese llevado a North Villa.

¿Qué significaría ese desvío? ¿Por qué no iban directamente a la casa?

El cochero me preguntó si no debería darles el alto antes de que se alejasen más de nosotros, confesando con franqueza, a la vez que me lo preguntaba, que su caballo no era de igual potencia que el caballo que tiraba del otro coche de punto. Mecánicamente, sin que hubiera un propósito o un motivo que lo justificara, decliné su ofrecimiento, y le indiqué que se limitase a seguirlo a cualquier distancia. Mientras pronunciaba estas palabras me invadió una extraña sensación: fue como si las dijera como mero portavoz de otro. Tras el acaloramiento por haberme removido con inquietud hacía un instante, sentí un frío inexplicable y me quedé muy quieto. ¿A qué se debería?

Mi coche se detuvo al rato. Miré por la ventanilla y vi que el caballo había tropezado.

—Tenemos tiempo de sobra, señor —dijo el cochero a la vez que bajaba del pescante como si tal cosa—. Se han detenido en esta misma calle, poco más adelante.

Le di algún dinero y bajé inmediatamente, resuelto a alcanzarlos a pie.

Era un lugar muy solitario, una colonia de calles aún sin terminar, de casas a medio habitar, que había crecido en las inmediaciones de una gran estación de ferrocarril. Oí el arrebatado silbato y el pesado, rítmico traqueteo del motor que se ponía en marcha mientras avanzaba por la lúgubre plaza en la que me encontraba. El coche que había seguido se encontraba en una curva de la que arrancaba una larga calle, en cuyo extremo había varias tiendas cerradas por ser de noche, si bien en su tramo más cercano sólo había al parecer casas

Librodot

particulares. Margaret y Mr. Mannion salieron con prisas del coche de punto; sin mirar a uno u otro lado, enfilaron presurosos por la calle. Se detuvieron ante la novena casa; los seguí justo a tiempo de oír cómo se cerraba la puerta a sus espaldas y de contar el número de puertas que separaban aquella casa de la plaza.

El espantoso escalofrío de una sospecha que por el momento a duras penas identifiqué tal cual era comenzó a recorrerme los huesos, a recorrerme como si el gélido tacto de la muerte reptase hacia mi corazón. Miré hacia la casa. Se trataba de un hotel, un edificio descuidado, abandonado, de horrible aspecto. Actuando todavía de modo mecánico, todavía carente de un impulso concreto que me hubiera sido imposible reconocer aun en el supuesto de percibirlo, exceptuando la instintiva resolución de seguirlos a la casa, tal como los había seguido ya por la calle, llegué a la puerta y toqué el timbre.

Me abrió un camarero, poco más que un mozalbete. Al darme de lleno en la cara la luz del corredor, cuando iba a interpelarme, optó por callar y retrocedió unos pasos. Sin esperar más explicaciones, entré y cerré la puerta.

—Hace muy poco que han llegado al hotel una dama y un caballero —le dije de inmediato.

—¿Y qué se le importa a usted? —barbotó, pero titubeó en seguida y añadió algo más en otro tono muy distinto—. Quiero decir, señor, ¿qué se le ofrece de ellos?

—Solamente quiero que me lleves a un sitio desde donde pueda oírles hablar. Nada más que eso. ¿Me explico? Ten, este soberano es para ti, si es que haces lo que te pido.

Los ojos se le fueron, codiciosos, tras la moneda de oro que yo sostenía entre los dedos. Se retiró unos pasos más, de puntillas, y aguzó el oído hacia el final del pasillo. Yo no oí más que el sordo, rápido latir de mi corazón.

—No hay moros en la costa —dijo, al volver—; el patrón está cenando ahí abajo, así que me voy a arriesgar. Pero tiene que prometerme que se irá de inmediato —añadió en un susurro—, sin causar sobresaltos en la casa. Somos gente de bien, no podemos tolerar un escándalo. Insisto: ¿promete ir con cuidado, sin hacer ruido, y no decir palabra?

—Lo prometo.

—Entonces, sígame por aquí, señor. Y no lo olvide: vaya con cuidado, que no se entere nadie.

Cuando lo seguía hacia la primera planta, se apoderó de mí una rara frialdad, una extraña quietud, una gélida insensibilidad, una sensación de ensueño, como si me impulsara un agente oculto e irresistible. Sigilosamente, me hizo pasar a una habitación vacía y señaló una de las paredes.

—Es un tabique de tablones que sólo está empapelado —me susurró. Y pasó a observarme con ansiedad, sin perder de vista ni uno solo de mis gestos.

Agucé el oído: a través del tabique, oí voces: la voz de ella, la de él. Les oí hablar y supe de golpe cuál había sido mi degradación, cuál la infamia, cuáles mis errores, y supe el horror innombrable en que había incurrido. Él se regodeaba por la paciencia y el sigilo que le habían llevado al éxito en su pérfida trama, pérfidamente disimulada durante meses y meses, pérfidamente disimulada hasta el mismísimo día en que yo había de reclamar a mi esposa, tan desgraciada y tan culpable como él.

No pude mover un músculo, no pude ni respirar. Noté que se me agolpaba la sangre en el cerebro, que el corazón se me encogía y se retorcía de angustia, que la vida que latía en mí rabiaba y se debatía por liberarse. Años enteros de la más nefasta agonía física y mental se concentraron en un solo instante de tormento inmóvil, desamparado. No llegué a perder conciencia del sufrimiento, aunque oí que el camarero mascullaba entre dientes:

—¡Dios mío! ¡Que se está muriendo!

Librodot

Noté que me aflojaba la corbata y que me salpicaba las sienes con agua fría, que me sacaba a rastras de la habitación y que en el rellano de la escalera abría la ventana para que me diera en la cara el aire fresco de la noche. Todo eso lo noté tal cual sucedió, y noté que pasaba por fin el paroxismo, y que nada quedó de él, salvo un temblor de desamparo en todas mis extremidades.

No transcurrió mucho tiempo hasta que el poder de pensar con cierta coherencia regresó a mí poco a poco.

Me invadieron la tristeza, la vergüenza y el horror, así como un vano anhelo de ocultarme a la mirada de todo ser humano, de llorar en secreto hasta quedar exangüe. Luego, remitieron estas sensaciones, y tras su estela afloró muy despacio UN ÚNICO PENSAMIENTO: afloró primero y en seguida derribó a su paso todo obstáculo impuesto por la conciencia, todos los principios que son producto de la educación, todas las cuitas por el futuro, todos los recuerdos del pasado, todas las influencias debilitadoras de la tristeza presente, todos los lazos represores de la familia y el hogar, todas las aspiraciones a alcanzar la fama en esta vida, toda idea acerca de la vida por venir en el más allá. Ante el veneno que me instiló ese pensamiento, todos los demás se apagaron, tanto si eran buenos como si eran malos. Al pronunciarse secretamente en mí, noté que me volvía la fuerza corporal, que un raudo vigor saltaba acalorado dentro de mi ser. Me di la vuelta y miré hacia la habitación de la que un momento antes habíamos salido; mentalmente miraba en cambio a la habitación siguiente, la habitación en que estaban los dos.

El camarero seguía a mi lado, observándome con gran atención. De pronto se sobresaltó; con gran palidez en el rostro y con los ojos como platos, me señaló las escaleras.

—Váyase —susurró—. ¡Vayase inmediatamente! Ya se ha repuesto; me da miedo permitir que se quede un minuto más. ¡He visto qué horrorosa mirada lanzaba hacia esa habitación! Y ya ha oído lo que quería oír, ya me ha pagado por ello. ¡Vayase inmediatamente! Si he de perder mi puesto de trabajo, daré la voz de alarma y pondré a toda la casa tras sus pasos. Además, le recomiendo que tenga en cuenta esto otro: le juro como hay Dios que les advertiré a los dos de lo ocurrido, antes de que salgan por la puerta.

Oyéndole, pero sin prestarle ninguna atención, me fui de la casa. No existía en el mundo ni una sola voz capaz de hacerme desistir del camino que había emprendido. Cuando salí, el camarero me observó con gesto vigilante desde la puerta. Al verle, di un rodeo antes de regresar al sitio en el que, tal como había supuesto, estaba esperándoles el coche de punto que habían tomado para desplazarse hasta ese hotel.

El cochero estaba dormido en el interior. Lo desperté; le dije que me mandaban a decirle que sus servicios ya no serían necesarios aquella noche y me cercioré de que se fuera en el acto, pagándole la cantidad que él estipuló. Se alejó y así deshice el primer obstáculo del fatal camino por el que aquella noche había resuelto avanzar sin la menor oposición.

Al desaparecer de mi vista el coche de punto, alcé la mirada al cielo. La noche iba volviéndose muy negra. Las nubes negras y desgarradas, fantásticamente separadas unas de otras en forma de islas que abarcaban toda la superficie del firmamento, iban agregándose unas a otras a buen ritmo, hasta formar una inmensa masa informe y cada vez más baja. Ya habían ocultado del todo la luna. Volví a la calle y me aposté en un pasaje oscuro como boca de lobo, por el cual se llegaba a unas caballerizas situadas frente al hotel.

En aquel silencio y en aquella oscuridad, en la repentina pausa y en ausencia de toda acción, mientras esperaba ojo avizor, mi único pensamiento afloró incluso a mis labios, mecánicamente le di forma de palabras y llegué a susurrar para mis adentros: *lo mataré en cuanto salga*. Nunca vacilé conscientemente, nunca me separé nada de este pensamiento, ni siquiera para pensar en ella. En el fondo de mi corazón, la pena era insensible; la conciencia de mi propia desdicha estaba insensibilizada por la pena. La muerte lo hiela todo a su paso. Y

Librodot

la muerte y mi pensamiento eran una y la misma cosa.

En un momento, mientras permanecía alerta, un penetrante y agónico dolor me puso penosamente a prueba.

Tal como había calculado, cuando llegó la hora en que a la fuerza deberían ponerse en marcha para regresar a North Villa según lo convenido, oí pasos lentos, pesados, regulares que avanzaban por la calle. Era el policía encargado del distrito, que cumplía su ronda. Cuando ya se acercaba a la entrada de las caballerizas se detuvo, bostezó, estiró los brazos y se puso a silbar. ¡Si Mannion saliese mientras el policía aún estuviera por allí...! Mientras pensaba en esta posibilidad, fue como si la sangre se me estancase en las venas. De pronto, el policía dejó de silbar, miró a uno y otro lado de la calle e intentó abrir la puerta de una casa cercana; siguió caminando unos pasos, se detuvo, probó a abrir otra y con voz soñolienta dijo para sus adentros: «Por aquí ya veo que está todo en orden; se me ha olvidado la calle de al lado, vaya». Se dio la vuelta y regresó por donde había venido. Fijé mis doloridos ojos en el hotel, a la vez que escuchaba cómo iban difuminándose sus pasos, cada vez más lejos. Dejé de oírlos, y todo siguió igual. El hombre por cuya vida estaba yo esperando seguía sin aparecer.

Diez minutos más tarde, por lo que puedo calcular, se abrió la puerta. Oí la voz de Mannion y la voz del mozalbete que me había abierto cuando llegué.

—Vaya con cuidado cuando salga —dijo el camarero desde el pasillo—; no está seguro en la calle.

Incrédulo, o afectando no creer lo que había oído, Mannion interrumpió muy enojado al camarero y procuró tranquilizar a su cómplice en la culpa, asegurándole que esa advertencia no era más que un burdo intento por sacarles un dinero a modo de compensación. El mozalbete replicó con hosquedad que a él le daba lo mismo el dinero del caballero y el caballero en sí. Inmediatamente después se cerró de golpe una puerta en el interior de la casa, y supe que Mannion estaba ya a merced de su destino.

Hubo un silencio momentáneo, y le oí decir a su cómplice que iría él solo a buscar el coche de punto, que era preferible que ella cerrase la puerta y le esperase en el vestíbulo. Así se hizo. Él salió a la calle. Pasaban de las doce de la noche; no se oía nada, ningún paso extraño. No había nadie que pudiera ser testigo, ni tampoco impedir la lucha que estaba a punto de producirse. Su vida estaba en mis manos. Su propia muerte le seguía tan veloz como veloces eran mis pasos, ahora que caminaba tras los suyos.

Desde la embocadura de la calle miró a uno y otro lado en busca del coche de punto. Al ver que se había marchado, se apresuró a regresar. En ese instante, me lo encontré cara a cara. Antes de que ninguno dijera ni palabra, antes incluso de que pudiéramos cruzarnos la mirada, lo agarré por el cuello con ambas manos.

Era un hombre más alto y de más peso que yo, y luchó conmigo a pie firme, sabedor de que luchaba por salvar la vida. No llegó a desasirse de mis manos, aunque sí me arrastró a la carretera, alejándome unos diez metros de la calle. Los sonoros jadeos que delataban la asfixia inminente me daban de lleno en la frente, de tan cerca como estaba su boca abierta de par en par; se movió furiosamente de un lado a otro y me golpeó con los puños. Aguanté de firme, sosteniéndole lejos de mí con los brazos estirados. A la vez que hincaba los talones en el suelo, para reafirmar mi postura, oí que crujían las piedras sueltas, ya que la carretera había sido reparada con granito molido. En ese mismo instante, un salvaje propósito convirtió en furia incontenible la mortífera resolución que ya me poseía. Lo agarré por el cuello de la levita y lo arrojé con todo el ímpetu de la fuerza desatada en mi interior, boca abajo, contra las piedras del suelo.

En el enloquecido triunfo de ese instante, ya me había agachado sobre él, que estaba inconsciente en el suelo, para levantarlo a la fuerza y volver a golpearlo contra el granito, no sólo con la intención de quitarle la vida, sino también todo asomo de humanidad; de

golpe, en la ciega quietud que siguió a la lucha, oí que se abría de nuevo la puerta del hotel. Lo dejé donde estaba y eché a correr, sin saber con qué motivo, con qué idea, hacia allí.

En los escalones de la casa, en el umbral de aquel maldito lugar, estaba la mujer que un ministro de Dios me había dado, a ojos de Dios, por esposa.

Un prolongado aguijonazo de vergüenza y de desesperación me atravesó el corazón mientras la miraba. Esa tortura sacó de su trance al espíritu que me poseía. Fue como si miles, millares de pensamientos se arremolinaran en la más demencial confusión dentro de mi cerebro: pensamientos cuyo rastro era un rastro de fuego, pensamientos que me azotaron con un infernal tormento de enmudecimiento, en el momento mismo en que hubiese dado mi vida a cambio de hablar aunque sólo fuera por un instante. Sin voz, sin lágrimas, me dirigí hacia ella y la tomé del brazo, para llevármela de la casa. Algún propósito inconcreto alentaba en mi pecho; fue como si, al llevármela a rastras, tuviese muy claro que ya nunca iba a soltarla, que ya nunca iba a dejar que se moviese de mi lado, al menos hasta que le hubiese dicho unas cuantas cosas. Pero no sabría decir aún ahora qué era lo que pretendía decirle, ni cuándo supuse que podría decírselo.

A punto estaba de pedir clemencia, pero en el momento en que se cruzaron nuestras miradas murió ese grito en un largo, grave, histérico gemido. Tenía las mejillas pavorosamente pálidas, las facciones rígidas, y sus ojos centelleaban como los de un idiota. La culpa y el terror que sentía la habían convertido en un ser asqueroso a mis ojos.

La arrastré unos pasos hacia la plaza. Me detuve, al acordarme del cuerpo que había quedado tendido boca abajo sobre la carretera. La fuerza salvaje que tenía momentos antes me había abandonado desde el instante en que la vi. Todo me daba vueltas allí donde me hallaba, por efecto de una total debilidad física. El ruido de sus jadeos y de su estremecimiento, de los abyectos murmullos con que pedía clemencia, me infundieron un terror sobrenatural. Me temblaban los dedos con que la sujetaba por el brazo, me caía continuamente el sudor sobre el rostro, como si fuera la lluvia. Me aferré a la barandilla para no caer. En ese momento, ella hurtó su brazo de mis dedos con la misma facilidad con que lo habría hecho si yo fuese un niño. Pidiendo ayuda a gritos, huyó hacia el extremo opuesto de la calle.

Aun así, el extraño instinto que me había llevado a no perderla de vista un instante seguía influyéndome. La seguí dando tumbos como si estuviera borracho. En un instante vi que estaba ya lejos de mi alcance; acto seguido la había perdido de vista. No obstante, seguí caminando tras ella; continué caminando sin saber siquiera por dónde. Perdí la noción del tiempo y de las distancias, el sentido de la orientación. Unas veces di vueltas sin cesar por las mismas calles; otras veces me apresuré todo derecho. Allí por donde iba tenía la impresión de que ella acababa de pasar, de que su rumbo y el mío eran uno y el mismo, de que acababa de escapárseme, de que en ese preciso instante había comenzado su huida.

Recuerdo haberme cruzado con dos individuos, cuando ya iba por una de las grandes avenidas. Los dos se detuvieron, se volvieron sobre sus pasos y caminaron un rato tras de mí. Uno de ellos se rió de mí, calificándome de borracho empedernido; el otro, más serio, le indicó que se callase, pues suponía que yo no estaba borracho, sino que había enloquecido. Se había fijado en mi rostro al pasar bajo una farola de gas y se había dado cuenta de que estaba loco.

«¡LOCO!» Esa palabra, después de oírla, resonaba en mi interior como si fuese la voz del Juicio Final. «¡LOCO!» Se apoderó de mí un miedo que, con todas sus complicaciones de terror, estaba expresado en esa única palabra. Era un miedo tal que, para el hombre que lo padece, resulta peor incluso que el miedo a la muerte. Era un miedo que no ha sabido transmitir aún el lenguaje de los hombres, y que nunca podrá transmitir en su horrible realidad a los demás. Hasta ese momento había seguido adelante por ver una visión que me impulsaba tras ella, una sombra que me llamaba, más siniestra aún que las tinieblas de la noche. Seguí

Librodot

caminando entonces, sólo que lo único que me impulsaba era el miedo a detenerme.

No sé hasta dónde llegué cuando por fin me fallaron del todo las fuerzas, cuando me hundí sin poder remediarlo en un solitario paraje en el que las casas eran pocas y estaban muy separadas unas de otras, en donde los árboles y los campos no se llegaban a ver más allá de la oscuridad que todo lo cercaba. Oculté el rostro entre las manos, e intenté convencerme de que aún estaba en posesión de mis facultades. Me esforcé todo lo posible por discriminar mis pensamientos, por distinguir entre mis recuerdos, por extraer de la confusión en que me hallaba una sola idea, daba igual cuál fuera. Pero no pude. En esa horrorosa pugna por recuperar el dominio de mi intelecto, todo lo que había pasado, todo el horror de aquella noche horrorosa, se quedó para mí en nada. Me puse en pie, procuré mirar a mi alrededor y reafirmar mi sentido por el medio más simple, incluso intentando contar las casas que tenía a la vista. La oscuridad me desconcertaba. ¿La oscuridad? ¿Es que de veras estaba a oscuras? ¿O acaso el día comenzaba a despuntar a lo lejos, por el cielo revuelto allá al este? ¿Sabía acaso qué estaba viendo? ¿Llegué a ver una cosa durante más de un instante? ¿Qué terreno pisaba? ¿Hierba? Sí, una hierba fresca, suave, mojada por el rocío. Agaché la cabeza hasta tocar la hierba con la frente y procuré por última vez aclararme, para lo cual intenté rezar. Probé a repetir la oración que me había aprendido de memoria y que había repetido de carrerilla desde que era niño, el Padrenuestro. Las palabras del Señor no acudieron a mi invocación, no. ¡No recordé ninguna, de principio a fin! Me enderecé, primero de rodillas. Un intenso resplandor me dio de golpe sobre los ojos; un infernal resplandor, brillantísimo, en el que bullían a millones monstruos de toda clase que me iban lloviendo sobre la cabeza. Luego caí en una repentina oscuridad, en las tinieblas en que viven los ciegos, la misericordia divina por fin, la misericordia del olvido absoluto.

* * *

Cuando recobré el conocimiento, estaba tendido sobre la cama de mi propio estudio. Mi padre me ayudaba a recostarme sobre el almohadón; el médico me tomaba el pulso. Y un policía de uniforme les indicaba dónde me había encontrado y cómo me había traído a casa.

TERCERA PARTE

I

Cuando a los ciegos se les opera para devolverles la facultad de la vista, la misma mano que los socorre y les abre los ojos al mundo visible cierra de inmediato la brillante perspectiva de que disponen entonces, al menos por un tiempo. Sobre esos ojos recién intervenidos se coloca un vendaje, no sea que debido a la debilidad que afecta al órgano por el sentido recién recobrado quede éste fatalmente dañado por culpa de la súbita transición de las tinieblas a la luz. Ahora bien, entre el espantoso vacío de la privación absoluta de la visión y ese vacío provisional en que se sume la visión, por el momento velada, se produce una diferencia abismal. En el instante de su recuperación, los ciegos ven un atisbo de luz, un relámpago generado por una brillantez que centellea con una fuerza inmensa y que ni siquiera podría suprimir el velo más espeso, el más prieto. Las tinieblas en que se sumen de nuevo no son en modo alguno como las vacuas tinieblas de antaño; al contrario, se llenan de visiones cambiantes, de brillantes colores, de formas que no cesan de variar, de surgir y caer, de arremolinarse por todas partes a cada segundo que pasa. Incluso cuando esa fina gasa es colocada sobre los ojos que fueron antes invidentes, ahora ya no son ciegos como lo fueron antes.

Así ocurrió con mi visión mental. Tras el olvido absoluto y las negras tinieblas de un hondo desvanecimiento, la conciencia relampagueó como una luz en mi mente cuando me hallé en presencia de mi padre, en mi propia casa. Ahora bien, casi en el preciso instante en que desperté ante la desconcertante influencia de esa visión, una nueva negrura envolvió de golpe mis facultades, una negrura que esta vez no fue el olvido absoluto, sino una negrura poblada de imágenes, como la que el vendaje proyecta sobre los ojos abiertos del ciego.

Tenía sensaciones, tenía pensamientos, tenía visiones, sólo que ahora actuaban con la temible reconcentración del delirio. El paso del tiempo, la marcha de los acontecimientos, la alternancia del día y la noche, las personas que se movían a mi alrededor, las palabras que decían, los servicios que con gran amabilidad me prestaban... Todo esto quedaba aniquilado a partir del momento en que volvía a cerrar los ojos, tras haberlos abierto durante un instante frente a mi padre, en mi propio estudio.

La primera sensación que tuve (aún sin saber si fue inmediatamente después de haber sido llevado a casa, o si pasó un tiempo) fue de un terrible calor, de un calor constante, arrasador, que diríase haber marchitado y haber quemado toda la vida en el pequeño mundo que me circundaba, y haberme dejado solo y sumido en él, de tal modo que lo padeciera sin llegar a consumirme. Hubo después un rápido, intranquilo, incesante acarreo de siniestros pensamientos que discurría siempre por la misma esfera tenebrosa, siempre sobre el mismo tema impenetrable, sin llegar nunca a alcanzar ningún resultado distante o visionario. Era como si algo estuviera aprisionado en mi mente, como si no dejara de moverse de un rincón a otro, como si en todo momento transitase por esa cárcel, sin alcanzar jamás la libertad.

Pero bastante pronto empezaron a tomar estos pensamientos una forma que sí pude reconocer.

En medio del calor constante, en medio de la feroz fiebre que me revolvía sin descanso, en los cuales ni la vigilia ni el sueño introdujeron una brisa de frescura, un sueño distinto, comencé a repasar mi papel una vez más, mi actuación en los acontecimientos que ya habían

Librodot

tenido lugar, sólo que con un carácter extrañamente modificado. Ahora, en vez de depositar implícitamente mi confianza en los demás, tal como había hecho antes, y en vez de fracasar a la hora de discernir el sentido y la advertencia que me proporcionaba cada una de las circunstancias que se iban presentando, me mostré suspicaz desde el principio: suspicaz de Margaret, de su padre, de Mannion, incluso de los criados de la casa. En la asquerosa fantasmagoría de mi propia calamidad en que ahora las contemplaba, mi posición había cambiado por completo. Reviví todos los sucesos del condenado año en que estuve a prueba. Sin embargo, esa condenación misma, esa nocturnidad del horror por el que yo había pasado, se habían desvanecido enteramente de mi memoria. Recuperar ese recuerdo perdido fue la única tarea que mi vagarosa mente se impuso, aunque nunca lograse rescatarla del olvido. Quien no haya sufrido lo que yo sufrí entonces no podrá imaginar con qué ardorosa rabia, con qué determinación recorrí los sucesos del pasado para revivirlos uno por uno en mi delirio, durante infinidad de días con sus noches, con la idea de llegar a un final que yo ya sabía que se hallaba más allá, pero que nunca llegué a entrever, siquiera a atisbar por un instante.

Por mucho que mis visiones pudieran alterar el curso en que se sucedían, comenzaban siempre por la noche en que Mannion regresó del continente y pasó a visitar North Villa. Volvía a verme en la sala de estar, lo veía entrar a él, me percataba de la leve confusión que sentía Margaret, e instantáneamente dudaba de ella. Me fijaba en su escaso afán por mirarla a ella o por mirarme a mí a los ojos, contemplaba la siniestra impasibilidad de su rostro, y sospechaba de él. Desde ese instante se volatilizaba el amor y su lugar lo ocupaba el odio. Yo empezaba a observar, a cosechar circunstancias que confirmasen mis sospechas, a esperar arteramente a que llegara el día en que pudiera descubrirlos, juzgarlos y castigarlos a los dos, el día de la revelación y la venganza que en realidad nunca llegó.

A veces me hallaba de nuevo con Mannion, y estábamos en su casa, la noche de la tormenta. En todas las palabras que pronunciaba, detectaba yo un ardid y una añagaza con los que intentaba inducirme a confiar en él como si fuese más que mi amigo, un segundo padre para mí. Le oía hablar en pleno estruendo de la tempestad, en una algarabía que misteriosamente interrumpía mis respuestas, cuando no se superponía a ellas, como si fuese una voz sobrenatural que me avisara del poder de mi enemigo cada vez que procuraba yo hablar con él. Veía una vez más la repugnante sonrisa de triunfo que se pintaba en su rostro cuando me despedía de él en el umbral de su casa y esta vez la veía, no como si fuera una ilusión producida por el destello del relámpago, sino como una temible realidad que el relámpago me revelaba.

A veces, me hallaba de nuevo en el jardín de North Villa y oía accidentalmente aquella conversación entre Margaret y su madre; oía, sin que ninguna de las dos se diera cuenta, el engaño que ella estaba decidida a cometer sólo con tal de tener un vestido nuevo. Acto seguido penetraba yo en la sala y la veía adoptar el semblante que adoptaba siempre al recibirme, como si las palabras que yo le había oído pronunciar jamás hubieran salido de sus labios. Si no, la volvía a ver aquella otra mañana en que, con tal de vengar la muerte de su paj arillo, podría haber matado con sus propias manos al único animal de compañía que poseía su madre enferma y fatigada. Ahora ya no me cegaba la generosidad y la confianza del amor; nada me ocultaba el verdadero sentido que tenían sucesos como aquéllos. Ahora, en vez de considerarlos como pequeñas debilidades de la belleza, pequeños errores de la juventud, los veía como oportunas advertencias que me hicieron recordar que, cuando llegara el día de mi venganza, en la comisión de la iniquidad a que ambos estaban dedicados era tan vil la mujer como el hombre.

A veces, me hallaba una vez más por el camino de North Villa, después de aquella semana que pasé ausente, en nuestra casa de campo. Vi de nuevo cómo había cambiado Margaret durante el tiempo en que la dejé: la palidez, la inquietud, la sensación de agitación. Estreché de nuevo la mano de Mannion, pero esta vez me sobresalté al notar su mortal

Librodot

frialdad, y me percaté de la extraña alteración de su talante. Cuando me rindieron cuentas de estos cambios, diciéndome los dos que habían estado enfermos durante los días que siguieron a mi partida, detecté al punto la miserable mentira, supe que se habían aprovechado con perversidad de mi ausencia, que la trama que habían urdido contra mí iba aproximándose velozmente a su consumación y que, al estar en presencia de su víctima, ni siquiera los dos desdichados que estaban planeando mi deshonra podían reprimir alguna manifestación externa de su culpabilidad.

A veces, se me aparecía la figura de Mrs. Sherwin, deteriorada y fatigada, lastimera, aunque con una fantasmal pena. Una vez más la miraba y la escuchaba, sólo que ahora le dedicaba una ansiosa curiosidad, una atención persistente. Una vez más la veía estremecerse cuando los fríos ojos de Mannion se fijaban en su rostro; me percataba de la angustiada e implorante mirada que nos dedicaba a Margaret y a mí. Oía de nuevo su confusa y reacia respuesta, aquella vez en que le pregunté cuál era la razón de que le desagradase tanto el hombre en quien su marido había depositado toda su confianza; escuchaba otra vez su brusca e inexplicable recomendación: «Vigile bien a su esposa. Le advierto que la vigile, que la mantenga lejos de todas las malas personas». Todas estas circunstancias diversas volvieron a producirse de nuevo, tan vividamente como cuando se produjeron en realidad, aunque ahora no me las expliqué, al contrario que entonces, intentando convencerme de que a Mrs. Sherwin se le iba la cabeza, de que sus sufrimientos corporales habían terminado por afectar sus facultades mentales. Me di cuenta en seguida de que sospechaba de Mannion, aunque no osaba confesar abiertamente sus sospechas; comprendí que en la quietud y en el abandono de su reconcentrada y desazonada vida, había estado más vigilante que los demás. Detecté en todos sus gestos despreciados, y en sus miradas, en sus palabras vehementes, la misma advertencia disimulada que yacía bajo la superficie, y así supe que a ella no habían podido engañarla, y decidí que tampoco iban a conseguir engañarme a mí.

En este punto, muy a menudo mi memoria intranquila retrocedía ante las tinieblas impenetrables que le impedían ver más allá, ver todo el proceso hasta la última noche, aquella noche fatal. En este punto, muy a menudo me empeñaba y me esforzaba una y otra vez por rescatar los sucesos perdidos del final, recurriendo a los sucesos del comienzo. No sabría decir cuántas veces recorrieron mis pensamientos errabundos, incesante y desesperadamente, el camino que había de llevarlos sobre sus propias huellas febriles, pero sí es cierto que llegó un momento en que súbitamente dejaron de atormentarme, en que la pesada carga que arrastraba mi mente por fin cayó a un lado, en que una fuerza y una furia repentinas se apoderaron de mí, y en que me arrojé a través de una vasta negrura para precipitarme en un mundo cuya luz diurna eran llamaradas radiantes. Gigantescos fantasmas, reunidos por millares, centelleaban con una blancura igual que la del rayo en el aire más límpido. Se abalanzaron sobre mí con la velocidad de un huracán; sus alas me abanicaron con una brisa desatada y el eco de su atronadora música fue como el gemir y el crujir de un terremoto, a la vez que me llevaban a lo lejos por su arremolinado camino.

¡A lo lejos! Me transportaron a una ciudad de palacios, de salones incomensurables, de arcos y cúpulas que se erguían vertiginosamente unas sobre otras, hasta que sus centelleantes cúpulas de rubí se perdían en un vacío ardiente, muy hacia lo alto. ¡Más allá! A través de pilares como montañas, por incontables, ilimitados corredores, sostenidos sobre columnas tan rosáceas, tan vistosas como la lava derretida. Lejos, lejísimos, por esos corredores, surgen visiones de fantasmas voladores, situados siempre a la misma distancia ante nosotros; sus voces roñantes golpetean como los martillos de un millar de forjas. Y más, más allá; de prisa, más de prisa, y así durante días, durante años y siglos, hasta que lentamente desciende una sombra que sale a nuestro paso —una sombra vastísima, arrebatadora, que se desliza sin cesar—, ¡las primeras tinieblas que jamás han empañado este mundo de luz deslumbrante! Se acerca, se acerca de continuo con inmensa suavidad, hasta alcanzar las primeras falanges de

Librodot

nuestras tropas fantasmagóricas. En un instante, nuestro precipitado avance se detiene en seco; la música del trueno deja en suspenso nuestra marcha; cesan las atronadoras voces de los espectros allá delante; nos circunda un horror de total vacío, de total quietud, a medida que la sombra se arrastra y avanza sin cesar, hasta que nos vemos envueltos en ella por completo, y nos estremecemos, temblamos por el frío helador que sopla con ferocidad, en medio de los vistosos pilares de lava que nos encajonan por uno y otro lado.

Se hace un silencio como nunca se ha conocido en la tierra; se oscurece más aún la sombra, más negra que la noche más negra en el bosque más espeso. Una pausa. Entonces, un ruido tal como si el aire recargado fuese hendido de arriba abajo, y aparecen dos figuras salidas de las sombras, dos monstruos que se abalanzan apoyados en sus zarpas retorcidas y amarillas dispuestos a aferramos. Dejan a su paso una podredumbre que rezuma, que resplandece bañada por una luz enfermiza. Más allá, y en derredor de mí, según me encuentro en medio de todos, la tropa fantasma cae en masas informes bajo el avance de los monstruos. Ya se acercaban a mí, y sólo yo, de la miríada de hombres que me circundaba, permanecí impertérrito ante su avance. Cada uno de ellos posó una garra sobre mis hombros; cada uno de ellos levantó un velo que resultó ser una asquerosa red tejida de gusanos que se retorcían. Vi de través la nauseabunda corrupción de sus rasgos y detecté algo por lo que supe quiénes eran: aquellas monstruosas iniquidades se habían encarnado en forma de monstruos, y las almas diabólicas se hicieron visibles en sus perfiles diabólicos: ¡Margaret y Mannion!

¡Un instante más y quedé a solas con los dos! No quedaba en pie ni un desdichado hombre de la fantasmagórica tropa. La ciudad que antes descollaba en lo más alto, los relucientes corredores, la radiante luz del fuego... todo se había desvanecido. Nos hallábamos en un yermo, a la vista de un lago negro, quieto, de aguas estancadas y muertas; resplandecía sobre nosotros una luz blanca, débil, neblinosa. Por encima del terreno ruidoso se alzaban las ruinas de una casa, arrancada de cuajo y vuelta sobre sus cimientos. Las demoníacas figuras que seguían mirándome desde uno y otro lado me arrastraron cada vez más cerca de las piedras derruidas, y me señalaron dos cadáveres que había entre ellas.

¡Mi padre! ¡Mi hermana! Estaban los dos fríos y yertos, marchitos como la luz blanquecina que me los mostraba. Las demoníacas figuras que iban a mi lado adelantaron sus garras retorcidas y me impidieron arrodillarme ante mi padre, besar el rostro macilento de Clara, antes de llevarme al tormento. Me golpearon, me dejaron inmóvil donde estaba, y desvelaron una vez más sus rostros repugnantes, burlándose de mí. Luego, el lago de aguas negras y estancadas se agitó y desbordó, absorbiéndonos sin hacer ruido hasta sus honduras centrales, honduras que no tocaban fondo, honduras de tinieblas en las que no penetraba la luz, en las que lentamente dábamos vueltas y más vueltas, bajando cada vez más. Sentí que los cuerpos de mi padre y de mi hermana me tocaban, sentí su frialdad; extendí los brazos para aferrarme a ellos, para hundirme con ellos, mientras el demoníaco par nos sobrevolaba y pasaba entre nosotros, separándome de ellos. Este vano esfuerzo por unirme a mis familiares ya muertos, cuando nos tocábamos unos a otros en el lento, interminable remolino, continuó y se frustró una y otra vez de la misma manera. Aun así, nos hundimos por separado, nos precipitamos a las negras tinieblas del lago; seguía sin haber luz, ni sonido, ni variación, ni pausa ni reposo, y ésa era la eternidad, ¡la eternidad del infierno!

* * *

Tal fue una de las múltiples visiones que viví en sueños. Tuvo que ser más o menos por entonces cuando, según supe más tarde, se decidió que diversos hombres se turnasen para vigilarme de día y de noche, con objeto de sujetarme en mi lecho cada vez que un paroxismo de fuerza convulsiva se adueñase de mí de modo tal que yo mismo fuese un peligro para mí y

para quienes me rodeasen. Tuvo que haber sido también éste el período en que los médicos anunciaron que la fiebre se había apoderado de mi cerebro, cuando más puse a prueba sus conocimientos y sus habilidades.

Sin embargo, aunque dieron mi vida por perdida, yo no iba a morir. Llegó por fin un momento en que la fiebre que me corroía ya no tuvo a qué aferrarse, y una mañana desperté tenuemente a una nueva existencia, a una vida frágil y desamparada, como la de un recién nacido.

Me hallaba tan debilitado que no podía moverme, ni hablar, ni abrir los ojos, ni ejercer en el menor grado cualquiera de las facultades físicas o mentales que todavía poseía. El primer sentido cuyo empleo recobré fue el oído; el primer sonido que reconocí fue el de unos pasos ligeros que misteriosamente se aproximaron a mí, se detuvieron y se alejaron de nuevo, con la misma suavidad con que habían llegado, hasta salir por la puerta de mi habitación. Oír esos sonidos fue sin duda el primer placer que tuve; esperar a que se repitiera fue mi primera fuente de feliz expectativa desde que caí enfermo. Una vez más, se aproximaron los pasos, se detuvieron un instante, parecieron alejarse igual que la otra vez, pero regresaron lentamente hacia mí. Un suspiro, débilísimo y tembloroso; un susurro cuya importancia aún no supe distinguir, pero que llegó a mis oídos; después, se hizo el silencio. Aún seguí a la espera (¡ah, pero con qué felicidad, con qué calma!), deseoso de oír que el susurro se repitiera cuanto antes, de oírlo mejor a la próxima vez. Sin que pasara mucho tiempo, por tercera vez, avanzaron los pasos, y los susurros volvieron a sonar. Esta vez supe que pronunciaban mi nombre —una, dos, tres veces— con gran dulzura, como si me implorasen, como si me suplicasen la respuesta que aún estaba yo demasiado débil para dar. En cambio, reconocí la voz: era la de Clara. Mucho después de que dejase de hablar, el susurro persistía con dulzura en mis oídos, como una nana que alternativamente me apaciguaba y me hacía dormir, y me daba la bienvenida al estado de vigilia. Era como si resonase en todo mi ser con una tierna y revivificadora influencia, la misma influencia que tuvo la luz del sol semanas después, cuando pude gozar de mi primera tarde al aire libre.

El siguiente sonido que me llegó era audible en toda mi habitación, audible a veces muy cerca de mi almohada. Era el sonido más sencillo que se pueda imaginar: el suave susurro del vestido de una mujer. Sin embargo, percibía en ese sonido innumerables armonías, dulcísimos cambios, diminutas pausas, que escaparían a todo intento de definición. Sólo podía abrir los ojos por espacio de un minuto, o menos, antes de tener que cerrarlos; no obstante, sabía que ese vestido que así susurraba era el de Clara y, mientras escuchaba ese sonido que me indicaba su presencia en la habitación, era como si nuevas sensaciones se apiñaran en mi conciencia. Noté el suave aire del verano en el rostro, gocé del dulce aroma de las flores que flotaba en ese aire, una vez en que la puerta de mi habitación quedó abierta por un instante, oí también el piar de los pájaros del aviario que había en la planta baja, y que a mis oídos sonaba con exquisita claridad y dulzura. Fue así como hora tras hora se fortalecieron mis facultades, siempre de forma gradual, desde el momento en que por vez primera oí los pasos y el susurro fuera de mi habitación.

Una noche desperté de un sueño fresco, sin haber soñado nada. Al ver a Clara a mi lado, muy débilmente pronuncié su nombre y moví la mano para tomar la suya. Cuando vi su rostro apacible y familiar inclinarse sobre mí, sus ojos ansiosos mirar con ternura y con amor los míos, cuando la postrera y melancólica gloria del atardecer aún aleteaba sobre mi lecho, y el aire, al hundirse ya en su reposo crepuscular, entraba de modo cada vez más suave en la habitación; cuando mi hermana me tomó en sus brazos y me acomodó sobre mi fatigada almohada, y me pidió que por ella permaneciese callado, paciente, sólo un poco más, el recuerdo de la ruina y de la vergüenza que tanto me habían abrumado, el recuerdo de cómo se convirtió mi amor en infamia, y de cómo la esperanza de mi breve año dio cumplida cuenta de una vida de desesperación, henchieron tenebrosamente mi corazón. Los rojizos rayos del

Librodot

crepúsculo, del sol que ya se retiraba, permanecieron un instante sobre mi rostro. Clara se arrodilló junto a mi almohada y me colocó su pañuelo sobre los ojos, para defenderlos de la luz hiriente.

—Dios te ha devuelto a nosotros, Basil —musitó—, para que seamos más felices que nunca.

Según decía estas palabras, los muelles de la pena que tanto tiempo habían permanecido tensados en mí se soltaron de golpe; las lágrimas calurosas brotaron pesadas y rápidas de mis ojos, y lloré por vez primera desde la noche del horror que me había postrado en donde estaba. Lloré en brazos de mi hermana, en aquella apacible hora del atardecer, por el honor perdido, por las esperanzas perdidas, por la felicidad perdida, por todo lo que se me había escapado ya para siempre en plena juventud.

Librodot

II

Tenebrosamente y con fatiga fueron pasando los días de mi X restablecimiento. Tras el primer estallido de pena, la noche en que reconocí a mi hermana y murmuré su nombre cuando estuvo sentada a mi lado, se hundieron de nuevo todas mis facultades en un mortecino y pesado trance de dolor mental.

No me atrevo a describir qué recuerdos de la mujer culpable que me había engañado y arruinado me corroyeron sin cesar y me envenenaron el corazón. Mi fuerza corporal revivió débilmente; en cambio, mi energía mental nunca dio muestras de recuperarse al mismo tiempo. La considerada tolerancia de mi padre, su paciencia, la apenada reserva de Clara en lo tocante a mi prolongada enfermedad, y para qué hablar de las desatinadas palabras que habrían escapado de mis labios durante mi delirio, mudas y suaves me avisaron de que había llegado el momento de rendir cuentas a mi familia, de cumplir con la expiación tanto tiempo pospuesta que debía a la familia cuyo nombre había mancillado; a pesar de todo, no tuve valor de hablar, ni resolución que llevar a cabo. La inmensa tristeza del pasado descartaba de mí el presente y el futuro por igual; todos los poderes activos en mi mente parecían hallarse destruidos para siempre, sin esperanza de una pronta recuperación.

Hubo momentos, sobre todo a primera hora de la mañana, cuando la pesadez del descanso nocturno aún pendía sobre mí pese a que ya estaba en vela, en los que prácticamente era incapaz de comprender en su justa medida la calamidad que había caído sobre mí; eran momentos en los que tenía la impresión de haber soñado de noche escenas de crímenes y de afrentas, y de durísimas pruebas, que en realidad nunca habían tenido lugar. ¿Cuál era el secreto de la terrible influencia que, aun cuando ella fuera la más vil de los viles, Mannion tenía que haber ejercido sobre Margaret Sherwin, para inducirla a sacrificarme a él tal como lo hizo? En sí mismo, el crimen no era más repugnante, ni más increíble, que el misterio en el que sus perversos motivos, y el modo en que perversamente maduró, seguían estando velados de forma impenetrable.

¡Mannion! Fue extraño resultado de la dolencia mental que había padecido el que, aun cuando al pensar en Mannion lo relacionaba de forma inextricable con Margaret, nunca me llegara a preguntar, ni tampoco tuviera la menor idea de preguntármelo, durante días seguidos, ya después de mi convalecencia, cuál había sido la razón de nuestra pugna desde su punto de vista. Presa de la desesperación que me supuso el primer despertar con una perfecta apreciación de la calamidad que me había sido arrojada a la cara por la mano de mi esposa, y en la infinita tristeza que sentí al relacionar por vez primera y con toda claridad, después de vagar perdido en el delirio, a la Margaret a quien con mi propia mano había dado todo mi corazón, con la Margaret que había pisoteado ese regalo y había arruinado a quien se lo dio, todos los demás pensamientos menores, todos los sentimientos secundarios, todos los motivos de curiosidad vengativa, o de aprensión personal, fueron suprimidos por entero. Y, sin embargo, pronto había de llegar el momento en que ese pensamiento perdido, esa idea de investigar el destino que había corrido Mannion, se convertiría en el único pensamiento que me dominase y me poseyera, el pensamiento que devolviera su vigilancia a mi intelecto y la virilidad a mi corazón.

Una tarde, a última hora, estaba sentado a solas en mi habitación. Mi padre había acompañado a Clara a tomar el fresco y a hacer algo de ejercicio; el criado se había marchado cuando se lo indiqué expresamente. En la soledad y en la quietud, cuando ya se aproximaba veloz la noche, cuando la vista desde mi ventana era más solitaria que nunca, cuando el ánimo se me volvía apático y confuso, a medida que el cansino día se desgastaba del todo, exactamente en ese momento brotó de repente, misteriosamente, esa idea: ¿habría sido recogido Mannion de las piedras contra las que le arrojé? ¿Viviría o estaría muerto?

Librodot

Instintivamente, me puse en pie con un vigor que me recordó mi buena salud de antaño y me repetí la pregunta, sintiendo, a la vez, cuando murmuraba inconscientemente las pocas palabras que la expresaban, que en mi vida aún existían propósitos y deberes que cumplir, pruebas por las que pasar, logros que alcanzar. ¿Cómo iba a resolver en el instante la impulsiva duda que ahora, por vez primera, se me había pasado por la mente?

En un momento me detuve a considerar a fondo la cuestión; acto seguido bajé a la biblioteca, en donde se conservaba un diario archivado para posibles consultas. Seguramente, con una simple comprobación podría decidir la cuestión fatal en pocos instantes. En el ardor de la ansiedad y la impaciencia, a duras penas pude manejar las páginas, ver las letras, mientras que intentaba dar con la fecha indicada, el día (¡ay, qué angustia al recordarlo!) en que hubiese debido reclamar a Margaret Sherwin, mi esposa de pleno derecho.

Por fin encontré el número que deseaba, aunque las columnas apretadas de letra impresa me bailaban delante de los ojos. Había sobre la mesa un vaso de agua; mojé un poco el pañuelo y me refresqué los ojos, que me palpitaban dolorosamente. ¡El destino, mi futuro, podría quedar resuelto por el descubrimiento que a punto estaba de hacer!

Cerré la puerta con llave para salvaguardarme de toda intromisión y regresé a mi tarea, a la impulsiva búsqueda, avanzando poco a poco por el periódico, párrafo tras párrafo, columna tras columna.

En la última página, ya cerca del final, leí las siguientes líneas:

MISTERIOSO SUCESO

Más o menos a la una de esta madrugada, apareció un caballero boca abajo en medio de la calzada, en Westwood Square. Un policía de ronda hizo el descubrimiento. Al parecer, el infortunado caballero estaba muerto. Había caído en un tramo de la calzada que recientemente había sido asfaltado; su rostro, según hemos podido saber, se encuentra terriblemente mutilado por el abrasivo contacto con el granito. El policía se ocupó de transportarlo al hospital más cercano, en donde se comprobó que aún estaba vivo y donde se le prestaron las debidas atenciones de inmediato. Hemos podido saber que el cirujano de guardia considera de todo punto imposible que fuese herido tal como lo estaba, a no ser que hubiera sido arrojado con violencia y hubiese caído boca abajo, ya fuera por un vehículo que rodase a una endiablada velocidad, o por un ataque salvaje, perpetrado por una o más personas. De haber sido así, el motivo del ataque no pudo ser el robo, ya que en la persona del infortunado caballero se encontraron su reloj, su monedero y un anillo. En sus bolsillos no se descubrieron tarjetas ni cartas de ninguna clase; su pañuelo sólo lleva una M. Iba vestido totalmente de negro, de etiqueta. Después de lo dicho sobre las heridas que ha sufrido en el rostro, cualquier descripción personal es por el momento imposible. Aguardamos con ansiedad el momento en que podamos averiguar algo más de este misterioso asunto, cosa que seguramente sucederá cuando el herido recupere el conocimiento. Los últimos detalles que nuestro reportero pudo saber en el hospital fueron que el cirujano cuenta con salvar la vida del paciente, así como la visión de uno de sus ojos. Se entiende que la visión del otro ha sido totalmente destruida.

Con una sensación de horror que no pude analizar entonces, y que no puedo analizar ahora, pasé al periódico del día siguiente, donde no encontré más referencias al objeto de mi búsqueda. En el número de dos días después, sí se comentaba el suceso con estas palabras:

Se espesa el misterio del accidente que tuvo lugar en Westwood Square. El paciente ha

recuperado el conocimiento; está en perfectas condiciones de oír y entender todo lo que se le dice, y es asimismo capaz de hablar, aunque no con demasiada coherencia y sólo con extrema brevedad. Las autoridades del hospital habían contado, tal como supusimos nosotros, con que al recobrar el paciente el conocimiento podrían obtener más información sobre el modo en que se produjo el terrible accidente. Sin embargo, con gran asombro por parte de todos, el paciente rehusa contestar cualquier pregunta que se le haga sobre las circunstancias en que le fueron infligidas tan terribles lesiones. Con la misma e inexplicable reserva, se niega a decir su nombre, a dar su domicilio, el nombre de las amistades a quienes tal vez fuese razonable comunicar su situación. Es absolutamente infructuoso apremiarle para que razone a qué es debido su extraordinario comportamiento; parece tratarse de un hombre de muy insólita firmeza de carácter. Su negativa a dar explicaciones de ninguna clase no es, obviamente, producto de un capricho pasajero. Todos los elementos nos llevan a conjeturar que las lesiones sufridas le han sido causadas por motivo de alguna venganza privada, por lo cual cabe colegir que hay ciertas personas implicadas en este desgraciado asunto, que el paciente de ninguna manera desea exponer al público, debido a alguna razón secreta que resulta imposible averiguar. Hemos sabido que sobrelleva el tremendo dolor que se deriva de su situación de tal manera que asombra a todo el que le ronda: su intensa agonía no le arranca ni una palabra, ni un suspiro de los labios. Tampoco dio muestras de la menor emoción cuando los cirujanos le informaron de que la visión de uno de sus ojos está irremediablemente perdida y se limitó a pedir que le proporcionasen recado de escribir tan pronto estuviera en condiciones de utilizarlo, en el momento en que le dijeron que conservaría la visión del otro. Se nos ha comunicado que añadió que se hallaba en una posición tal que podría recompensar a las autoridades del hospital por todos los problemas que hubiese podido causar, y que pensaba entregar una cantidad nada desdeñable a las arcas del hospital tan pronto fuese dado de alta. La frialdad de que hace gala a pesar de sus sufrimientos, que a cualquier otro hombre sin duda le hubiesen privado de la capacidad de pensar y de hablar, es tan digna de mención como su inviolable secreto, un secreto en el que, al menos por el momento, no es posible penetrar.

Cerré el periódico. Ya entonces se me pasó por la cabeza un vago presagio, por lo que para mí significaba la inexplicable reserva de Mannion. Aún quedaban más dificultades, más peligros y horrores que afrontar, más de lo que hasta la fecha había afrontado. La pendiente de la degradación y la miseria en que había caído aún me tenía reservados peligros mucho peores.

Cuando aún estaba bajo la honda impresión de esta convicción, el anonadante recuerdo de la perversidad a la que había sido yo sacrificado disminuyó el influjo que hasta entonces había tenido sobre mí. Las amargas lágrimas que en secreto había derramado durante tantos días se secaron en su fuente y noté que recobraba el poder de aguantar y de resistir, a la vez que percibía la violencia de la pugna venidera. Salí de la biblioteca y subí a mi dormitorio. En un cestillo, sobre la mesa, había varias cartas todavía sin abrir, cartas que se habían recibido durante mi postración. De dos en particular sospeché en seguida, al hojearlas todas, que podrían ser de la máxima importancia a la hora de esclarecer mi visión del sórdido cometido de la cómplice de Mannion. La dirección, en ambas cartas, estaba escrita con la letra de Mr. Sherwin. La primera que abrí estaba fechada hacía casi un mes y decía lo siguiente:

«North Villa, Hollyoake Square.

«Estimado señor,

»Con dolorosos sentimientos de los que nadie podría formarse una idea, salvo que sea

Librodot

un padre, y aún añadiré que un padre afectuosísimo, me dirijo a usted para tratar de la atrocidad que ha cometido ese villano, ese perjuro, Mannion. Así sabrá usted que tanto yo como mi inocente hija hemos sido, como usted, víctimas del más endiablado engaño que jamás se haya perpetrado contra personas tan respetables como desprevenidas.

«Permítame pedirle, señor, que se imagine cuáles eran mis sentimientos aquella noche en que se celebró la fiesta más desafortunada que nunca se haya ofrecido, cuando vi que mi adorada Margaret, en vez de venir a casa en paz como siempre, entraba de prisa y corriendo en la sala, en un estado rayano en la enajenación, para referir el cuento más horrible que haya destinado nunca una hija a su padre. El mentiroso villano (la verdad es que nunca más mencionaré su nombre y me sonroja reconocerlo) había intentado aprovecharse de su inocencia y de su confianza —yo diría que de la inocencia y la confianza de todos nosotros—, aunque mi querida Margaret mostró un valor y una virtud muy por encima de lo que corresponde a su edad, resultado natural sin duda de los píos principios y de la crianza moral que le he dado desde su más tierna infancia. ¿Será menester que le cuente en qué terminó todo? Triunfó la virtud, pues siempre triunfa la virtud, y el villano tuvo que dejarla sola, que no en paz. Cuando ella se aproximaba al umbral para huir corriendo al refugio de su hogar, tengo entendido que por un accidente sumamente llamativo se encontró usted con ella. Siendo como es un hombre de mundo, le será fácil concebir qué sentimientos hubieron de embargar a una joven hembra en tan peculiares como asombrosas circunstancias. Por si fuera poco, usted hizo gala de una actitud aterradora y extraordinaria, según tengo entendido, y mi pobre Margaret sintió con tanta intensidad que las apariencias engañosas podrían obrar en contra de ella, que perdió todo el coraje que tenía y huyó de inmediato, como le decía antes, al refugio de su hogar.

»Todavía se encuentra en un estado de gran nerviosismo y se siente muy desdichada; se teme que esté usted dispuesto a creer las apariencias de aquella noche, pero yo sé que no. Estoy seguro de que la explicación que ella le dé será suficiente, tal como lo ha sido para mí. Es posible que tengamos algunas pequeñas diferencias sobre asuntos de poca importancia, pero los dos tenemos la misma confianza varonil, estoy convencido, usted en su esposa y yo en mi hija.

»Le hice una visita en la mansión de su respetable padre, para tener con usted una conversación larga y tendida, más extensa en todo caso que la explicación que pueda darle por escrito, a la mañana siguiente del suceso que tan penoso ha sido para todas las partes implicadas, y entonces tuve conocimiento de su grave enfermedad, por la cual le ruego que acepte mi condolencia. En seguida pensé en escribir a su respetado padre, para solicitar que me concediera una entrevista en privado. Sin embargo, considerándolo más despacio, pensé que quizá fuese un tanto desatinado dar semejante paso mientras usted, la principal de las partes implicadas, se encontraba enfermo y obligado a guardar cama, incapacitado por tanto para acudir a respaldarme. Estaba sobre todo deseoso, como bien puede observar, de actuar en defensa de sus intereses, así como en defensa de mi querida hija, sabedor al mismo tiempo, cómo no, de que tenía el certificado de matrimonio en mi poder, por si acaso me hiciera falta aducir alguna prueba, en el supuesto de que me viera llevado a tal extremo y fuese obligado a tomar mi propia baza en el asunto. Sin embargo, tal como le decía antes, tengo una confianza paternal y amistosa en que se sienta usted tan convencido de la inmaculada inocencia de mi hija como yo lo estoy. Por eso, ya no escribiré nada más sobre este particular.

«Habiendo tomado la determinación que mejor me pareció en las actuales circunstancias, es decir, aguardar a que pasase su enfermedad, he mantenido a mi querida Margaret estrictamente retirada del mundo, en mi casa —si bien reconocerá que, como se trata de su esposa, no tenía yo ninguna obligación de hacerlo—, hasta que se encuentre restablecido y le sea posible venir a hacerle justicia ante su familia y ante la familia de usted. No he dejado de interesarme casi a diario por su salud, hasta el momento en que redacto estas

Librodot

líneas, y continuaré interesándome hasta que convalezca, cosa que sinceramente espero que suceda cuanto antes. Por desgracia, me veo obligado a pedirle que nuestra primera entrevista, cuando se encuentre en condiciones de vernos a mi hija y a mí, no tenga lugar en North Villa, sino en cualquier otro lugar que quiera usted precisar. Lo que ocurre es que mi esposa, cuya desdichada salud ha sido un fastidio y un problema desde hace años, aunque me duela decirlo, debido a la presión de este triste infortunio ha perdido la razón. Lamento decir que sería muy capaz de interrumpirnos aquí del modo más indeseable que pueda usted imaginar, por lo cual le ruego que nuestro primer y feliz encuentro no se celebre en mi casa.

»Con la esperanza de que esta carta sirva para disipar todos los sentimientos ingratos que puedan embargarle, y deseoso de tener noticias suyas cuanto antes, y de que se restablezca muy pronto,

»Señor mío, su fiel y obediente servidor,

Stephen Sherwin

»P. S. No he sido capaz de averiguar dónde se ha recluido esa sabandija de Mannion; caso de que usted tenga noticias, o sospeche de su paradero, quiero decirle en prueba de que mi indignación por su villanía es tan grande como la que siente usted, que estoy deseoso de perseguirle con el máximo rigor que la ley permita, si es que la ley le alcanza, y que pagaré de mi peculio todos los gastos necesarios para castigarle y destrozarle durante el resto de sus días, aunque para ello tenga que visitar todos los juzgados del país. S. S.»

Aunque leí con prisas esta carta penosa y nauseabunda, de inmediato detecté cómo se había urdido una nueva trama para mantenerme presa del engaño, para amontonar sobre mí fechoría tras fechoría con toda impunidad. Ella no estaba al tanto de que yo la había seguido hasta la casa, ni menos aún de que había oído todo lo que se dijeron Mannion y ella misma; creía que yo lo ignoraba todo hasta el momento en que nos encontramos en el umbral. Apoyándose en esta convicción, había urdido la miserable mentira que su padre había puesto por escrito. ¿De veras lo creía él, o acaso actuaba como cómplice de su hija? No valía la pena averiguarlo; el peor, el más siniestro descubrimiento que sí era de mi incumbencia, ya se había revelado íntegramente. ¡Margaret era una mentirosa y una hipócrita hasta la médula!

¡Y, en cambio, una levísima mirada de esta mujer había sido a mis ojos la estrella capaz de guiar mi vida entera! ¡Por culpa de esta mujer había montado todo un engaño delante de mi familia, un engaño en el que ahora me repugnaba pensar siquiera! ¡Por ella había desafiado todos los males que la cólera de mi padre bien podría desatar! ¡Me había arriesgado alegremente a perder todo lo que por nacimiento y por fortuna podía dignamente merecer! ¿Por qué había llegado a levantarme del fatigado lecho de la enfermedad? ¡Cuánto mejor habría sido que muriese!

Sin embargo, mientras me quedase vida, la vida vendría con sus imposiciones y sus tareas, a las que era inútil sustraerse. Aún me quedaba otra carta por abrir; aún había más perversidades que debía afrontar.

La segunda de las cartas de Mr. Sherwin era mucho más breve que la primera y había sido escrita al parecer sólo dos o tres días antes. Había cambiado su tono; dejaba de doblar la cerviz ante mí y comenzaba a amenazarme. Me recordaba, incluso, que, según le había informado un criado, yo estaba convaleciente desde hacía bastantes días y pasaba a preguntarme por qué no me había dignado escribirle en tales circunstancias. Me avisaba de que mi silencio había sido interpretado en gran medida como algo contrario a mis propios intereses; me advertía de que, si continuaba más tiempo en silencio, él mismo anunciaría la causa de su hija a voz en cuello y en público, no sólo ante mi padre, sino ante el mundo

Librodot

entero. La carta terminaba concediéndome otros tres días de gracia, antes de proceder a revelar todo el asunto.

Por un instante me pudo la indignación. Me puse en pie, dispuesto a ir sin más tardanza a North Villa para desenmascarar a los dos sinvergüenzas que aún pensaban en sacar de mí una buena tajada, tal como siempre habían pensado. Sin embargo, el mero retraso que me provocó el hecho de abrir la puerta de mi dormitorio me devolvió la calma. Pensé que mi primer deber, mi obligación suprema, era confesarlo todo de inmediato ante mi padre, entre otras cosas para saber cuál sería mi situación en mi propio hogar en el futuro, para aceptarla sin reparos, antes de salir a denunciar a otros. Regresé a la mesa y recogí las cartas que habían quedado esparcidas. Me latía con fuerza el corazón, sentía la cabeza confusa, pero estaba resuelto en mi determinación de comunicar a mi padre, al precio que fuera, la degradación que he referido en estas páginas.

Esperé en quietud, en soledad, hasta que casi se hizo totalmente de noche. El criado trajo unas velas. ¿Por qué no pude preguntarle si Clara y mi padre ya habían regresado a casa? ¿Es que ya estaba vacilando mi resolución?

Poco después de esto, oí pasos por las escaleras y después llamó alguien a mi puerta. ¿Era mi padre? ¡No! Era Clara. Procuré hablar con toda despreocupación cuando entró en mi dormitorio.

—¡Hay que ver! ¡Has estado paseando hasta que se ha hecho de noche, Clara!

—Sólo hemos estado en los jardines de la plaza; ni papá ni yo nos dimos cuenta de lo tarde que era. Hemos hablado de un asunto que a los dos nos interesa hondamente.

Hizo una pausa y bajó la vista; luego se me acercó apresuradamente y arrimó una silla a mi lado. Siguió hablando con una expresión de tristeza y de ansiedad.

—¿No te imaginas siquiera qué asunto es ése? Hemos hablado de ti, Basil. Papá viene directamente para hablar contigo.

De nuevo se calló. Se le arrebolaron un poco las mejillas, y mecánicamente se distrajo, colocando debidamente algunos libros que estaban revueltos por encima de la mesa. De repente, dejó esta ocupación; se le fue el color de la cara; me habló de nuevo, sólo que muy pálida, en un tono muy alterado. Tanto, que apenas me pareció su voz.

—Sabes muy bien, Basil, que durante mucho tiempo nos has ocultado un secreto; sabes que además me prometiste que yo sería la primera en conocerlo, pero la verdad... la verdad es que he cambiado de opinión. No tengo ningún deseo de conocerlo, querido. Preferiría que nunca volviéramos a hablar de eso. —Se sonrojó, vaciló un poco antes de continuar, pero siguió hablando con rapidez y con afán—. En cambio, sí que espero que se lo cuentes todo a papá; va a venir a preguntártelo. ¡Oh, Basil! Sé sincero con él, por lo que más quieras. Cuéntaselo todo. ¡Ojalá seamos todos tal como éramos con los demás hace casi un año! Si le hablas abiertamente, no tienes nada que temer, pues le he suplicado que sea amable contigo y que te perdone. Ya sabes que a mí no me niega nada. Sólo he venido a prepararte, a suplicarte que seas sincero, que tengas paciencia. ¡Ssh! Oigo pasos por la escalera. Cuéntaselo todo, Basil, cuéntaselo por mí. Te ruego por lo que más quieras que se lo cuentes y que dejes luego que yo me ocupe de todo lo demás.

A toda prisa salió de mi dormitorio. Acto seguido, entró mi padre.

Es posible que mi conciencia, mi culpabilidad, me delatasen; lo cierto es que me pareció que me miraba con más tristeza, con más severidad que nunca. Habló además con voz atribulada y ése fue un cambio que en él significaba muchísimo.

—Vengo para hablar contigo —dijo— sobre un asunto que ojalá hubieses sacado tú antes a colación.

—Creo, señor, que sé bien a qué asunto se refiere. Yo...

—Debo pedirte que me escuches con toda la paciencia que tengas —me interrumpió—, pues no tengo mucho que decir.

Hizo una pausa y suspiró audiblemente. Me pareció que me miraba con más afecto y se me encogió de tristeza el corazón, y anhelé abrazarle, liberar las lágrimas reprimidas que casi me ahogaban, llorar en su pecho y confesar que era indigno de ser llamado hijo suyo. ¡Ay, si hubiese obedecido el impulso que me movió a esto...!

—Basil —siguió mi padre con gravedad, con tristeza—, quiero creer que tengo poco que reprocharme en la conducta que he tenido contigo. Entiendo que estoy plenamente justificado si digo que muy pocos padres hubiesen actuado con su hijo tal como he actuado yo durante el último año, más o menos. Es posible que muchas veces me haya dolido el secreto que tanto te ha distanciado de nosotros; es posible que incluso por mi talante te haya manifestado cuánto resentimiento me producía, pero jamás he hecho uso de mi autoridad para forzarte a explicar tu conducta, explicación que tú en cambio has sido en todo momento reacio a ofrecer. Me encomendé a la fe que tengo implícitamente en el honor y en la integridad de mi hijo, que aún no creo haber tenido por error, pero que mucho me temo sí me haya conducido a desatender durante demasiado tiempo mi deber de interesarme por tu vida, deber que tengo contraído con tu propio bienestar y con mi propia paternidad. He venido a hacer acto de contrición por esa omisión, ya que las circunstancias no me dejan otra salida. Me infunde una hondísima preocupación por mi interés de padre y por mi honor en tanto que cabeza de familia saber qué enorme infortunio, ya que no se me ocurre que pueda haber sido otra cosa, es el que dio con mi hijo inconsciente en plena calle, y el que le produjo después una grave enfermedad que ha sido una amenaza por la que a punto estuvo de perder la razón y la vida. Estás ahora suficientemente repuesto para revelar de qué se trata; no hago más que emplear mi legítima autoridad sobre mis hijos cuando te digo que ha llegado el momento en que forzosamente debo saberlo todo. Si persistes en guardar silencio, la relación que existe entre nosotros debe cambiar ya para siempre.

—Estoy preparado para hacer confesión, señor. Únicamente quiero pedirle que crea de antemano que si he pecado dolosamente contra usted, ya he sido gravemenete castigado por mi pecado. Me temo que sería imposible que incluso los peores presagios le hayan preparado para...

—Las palabras que dijiste en tu delirio, palabras que yo escuché, aunque no por eso he de juzgarte, fueron justificación de los peores presagios.

—Veo que mi enfermedad me ha librado al menos de la peor parte de un durísimo juicio, señor, si al menos le ha preparado para oír lo que he de confesarle, y si sospecha usted...

—Yo no sospecho nada. Tengo en cambio la total seguridad de que tú, mi hijo menor, de quien había esperado yo obras muchísimo mejores, ha imitado en secreto, mejor dicho, ha sobrepasado con creces los peores vicios de su hermano mayor.

—¡Mi hermano! ¡Las faltas de mi hermano... son las mías! ¡De Ralph!

—Sí, de Ralph. Tengo, en cambio, la última esperanza de que sepas imitar ahora la sinceridad de Ralph. Toma ejemplo de la mejor parte de él, puesto que ya has tomado ejemplo de la peor.

Se me debilitó el ánimo mientras hablaba; se me encogió el corazón. ¡Ejemplo de Ralph! ¡Los vicios de Ralph, vicios producto de la temeridad y de la pereza! ¡Eran vicios cuyas máculas, a ojos del mundo entero, no eran máculas impresas de por vida en quien los cometiera! Eran, al fin y al cabo, vicios de los que uno se podía redimir, vicios que los hombres por misericordia no estaban deseosos de atribuir a la infamia, a una desgracia irreparable. ¡Qué lejos, qué aterradoramente lejos estaba mi padre de sospechar siquiera por asomo la realidad de lo que había ocurrido! Intenté dar respuesta a sus últimas palabras,

Librodot

pero la aprensión que la humillación me causaba y la pena que de por vida podría infligirle mi confesión, puesto que parecía de todo punto incapaz de prever siquiera la parte menos degradante de ésta, me dejó sin habla. Cuando prosiguió su discurso, al cabo de un silencio momentáneo, habló con severidad y me miró como si quisiera sondearme sin piedad.

—Ha venido varias veces un tal Sherwin —dijo—, ha venido casi a diario a preguntar por ti. ¿Qué íntima relación es la que tienes con él, para autorizar a ese perfecto desconocido a visitar mi casa con tanta frecuencia, amén de hacer toda clase de preguntas con una familiaridad de tono y de talante que ha sorprendido a todos los criados que, en distintas ocasiones, le han abierto la puerta? ¿Quién es ese Sherwin?

—Señor, no es por él por quien debo empezar. Debo en cambio remontarme...

—Debes remontarte a un tiempo muy lejano, me temo, un tiempo del que difícilmente podrás regresar. Debes remontarte al tiempo en que nada tenías que ocultarme, el tiempo en que podías hablar conmigo con toda franqueza, con la claridad con que habla un caballero.

—Le ruego que tenga paciencia conmigo, señor. Concédame unos minutos para serenarme. Tengo una gran necesidad de dominarme por completo antes de que pueda contárselo todo.

—¿Todo? Al menos, por tu forma de hablar se adivina más que por lo que me dices. ¡Al menos, pareces sincero! ¿O es que me había temido lo peor, y no había temido en cambio lo que debiera? ¡Basil! Basil, ¿me oyes? Tiemblas de forma muy extraña. ¡Estás muy pálido otra vez!

—En seguida me repondré, señor. Mucho me temo que aún no estoy tan restablecido como pensaba. ¡Padre! ¡Tengo el corazón destrozado, tengo destrozado el espíritu! Tenga paciencia conmigo, sea amable; si no, no podré decírselo todo.

Me pareció que se le humedecían los ojos. Se los cubrió un instante con la mano y suspiró de nuevo, el mismo suspiro largo y tembloroso que le había oído antes. Intenté levantarme y postrarme de rodillas a sus pies; él no entendió mi gesto y me sujetó por el brazo al pensar que estaba yo a punto de desmayarme.

—Basta por esta noche, Basil —dijo con premura, aunque también con amabilidad—. Dejemos este asunto hasta mañana.

—Puedo hablar ahora, señor, y es mejor que hable cuanto antes.

—No, de ninguna manera. Estás demasiado agitado; estás mucho más débil de lo que pensaba. Hablaremos mañana por la mañana, cuando estés más fuerte, después de haber descansado. ¡No! ¡Ni una palabra más! Acuéstate; le diré a tu hermana que no te moleste. Mañana hablarás conmigo y hablarás a tu manera, sin que nadie te interrumpa. Buenas noches, Basil. Buenas noches; que descanses.

Sin detenerse a estrecharme la mano se marchó con prisas, como si estuviera ansioso por esconder la pena y la aprensión que, obviamente, se habían adueñado de él. Sin embargo, justo en el momento en que ya salía de mi aposento, titubeó, se dio la vuelta, me miró un instante con infinito pesar y, volviendo sobre sus pasos, me dio la mano y me estrechó la mía en silencio, antes de marcharse.

Cuando hubiese terminado el día siguiente, ¿volvería a darme la mano alguna vez?

Librodot

III

La mañana en la que todo iba a decidirse entre mi padre y yo, la mañana de cuyo desenlace dependía el futuro de mi vida familiar, fue la más luminosa, la más deliciosa que nunca hubiese visto con mis ojos. Un cielo inmaculado, sin una sola nube, y un sol tan alegre y tan resplandeciente que hasta los objetos más comunes parecían bellísimos al estar bañados bajo su luz, parecía burlarse con descaro de mi congoja, según me hallaba asomado a la ventana de mi habitación, pensando en el duro deber que debía cumplir, en el juicio más duro aún que tal vez se pronunciaría antes de que amaneciera un día más.

Durante la noche no tracé ningún plan para conducir la terrible revelación que ahora estaba obligado a realizar; la enormidad de la urgencia me privó de toda capacidad de prepararme para ello. Pensé en el carácter de mi padre, en los innatos principios del honor que regían su conducta con la severa influencia que tiene todo fanatismo; pensé en su orgullo de casta, tan discreto, sobre el que tan raramente hacía incluso la menor insinuación verbal, a pesar de lo cual estaba muy hondamente arraigado en su naturaleza, muy estrechamente entrelazado en cada una de sus emociones, en sus aspiraciones, hasta en sus sentimientos e ideas más simples; pensé en su delicadeza casi femenina al hurtarse a la más mínima mención de las impurezas que otros hombres bien podrían comentar con descuido incluso, p bien reírse de ellas, tomándolas por excelente material para las chanzas propias de la sobremesa. Pensé en todo esto y cuando recordé que a tal hombre debía yo confesar el infame matrimonio que había contraído en secreto, toda esperanza de que prevaleciera su afecto paternal me abandonó de inmediato; toda idea de apelar a su caballerosa generosidad se reveló engaño en el que hubiera sido mera locura depositar siquiera una confianza efímera.

Bajo el influjo de una tensión que nos absorbe intensamente, la facultad de la observación suele agudizarse en proporción directa a la disminución de la facultad de la reflexión. Mientras esperaba a solas en mi dormitorio, los sonidos más ordinarios, los sucesos más normales de la casa, en los que no recordaba haberme fijado antes, me tenían por completo subyugado. Era como si el ruido de unos pasos, el eco de una voz, el abrirse o cerrarse de una puerta en la planta baja, a la fuerza tuvieran que presagiar, en ese día trascendental, alguna misteriosa calamidad, algún extraño descubrimiento, algún proyecto forjado en secreto contra mí, sin que yo supiera cómo, ni por parte de quién. Dos o tres veces me sorprendí aguzando el oído, aunque no supiera ni de lejos con qué objeto atendía a los ruidos que me llegaban por la escalera. Sin embargo, en tales ocasiones siempre parecía haberse producido de repente una apagada, significativa quietud en toda la casa. Clara nunca vino a verme, ni llegó tampoco mensaje de mi padre; la campanilla de la puerta parecía extrañamente silenciosa, los criados extrañamente ajenos a sus deberes en el piso de arriba. Me sorprendí al volver, sigiloso, a mi habitación, como si esperase que, caso de que alguien oyese mis pasos, una catástrofe aún oculta pudiera presentarse de improviso.

¿Me buscaría mi padre en mi habitación, o mandaría recado para que descendiera yo a la planta baja? No tuvo que pasar mucho rato para que se resolviera la duda. Uno de los criados llamó a la puerta; era el criado que había tenido por misión especial vigilarme durante mi postración. Ansié estrechar la mano de ese hombre e implorarle que me diera ánimos mientras me interpeló.

—Señor, su padre me encarga que le diga que, si se encuentra bien, desea verle en sus propios aposentos.

Me puse en pie y seguí de inmediato al criado. De camino, pasamos por delante del saloncito privado de Clara, cuya puerta se abrió a nuestro paso, y salió mi hermana para ponerme la mano sobre el brazo. Sonrió mientras yo la miraba, pero las lágrimas le velaban los ojos y tenía la cara pálida como la muerte.

Librodot

—Piensa en lo que te dije ayer por la noche, Basil —me susurró—; si has de oír palabras especialmente duras, piensa en mí. Todo lo que hubiera hecho por ti nuestra madre, si aún estuviese entre nosotros, lo haré yo sin dudarlo. No lo olvides, y manten el ánimo y la esperanza hasta el final.

Regresó, presurosa, a su estancia, y yo bajé las escaleras. En el vestíbulo me esperaba el criado con una carta en la mano.

—Señor, hace un rato dejaron esto para usted. El mensajero dijo que no le habían ordenado que esperase respuesta.

No era el momento idóneo para ponerse a leer cartas; la entrevista con mi padre era inminente. Con prisas, me guardé la carta en el bolsillo, casi sin darme cuenta de que la caligrafía del sobre era muy irregular, poco menos que desconocida.

Entré acto seguido en el despacho de mi padre.

Estaba sentado ante su mesa, abriendo las páginas de unos libros nuevos. Señaló una silla situada frente a él, se interesó brevemente por mi salud y pasó a hablar en un tono más bajo.

—Tómate todo el tiempo que quieras, Basil, para serenarte y obrar con la debida compostura. Esta mañana, todo mi tiempo es tuyo.

Se apartó un poco de mí y siguió abriendo las páginas de los libros que tenía delante. Totalmente incapaz de prepararme de algún modo para la revelación que esperaba de mí, carente de ideas y de esperanzas, de sentimientos incluso, si se exceptúa una vaga sensación de agradecimiento por el compás de espera que me había concedido antes de que me tocase hablar, me limité a mirar mecánicamente por toda la habitación, como si contase con ver la sentencia que iba a pronunciarse contra mí escrita ya en las paredes, o pavorosamente presagiada en los rostros de los viejos retratos de familia que colgaban sobre la chimenea.

¿Qué hombre ha sentido alguna vez que su capacidad intelectual es absorbida por completo, por estar ocupada por la más punzante miseria que se pueda imaginar? En momentos de peligro inminente, la mente aún puede recorrer a su antojo el pasado, a pesar del presente; en momentos de amarga aflicción, aún puede recurrir a las banalidades cotidianas, a pesar de uno mismo. Mientras permanecía sentado en silencio en el despacho de mi padre, en mi memoria empezaron a surgir asociaciones de mi infancia olvidadas hacía mucho tiempo, aunque surgiesen relacionadas con diversas partes del despacho, pero con la más extraña y tremebunda independencia de todo el influjo, de todo el control que, habida cuenta de la agitación en que me hallaba, debiera haber ejercido sobre ellas. Los recuerdos que de ninguna manera hubiese debido despertar en ese instante de durísima ordalía, fueron los recuerdos que de hecho bulleron en mi interior.

Con el corazón acongojado, con los ojos doloridos, miré las paredes que me rodeaban. En una esquina, vi la puerta forrada de tela roja que daba a la biblioteca. De pequeños, ¡cuántas veces habíamos mirado Ralph y yo por esa puerta, deseosos de saber a qué se dedicaba nuestro padre en su despacho, maravillados de que tuviera tantísimas cartas por escribir, tantísimos libros por leer! ¡Cómo nos aterramos los dos cuando nos descubrió un buen día, cuando nos reprendió con toda su severidad! ¡Y qué feliz fue el momento siguiente, cuando le rogamos que nos perdonase y nos devolvió a la biblioteca con un gran libro de estampas, en prueba de que nos había otorgado su perdón! Luego estaba la altísima y anticuada prensa de caoba ante la ventana, con el mismo volumen en folio, ilustrado con imágenes de antigüedades judías, que hacía muchísimos años a Clara y a mí algunas veces nos era permitido contemplar a modo de pasatiempo especial los domingos por la tarde, y que siempre examinábamos sin cansarnos, con inagotable deleite, los dos de pie en sendas sillas, para alcanzar las gruesas páginas amarillentas y volverlas con nuestras manos. Y allí, en el hueco existente entre dos anaqueles, aún estaba el antiquísimo escritorio taraceado, con

Librodot

sus hileras de cajones incrustados; en el hueco que había encima estaba el viejo reloj francés, que había sido propiedad de mi madre y que siempre daba las horas con un dulce y alegre carillón. Ante esa mesa despedíamos Ralph y yo a mi padre cuando teníamos que volver al colegio, después de las vacaciones, y ante ella recibíamos nuestra asignación de dinero de bolsillo, que él sacaba escrupulosamente de uno de los minúsculos cajones incrustados antes de marcharnos. Allí cerca acostumbraba esperarnos Clara, que era entonces una niña pequeña, sonrosada, con gesto serio, su muñeca en brazos, para decirnos adiós y para rogarnos que volviésemos pronto, que nunca más volviéramos a marcharnos. Me volví y miré bruscamente hacia la ventana, pues los recuerdos que me traía el despacho de mi padre fueron mucho más de lo que pude soportar.

Fuera, en la mortecina franja ajardinada, los pocos árboles crepusculares y raquíticos se agitaban tan placenteramente a merced del aire como si la brisa que los mecía llegara muy serena, tras atravesar un prado ancho, o bien barriese sus ramas con el frescor traído de un arroyo cristalino. A lo lejos, aunque sobradamente audible, el murmullo de una de las grandes avenidas, la potente voz de Londres a mediodía, se henchía grandiosamente, alborozada. En cambio, más cerca aún, por una calle que pasaba a uno de los lados de la casa, resonaron, rápidas y penetrantes, las notas de un órgano: alguien tocaba en ese instrumento la más animada de las melodías, un vals a cuyo son había bailado yo una y mil veces. ¡Qué burlones recuerdos, qué burlones sonidos saludaban y acompañaban una confesión como la que yo a la fuerza tenía que hacer!

Pasaron los minutos uno tras otro, inexorables, veloces, pero no rompí el silencio. Mis ojos se volvieron angustiada, lentamente hacia mi padre.

Seguía con la mirada apartada de mí, cortando las hojas de los libros que tenía delante. Incluso en un acto tan trivial, las fuertes emociones que intentaba disimular le delataban terriblemente, con toda claridad. Su mano, de común tan firme y cuidadosa, temblaba perceptiblemente y el cuchillo con que cortaba el papel lo manejaba cada vez más de prisa, cortando las páginas de cualquier manera, torcidas, dejándolas unidas por donde no debiera, como si quisiera estropear el aspecto de cada página. Creo que se había percatado de que yo le estaba mirando, pues de repente cesó en su actividad, se volvió hacia mí y carraspeó antes de hablar.

—He resuelto darte el tiempo que precises —dijo— y no tengo la menor intención de renunciar a esa resolución. Solamente quiero que recuerdes que cada minuto de retraso incrementa el sufrimiento y la incertidumbre que he de padecer por ti. —Abrió los libros que tenía delante y se dispuso a seguir, no sin antes añadir algo más en tono bajo, más frío que antes—. En tu lugar, Ralph hubiese hablado mucho antes.

¡Ralph, el ejemplo de Ralph otra vez citado ante mí! Ya no podía seguir callado.

—Las faltas que mi hermano haya cometido contra usted, padre, y contra su familia, nada tienen que ver con las mías —comencé—. Yo no he imitado sus vicios; antes bien, he actuado tal como nunca hubiese actuado él. Con eso y con todo, el resultado de mi error resultará más humillante, más desgraciado a sus ojos, que cualquier error de Ralph.

Cuando pronuncié la palabra «desgraciado», de pronto me miró a la cara. Se le iluminaron los ojos con severidad y el enrojecimiento de aviso asomó a sus pálidas mejillas.

—¿Más desgraciado? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó de golpe—. ¿Qué pretendes al calificar de desgracia tu conducta, la conducta de un hijo mío?

—Debo responder indirectamente a su pregunta, señor —continué—. Ayer por la noche me preguntó quién es ese Sherwin que tan a menudo ha venido de visita...

—Y esta mañana te repito mi pregunta. He de hacerte otras preguntas, pues en tu delirio llamabas continuamente a una mujer por su nombre de pila. De todos modos, antes que nada

Librodot

repetiré mi pregunta de ayer por la noche. ¿Quién es el tal Sherwin?

—Reside...

—No te pregunto dónde reside. ¿Quién es? ¿Qué es?

—Mr. Sherwin es un comerciante, tiene una pañería...

—¿Le debes dinero? ¿Le has pedido algún préstamo? ¿Cómo no me lo has dicho antes? ¡Has degradado mi casa al permitir que un hombre llamase a la puerta... sí, lo sé! ¡Ha venido en calidad de acreedor! ¡Ha preguntado por ti diciendo que es tu amigo! Los criados me lo han dicho. ¡Un amigo tuyo, ese comerciante, ese prestamista del tres al cuarto! Si hubiera tenido conocimiento de que el más pobre labrador de mis tierras te llamase amigo, te habría considerado honrado por el afecto y la gratitud de un hombre honesto. En cambio, cuando me entero de que ese apelativo te lo da un comerciante, un prestamista, te considero contaminado por tus relaciones con un tramposo. ¡Estabas en lo cierto! ¡Eso es una desgracia, ya lo creo! Bien, ¿cuánto le debes? ¿Dónde está tu deshonroso reconocimiento de la deuda? ¿En dónde has hecho tan nefasto uso de mi nombre y de mi credibilidad? ¡Dímelo ahora mismo! ¡Insisto!

Habló rápidamente, con todo su desprecio. Se puso en pie al terminar y dio en caminar con impaciencia de un extremo a otro del despacho.

—No le debo ningún dinero a Mr. Sherwin, señor. No debo dinero a nadie.

Se detuvo bruscamente.

—¿Que no debes dinero a nadie? —preguntó muy despacio, con un tono claramente alterado—. Acabas de hablar de una desgracia. ¿Hay mayor desgracia que la que tú me has ocultado, mayor que una deuda contraída en deshonor?

En ese momento, se oyeron pasos en el vestíbulo. Se volvió en el acto y cerró la puerta con llave.

—¡Habla, te digo! —prosiguió—. Habla con honestidad, si es que puedes. ¿Cómo me has engañado? De tus labios escapaba continuamente el nombre de una mujer cuando tu delirio era más incontrolable. Y a esa mujer le aplicaste expresiones muy extrañas, de todo punto imposibles de comprender. Sin embargo, dijiste más que suficiente para deducir que su carácter es de lo más abandonado y que sus vicios y actitudes licenciosas son demasiado repugnantes, tanto que no cabe hablar de ella. Por eso te quiero oír; insisto en que me digas hasta qué punto te han arrastrado tus vicios, para comprometerte con esa viciosa mujer.

—Me ha engañado. Me ha engañado de la forma más cruel y espantosa que...

No pude decir más. Me quedé cabizbajo; la vergüenza me abrumaba.

—¿Quién es? En tu postración la llamabas Margaret. ¿Quién es?

—Es la hija de Mr. Sherwin... —Las palabras que de grado debiera haber pronunciado a continuación me tenían ahogado. Volví a callar.

—¡La hija de ese hombre! —le oí murmurar para sus adentros— ¡Peor cebo que el cebo del dinero!

Se inclinó para mirarme con intensidad a la cara. En un instante, una terrible palidez sobrevoló su rostro.

—¡Basil! —exclamó—. ¡En nombre de Dios, contéstame ahora mismo! ¿Qué es la hija de Mr. Sherwin para ti?

—Es mi esposa.

No le oí responder; ni dijo ni palabra, ni se le escapó siquiera un suspiro. Tenía los ojos empañados por las lágrimas, seguía estando cabizbajo. Al principio, no vi nada. Cuando levanté la cabeza y me froté las lágrimas que me cegaban, se me heló la sangre en las venas y casi se me paró el corazón.

Mi padre estaba de pie, apoyado contra una de las vitrinas, con las manos apretadas contra su corazón. Había echado la cabeza hacia atrás; movía los labios blanquecinos sin que de ellos saliera nada. En su rostro vuelto hacia arriba había sobrevenido un cambio espectral, tan horrible e indescriptible como es el cambio que acarrea la muerte.

Me acerqué corriendo y espantado a su lado, e hice ademán de tomarle la mano. Al notarlo se irguió con vehemencia y me empujó con furia, sin decir aún palabra. En ese momento temible, en ese silencio temible que siguió, los sonidos que llegaban del otro lado de las puertas penetraron en el despacho con una angustiosa claridad, con una desgarradora alegría. El placentero mecerse de los árboles se mezclaba musicalmente con el suavizado, monótono rumor de los carruajes al pasar por la calle; la melodía del órgano había trenzado una animada canción y resonaba con nitidez y alborozo por encima de los dos, derramándose por la estancia tan luminosa y tan feliz como la propia luz del sol.

Por espacio de unos minutos permanecimos de pie los dos, alejados, sin movernos y sin hablar. Le vi tomar el pañuelo y secarse el rostro, al tiempo que respiraba trabajosamente, jadeando, apoyándose de nuevo contra la vitrina. Cuando guardó el pañuelo y me volvió a mirar, supe que el doloroso aguijonazo que le atravesó ya había remitido, supe que había concluido la última y durísima pugna entre su afecto paternal y su orgullo de familia, y que el inmenso abismo que en lo sucesivo nos tendría separados acababa de abrirse para siempre.

Me indicó con gesto perentorio que volviera a tomar asiento, aunque él no regresó a su sillón. Según le obedecía, lo vi abrir la cerradura de la vitrina contra la que había estado apoyado, para colocar la mano sobre uno de los volúmenes. Sin retirarlo de su lugar, sin darse la vuelta, sin dignarse mirarme, me preguntó si tenía algo más que decirle.

La heladora calma de su voz, la pregunta en sí misma, el momento que eligió para hacerla, la manera antinatural en que reprimió una sola palabra de rechazo, de reprimenda, de pasión o de tristeza, después de la confesión que acababa de hacerle, me dejó literalmente sin habla. Se apartó un poco más de la vitrina, sin quitar la mano del volumen en que la había dejado reposar, y me repitió la pregunta. Cuando nuestros ojos se encontraron había en los suyos una mirada de fatiga, de dolor, como si estuvieran condenados a mirar toda clase de penosos y repugnantes objetos; de su expresión había desaparecido su natural refinamiento, su gentileza, su aplomo, para asumir una endurecida calma, bajo la cual todo su semblante parecía encogido, transformado, como si años de vejez hubiesen caído de golpe sobre sus facciones en el momento en que dije yo mis últimas, fatales palabras.

—¿Tienes algo más que decirme?

Al repetirme esa terrible pregunta, me hundí en el sillón que ocupaba, con el rostro oculto entre las manos. Sin saber a ciencia cierta cómo hablé, por qué tomé la palabra; sin tener la menor esperanza en mí, ni menos en él; sin otro motivo que el de suscitar primero y soportar después todo el castigo que merecía por mi desgracia, le revelé la miserable historia de mi matrimonio y todo lo que había sucedido después. No recuerdo qué palabras utilicé; no tengo ni idea de qué pude aducir en mi defensa. La sensación de desconcierto y de opresión fue en aumento; hablé cada vez más de prisa, de forma harto confusa, inconscientemente, hasta que de nuevo me sumí en el silencio y recobré el sentido al oír la voz de mi padre. Creo que había llegado a la última parte de mi confesión, a la peor, cuando me interrumpió.

—Ahórrame los detalles —dijo con amargura—; bastante me has humillado, bastante has dicho ya.

Extrajo de la vitrina el libro sobre el cual había depositado la mano anteriormente y con él avanzó hacia su mesa. Hizo una breve pausa, pálido y callado, para abrirlo después por la primera página y tomar asiento en su sillón.

Reconocí el libro en el acto. Era una historia biográfica de su familia, desde la época de sus ancestros más antiguos hasta la fecha de nacimiento de sus propios vastagos. Las

gruesas páginas del volumen en cuarto estaban bellamente ilustradas a la manera de los antiguos incunables; la narración, escrita en bellos caracteres, se había llevado a efecto bajo su estricta supervisión. Ese libro le había costado años de investigación y de perseverancia. Los nacimientos y las defunciones, los matrimonios y las propiedades, las hazañas en combate y las guerras privadas de los viejos barones normandos de los que se sabía descendiente estaban registradas en orden cronológico, página tras página, encabezadas a veces por la mera representacón del arma predilecta de un caballero, otras por una copia de la efigie del barón, tomadas a menudo de las efigies con que habían sido inscritas sus lápidas allá en tierras lejanas. A medida que avanzaba la historia, acercándose a fechas más recientes, en la parte superior de cada hoja se habían engastado bellos retratos miniados; asimismo, las ilustraciones se habían hecho de modo que simbolizasen los méritos más dignos de nota o los gustos peculiares del personaje biografiado. De ese modo, la página dedicada a mi madre estaba rodeada por una cenefa de violetas, sus flores preferidas, que se arracimaban en torno a las últimas, melancólicas líneas, en las que se refería cómo había muerto.

Lentamente y en perfecto silencio, mi padre fue volviendo las hojas del libro que, aparte de la Biblia, más reverenciaba en el mundo entero. Así llegó a la penúltima página ya escrita, la página que, desde donde yo estaba, supe que era la asignada a mi nombre. En la parte superior aparecía un retrato miniado que se engastó en la hoja cuando yo aún era un niño. Debajo figuraba mi fecha de nacimiento, mis nombres, el colegio y la facultad en donde había cursado mis estudios, la profesión que había elegido. Más abajo, un amplio espacio en blanco estaba reservado para reseñar los detalles de mi vida futura. Esa página fue la que contempló mi padre sin decir palabra, con aquella calma espectral en el rostro. Las notas del órgano habían dejado de resonar; los árboles en cambio se mecían tan apacibles como siempre, y el rumor de los carruajes nos llegaba con el alborozo de costumbre. Habían salido a jugar al jardín de la casa contigua unos cuantos niños. Al llegar a nuestros oídos sus voces claras, límpidas, llenas de contento, que no eran sino una modulación más de la canción de agradecimiento a Dios que los árboles entonaban merced a la brisa del verano, vi que mi padre, sin dejar de mirar la página por la que tenía abierto el libro de su familia, tapaba con manos temblorosas mi retrato, como si no soportase contemplarlo más.

Entonces tomó la palabra, sólo que sin alzar la mirada del libro, y más como si hablase para sus adentros que para mí. Su voz, en otras ocasiones clara y amable, brotó con tal aspereza, tan ronca, quizá por la forzada calma y la deliberación con que quiso hablar, que me pareció la voz de un desconocido.

—Vine aquí esta mañana —dijo para comenzar—, preparado para tener noticia de faltas y de infortunios que me atravesarían el corazón, que posiblemente nunca sería capaz de olvidar, por más deseoso e incluso predeterminado que estuviera a perdonar. En cambio, no vine preparado para tener conocimiento de esa ignominia, de esa desgracia que ha caído sobre mí y sobre los míos, por obra de mi propio hijo. No tengo palabras de reprensión ni de condena; el reproche y el castigo ya han caído allí donde residía la culpa, pero no sólo allí. La infamia de mi hijo envilece el derecho que tiene su hermano por nacimiento, y deja a su padre en la más abyecta vergüenza. Inclusive el nombre de su hermana... —Calló con un estremecimiento. Cuando reanudó su discurso, le tembló la voz y agachó la cabeza sobre el pecho—. Volveré a decirlo como lo entiendo: estás por debajo de todo reproche, de toda condena, pero aún tengo un deber que cumplir para con mis dos hijos ausentes y tengo una última palabra que decirte una vez cumpla con ese deber. Sobre esta página... —cuando señaló con el dedo la historia de su familia, su voz recuperó su firmeza—. Sobre esta página hay un espacio en blanco, tras la última anotación, destinado a recoger los futuros acontecimientos de que conste tu vida. Aquí, si aún te reconociera como hijo mío, si aún pensara que tu presencia y la presencia de mi hija son posibles bajo un mismo techo, aquí habría que dejar constancia de un deshonor y una degradación como nunca habían mancillado

Librodot

una sola página de este libro. Aquí habría que dejar sitio al repugnante envilecimiento de tu matrimonio y sus consecuencias, para que se extienda sobre todo lo que antecede y desfigure todo lo que haya de venir después. No, de ninguna manera. Ya no tengo ni fe ni esperanza en ti. Ya sólo te tengo por enemigo mío y de mi linaje; es mera chanza, es hipocresía llamarte hijo; es un insulto para Clara e incluso para Ralph pensar siquiera que eres hijo mío. En este registro queda destruido el sitio que te correspondía; queda destruido para siempre. ¡Quiera Dios que sepa yo arrancar el pasado de mi memoria, tal como arranco esta hoja de este libro!

Mientras hablaba, se hizo la hora en punto y el viejo reloj francés repicó, jubiloso, la misma melodía argentina que tantas veces me había llevado mi madre a escuchar en sus aposentos, en una época ya ida para siempre. El agudo, vivaz campanilleo se mezcló de forma espantosa con el cortante desgarro con que mi padre arrancó del libro que tenía delante toda la hoja destinada a mi nombre. La rompió en pedazos y los arrojó al suelo.

Se puso bruscamente en pie después de cerrar el libro. Se le subió el color una vez más a las mejillas y cuando volvió a tomar la palabra lo hizo con voz tonante en cada una de las cosas que dijo. Fue como si aún desconfiara de su firme decisión de abandonarme a mi suerte, como si en la cólera buscara la fuerza necesaria para mantener un propósito que, de haber estado en calma, quizá le hubiera sido imposible emprender.

—Bien, señor mío —dijo—. A partir de aquí nos trataremos como perfectos desconocidos. Es usted hijo de Mr. Sherwin, no hijo mío. Es usted marido de su hija y no tiene el menor parentesco con mi familia. Póngase en pie igual que yo, que no volveremos a estar sentados en la misma habitación. ¡Escriba! —Me puso delante la pluma, el tintero y el papel—. ¡Escriba aquí mismo cuáles son sus condiciones, que ya encontraré yo el medio de obligarle a cumplir lo que acordemos por escrito! Indique cuáles son los términos de su ausencia, de por vida, de este país. Indique cuáles son las condiciones de su silencio y del silencio de todos sus cómplices. Escriba lo que quiera, señor mío, que estoy dispuesto a pagar lo que haga falta por su ausencia, su secreto, su renuncia al nombre que ha envilecido. ¡Dios mío! ¡Que haya tenido que ver, a mis años, cómo he de negociar para acallar el deshonor de mi familia y negociarlo además con usted!

Hasta este punto le escuché sin suplicar absolutamente nada, pero este último parlamento me sacó de mi desconcierto. Parte de su orgullo aún se agitó en mi corazón, rebelándose contra la amargura con que me zahería su desprecio. Alcé la vista y lo miré a los ojos por vez primera. Aparté el recado de escribir de un codazo y me levanté, listo para marcharme.

—¡Alto! —exclamó—. ¿Pretende acaso insinuar que no me ha comprendido bien?

—Precisamente por haberle comprendido muy bien, señor, precisamente por eso me marcho. Tengo bien merecida su cólera y me he sometido sin protestar, sin un murmullo, a todo lo que su cólera tuviera que infligirme. Si en mi conducta para con usted no ve indicios que mitiguen mi ofensa, si no es capaz de ver la vergüenza y la desdicha que han caído sobre mí con una pena en la que tal vez pudiera mezclarse algo de compasión, tengo, creo yo, el derecho a pedirle que su desprecio sea tal en absoluto silencio, y que las últimas palabras que me dirija no sean palabras de insulto.

—¡Insulto! Después de lo ocurrido, ¿es usted el más indicado para pronunciar esa palabra en el tono en que acaba de pronunciarla? Le vuelvo a decir que insisto en que escriba los términos de su compromiso, tal como insistiría en que lo hiciese un desconocido. ¡Y pienso quedarme con ese escrito antes de que salga usted de este despacho!

—Haré todo lo que ese degradante escrito de compromiso pueda entrañar y más aún, si es preciso. Sin embargo, aún no he caído tan bajo como para ceder a un soborno para cumplir con un deber. Puede usted olvidar si quiere que es mi padre, que yo no pienso olvidar nunca que soy su hijo.

Librodot

—Ese recuerdo no le valdrá de nada al menos mientras yo siga con vida. Le repito una vez más que insisto en tener su compromiso por escrito, aun cuando sólo fuera para demostrar que he dejado de creer en su palabra. ¡Escriba, le digo! ¿Me está escuchando? ¡Escriba de una vez!

No me moví y tampoco contesté. Volvió a cambiarle la cara; se puso lívido. Le temblaban los dedos convulsamente y arrugó la hoja de papel cuando intentaba retirarla de la mesa.

—¿Se niega? —dijo, al final.

—Ya le he dicho, señor...

—¡Pues, márchese! —me interrumpió, a la vez que señalaba enardecidamente la puerta—. ¡Vayase de esta casa para nunca más volver! ¡Vayase, y no como un desconocido, sino como un enemigo! No tengo ni un ápice de fe en ninguna de las promesas que ha hecho; no hay una sola bajeza de la que no le crea perfectamente capaz de ser culpable. Sin embargo, una cosa quiero advertirle a usted y a todos los desdichados con que se ha confabulado: dispongo de riqueza, de poder, de una muy buena posición social y no pienso abstenerme de darles los usos que fuera necesario para arruinar al hombre o a la mujer que amenace el buen nombre de esta familia. Vayase, recuerde lo que acabo de decirle y no vuelva a verme nunca más.

Cuando pronunciaba su última palabra, cuando ya tenía yo la mano sobre el pomo de la puerta, se oyó un débil sonido —a caballo entre un susurro y una palabra— por la parte de la biblioteca. Se sobresaltó, miró en derredor. Sin saber qué me impelió, me detuve cuando ya estaba a punto de marcharme. Mis ojos siguieron su mirada, hasta clavarse en la puerta entelada que daba paso a la biblioteca.

Se abrió una ranura, se cerró de nuevo, se abrió de par en par. Despacio, sin hacer ruido, Clara entró en el despacho de mi padre.

El silencio de su repentina entrada en un momento así, la mirada de terror que convirtió en sobrecogedora desolación la suavidad y la blandura de sus ojos, su rostro palidísimo, su vestido blanco, sus pasos lentos y sigilosos, hicieron que su aparición en el despacho pareciera punto menos que sobrenatural. ¡Fue como si hacia nosotros caminara una aparición y no Clara en persona! A medida que se acercaba a mi padre, éste pronunció su nombre con evidente asombro, aunque la voz se le quedó en un susurro al pronunciarlo. Por un momento, ella hizo una pausa vacilante —la vi temblar cuando le miró a los ojos— y, cuando volvió hacia mí la vista, volvió a ser la muchacha valerosa de siempre. Me tomó de la mano y se plantó a mi lado, mirando cara a cara a mi padre.

—¡Clara! —exclamó otra vez, de nuevo en un susurro.

Noté que su mano helada tomaba con fuerza la mía. El tacto de sus dedos frágiles, gélidos, casi me resultó doloroso. Movió los labios, pero su rápida, histérica respiración hizo que las pocas palabras que dijo resultaran incomprensibles.

—¡Clara! —repitió mi padre por tercera vez, en voz más alta, aunque de nuevo se le quebró cuando siguió hablando—. Clara —dijo con tristeza y amabilidad—, suéltale la mano. No es momento de que estés aquí presente y te ruego que nos dejes a solas. ¡No debes tomarle de la mano! Ha dejado de ser mi hijo, ha dejado de ser tu hermano. ¡Clara! ¿Es que no me oyes?

—Sí, señor. Le oigo —respondió—. Pero quiera Dios que mi madre allá en el cielo no le haya oído.

Él se acercaba cuando ella respondió, pero sus palabras le hicieron quedarse clavado en el sitio, para apartar después la mirada de nosotros. A saber qué recuerdos de tiempos lejanos le atravesaron el corazón.

—Acabas de decir, Clara, algo que nunca debieras haber dicho —siguió diciendo sin levantar la vista del suelo—. Tu madre... —le falló la voz una vez más—. ¿Aún puedes tomarle de la mano después de lo que he dicho? Te repito una vez más que es indigno de estar en tu presencia; mi casa ha dejado de ser la suya. ¿Es que debo ordenarte que lo dejes?

Prevaleció el instinto de la amabilidad y la obediencia que tan hondo había arraigado en ella; me soltó la mano, pero por el momento no se movió de mi lado.

—Ahora, déjanos solos, Clara —siguió él—. Te has equivocado, amor mío, al estar en la habitación de al lado; te has equivocado al entrar ahora aquí. Hablaré contigo después, en tus aposentos. Es preciso que no te quedes ni un instante más.

Entrelazó los dedos temblorosos de ambas manos y emitió un profundo suspiro.

—No puedo marchar, señor —dijo rápidamente, sin aliento.

—¿Tendré que decirte por primera vez en tu vida que estás actuando de forma desobediente? —le preguntó.

—No puedo marchar —repitió ella, igual que antes— hasta que le haya dicho, padre, que le permitirá expiar su ofensa y que le perdonará.

—¡No hay expiación, no hay perdón que pueda lavar su ofensa, Clara! Te encuentro muy cambiada, ahora que osas desobedecerme a la cara.

Se alejó de nosotros dos al decir estas palabras.

—¡Oh, no! ¡No! —Clara salió corriendo detrás de él, pero se detuvo a mitad de camino y me miró, temerosa y compungida. Yo seguía ante la puerta—. ¡Basil! —exclamó—. ¡No has hecho lo que me prometiste! ¡No has tenido paciencia! ¡Oh, señor! ¡Si alguna vez he merecido yo gozar de su amabilidad, tenga amabilidad con él, aunque no sea más que por mí! ¡Basil! ¡Di algo, Basil! Pídele perdón, arrodíllate. Padre, yo le prometí que obtendría su perdón siempre y cuando yo se lo pidiera. ¿Cómo? ¿Ninguno de los dos dice nada? ¡Basil! No te marcharás aún, ¿verdad? ¡No te marches, no! Recuerde, señor, que él siempre ha sido bueno y afectuoso conmigo. Mi pobre madre (y perdóneme, pero debo hablar de ella), mi pobre madre lo tenía por su hijo predilecto, usted mismo me lo ha dicho. ¡Y siempre ha sido mi hermano favorito, creo que precisamente porque mi madre lo amó tanto! ¡No es más que su primera falta! ¡Su primer motivo de pesar! ¿Solamente por eso va a decirle que nuestra casa ya no será nunca más la suya? ¡Castigúeme a mí, señor! Yo he obrado mal como él; cuando les oí hablar tan alto, agucé el oído desde la biblioteca. ¡Se marcha! ¡No, no, no! ¡Todavía no, por favor!

Corrió hasta la puerta de la calle cuando yo ya la tenía abierta y la cerró de un golpe. Sobresaltado por la violencia y la agitación que se habían apoderado de ella, mi padre se dejó caer en un sillón mientras hablaba.

—¡Vuelve! ¡Vuelve conmigo, arrodíllate ante él! —me susurró mirándome con sus ojos despavoridos, sin una sola lágrima ya, y me abrazaba por el cuello con los dos brazos, procurando alejarme de la puerta—. ¡Vuelve te digo, o me volveré loca! —repitió en voz alta, arrastrándome hacia mi padre.

Él se levantó inmediatamente de su sillón.

—Clara —dijo—, te ordeno que lo dejes. —Dio unos pasos hacia mí—. ¡Márchate! ¡Si aún tienes algo de hombría a pesar de tu villanía, sabrás ahorrarme todo esto!

—Te escribiré —le susurré al oído—, te escribiré, amor. —Y me desembaracé de sus brazos, que ya me sujetaban prácticamente sin fuerza. Cuando salí por la puerta, me volví un momento para mirar por última vez el interior.

Clara se hallaba en brazos de mi padre, con la cabeza apoyada contra su hombro y el rostro tan inmóvil, tan quieto en su celestial sosiego, como si ya no supiera qué estaba viendo,

Librodot

como si la luz que lo bañaba fuese la luz derramada por los ojos de los ángeles. Se había desmayado.

Él estaba de pie con un brazo en torno a ella; con la mano libre buscaba a tientas, a sus espaldas, el cordón de la campanilla. Miraba fijamente, angustiado y lleno de amor a rebosar, aquel rostro apacible, acallado en la tristeza del reposo tan cerca del suyo. Por un instante lo vi de esa manera y cerré la puerta. Acto seguido, me había marchado de su casa.

Nunca volví a entrar en ella. Nunca he visto a mi padre desde entonces.

Librodot

IV

En condiciones normales, por muy bien que nos conozcamos a nosotros mismos, rara vez somos capaces de entender qué íntimamente llega a adherirse esa parte espiritual e inmortal de nosotros a los objetos más comunes que nos rodean, a ese mundo exterior que nos circunda y que es, en cambio, perecedero. En un ovillo enredado, las hebras más finas son las más difíciles de seguir. Al analizar las asociaciones y las simpatías que regulan el trasiego de nuestras pasiones, las más sencillas y las más domésticas son las últimas que detectamos. Sólo cuando sobreviene el susto, sólo cuando la mente se encoge ante el pavor, cuando el júbilo se transforma en tristeza, o la tristeza en júbilo, sólo entonces sabemos discernir qué banalidad del mundo exterior ha pasado a engrosar nuestros más nobles placeres intelectuales o nuestras más severas tribulaciones; átomos que el remolino arrastra a su vórtice, con tanta codicia y tanta seguridad como las masas de mayor tamaño. Me estaba reservado entender esto cuando, al cabo de un momento de pausa ante la puerta de la casa de mi padre, más desamparado que el más pobre de los desdichados con que hubiera podido cruzarme por las calles, que sin duda tendría esposa o parientes que le dieran cobijo aquella noche en una mísera buharda, encaminé mis pasos casi sin darme cuenta, como antaño, en dirección a North Villa.

De nuevo recorrí el paisaje de la peregrinación, rumbo siempre al mismo santuario, que realicé a diario durante un año entero. Ahora, por vez primera, entendí que apenas había un solo rincón a lo largo del camino que no hubiera revestido de belleza, que no hubiera convertido inconscientemente en un lugar muy grato a mi corazón, debido a que de un modo u otro lo relacionaba con Margaret Sherwin. Allí estaba el acogedor y familiar escaparate, repleto de baratijas resplandecientes, que tantas veces me había tentado a comprarle un regalo cuando iba camino de su casa. Allí estaba la ruidosa esquina entre dos calles, desprovista de todo adorno, pero que fue a mis ojos un prodigio de arquitectura de ensueño, porque sabía que en ese punto había recorrido la mitad del camino que separaba mi casa de la suya. Más adelante, aparecían los árboles del parque, árboles que ni la decadencia del otoño ni la desnudez del invierno podrían haber convertido en algo gris, aburrido, durante todo aquel tiempo pasado, y solamente porque los dos habíamos caminado juntos bajo sus copas. Más lejos estaba la curva que llevaba de la larga carretera de las afueras a Hollyoake Square, el solitario y blanquecino, polvoriento paraje en torno al cual mi felicidad pretérita y mis agotadas esperanzas habían echado a perder sus ilusiones doradas, como joyas que colgasen en torno a la desabrida estatua de un santo romano labrada en madera tosca. Deshonrado y arruinado, en medio de asociaciones mentales como éstas, tan íntimas que apenas había reparado en ellas en una época anterior, transité por el camino de North Villa, que me sabía de memoria.

Seguí caminando sin titubear, sin pensar siquiera en darme la vuelta. Había afirmado que el honor de mi familia no se resentiría por la calamidad que me había acaecido a mí; mientras siguiera vivo, determiné que nada ni nadie me impedirían cumplir mi palabra. A raíz de esa resolución extraje la fe en mis fuerzas, la confianza en mi resistencia, la calma sustentadora a pesar de la sentencia de repudio de mi padre, que me dieron renovados ánimos para proseguir. Inevitablemente tenía que ver a Mr. Sherwin (¡quizá aguantar también la humillación de verla a ella!); inevitablemente debía decirle las palabras, revelarle las verdades que le mostrasen a las claras que todo engaño sería inútil en lo sucesivo. Tenía que hacerlo a la fuerza; más aún, tenía que estar preparado para salvaguardar a la familia a la que, a pesar de haber sido expulsado de su seno, yo seguía perteneciendo y evitar así toda conspiración que contra ellos pudiera haber forjado un delito ya descubierto, una desvergonzada codicia, ya fuera por deseo de venganza o por esperanza de obtener una ganancia sustancial. Sería una ardua tarea, poco menos que imposible. Pero era, pese a todo, una tarea que yo debía realizar.

Librodot

Tuve muy presente esta inapelable necesidad, no ya por ser mi deber, sino porque me ofrecía refugio de otro pensamiento que de momento no me atrevía a encarar. El rostro aquietado y palidísimo que había visto apoyarse sobre el hombro de mi padre... ¡Clara! Por ese camino nada más encontraría esa tristeza que sólo debilita, el anhelo y el terror que tanto se acercan a la desesperanza. Ese camino no era el que yo debía seguir.

La criada estaba en la cancela de North Villa; era la misma criada a la que había visto y había interrogado en los primeros días de mi fatal engaño. En aquel momento, recibía una carta de un hombre que iba vestido de forma muy lamentable, y que se alejó a buen paso cuando yo me acercaba. Cuando me hizo pasar, su confusión y su sorpresa eran tan notables que a duras penas pudo mirarme, y a duras penas me saludó. Sólo cuando ya ascendía las escaleras me dirigió la palabra.

—Miss Margaret... —¡Todavía le daba ese nombre!—. Miss Margaret está arriba, señor. Supongo que deseará...

—No deseo verla a ella. Deseo hablar con Mr. Sherwin.

Más desconcertada e incluso más aterrada que antes, la muchacha abrió apresuradamente una de las puertas del pasillo. Nada más entrar, comprendí que la muchacha, en su confusión, me había hecho pasar a la estancia a la que no debía. Allí dentro se encontraba Mr. Sherwin, que a toda velocidad corrió una cortina sobre la parte más alejada, quizá para ocultar algo a mi vista, algo que, de todos modos, yo no había visto cuando entré.

Avanzó hacia mí tendiéndome la mano, si bien sus inquietos ojos vagaron sin firmeza ninguna por la estancia, apartando de mí la mirada para dirigirla hacia la cortina.

—Así que por fin ha venido, ¿eh? Estupendo, pasemos a la sala. Sucede que... Vaya, ahora que lo pienso, ya le he referido por escrito...

Se calló de golpe, y la mano que me tendía cayó inerte, pegada a su costado. Yo no había dicho ni palabra. En mi aspecto, en mi talante, algo debió de hacerle entender a qué había ido yo de visita.

—¿Por qué no dice nada? —exclamó, tras una pausa—. ¿Por qué me mira de ese modo? ¡Basta! Hablemos en la otra sala. Pasó por delante de mí y entreabrió una puerta. Me pregunté por qué estaría tan ansioso por alejarme de allí. ¿Qué escondía tras la cortina? O, quizá, ¿a quién? La criada había dicho que su hija estaba en la planta de arriba. Me acordé de este detalle y, por sospechar de todos y cada uno de sus actos, de todas y cada una de sus palabras, decidí permanecer en aquella estancia y descubrir su secreto. Se trataba de algo obviamente relacionado conmigo.

—Vamos, pues —prosiguió a la vez que abría la puerta un poco más—; sólo hay que pasar al otro lado del vestíbulo, ya lo sabe usted, y siempre recibo a mis visitas en la mejor sala de la casa. —Me han hecho pasar aquí —repuse—, y no tengo ni tiempo ni ganas de andar siguiéndole de una estancia a otra, según se le antoje. Lo que debo decirle no nos llevará mucho; así pues, a menos que me dé una buena razón para no hacerlo, se lo pienso decir aquí mismo.

—Lo dirá aquí mismo, ¿verdad? Pues déjeme decirle que eso es exactamente lo que nosotros, los sencillos hombres de negocios, tenemos por una desconsideración inaceptable. Una desconsideración, desde luego que sí, o una falta de cortesía, según prefiera.

Entendió que yo estaba resuelto a quedarme, así que cerró la puerta a medida que hablaba. Las facciones le temblaban con violencia, y sus ojos perversos y veloces volvieron a mirar hacia la cortina.

—En fin —prosiguió, con un aire de malhumor y de desafío—, sea como usted quiera. Aquí nos quedamos, aunque pronto deseará no haberlo hecho, me apuesto lo que sea. No parece que se dé usted mucha prisa en hablar, de modo que me sentaré ahí mismo. Usted haga

Librodot

lo que quiera. ¡Vamos! Abrevie y vaya al grano. ¿Viene usted en son de paz, a pedirme que indique a mi hija que baje a recibirle, a mostrarse como un caballero, o no?

—Me ha escrito usted dos cartas, Mr. Sherwin.

—Así es. Y me he cuidado muy mucho, vaya que sí, de que las recibiera. Yo mismo las dejé en su domicilio.

—Cuando escribió esas cartas, una de dos: o estaba usted tremendamente engañado, en cuyo caso sólo podré tener la lógica compasión de usted, o bien...

—¡Compasión! ¿Qué demonios pretende decir con eso? Aquí nadie quiere su compasión, señor mío.

—O bien ha intentado engañarme, en cuyo caso debo decirle que todo engaño es inútil de ahora en adelante. Lo he sabido todo; sé más de lo que usted pueda suponer, más incluso, creo yo, de lo que hubiera deseado que supiera.

—Vaya, así que esa táctica traemos, ¿eh? ¡Por Dios que no me esperaba más desde que lo vi entrar por la puerta! ¡Vaya! Entiendo que no tiene usted ninguna fe en mi hija, ¿no es eso? Se las piensa dar de tímido y conducirse como un granuja, ¿verdad? ¡Pues maldita sea su infernal frialdad, su aire aristocrático! ¡Ya verá usted cómo me las gasto, ya lo verá! ¡Ya verá cómo quedamos a la par! ¡Ja, ja! Mire, eche un vistazo: aquí tengo el certificado matrimonial, sano y salvo en mi bolsillo. No será usted el hombre de honor que dijo ser a la cara de mi pobre hija, ¿verdad que no? ¡Pues más le valdría, porque a punto estoy de presentarme en casa de su padre para explicarle todo el asunto! ¡A punto estoy, como que me llamo Sherwin!

Aporreó la mesa con el puño y se puso en pie de un brinco, lívido y apasionado. La cortina tembló un poco y se oyó desde el otro lado un levísimo rumor en el instante en que Mr. Sherwin avanzaba hacia mí. Se detuvo en el acto, soltó un juramento y volvió la vista atrás.

—Le advierto que se quede donde está —dije—. Hoy mismo, mi padre lo ha sabido todo de mis labios. Me ha desheredado y he tenido que marcharme de su casa para siempre.

Se dio la vuelta de inmediato, mirándome con una cara que era pura mezcla de furia y desazón.

—¡Entonces es que viene a verme convertido en un mendigo! —reventó—. ¡Es usted un mendigo que ha querido engañarme con su espléndida familia, sus espléndidas perspectivas en esta vida! ¡Un mendigo que ni siquiera podría dar sustento a mi hija! Sí, lo diré de nuevo: un mendigo capaz de mirarme a la cara y de hablarme como usted me habla. ¡Me importa un comino su señor padre! ¡Sé cuáles son mis derechos! ¡Soy un ciudadano inglés, gracias a Dios! ¡Y sé cuáles son los derechos de Margaret! ¡Haré que prevalezcan a pesar de ustedes dos! ¡Sí! Míreme con todo el enojo que quiera, que las miradas no matan. ¡Yo soy un hombre honesto y mi hija es una muchacha honesta!

Lo estaba mirando en ese momento con todo el desprecio que de veras sentía y su cólera no produjo otra sensación en mí. Todas las emociones de más altura, de más rapidez, parecían haber quedado secas en su fuente debido a los sucesos de aquella mañana.

—Le digo que mi hija es una muchacha honrada —repitió, a la vez que se sentaba de nuevo—, y le reto a usted, o a quien quiera, me da lo mismo, a que demuestre lo contrario. Me dice usted precisamente ahora que ya lo sabe todo. ¿A qué se refiere? ¡Vamos, hombre! Resolvamos esto antes de pasar a lo demás. Ella dice que es inocente y yo sostengo que lo es. Y si pudiera encontrar a Mannion, a esa sabandija, si pudiera traerlo aquí, le obligaría a decir lo mismo. Después de lo ocurrido, ¿qué tiene usted en contra de ella, en contra de la mujer que es por ley su propia esposa, y que yo le obligaré a reconocer y a mantener como tal?

—No estoy aquí para hacer preguntas, ni tampoco para contestar a las suyas —repuse—. He venido a esta casa solamente para hacerle saber que las miserables falsedades que vertía

Librodot

usted en sus cartas le valdrán de muy poco, de tan poco como la repugnante insolencia del lenguaje con que ahora se empeña en sostenerlas. Le he dicho antes que lo sé todo y se lo vuelvo a repetir. Estuve en aquella casa antes de toparme con su hija en la puerta; les oí decir a los dos palabras tan vergonzosas y tan miserables que usted no podría comprender, y que tampoco podrá obligarme a repetir ahora. Para la doblez que ha demostrado usted en el pasado, para la violencia que ahora me demuestra, no tengo más que una respuesta: no pienso volver a ver a su hija nunca más.

—¡Pues claro que habrá de verla, claro que sí! ¡Y habrá de mantenerla como es debido! ¿O es que piensa que no me doy cuenta de lo que pretende insinuarme? Su padre le ha dejado sin un mísero chelín, y ahora pretende ganarse de nuevo sus favores con una desmedida acusación contra mi hija. ¡Así es como pretende lavarse las manos, señor mío! ¡Pero nada de eso, ni hablar! Se ha casado usted con ella, y por eso seguirá con ella. ¿No entiende que antes prefiero creer lo que ella me dice, al lado de lo que me dice usted? ¿O es que de veras cree que pienso tolerar todo esto? Ahí arriba está, con el corazón destrozado, y a mi cargo; ahí está mi esposa —de pronto se le quebró la voz al decirlo—, en tal estado de nervios que ni siquiera puedo atender mis negocios, ya que día tras día he de cuidar de ella; aquí me veo, en medio de todo este llanto y crujir de dientes en mi propia casa, solamente porque usted ha querido portarse como un granuja. ¿Cree de veras que voy a tolerarlo sin decir ni pío? ¡Pienso obligarle a cumplir sus deberes con mi hija, sobre todo si ella apela ante un tribunal contra usted! ¿Quién va a creerse su versión de los hechos? ¿Quién va a creerse que una jovencita como Margaret podría haberse prendado de un sujeto como Mannion, y haberlo mantenido en secreto sin que usted se enterase? ¿Quién va a creerlo, dígame?

—Yo lo creo.

La voz que pronunció esas palabras fue la de Mrs. Sherwin.

En cambio, la figura que salió de detrás de la cortina, ¿era realmente la misma figura frágil y encogida que en el pasado tan a menudo me había inspirado compasión? ¿Era esa misma figura pálida, la viva imagen de la enfermedad y de la pena, que siempre vigiló desde el fondo las fatales escenas de amor que tuvieron lugar en North Villa, siempre como una sombra espectral, cuando oscurecía el atardecer y estaba yo sentado junto a Margaret?

¿O acaso había soltado el cementerio a sus muertos? Me quedé sobrecogido, sin poder hablar, ni moverme siquiera, mientras ella avanzaba hacia mí. Iba vestida de blanco, como viste quien se halla en el lecho del dolor, aunque en ella esas vestiduras pareciesen una mortaja. Su figura, que yo sólo recordaba encorvada por la enfermedad y la vejez prematura, venía convulsamente estirada en toda su estatura; llevaba los brazos pegados a los costados, como los de un cadáver; la palidez natural de su rostro había adquirido un matiz terroso; su expresión natural, tan mansa y tan paciente, tan melancólica en su tristeza ajena a toda queja, había desaparecido, y en su lugar quedaba una quietud dolorida e inmutable, un fatigado reposo, como si estuviera en vela, pero sin vida: era el espantoso sello de la muerte estampado sobre el rostro de un vivo, y era la espantosa mirada de la muerte la que salía de aquellos heladores ojos relucientes.

Su marido se quedó en su sitio y le habló cuando ya se hallaba ella frente a mí con tono visiblemente alterado, aunque con tan poco sentimiento como siempre.

—¡Ahí lo tiene! —dijo—. ¿No decía estar completamente segura de que vendría? Pues ahí está. ¿No decía que no pensaba guardar cama hasta que lo hubiera visto, hasta que hubiera hablado con él? Bien, pues ahí lo tiene. Ha venido mientras dormía usted y le he permitido quedarse, de modo que si usted despertase y deseara estar con él pudiera hacerlo sin cortapisas. Así no podrá decir, ni usted ni nadie, que no he cedido a sus caprichos, ¿eh? Se ha salido usted con la suya; ya ha dicho que le cree, así que, si llamo a la enfermera, ¿querrá usted subir al piso de arriba sin preocuparse más de nada?

Ella lo miró y negó lentamente con un gesto de cabeza. Cuando sus ojos moribundos se encontraron con los de él, cuando ese rostro sobre el que la luz de la vida se apagaba rápidamente se volvió hacia el suyo, hasta su grosera naturaleza acusó el sobresalto. Lo vi encogerse; sus cetrinas mejillas palidecieron, apartó su silla al otro lado y no dijo más.

Ella me miró de nuevo y tomó la palabra. Su voz seguía siendo la misma voz suave y baja de siempre. Daba miedo ver qué poco había cambiado, por contraste con el modo en que había cambiado su cara.

—Me estoy muriendo —me dijo—. Muchas noches han pasado desde aquella noche en que Margaret volvió sola a casa, desde aquella noche en que sentí que algo crujía en mi interior nada más verla y supe que aquello que en mi corazón crujía era la muerte. Muchas noches han pasado desde que me acostumbré a recitar mis oraciones pensando que sería ya la última vez que las recitara antes de cerrar los ojos en la oscuridad, en la quietud. Hasta hoy he vivido muy fatigada de mi vida desde aquella noche en que Margaret volvió sola; sin embargo, no me podía morir, porque me quedaba por realizar un acto de contrición ante usted, y porque usted nunca se acercaba a oírme, a perdonarme. No estaba yo lista para que Dios se me llevase hasta que viniera usted, de sobra lo sé, y lo sé como sé aún distinguir la verdad de los sueños.

Hizo una pausa sin quitarme los ojos de encima, pero con la misma expresión ausente. En sus ojos ya nada se notaba, pero le quedaba la voz.

—Mi marido ha preguntado que quién iba a creerle —siguió diciendo y su débil tono de voz fue ganando fuerza con cada palabra que acertaba a pronunciar—. Yo he contestado que le creo, pues ha dicho usted la verdad. Ahora que la luz de este mundo ya escapa de mis ojos y aquí, en este hogar terrenal en el que tanta pena y tanto sufrimiento he vivido, aunque bien pronto he de marchar, en presencia de mi marido, bajo el mismo techo que cobija a mi hija pecadora, yo, su madre, debo decir de ella que Margaret Sherwin es culpable y que no es digna de ser tenida por su esposa.

Pronunció las últimas palabras muy despacio, con nitidez, solemnemente. Hasta que no hizo esa temible denuncia, su marido se mostró malhumorado y suspicaz en su manera de mirarnos; una vez lo hubo dicho, bajó la vista y apartó la cabeza en completo silencio.

—De esta habitación saldré para tenderme en mi lecho de muerte. Las últimas palabras que diga en este mundo se las diré a mi marido y valdrán para que cambie su actitud hacia usted. He sido débil en mis propósitos —al decirlo, una extraña dulzura y una notable lástima se adueñaron de su voz—, he sido miserable, culpablemente débil durante toda mi vida. Las tristezas y el dolor, las decepciones que viví de joven me causaron grandes perjuicios, de los que nunca he podido recobrarme. Siempre he vivido con gran temor de los demás, en continuas dudas de mí, y esto me ha llevado a ser culpable de un gran pecado contra usted. ¡Perdóneme antes de morir! Sospeché de la culpa que se estaba fraguando poco a poco, presentí la vergüenza que había de producirse; ellos la ocultaron a ojos de los demás, pero ya desde el primer momento no pudieron ocultármela a mí; sin embargo, nunca le advertí a usted, como debiera haberle advertido. ¡Pero ese hombre tenía sobre mí el poder de Satán! Siempre me estremecía en su presencia, tal como me estremecía en la oscuridad cuando era una niña. Mi vida no ha sido más que miedo: miedo de él, miedo de mi esposo e incluso miedo de mi hija, y miedo, peor incluso, de mis propios pensamientos, de lo que había descubierto, de lo que siempre debiera haberle dicho. Cuando intenté hablarle, usted fue demasiado generoso para entender mis palabras. Y me daba miedo pensar que mis sospechas eran ciertas, mucho después de que ya no debieran ser sospechas. ¡Qué desdicha! ¡Qué desdicha, ay, desde entonces hasta hoy mismo!

Se quedó sin voz unos instantes, ahogada en débiles, inaudibles murmullos. Se esforzó por recuperar la voz y repitió, en un susurro:

Librodot

—¡Perdóneme antes de morir! He realizado un terrible acto de contrición; he tenido que dar testimonio contra la inocencia de mi propia hija. ¡De mi propia hija! No me atrevo siquiera a pedir a Dios que la bendiga si me la traen junto a mi lecho de muerte. ¡Perdóneme! ¡Perdóneme antes de morir!

Me tomó de la mano y se la llevó a los labios helados. Las lágrimas me asomaron en tropel a los ojos cuando intenté decirle algo.

—¡No llore, no llore por mí! —murmuró, con gentileza—. Basil... Permítame llamarle como le llamaría su madre si aún estuviese viva. ¡Basil! ¡Ruegue por que sea yo perdonada en la terrible Eternidad a la que voy, tal como usted me ha perdonado! Y ella... ¡ay! ¿Quién rezará por ella cuando yo haya muerto?

Ésas fueron las últimas palabras que la oí pronunciar. Agotada, sin fuerzas para seguir hablando aunque no fuera más que en un susurro, intentó tomarme de la mano y expresar mediante un gesto su irrevocable despedida. Sin embargo, le fallaron las fuerzas; le fallaron de repente. Su mano se desplazó mínimamente hacia la mía, se detuvo, tembló en el aire, cayó a su costado, con los dedos distorsionados y apretados. Se tambaleó allí donde estaba y perdió el conocimiento cuando ya extendía yo los brazos para sostenerla.

Su marido se levantó con fastidio y la tomó de mis brazos. Cuando su mirada topó con la mía, el malhumor y la compostura de su semblante dieron paso por un momento a una expresión de maligna victoria.

—Si no cambia de tono para mañana mismo... —me susurró. Hizo una pausa y, sin terminar la frase, se la llevó bruscamente.

Cuando se volvió su rostro hacia el punto en que me encontraba, mientras él se la llevaba en volandas, me pareció ver que sus ojos fríos y su expresión ausente se ablandaban al posarse sobre mí, adquiriendo con ternura la vieja mirada de paciencia y de tristeza que tan bien recordaba yo. ¿Me engañó acaso mi imaginación? ¿Acaso brilló por última vez en la tierra la luz de ese manso espíritu, al despedirse, como una última señal dedicada al mío? Para mí ya había desaparecido, para siempre, antes de que me diera tiempo de acercarme y comprobarlo.

* * *

Posteriormente tuve conocimiento de cómo murió.

Durante el resto del día y a lo largo de la noche yació sin poder decir palabra, pero viva aún. A la mañana siguiente, su débilísimo pulso aún palpitaba. A medida que transcurría el día, los médicos le aplicaron nuevos estimulantes y la observaron boquiabiertos, ya que doce horas antes habían predicho que fallecería de un momento a otro. Cuando comentaron esta anomalía con su marido, éste dio muestras de hallarse muy alterado; todos los presentes repararon en lo inexplicable de su conducta. Se negó a creer con manifiesta hosquedad que su vida realmente estuviera en peligro; más o menos acusó a todos los que le hablaron de su muerte de pretender imputarle el haberla maltratado y de haber sido así la causa directa de su enfermedad; por si fuera poco, reivindicó con gran enojo su conducta intachable, interpelando a todos los que rodeaban a la moribunda, incluidos los criados, sobre la indulgencia que él había tenido ante el capricho de su esposa, ante su interés por verme cuando visité la casa, y sobre la paciencia que él tuvo mientras ella (dicho con sus propios términos) desvariaba al empeñarse en hablar conmigo. Los médicos, al tener la sospecha de que su inquieta conciencia lo estaba acusando en público, aguantaron a pesar de su evidente disgusto todas sus protestas. Lo rehuyeron todos los presentes en la casa, salvo cuando se refugió en la habitación de su hija.

Librodot

Poco antes de mediodía, al segundo día, Mrs. Sherwin se repuso bastante gracias a los estimulantes que le habían sido administrados y aprovechó ese momento para pedir una entrevista a solas con su marido. Tanto por sus palabras como por su aplomo, puso en entredicho la afirmación de éste, que se había empeñado en decir a todos que ya no estaba en pleno dominio de sus facultades. Todos los presentes se percataron de que, cuando tuvo fuerzas para hablar, no desvarió en ningún momento. Su marido salió de la estancia más inquieto y más irritable que nunca, más quejoso y más suspicaz de las palabras y las miradas de todos los presentes; fue de inmediato a buscar a su hija y le ordenó presentarse a solas junto al lecho de su madre. Al cabo de pocos minutos, la hija salió pálida y violentamente agitada, y se le oyó decir que la moribunda le había hablado de forma tan inaudita y tan pasmosa que no estaba dispuesta a entrar de nuevo en esa habitación hasta que su madre se hubiese restablecido. ¡Restablecido! En ese punto estaban de acuerdo el padre y la hija; los dos afirmaron que no estaba muriéndose, sino que había enloquecido.

A lo largo de la tarde, los médicos ordenaron que no se permitiese a Mrs. Sherwin ver a su marido ni a su hija sin su permiso. Prácticamente no hubiera sido necesario tomar semejante precaución para preservar la tranquilidad de sus últimos momentos en la tierra. Cuando el día ya declinaba, de nuevo perdió el conocimiento: vivía porque aún no había muerto, pero nada más. Persistió hasta última hora de la tarde en ese estado en calma, con los ojos apaciblemente cerrados y con la respiración tan superficial que apenas resultaba audible. Ya se hacía de noche, y se prendió una vela en la habitación de la enferma, cuando la criada que se ocupaba de atenderla apartó la cortina para mirar a su señora; aunque tenía los ojos cerrados, se fijó en que sonreía. La muchacha se volvió para llamar a la enfermera. Cuando de nuevo apartaron las cortinas, había fallecido.

* * *

Permítaseme volver al día de mi última visita a North Villa, pues faltan sucesos por relatar antes de que mi narración pueda pasar al día siguiente.

Después de cerrarse la puerta, a sabiendas de que había visto a Mrs. Sherwin por última vez en este mundo, permanecí unos minutos a solas, hasta que hube aclarado mis ideas lo suficiente para salir de nuevo a la calle. Según caminaba por el jardín hacia la cancela, la criada que había visto cuando llegué vino corriendo tras de mí y me rogó con verdadera ansiedad que esperase un minuto y que hablase con ella.

Cuando me detuve y miré a la muchacha, la vi que rompía a llorar.

—Me temo que he hecho mal, señor —sollozó—, sobre todo en un momento tan delicado, cuando mi pobre señora está a punto de morir. Señor, si no le importa, es mi deber contárselo todo.

Le di unos instantes para que recobrase la compostura y le pregunté qué me quería decir.

—Cuando llegó a la casa, hace sólo un rato —siguió diciendo—, creo que vio usted a un hombre que me dejaba una carta, ¿no es así?

—En efecto, le vi.

—Esa carta estaba dirigida a Miss Margaret, señor. Yo debía haberla guardado en secreto y... Y ni siquiera es la primera carta que he recibido para entregársela en secreto. Hace ya varias semanas, señor, que ese mismo hombre vino a entregar una carta; de paso, me dio un dinero a cambio de que su carta no la viera nadie más que Miss Margaret. En aquella ocasión, señor, el hombre se quedó a la espera y ella me indicó que bajara con una respuesta que le entregué, también en total secreto. Ahora ha llegado esta otra carta, no sé de quién

Librodot

viene, pero aún no se la he dado a ella. He esperado hasta mostrársela, señor, y por eso he salido, porque...

—¿Por qué, Susan? Dime sinceramente por qué.

—Espero que no se lo tome a mal, señor, si le digo que por llevar tanto tiempo al servicio de la familia a la fuerza sé algo de lo que han sido Miss Margaret y usted el uno para el otro, y que también sé que algo malo ha ocurrido últimamente entre ustedes; por eso, señor, me parece muy mal, muy deshonesto por mi parte (sobre todo después de haberle ayudado a conocerla), dedicarme a entregarle cartas de un desconocido sin que usted lo sepa. Puede que sean cartas muy perjudiciales. No quisiera decir nada que pasara por una falta de respeto, ni que tampoco fuese propio del lugar que ocupo, pero...

—Sigue, Susan. Puedes hablarme con toda la libertad con que siempre me has hablado y puedes decir la verdad que siempre me has dicho.

—En fin, señor. Miss Margaret ha estado muy alterada desde aquella noche en que volvió sola a la casa, asustándonos tanto. Se ha encerrado en su habitación y no ha querido hablar con nadie, salvo con el señor; es como si no le importase nada lo que pudiera suceder, y cuando me toca atenderla, me mira de tal manera que casi me da miedo estar con ella en la misma habitación. No la he oído mencionar su nombre, señor, ni una sola vez, y temo que algo tenga en mente, algo que no debiera tener. El hombre que deja esas cartas es un hombre muy desaseado. ¿Querría, por favor, echarle un vistazo y decirme si le parece bien que se la suba a su habitación?

Me entregó una carta. Dudé antes de tomarla.

—¡Señor! ¡Por favor, por favor se lo ruego, tómela! —dijo la muchacha, muy en serio—. Hice mal, me temo que hice mal en entregarle la primera, pero no puedo hacer mal otra vez, y menos en un momento tan delicado como éste; no me habría podido acostar tranquila esta noche, cuando tan probable es que se produzca una muerte en la casa, si no hubiese confesado a alguien lo que he hecho. Además, mi pobre señora ha sido siempre tan buena, tan cariñosa con nosotros, los criados... Mucho más de lo que nos merecíamos, a decir verdad, que...

Llorando amargamente, la afectuosa muchacha me entregó la carta. Esta vez la tomé de sus manos y miré la dirección.

Aunque desconocía la caligrafía, en esos caracteres vacilantes me pareció ver algo vagamente familiar. ¿Sería posible que hubiese visto antes aquella caligrafía? Intenté sopesarlo, pero mi memoria estaba confusa, mi mente fatigada, por todo lo que había ocurrido desde que amaneció. Mi esfuerzo fue en vano y le devolví la carta.

—Sé tan poco como tú, Susan, sobre esta carta.

—Ya, pero ¿debo llevársela a su habitación, señor? ¡Dígame, por favor!

—No soy yo quien ha de decirlo. Todo interés, toda participación por mi parte, Susan, en lo que ella... en lo que tu joven señora tenga o reciba, ha dejado de existir.

—Lamento muchísimo lo que me dice, señor. Lo lamento muchísimo. ¿Qué me aconseja hacer?

—Déjame ver esa carta una última vez.

A segunda vista, la caligrafía me produjo el mismo efecto que antes, sin aportar ningún resultado distinto. Le devolví de nuevo la carta.

—Tengo total respeto por tus escrúpulos, Susan, pero no soy yo la persona más indicada para disiparlos o para justificarlos. ¿Por qué no consultas a tu señor sobre este respecto?

—No me atrevo, señor; no me atrevería por nada del mundo. Últimamente, cada vez está peor. Creo que si le dijese todo lo que a usted le he dicho, me mataría sin dudarlo. —

Titubeó y, en cuestión de segundos, prosiguió con más calma—. Bueno, en todo caso ya se lo he dicho a usted, señor, y con eso me quedo más tranquila; además... además, creo que le haré entrega de esta carta ahora mismo, pero no pienso recibir ninguna más, a menos que tengan una procedencia bien clara.

Me hizo una reverencia; se despidió de mí con tristeza, con gran angustia, y regresó a la casa con la carta en la mano. ¡Si hubiese sospechado por un solo instante quién era el remitente...! ¡Si por un solo instante hubiese sospechado qué contenía...!

Me fui de Hollyoake Square por un camino que me llevó a unos campos bastante alejados. Fue extraño, pero aquella peculiar caligrafía no dejó de ocupar mis pensamientos. Esa desdichada fruslería terminó por adueñarse de mi atención, máxime en un momento como aquél, en una situación como la que me rodeaba.

Me detuve, fatigado, en una parte desolada de los campos circundantes, lejos del camino. Me dolían los ojos por la resplandeciente luz del sol y me los cubrí con una mano. En ese preciso instante, relampagueó en mi mente un recuerdo perdido y fue con tanta viveza que casi me sobresalté de terror. La caligrafía que me había dejado ver la criada de North Villa era la misma que la caligrafía visible en el sobre de la carta que no abrí y que había olvidado dentro del bolsillo, que me había entregado el criado de mi casa por la mañana, cuando cruzaba el vestíbulo para entrar en el despacho de mi padre.

Extraje la carta, la abrí con dedos temblorosos y observé las páginas de apretada caligrafía, en busca de la firma.

Era la de «ROBERT MANNION».

Librodot

V

¡Mannion! Nunca había llegado a sospechar que la nota que me habían mostrado en North Villa podía ser de su puño y letra. Sin embargo, el secreto con que había sido tramitada, la persona a quien estaba dirigida, el misterio que la envolvía incluso a ojos de la criada, todo ello apuntaba hacia el descubrimiento que de forma totalmente incomprensible yo no había llegado a hacer. ¡Había consentido que una carta, que podía contener prueba manuscrita de la culpabilidad de Margaret Sherwin, fuera llevada delante de mis narices a la propia Margaret Sherwin! ¿De qué manera se había cegado tan inexplicablemente mi capacidad de percepción? La confusión en que se hallaba mi memoria, la apatía de mis restantes facultades daba cumplida respuesta a la pregunta.

«¡Robert Mannion!» No podía apartar la mirada de ese nombre; aún tenía delante de mí las páginas de apretada caligrafía, sin decidirme a leerlas. Parte del horror que la presencia de ese individuo me habría inspirado me llegó directamente por la mera visión de su carta, de una carta que me estaba dirigida a mí. La venganza que con mis propias manos me había tomado en su persona era, sin duda de ninguna clase, lo que pretendía devolverme. En esas páginas tal vez ya estaba pronosticado el tenebroso futuro que nos aguardaba a los dos. ¡Y a Margaret! ¿Podría acaso escribir tantísimo sin decir nada de ella? ¿Cómo no iba a desvelar el misterio en que estaban aún envueltos los motivos que a ella la llevaron a cometer delito? Volví a la primera página y resolví ponerme a leer la carta sin más dilación. Comenzaba bruscamente, en los siguientes términos:

«Hospital de St. Helen

»Al recibo de la presente, tal vez decida averiguar, en primer lugar, quién la firma, y es posible que se sienta tentado de hacer pedazos mi carta para tirarla sin haberla leído. Le aconsejo que lea todo lo que he escrito y que calibre, si es que puede, la importancia que entraña para usted. Después, destruya estas páginas si quiere, que ya habrán cumplido su cometido.

»¿Sabe usted dónde me encuentro? ¿Sabe cómo sufro? Soy uno de los pacientes de este hospital y he sido asquerosamente mutilado por su propia mano y de por vida. Si supiera con certeza en qué día está previsto que me den de alta, habría esperado para decirle de viva voz lo que ahora le escribo. Pero no lo sé. Cuando estaba en puertas de restablecerme he sufrido una recaída.

»Acallará usted todo escrúpulo de conciencia que pudiera sentir aduciendo que sin duda tenía bien merecido morir a sus manos. Por toda respuesta, le diré qué merece y qué recibirá usted a su debido tiempo de las mías.

«Antes, sin embargo, daré por sentado que se vio impulsado a atacarme cuando tuvo conocimiento de la culpa de su esposa. Estoy al corriente de que ella se ha declarado inocente y de que su padre da crédito a su declaración y la suscribe. En el momento en que reciba usted esta carta (mis lesiones me fuerzan a contar con dos semanas al menos para escribirla), habré tomado las medidas oportunas para que sea de todo punto innecesario seguir disimulando. Por lo tanto, si de algo le sirve mi confesión, aquí la tiene: Margaret es culpable, es culpable porque ha querido serlo, recuerde, pese a todo lo que ella pueda decir y desmentir al respecto. Puede usted creerlo, se lo aseguro, y crea también todo lo que escribo a continuación. Los engaños han terminado entre nosotros dos.

»Le he dicho que Margaret Sherwin es culpable. ¿Por qué lo es? ¿Cuál es el secreto del influjo que yo tenía sobre ella?

»Con objeto de que entienda bien lo que ahora debo comunicarle, me resulta necesario

Librodot

hablar de mí, de la vida que he llevado con anterioridad. Mañana procederé a revelárselo, pues hoy ya no puedo casi empuñar la pluma, ni ver el papel que tengo delante. Si pudiera verme la cara, si pudiera estar donde yo me encuentro, entendería muy bien el porqué.

»Cuando por vez primera nos encontramos en North Villa, no llevaba yo ni cinco minutos en su presencia cuando percibí su curiosidad por saber algo de mí y me di cuenta desde el principio de que dudaba usted de que hubiera nacido yo, de que hubiera sido educado para desempeñar una posición tal como la que tenía a las órdenes de Mr. Sherwin. Al no obtener ninguna informacón de mi patrón ni de su familia, tal como sabía yo que sucedería, intentó usted en diversas ocasiones arrastrarme hacia un trato más familiar, con la intención de que le hablase sin reservas; a la postre, sólo renunció a su intento de penetrar en mi secreto, fuera cual fuese, cuando nos despedimos a la puerta de mi casa, tras nuestra conversación, aquella noche de la tormenta. Aquella noche determiné frustrar su curiosidad y ganarme al mismo tiempo su confianza, y es de ver que lo logré. Mal podía usted imaginar, cuando nos despedimos a la puerta de mi casa, que había dado la mano y toda su amistad a un hombre que, desde muchísimo antes de que conociera usted a Margaret Sherwin, había heredado el derecho a ser enemigo de su padre y de todos los descendientes de su linaje.

»¿Le sorprende acaso esta declaración? Pues lea, siga leyendo, que ya la entenderá.

»Soy hijo de un caballero. Mi padre fue un hombre de medios miserablemente limitados, y su familia no era de antiguo abolengo, como es la suya. No obstante, era un caballero en todos los sentidos que pueda tener la palabra. Lo sabía, y ese saber fue su ruina y su perdición. Era un hombre débil, afectuoso, despreocupado; adoraba todos los convencionalismos y respetaba en su totalidad los enormes abismos que separan las posiciones sociales de cada uno. Así pues, tomó la determinación de vivir como los caballeros en su tiempo, para lo cual adoptó una dedicación de caballero, una profesión en modo alguno relacionada con el comercio. Al no conseguirlo, tampoco consiguió cumplir sus principios y morir así de hambre, como un caballero. Murió como un delincuente y no me dejó más herencia que el apellido de un delincuente.

«Cuando aún era joven, se las ingenió para que le fuera presentado un caballero de gran familia, de gran posición, de grandísima riqueza. Pudo interesar, o se imaginó que interesaba, a dicho caballero. Siempre le tuvo por el mentor que iba a proporcionarle su fortuna, consiguiéndole la primera sinecura de gobierno (¡y había muchísimas en aquellos tiempos!) que pudiera quedar vacante. En su firme y desatinada expectativa de que llegara el día en cuestión, vivió muy por encima de sus reducidos ingresos de profesional; vivió entre los ricos, sin tener el valor de utilizarlos como debiera utilizarlos el pobre hombre que en realidad era él. La suya fue la historia de siempre: las deudas y los compromisos de toda clase empezaron a pesarle, los acreedores se negaron a esperar el cobro, le amenazó la revelación pública de su situación, la ruina absoluta. Y aquella sinecura estaba tan lejos de hacerse realidad como siempre estuvo.

»No obstante, siguió creyendo a pie juntillas en que llegaría ese empleo, y lo creyó incluso con más denuedo, ya que había pasado a ser su única salvación. Confiaba del todo en el buen hacer de su mentor, en la rapidez con que le concedería lo que tanto anhelaba. Puede ser que el caballero en cuestión hubiera sobrestimado su propia influencia política; puede ser que mi padre fuera demasiado confiado y que no hubiese interpretado debidamente una promesa hecha por pura cortesía, en términos generales, confundiéndola con un compromiso específico. Fuera como fuese, los alguaciles se presentaron una mañana en su domicilio, mientras el puesto de gobierno seguía siendo tan inalcanzable como siempre. Y se lo llevaron a la cárcel. Se incautaron de todas sus pertenencias, incluida la cama en la que mi madre (gravemente enferma) estaba tendida entonces. Toda la falsa trama de prosperidad venidera

Librodot

que había urdido él para que el mundo le respetase quedó amenazada por un vuelco instantáneo y vergonzante. Él no tuvo el valor de renunciar a sus quimeras y buscó refugio de sus infortunios en el delito.

«Falsificó una fianza para que su credibilidad aguantase un poco más. El nombre de que hizo uso fue el nombre de su mentor. Cuando hizo esto, creía —como creen todos los que a sabiendas incurren en delito— que tenía todas las posibilidades de salir con bien sin afrontar las consecuencias de sus actos. En primer lugar, tal vez llegara la sinecura que durante tanto tiempo había esperado, y tal vez llegara a tiempo de permitirle devolver la cuantía de la fianza antes de que se detectase su falsificación. En segundo lugar, casi tenía la certeza de que recibiría la herencia de un pariente rico, anciano y aquejado por una muy mala salud, cuya muerte cabía por tanto esperar de un día para otro. Si tanto una como otra perspectivas no se dieran (y no se dieron), aún le quedaba una tercera posibilidad: que su rico mentor pagase el monto de su deuda, antes de presentarse como parte implicada en el juicio contra él. En aquellos tiempos, el delito de falsificación estaba castigado con la pena capital. Mi padre creyó que sería imposible que un hombre a cuya mesa se había sentado, un hombre a cuyos parientes y amigos había entretenido e instruido con su talento, fuese precisamente el hombre que adujera las pruebas que lo condenasen a ser ahorcado en la plaza pública.

»Se equivocó. Su rico mentor era muy mirado con los más estrictos principios del honor y no consentía la menor tentación, la menor debilidad; además, estaba influido por sus altisonantes ideas sobre sus responsabilidades en calidad de legislador (era miembro del Parlamento). Se presentó en el juicio y testificó en contra del reo, que fue declarado culpable y condenado a la pena capital.

«Entonces, cuando ya era demasiado tarde, este hombre de honor inclemente se consideró autorizado para decantarse por la compasión y puso absoluto empeño, en todos los sentidos, en obtener una recalificación de la sentencia, un destierro de por vida. Su solicitud no se tuvo en cuenta; ni siquiera se concedió un aplazamiento de unos cuantos días. En el momento designado, mi padre murió en la plaza pública a manos del verdugo.

»¿Ha sospechado usted, mientras leía esta parte de mi carta, quién es el caballero de alcurnia cuyo testimonio dio con mi padre en la horca? Si no se le ocurre, yo mismo se lo diré. Ese caballero era su señor padre. Ahora ya no se preguntará cómo es que he heredado yo el derecho a ser su enemigo, el enemigo acérrimo de todos los que de él procedan.

»El espanto que le produjo la horrorosa muerte de su marido privó a mi madre del uso de la razón. Aún vivió unos cuantos meses después de la ejecución, pero nunca recobró sus facultades. Yo era el único hijo de los dos, y me quedé sin un penique, dispuesto a iniciarme en la vida aun siendo el hijo de un ciudadano que había sido ahorcado, de una señora que murió en un manicomio público.

»Mañana seguiré dándole noticia de mí. Mi carta será larga. A menudo habré de hacer una pausa, como la que hago hoy.

»Bien, pues: me inicié en esta vida con la huella del verdugo, con la vergüenza de mis padres por toda reputación. Allí por donde iba, allí donde trababa amistades, allí donde tenía nuevos conocidos, resultaba que todos estaban al corriente del modo en que había muerto mi padre, y todos me hacían sabedor de que lo sabían, no tanto esquivándome, ni mirándome con descaro (por vil que sea la naturaleza de los hombres, no hubo muchos que prefiriesen este camino), sino más bien insultándome con una excesiva simpatía, con una complicada ansiedad a la hora de fingir un absoluto desconocimiento del destino que había corrido mi padre. Llevaba la horca grabada a fuego en la frente, pero todos se mostraban benevolentes al hacer como si no la percibiesen. La infamia de la horca fue toda mi herencia, mientras que los demás habían resuelto ser tan generosos como para no descubrirlo. Fue muy difícil de

sobrellevar. De todos modos, yo decidí ser duro de corazón incluso entonces, cuando las sensaciones me ganaban, cuando mis simpatías aún eran jóvenes, y lo aguanté.

»Mi única debilidad fue la debilidad de mi padre, la idea de que había nacido en una posición social que ya estaba hecha antes de que yo la tuviera, la idea de que el mejor uso que podía dar a mi vida era precisamente vivir a la altura de esa posición. ¡Mi posición! Durante años y más años batallé contra el mundo por este motivo, antes de llegar a descubrir que la más elevada de todas las posiciones sociales es la que un hombre se labra por sus propios medios, mientras que la más despreciable es la que le forjan los demás.

»Cuando empecé a ganarme la vida, su señor padre escribió para ofrecerme ayuda, ayuda, sí, después de haberme arruinado. ¡Ayuda para el niño, ayuda procedente de las manos que habían atado la soga al cuello de su padre! Le devolví su carta. Supo así que yo era su enemigo, el enemigo de sus hijos, el enemigo de los hijos de sus hijos, mientras estuviera vivo. Nunca más tuve noticias suyas.

»Confiándome en principio con arrojo a encontrar mi lugar en este mundo, a vivir bajo la inmerecida ignominia, y resuelto por orgullo y por integridad a combatir abiertamente y con justicia mi infortunio, al principio no me animé a renunciar al apellido de mi padre. Apoyándome en mi carácter, confiado a mi intelecto y a mi perseverancia, intenté dedicarme a un oficio tras otro, y en cada empeño fui derrotado limpiamente. Allí en donde me presentaba, la horca se alzaba en calidad de obstáculo insalvable entre mi fortuna y yo, entre mi posición social y yo, entre mis congéneres y yo. Terminé por sentir una mórbida afección sobre este punto. La más leve referencia al destino que había corrido mi padre, aun cuando fuera remota o accidental, me helaba la sangre en las venas. Encontraba un insulto abierto, una compasión humillante, una tolerancia forzada, en el aspecto y el talante de todos los hombres con los que trababa contacto. Por eso, rompí con mis antiguas amistades y, en busca de nuevas empresas, busqué nuevas relaciones, entre las cuales pudiera ser desconocida la infamia de mi padre. Allí por donde iba, la vieja mácula siempre saltaba como si fuese nueva, y saltaba precisamente en el instante en que había terminado yo por convencerme, o por engañarme, de que estaba definitivamente borrada. Tenía por entonces cálido el corazón; aún faltaba algún tiempo para que mi corazón fuese de piedra y yo ya no sintiera nada. En aquellos tiempos, el fracaso y la humillación aún me arrancaban las lágrimas, aquella época de mi vida se caracteriza por ser la época en que aún podía llorar.

»Al final, terminé por ceder ante las dificultades, y así accedí a dar el primer paso hacia la calamidad que me había esperado cara a cara durante tantísimo tiempo. Me marché del barrio en el que era sobradamente conocido, adopté el nombre y el apellido de un compañero de escuela ya fallecido. Durante un tiempo me salió bien la treta, pero la maldición de la muerte de mi padre me siguió por todas partes, aun cuando yo no la viera. Después de tener varios empleos —que siguieron siendo, ojo, empleos dignos de un caballero—, que terminaron por fallarme, me convertí en bedel de una escuela. Allí fue detectado mi nombre falso, fue descubierta de nuevo mi identidad real, sin que llegara yo a saber quién hizo el descubrimiento. La revelación la efectuó anónimamente algún enemigo mío. Por espacio de unos cuantos días, me dio la impresión de que todo el mundo me trataba en la escuela de modo distinto. La causa de este cambio salió a la luz, primero en susurros, después con burlas atrevidas, mientras cuidaba de los alumnos que estaban en el patio. Cegado por la furia del momento, golpeé a uno de los más insolentes, que era además el mayor, produciéndole una lesión relativamente grave. Los padres del muchacho se enteraron de lo ocurrido y me amenazaron con una denuncia en toda regla. La localidad entera se alborotó por el suceso. Tuve que marcharme en secreto, de noche, del lugar en que residía; de lo contrario, una multitud me hubiera apedreado para expulsarme de la ciudad.

«Regresé a Londres con otro nombre falso; intenté, como último recurso para no morir de hambre, el recurso de escribir. Hice mi aprendizaje de la literatura como autor

Librodot

mercenario del más ínfimo nivel. Sabedor de que tenía cualidades que podrían valerme en esas lides, intenté reivindicar mi valía escribiendo una obra original; sin embargo, mi experiencia del mundo me había convertido en un ser poco apto para vestir mis pensamientos con trajes del gusto popular. Solamente acertaba a contar con amargura las verdades más amargas; expuse las licencias y las hipocresías al uso de forma excesivamente clara; me fijé en las facetas más viciadas de lo que públicamente se tenía por una conducta respetable; en resumidas cuentas, llamé a las cosas por su nombre. No hubo editor que estuviera dispuesto a tratar conmigo. Por eso, insistí en mi ínfimo empleo, ganando un penique por insertar notas en periódicos de tercera categoría, o traduciendo a los autores franceses y alemanes, o plagiando a autores muertos, haciendo acopio del material en crudo que otros literatos con más talento que yo convertirían en libros susceptibles de ponerse a la venta. En esa manera de vivir encontré al menos una ventaja que me compensó por tantas miserias, por tantas mezquindades y por tantos y tan amargos desengaños: al menos podía mantener mi verdadera identidad a salvo, bien oculta. Mostrar mi carácter carecía para mí de trascendencia; a nadie le importaba saber quién era yo, ni menos aún me preguntaron por lo que fuera antes. ¡Por fin desapareció de mi semblante la huella de la horca!

«Mientras me ganaba la vida de este modo, gracias a los despojos de la literatura, conocí a una mujer de buena cuna y de fortuna más que aceptable, cuya simpatía —o curiosidad, quién sabe— casualmente desperté. Tanto ella como sus padres me recibieron de modo harto favorable, considerándome un caballero que había vivido tiempos mejores, como un escritor al que el público lector había menospreciado inmerecidamente. No vale la pena que me detenga a comentar de qué modo me las ingenié para ganarme su confianza y su estima, sin aludir en ningún momento a mis progenitores. Fácilmente podrá usted suponer que lo conseguí, sobre todo si le digo que la mujer a la que hago referencia consintió, con plena aprobación por parte de su madre, en convertirse en mi esposa.

»Así fijamos el día en que habíamos de contraer matrimonio. Creí haber esquivado con éxito todas las preguntas peligrosas, pero me equivocaba. Un pariente de la familia a quien nunca había tenido ocasión de tratar vino a la ciudad poco antes de la boda. Desde el momento en que fuimos presentados nos tomamos mutua aversión. Era un hombre de mundo, resuelto e inteligente, que en privado hizo determinadas indagaciones sobre mi persona y que en pocos días se enteró de más detalles que los averiguados por el resto de la familia a lo largo de varios meses. El accidente le favoreció de extraña manera, y así se descubrió todo —literalmente todo—, por lo que fui desdeñosamente expulsado de la casa. Una dama tan respetable como ella, ¿realmente podría contraer matrimonio con un hombre, por digno que pareciera a sus ojos, cuyo padre había muerto en la horca, cuya madre había muerto en un manicomio, aparte de haber vivido con varios nombres falsos y haber sido expulsado de una excelente localidad de provincias por haber tratado con innecesaria crueldad a un inofensivo muchacho? ¡Imposible!

»Con este suceso terminó mi larga pugna contra el mundo.

»Abrí los ojos a una nueva forma de vida y miré bajo una luz distinta el propósito mismo de ésta. Dejé de tener aquellas primeras aspiraciones de vivir a la altura de la posición social que me correspondía por mi nacimiento, de que mi nombre fuera más que pasable para el gusto de todos los hombres, de limpiar del todo la infamia de mi padre. Aquella ambición que —tanto cuando fui escritor a destajo como cuando fui retratista ambulante o bedel en una escuela— me había susurrado al oído que me agachara, que pasara inadvertido mientras transitara por tenebrosos y enfangados caminos, que ése era el modo de subir a lo más alto, a lugares aún lejanos, pero bañados por el sol; que al menos no estaba amasando una fortuna para otro hombre, que era independiente, que podía confiar por entero en trabajar por mi propia causa; en definitiva, aquella osada ambición que me dio ese tipo de consejos al final terminó de hundirse por completo dentro de mí. Aquel espíritu fuerte y severo fue derrotado

Librodot

por otros espíritus más fuertes y más severos: la infamia y la necesidad.

»Escribí a un hombre de recio carácter y considerable fortuna, uno de mis amigos de antaño, que había dejado de tener contacto conmigo, como todos mis demás amigos, pero que, al contrario que los demás, se había despedido de mí con genuina tristeza. Le escribí pidiéndole que se reuniera conmigo en privado, por la noche. Me encontraba demasiado abatido para presentarme en su casa, todavía demasiado sensible (aun en el supuesto de que se me hubiera permitido la entrada) para correr el riesgo de encontrarme allí con personas que hubieran tratado a mi padre o que supieran de qué forma había muerto. Deseaba conversar con mi antiguo amigo sin que nadie nos viera, y por eso lo cité de la manera más conveniente. No faltó a la cita.

«Cuando nos vimos, le dije lo siguiente:

»Tengo un último favor que pedirle. Cuando hace ya años que nos separamos, yo tenía grandes esperanzas, había tomado valerosas resoluciones, pero tanto unas como otras están agotadas. Yo creía entonces que no sólo podría levantarme muy por encima de mi infortunio, sino que también podría convertir dicho infortunio en el motivo que impulsara mi ascenso. Usted me dijo que yo tenía un temperamento demasiado vivo, que era demasiado morboso, demasiado susceptible ante la más mínima referencia a la muerte de mi padre, que era demasiado hosco, demasiado voluble ante el menor desengaño, ante cualquier prueba que no me hubiese merecido. Es posible que todo eso fuera cierto, pero ahora he cambiado: el orgullo y la ambición han sido sujetos a una intensa persecución y han terminado por agotárseme. La única vida que de veras me importa ya es una vida oscura, monótona, en la que el pensamiento y el espíritu puedan quedar adormecidos para nunca más despertar. Ayúdeme a encontrar esa vida. Le pido en primer lugar, como un mendigo, que me facilite prendas de vestir decentes para poder transitar a los ojos de los hombres a plena luz del día; seguro que le sobra algo de su vestuario. En segundo lugar, le pido que me ayude a encontrar algún empleo que me proporcione comida y cobijo, y una o dos horas de soledad y de reposo todas las noches. Tiene usted abundante influencia; seguro que puede conseguírmelo, y sabe que soy honrado. El empleo que me consiga nunca será demasiado humilde, demasiado oscuro; permítame descender lo suficiente, hasta perderme de vista muy por debajo del mundo en que he vivido; permítame entrar en contacto con personas que de mí sólo quieran saber que trabajo con toda honestidad para ellos, y nada más. Consígame un lugar donde esconderme, donde ocultarme con mi historia para siempre, y después no pretenda verme nunca más, ni ponerse tampoco en contacto conmigo. Si las antiguas amistades llegaran a preguntar por mí, miéntales; dígales que he muerto, o que me he marchado al extranjero. La vida más sabia es la vida que llevan los animales: como ellos, quiero solamente servir a mi amo a cambio de comida, cobijo y libertad para dormir de vez en cuando bajo el sol, sin que me expulsen por molesto o por entrometido. ¿Quiere creer en esta resolución? Es la última que tomo.

»Me creyó y me garantizó todo lo que le había solicitado. Gracias a su intercesión y a su recomendación, entré a trabajar al servicio de Mr. Sherwin.

»Hoy debo dejar aquí mi relato. Mañana pasaré a ciertas revelaciones que tienen un vital interés para usted. ¿Le sorprende acaso que yo, su enemigo por todas las causas de enemistad que un hombre puede tener contra otro, le escriba tan detalladamente acerca de los secretos de la vida que llevé anteriormente? Lo he hecho porque deseo que la pugna que se dirima entre usted y yo sea una pugna sincera al menos por mi parte, porque deseo que conozca a fondo qué es lo que puede esperar de mi carácter, teniendo en cuenta la vida que he llevado. Cuando le engañé, había un propósito muy concreto en mi engaño. Ahora que se lo digo todo, también hay un propósito muy concreto en mi franqueza.

»Comencé a trabajar al servicio de Mr. Sherwin siendo el último empleado de sus

Librodot

oficinas. Tanto el patrón como los demás empleados me miraban al principio con bastante suspicacia. La relación que di acerca de mi persona fue siempre la misma: simple y verosímil. Había entrado a trabajar como contable gracias a tener la mejor recomendación posible, y deseaba mostrarme a la altura. Con estas circunstancias a mi favor, sumadas a una manera de ser que nunca varió ni un ápice, a una firmeza en el trabajo que nunca dejé reblandecer, pronto obtuve el efecto deseado: toda la curiosidad suscitada por mi persona poco a poco desapareció y pude dedicarme a mi vocación en paz. El amigo que me había conseguido ese empleo preservó mi secreto tal como le había pedido; de todas las personas a las que había tratado anteriormente, tanto mis enemigos despiadados como mis tibios simpatizantes, no hubo una sola que llegara a sospechar que mi escondrijo estaba en la trastienda de una pañería. Por vez primera en mi vida, comprendí que el secreto del infortunio de mi padre era mío, solamente mío, y que estaba por fin totalmente a salvo de un posible desenmascaramiento.

»No pasó mucho hasta que llegué al puesto de contable jefe. No me fue muy difícil descubrir que el carácter de mi patrón tenía otros elementos muy distintos de la exacerbada respetabilidad que manifestaba. Por decirlo a la llana, me di cuenta de que por su propia naturaleza estaba hecho a partes iguales de los mismos componentes que el imbécil, el tirano y el cobarde. Sólo existía una dirección en la cual pudiera tocar la humillante fibra de simpatía que tuviese. Ahorrarle gastos o generarle beneficios; de esa manera sí se mostraba agradecido. Logré llevar a cabo tanto una como otra maravilla. Su administrador le sisaba; lo descubrí, me negué a su intento de soborno para hacerme callar y desvelé el fraude ante Mr. Sherwin. Así me gané su confianza y así me dio el puesto de contable jefe. Una vez en esa posición, descubrí un medio de ampliar notablemente su negocio y sus beneficios sin el menor riesgo, que a él nunca se le había pasado por la cabeza. Puso mi plan en práctica y tuvo éxito. De ese modo conquisté su más rendida admiración, un incremento de salario y un sólido lugar en su círculo familiar. Había realizado con creces mis proyectos; tenía dinero suficiente y tiempo de ocio suficiente, y así pasaba mi oscura existencia exactamente como me había propuesto.

»No obstante, no estaba destinada mi vida a permanecer desprovista de un propósito que la animara. Cuando conocí a Margaret Sherwin, se hallaba en la fase en que una muchacha pasa de la niñez a la adolescencia. Percibí la promesa de una futura belleza deslumbrante en su rostro y en su figura, y en secreto tomé la resolución que usted vendría más adelante a desbaratar, pero que he llevado a cabo y que llevaré a cabo muy a su pesar.

»Las ideas de las que surgió esa resolución me aconsejaron con muchísima más calma de la que usted pueda suponer. Dije para mis adentros: "Los mejores años de mi vida han sido irrevocablemente echados a perder; la miseria, la humillación y el desastre han seguido mis pasos desde mi juventud; de todos los placenteros tragos que los demás hombres beben para endulzar la existencia, no he probado yo uno solo; sin embargo, conoceré la felicidad antes de morir, y esta muchacha será quien me la confiera: crecerá y madurará para mí, y de modo imperceptible conquistaré tal dominio de sus afectos, ahora que son jóvenes y por tanto susceptibles de impresionarse, que cuando llegue el día, aun cuando la doble en edad, aun cuando dependa de su padre para ganarme el sustento, una sola palabra que yo diga, aunque las voces de sus padres y de su amado se unan para invocarla, bastará para que ella venga, pese a todo, a mi lado, para que por propia voluntad opte por entrelazar su mano en la mía y por seguirme allí por donde yo vaya; será mi esposa, mi amante, mi criada; lo que yo quiera.

»Ése era mi proyecto. Para llevarlo a cabo tenía todo el tiempo del mundo, todas las oportunidades por delante. Con firmeza y con caución las fui aprovechando hora tras hora, día tras día, año tras año. De principio a fin no sospechó su padre de mis intenciones. Aparte de la seguridad que le daba mi edad, me había juzgado de acuerdo con sus mezquinos criterios de comerciante, y me tenía por un modelo de integridad. Un hombre que le había salvado del fraude, que había ampliado y consolidado su negocio hasta el punto de situarle entre los

Librodot

principales dignatarios de su gremio, un hombre que era el primero en llegar a la mesa de trabajo por la mañana, el último que se marchaba ya de noche, que no sólo no le había exigido nunca, sino que además se había negado en redondo a tomarse un solo día de asueto, un hombre así a la fuerza tenía que ser, moral e intelectualmente, único entre diez mil hombres, digno de toda admiración, de toda confianza, en todos los aspectos de la vida.

»La confianza que había depositado en mí no conocía fronteras. Se inquietaba si no le aconsejaba yo hasta en las más sencillas cuestiones. A mis oídos confió antes que nadie su demencial ambición respecto a su hija, su ansiedad de verla casar por encima de su posición social, su estúpida decisión de darle la falsa, frivola educación a la moda que ella recibió en consecuencia. Yo no desbaraté sus planes en modo alguno, al menos abiertamente; en cambio, los contrarresté en secreto. Cuanto más fortalecía yo las fuentes de mi influencia sobre Margaret, más se alegraba él. Le deleitaba oírla referirme de continuo sus lecciones domésticas, verla presentarse ante mí velada tras velada, aprender nuevas formas de entretenimiento. Él sospechaba que yo había sido un caballero; le habían dicho que yo hablaba un inglés de acento purísimo y estaba convencido de que había recibido una educación de primerísima clase. ¡Era prácticamente tan conveniente para Margaret como lo era la buena sociedad! Cuando creciera, cuando asistiera a un colegio de moda, tal como había proclamado su padre, mi ofrecimiento de ocuparme de sus lecciones durante las vacaciones, de examinar los progresos que hubiera hecho cuando llegase a casa a pasar un domingo de cada dos, fue aceptado con codiciosa presteza y recompensado con servil gratitud. En esa época, la estimación que hacía Mr. Sherwin de mí, entre sus amistades, era que me tenía a su servicio por una miseria, mientras que yo le era más valioso que una pensión de mil libras anuales.

»Sin embargo, había un miembro de la familia que sospechó de mis intenciones desde el primer día. Mrs. Sherwin, sí; la tímida y enfermiza mujer, cuyas opiniones nadie tenía en consideración, cuyo carácter nadie comprendía. Mrs. Sherwin, de todos los que habitaban en la casa, o de los que visitaban la casa, fue la única cuyas miradas, palabras y talante me obligaron a mantenerme continuamente en guardia. Ya a la primerísima vez en que nos conocimos, esa mujer dudó de mí tal como dudé yo de ella; después, cuando nos veíamos, siempre estuvo vigilante. Esta mutua desconfianza, este antagonismo exacerbado de nuestras respectivas naturalezas, nunca se declaró abiertamente, pero tampoco llegó a desgastarse nunca. Mi seguridad dependía no tanto de que me anduviese con pies de plomo, de que dominase a la perfección las miradas y las acciones en toda clase de situaciones de emergencia, sino más bien de la desconfianza de sí y de la timidez que ella tenía por naturaleza, de la desamparada inferioridad a la que la carencia de afecto por parte de su marido y la carencia de respeto por parte de su hija le habían relegado en su propia casa, así como de la influencia de repulsa —en ocasiones, de un terror ciego— que mi sola presencia tenía la capacidad de inculcar en ella. Sospechando lo que con toda seguridad sospechaba, incapaz como era de convertir sus sospechas en certidumbre, y sabedora de antemano de que no había palabra que pudiera pronunciar para ganarse la más mínima credibilidad de su marido y de su hija, la vida de esa mujer, mientras yo estuve en North Villa, tuvo que ser una vida de nefasto sufrimiento mental, hasta extremos a los que ningún ser humano ha estado condenado nunca.

»A medida que pasaba el tiempo, a medida que crecía Margaret, su belleza de rostro y figura se fueron acercando cada vez más a la perfección que yo había previsto. En cambio, ni su mente ni su disposición se mantenían a la altura de su belleza. La estudié con atención, con la misma observación paciente y penetrante que por mi experiencia del mundo se ha convertido en hábito inveterado y que dedico a toda persona con la que estoy en contacto. La estudié a fondo, y entendí que no era digna de nada, ni siquiera del destino de esclava que yo le tenía reservado.

Librodot

»No tenía ni corazón ni cerebro, en el sentido más alto que pueda darse a estos dos conceptos. Nada más que tenía instintos, la inmensa mayoría de los perniciosos instintos que tienen los animales, pero ninguno de los buenos. La gran potencia motriz que de veras dirigía sus actos no era otra que el engaño. Nunca he conocido a ningún otro ser humano tan intrínsecamente falso, de natural tan incapaz de sinceridad incluso en las cuestiones más banales de la vida, como ella. Ni siquiera con la mejor educación se hubiese llegado a subsanar del todo este vicio; en cambio, la educación que recibió, una educación basada en falsas pretensiones, lo fomentó más si cabe. Todo el mundo sabe por haber leído al respecto, e incluso algunos han conocido a muchachitas que han cometido las imposturas más extraordinarias y sostenido las falsas acusaciones más infames que pueda imaginarse, con el solo motivo de disfrutar sin más de la práctica del engaño. De ese tipo era el carácter de Margaret Sherwin.

»Tenía intensas pasiones, pero no tenía esa cualidad que a menudo las acompaña: una fuerte voluntad, un intelecto fuerte. Sí que era obstinada, pero carecía de firmeza. Bastaba con apelar de forma oportuna a su vanidad, que con toda seguridad haría al minuto siguiente aquello que había jurado y perjurado no hacer jamás. En cuanto a su cerebro, era de tipo medio o bajo dentro de los de su clase. Se le daba relativamente bien aprender tal o cual cosa, acordarse de esto o de aquello, pero no entendía nada a derechas, no percibía nada en profundidad. Si no hubiese tenido yo mis propios motivos para darle una determinada enseñanza, lo mismo me habría dado cerrar los libros la primera vez en que los abrimos juntos y olvidarme de ella por cabeza de chorlito.

»De todos modos, a pesar de cuanto malo iba descubriendo yo en su carácter, no me detuve en el intento de llevar a la práctica mi plan. Lo había mimado sobremanera antes de conocerla a fondo. Además, ¿qué más me daba a mí su duplicidad? A mí no me engañaba. En cuanto a sus intensas pasiones, yo sabía de sobra cómo domeñarlas. Y su obstinación... yo sabía cómo vencerla. ¿Su paupérrimo intelecto? Me daba lo mismo su intelecto. Lo que yo deseaba era la juventud y la belleza, y ella era jovencísima, bellísima, y estaba seguro de ella.

»Así es, seguro. Su talante tan vistoso, sus vistosas cualidades, sus vistosísimos modales deslumhraban a todos, salvo a mí. De todas las personas que la trataban, solamente yo había descubierto cómo era en realidad, y en ese conocimiento radicaba el principal secreto de la influencia que sobre ella tenía. No temía ninguna rivalidad. Su padre, acicateado por sus ambiciosas esperanzas, mantenía lejos de la casa a casi todos los jóvenes varones de su misma clase social; los pocos que de hecho la visitaban no entrañaban el menor peligro, pues eran tan incapaces de inspirar en ella un amor verdadero como incapaz era ella de sentir ese amor de verdad. Su madre seguía vigilándome, a pesar de lo cual no había descubierto nada; seguía sospechando de mí a mis espaldas, pero seguía echándose a temblar en mi presencia. Pasaron así monótonamente los meses, siguió un año tras otro, y guardé mi secreto tan celosamente como al principio. No hubo cambios, no ocurrió nada que debilitase mi influencia en North Villa, hasta que llegó el día en que Margaret terminó su educación en el colegio y volvió a casa para quedarse.

»Exactamente en el período al que acabo de referirme, debido a ciertas transacciones comerciales de notable importancia, fue imprescindible la presencia de Mr. Sherwin o de una persona de su absoluta confianza que lo representara en Lyon. Como en secreto desconfiaba de su capacidad en tales menesteres, me propuso que me ocupase yo de la gestión, no sin añadir que sería un viaje placentero para mí, así como una excelente presentación ante sus ricos proveedores. Tras una detenida consideración, acepté su oferta.

»Nunca había insinuado en modo alguno a Margaret las intenciones que tenía para con ella, aunque ella las conocía de sobra; estaba seguro, debido a diversas indicaciones que

Librodot

ningún hombre podría interpretar erróneamente. Por razones que a su debido tiempo saldrán a la luz, tomé la determinación de no explicar mis intenciones hasta que regresara de Lyon. Mi objetivo privado al emprender el viaje no era otro que sondear en secreto a los proveedores de Mr. Sherwin sobre la posibilidad de ocupar yo un puesto de responsabilidad en su empresa. Sabía muy bien que cuando expresara mi proposición a Margaret, debía estar preparado para actuar por mi cuenta en ese preciso instante; sabía de sobra que la furia que embargaría a su padre nada más se diera cuenta de que yo había contribuido a la educación de su hija pensando sólo en mis intereses bien podría llevarle a cualquier extremo; sabía que nos veríamos obligados a huir al extranjero; sabía, además, la importancia que tendría el asegurarme una fuente de ingresos que nos sirviera para mantenernos una vez hubiésemos huido a otro país. Había ahorrado dinero, es cierto; había ahorrado casi dos tercios de mi salario al año, pero no era suficiente para dos. En consecuencia, me marché de Inglaterra más que nada para velar por mis intereses, aunque también por los de mi patrón. Me fui con plena confianza de que mi breve ausencia no debilitaría el resultado alcanzado mediante años y años de constante influencia sobre Margaret. La secuela de mi viaje demostró que por cauto y calculador que hubiera sido, no obstante pasé por alto las probabilidades que aún obrarían en mi contra, si bien mi propia experiencia y mi conocimiento de sus vanidades y dobleces debieran haberme permitido prever lo que sucedió.

»En fin: llevaba ya algún tiempo en Lyon; había resuelto el negocio que tenía pendiente mi patrón (y en eso fui fiel de principio a fin, tal como me había comprometido, a sus intereses comerciales) y había zanjado mis propios asuntos en privado y satisfactoriamente. Ya se me hacía la boca agua sólo de pensar en la felicidad que me esperaba a mi regreso, algo totalmente novedoso para mí, y de pensar en la consecución del único éxito, del solitario triunfo con que pondría fin a mi larga vida de humillaciones y desastres, cuando recibí carta de Mr. Sherwin. En ella me daba la nueva de su matrimonio secreto y de las extraordinarias condiciones que pesaban sobre el pacto con el consentimiento de usted.

»Había en la sala, cuando leí la carta, otras personas conmigo; no obstante, mi porte no les delató nada. No me tembló la mano cuando doblé el papel al terminar de leerlo; no llegué ni con un minuto de retraso a un compromiso de negocios que había aceptado con anterioridad y cumplí con rigor todos los demás deberes que tenía pendientes. No me gané nunca de forma más cabal que aquel día el descanso vespertino con que coronaba una jornada de trabajo.

»Salí de la ciudad a última hora de la tarde, caminando hasta llegar a un lugar del todo desierto, a orillas del inmenso río que pasa por las cercanías de Lyon. Allí abrí la carta por segunda vez y la leí despacio y de punta a cabo, sin sentir ya la menor necesidad de dominar mis impulsos, puesto que no estaba a la vista de ningún ser humano. Allí leí su nombre, que se repetía continuamente en casi todos los renglones del escrito, y así me enteré de que el hombre que, aprovechando mi ausencia, se había interpuesto entre lo más preciado que había acariciado y yo mismo, el hombre que, con la insolencia de su juventud, de su alta cuna y de su fortuna, me había arrebatado la única recompensa que me aguardaba al cabo de veinte años de miserias, exactamente cuando mis manos ya se estiraban para aferraría, no era otro que el hijo del honorable, del respetabilísimo caballero de alta cuna que había entregado a mi padre a la horca, convirtiéndome en un paria desprovisto de mis privilegios sociales de por vida.

»Se ponía el sol cuando levanté la vista de la carta. Sobre el río lucían unos destellos de luz rosada; los pájaros volaban camino de sus nidos, en los árboles más lejanos, y la espectral quietud de la noche surcaba con solemnidad los cielos y la tierra, cuando pensé por vez primera en la venganza que iba a tomarme sobre el hijo y sobre el padre, pensamiento que me hizo hervir la sangre con ferocidad, como si una nueva vida alumbrase en mi interior, como si mi espíritu oyese un susurro que dijera: aguarda, ten paciencia, están los dos en tus manos, pues ahora podrás mancillar el nombre del padre, tal como el padre mancilló el tuyo, y aún

Librodot

podrás desbaratar el destino del hijo, tal como el hijo ha desbaratado el tuyo.

»En los contados minutos que pasaron mientras permanecía en aquel solitario lugar después de dar lectura a la carta urdí toda la trama que luego tardó usted un año en ver ejecutada. Tracé en su totalidad el plan contra usted y contra su padre, la primera parte del cual, gracias al accidente que le llevó a usted a descubrirlo, ya se ha llevado a efecto por sí sola. Supuse entonces, como supongo ahora, que mi situación con respecto a ustedes dos era la de un hombre herido, que tiene todo el derecho del mundo a herirles a los dos, en defensa propia y en afirmación de su derecho. A juzgar por sus ideas, podría darse una perversa lectura de mis palabras. Para mí, después de haber vivido y después de haber padecido lo que he vivido y padecido, las costumbres más corrientes en este mundo moderno son como tantas otras imágenes descaradas que la sociedad adora con absoluta impudicia, como los judíos de antaño, a despecho de la verdad viva.

«Pero volvamos a Inglaterra.

«Aquella velada en que nos conocimos, ¿no se percató de que Margaret estaba inusualmente agitada antes de que yo llegase? Yo sí noté algún cambio en el momento mismo en que la vi. ¿No se percató usted de que evité tanto hablar con ella como mirarla directamente? Fue solamente porque me daba miedo. Me di cuenta de que con mi regreso también volvía a tener la influencia que antes tuve sobre ella; sigo convencido de que, por muy hipócrita y despiadada que fuese, por ciego que estuviera usted a causa de su pasión por ella, Margaret me habría traicionado inconscientemente y lo habría delatado todo ante usted si yo no hubiera actuado tal como hice. ¡Por no hablar de su madre, claro está! ¡Cómo me miró su madre desde el momento en que llegué!

»Más adelante, mientras usted se desvivía por penetrar, sin que se notara, en la historia sellada a cal y canto de mi vida previa, yo sí fui descubriendo con cautela, gracias a Margaret, todo aquello que deseaba saber. Digo "con cautela", pero la palabra expresa defectuosamente la paciencia y la consumada precaución con que hube de obrar en aquella época. Nunca me expuse a su poder, nunca me arriesgué a ofenderla, a asustarla, a darle motivos de repugnancia; tampoco perdí la menor oportunidad de devolverla a los viejos hábitos de la familiaridad que habíamos tenido; por encima de todo, nunca di a su madre una sola ocasión de sorprenderme. He aquí el resumen de lo que fui averiguando poco a poco, gracias a mis indagaciones secretas y diseminadas, con una perseverancia que me llevó a invertir varias semanas.

»Margaret se sintió lastimada en su vanidad, y sus expectativas terminaron en desilusión cuando yo la abandoné para marchar a Lyon sin otra despedida que la que hubiese podido tramitar con cualquier otra mujer a la que considerase meramente como amiga. Nunca he creído que sintiera un genuino amor por mí y nunca lo creeré; sin embargo, yo tenía esa capacidad tan práctica, esa firmeza de voluntad, esa ascendencia personal tan obvia, ejercida sobre la mayoría de las personas con las que he tenido contacto, que a la fuerza suscita el respeto y la admiración de mujeres del más variado carácter e, incluso, de mujeres carentes de carácter por completo. La había conquistado hasta el punto al que pudieran llevarle sus sentidos, su instinto, su orgullo, pero nada más, ya que no hubiese podido ir más allá. Menciono el orgullo entre sus motivos y lo menciono a sabiendas de lo que digo. Le llenaba de orgullo ser el objeto de todas las atenciones que le había dedicado a lo largo de los años, ya que se imaginaba que, por medio de tales atenciones, yo, que regía más o menos los destinos de todas las demás personas incluidas en su esfera, le había entregado a ella el poder de regir el mío propio. Por el modo en que me marché de Inglaterra, tuvo que darse cuenta muy a las claras de que no había calibrado del todo bien su influencia sobre mí; ese poder, en su caso, como en el caso de los demás, estaba por completo de mi parte. De ahí que su vanidad

Librodot

quedara lastimada, tal como he señalado.

«Mientras esa herida estaba aún reciente, usted se cruzó con ella y apeló a su autoestima en una nueva dirección. Sin embargo, tuvo usted que darse perfecta cuenta de que una proposición como la suya excedía en mucho las expectativas más ambiciosas que hubiese podido albergar su padre. Ninguna alianza con hombre alguno hubiese bastado para elevarla muy por encima de su propia clase social; bien lo sabía ella y por esa certeza se casó con usted, y lo hizo por su encumbrada posición social, por su apellido, por sus grandes amistades y sus relaciones, por el dinero de su padre, por sus carruajes y sus espléndidas mansiones; en una palabra, por todo, salvo por usted.

»Aun así, a pesar de las tentaciones de la juventud, la riqueza y la alcurnia que su proposición encerraba a sus ojos, al principio las aceptó (yo hice que me lo confesara) con un temor secreto, con las aprensiones que le causaba el recuerdo que tenía de mí. Esas sensaciones, no obstante, pronto las ahogó, o bien imaginó que las había ahogado; así se me presentó entonces la última, la mejor oportunidad de revivirlas. Disponía de todo un año para realizar esa labor y en seguida estuve seguro de que alcanzaría el éxito.

»Usted disponía por su parte de inmensas ventajas. Tenía una clara superioridad social sobre mí; contaba con la plena aprobación de su señor padre; estaba, por si fuera poco, casado con ella. Si le hubiese amado por lo que usted es, si le hubiese amado por algo que no fuese su propio interés sensual, su vulgar ambición, su temeraria vanidad, todos los esfuerzos que yo hubiera hecho en contra suya habrían estado condenados desde el primer momento a la derrota más inapelable. Sin embargo, una vez estuvo esto fuera de toda consideración, a pesar de lo manifiestamente despiadado que fuera el apego que ella pudiera tenerle, si usted no hubiera consentido en que le fuera impuesta la condición de esperar un año entero después del matrimonio y si, aun habiéndola consentido, hubiese incumplido la condición antes de que concluyera ese año —a sabiendas, tal como debiera haber sabido, de que a ojos de la inmensa mayoría de las mujeres un hombre no cae en deshonra si incumple su promesa, siempre y cuando la incumpla por una mujer—, si, ya digo, hubiese optado por cualquiera de estas opciones, yo habría estado completamente impotente frente a usted. Ahora bien, usted fue fiel a su promesa, fiel a la condición, fiel a la mal encaminada modestia de su amor, y esa fidelidad fue lo que le dejó a mi merced. Una muchacha realmente pura de intenciones le hubiera amado mil veces más por actuar tal como lo hizo, sólo que Margaret Sherwin no era una muchacha pura, no era una muchacha virginal: yo he sondeado sus pensamientos, y bien que lo sé.

»Tales eran las posibilidades que tenía usted contra mí, y tal fue el modo en que las echó a perder. Por mi parte, yo contaba con una paciencia infatigable y con una serie de ventajas personales semejantes, con la excepción del abolengo y la edad, a las suyas, por no mencionar la influencia sólidamente establecida desde hacía tiempo, la libertad de mostrarme familiar y, por encima de todo, esa firme e inquebrantable determinación que solamente brota del deseo de venganza. Lo primero que hice fue poner a prueba su carácter, descubrir en qué puntos era necesario que estuviese en guardia frente a usted, cuando se refugió de la tormenta bajo mi techo. Si aquella noche hubiera estado su padre con usted, hubo algunos momentos, cuando la tempestad arreciaba al máximo de su furia, en que si mi voz hubiera bastado para invocar un rayo que cayera de lleno sobre la casa, la destrozara y nos redujera a los átomos de que estamos compuestos, habría pronunciado esa palabra sin dudarlo y así habría puesto fin a la pugna entre todos nosotros. El vendaval, el aguanieve y los relámpagos a punto estuvieron de hacerme enloquecer cuando pensaba en su padre y en usted; poco me faltó para descuidarme, para que usted se diera cuenta, sobre todo en el instante en que la luz del rayo se interpuso entre nosotros cuando ya le despedía a la puerta de mi casa.

»Sabe de sobra cómo me granjeé su confianza; sabe también cómo me las ingenié después para proponerle que se aprovechase de mí en calidad de amigo secreto que le

Librodot

había de procurar toda clase de privilegios con Margaret, precisamente los privilegios que su padre no habría querido concederle si usted personalmente se los hubiera solicitado. Así, de entrada me previne de toda suspicacia por su parte, y me bastó con dejar que su enamoriscamiento hiciera todo lo demás. Con usted, mi actitud fue muy fácil; con ella, en cambio, estuvo cercada por las dificultades, pero supe salvarlas. Su fatal consentimiento de esperar a que transcurriese todo un año de prueba me dotó de armas contra usted, y que utilicé, de hecho sin escrúpulos de ninguna clase. Me imagino perfectamente qué indignación y qué horror le invadirían si le explicase con detalle cómo me aproveché de la posición en que le dejó ante Margaret su aceptación de las condiciones impuestas por su padre. Prefiero ahorrarle esa confesión, pues ahora carecería de sentido. Puede considerarme como quiera, puede denunciar mi conducta en los términos que más le plazca, que mi justificación será siempre la misma. Yo he sido el perjudicado, usted ha sido el agresor; simplemente estaba reparando una injusticia al recuperar una pertenencia que usted me había robado, y todos los medios empleados estaban más que autorizados por un fin como ése.

»Sin embargo, todos mis éxitos sirvieron de muy poco, en sí mismos, en comparación con el omnímodo atractivo que usted poseía a la hora de contrarrestarlos. Despreciable o no, todavía tenía esa superioridad sobre mí; aún podría hacer de ella una espléndida dama. De esa realidad brotaba la ambición que toda mi influencia, por más que se remontase a su infancia, no valdría para destruir. Ahí estaba asegurado el mecanismo principal, el que regulaba la devoción que a fuerza de egoísmo tenía ella por usted y que era punto menos que imposible partir por la mitad. Ni siquiera llegué a intentarlo.

»El plan que le propuse, cuando por fin estuvo plenamente preparada para oírlo, y para disimular que sabía lo que iba a oír, la dejaría en absoluta libertad para gozar de todas las ventajas sociales que su alianza con usted pudiera depararle: libre para viajar en su propio carruaje, para entrar en la tienda de su padre (¡ésa era una de sus máximas ambiciones!) en calidad de cliente, gracias a su nueva conexión con la aristocracia, y libre incluso de formar parte de la familia de usted, sin que nadie sospechara nada, en caso de que su precipitado matrimonio fuera visto con buenos ojos. Su credulidad iba a ponerme muy fácil la ejecución de ese plan. Me abstendré de reconocer ahora de qué manera iba a llevarse a cabo y qué objeto me había propuesto al tramarlo, por la sencilla razón de que el descubrimiento al que llegó cuando nos siguió a los dos la noche de la fiesta terminó por abortar mi plan, obligándome incluso a renunciar a él. Baste con decir, llegados a este punto, que era una grave amenaza tanto para su padre como para usted y que Margaret al principio se acoquinó, pero no porque mi propuesta le produjera el menor espanto, sino por temor a ser descubierta. Gradualmente, sin embargo, me sobrepuse a sus aprensiones; muy poco a poco, conste, ya que no estuve yo totalmente seguro de su devoción a mi causa, hasta que su año de prueba prácticamente estuvo agotado.

»A lo largo de todo ese año, por más que a diario visitase usted North Villa, ¡nunca llegó a sospechar nada de nosotros dos! Sin embargo, si no hubiera estado tan perdidamente enamoriscado, ¡cuántas advertencias habría hallado, cuántas, que a pesar de mi doblez y de mis precauciones se habrían manifestado con la claridad suficiente para ponerle en guardia! Aquellos bruscos cambios en el talante de ella, aquellas alternancias de hosco silencio y de caprichosa alegría, que a veces salieron a la luz incluso en su presencia, tenían todos ellos su razón de ser, aun cuando no supiera usted discernirlos. A veces era solamente el miedo de ser descubierta, a veces era miedo de mí; en ocasiones, podrían atribuirse a un desprecio disimulado; en ocasiones, podría tratarse de pasiones que pugnaban por salir a la superficie bajo un fingimiento de ultraje; en ocasiones, eran recuerdos en secreto de revelaciones que yo acababa de participarle, o bien ganas de anticiparse a revelaciones que yo aún había de participarle. Hubo veces en las que todos los pasos del camino por el que yo transitaba estuvieron iluminados, débilmente, sí, pero de modo muy significativo, por su manera de ser y

Librodot

por su forma de hablar, siempre y cuando hubiese usted acertado a interpretarlos tal como debiera. La primera vez en que renové mi antigua influencia sobre ella, aquellas primeras palabras con que lo vilipendié y lo degradé ante ella; la primera vez en que defendí con éxito mi causa frente a la suya, la primera vez en que apelé a las pasiones que yo bien sabía cómo remover en ella, la primera vez en que le propuse el plan entero que había madurado en solitario, cuando estaba en el extranjero, a orillas de un grandioso río... Todos estos avances aislados y graduales, encaminados a la consecución del fin que me había jurado lograr, se insinuaron en ella vagamente, en su apariencia, consumada como era su capacidad de engaño, y de forma no menos consumada aprendió a emplearlos contra usted.

»¿No recuerda haberse fijado, cuando regresó de su estancia en el campo, en lo enferma que parecía Margaret, en lo enfermo que parecía yo? Durante su ausencia, tuvimos unas cuantas entrevistas, en el transcurso de las cuales yo le dije algunas palabras que hubiesen bastado para dejar huella en el rostro de una Jezabel o una Mesalina. ¿Es que ha olvidado acaso con qué frecuencia, durante los últimos días de su año de prueba, salí yo bruscamente de la estancia, después de que usted mismo me hubiera hecho llamar para compartir con los dos sus lecturas vespertinas? Pretexté un repentino malestar, y era ciertamente una enfermedad, aunque en modo alguno fuera corporal. A medida que se acercaba el momento, me sentía cada vez menos seguro de mi cautela, de mi paciencia. Obviamente, con usted aún podía considerarme a salvo; era, en cambio, la presencia de Mrs. Sherwin la que me forzaba a salir de la sala. Bajo la fatídica mirada de esa mujer me encogí a medida que se acercaban los últimos días, a pesar de que ya había desafiado su perspicacia y a pesar de que estuve firmemente en guardia contra su vigilancia insomne, silenciosa, mortífera, durante muchos meses seguidos, ¡cedí cuando el final estaba ya a mi alcance! Sabía que en una o dos ocasiones ella le había hablado de forma harto extraña, y temía que sus palabras vagas e incoherentes pudieran adoptar a su debido tiempo una dirección reconocible, una forma palpable. No fue así; el terror instintivo sujetó su lengua hasta el final. Es posible que si hubiese hablado con llaneza, usted no hubiera estado dispuesto a creerla y hubiera seguido siendo fiel a sí mismo, a la confianza que había depositado en Margaret. Por enemigo suyo que sea, y soy su enemigo hasta el día de su muerte, le haré justicia en lo que al pasado se refiere: su amor por esa muchacha fue un amor tal que ni siquiera hubiese merecido a fondo la más pura y la mejor de las mujeres.

»Ya casi doy por terminada mi carta; he finalizado mi retrospección. He llegado así al día de autos, del cual sabe usted tanto como yo mismo. Por accidente llegó a un descubrimiento que, de otro modo, posiblemente no hubiese hecho tal vez por espacio de meses, tal vez nunca en absoluto, hasta que yo hubiera optado por llevarle de la mano a dicho desenlace. Digo por accidente, y lo digo en conciencia, a sabiendas de que de principio a fin no confié en una tercera persona. Lo que ha llegado usted a saber, lo ha sabido únicamente por accidente.

»De no haber sido por ese descubrimiento casual, me habría visto llevarla a North Villa a la hora fijada, a mi cuidado, tal como salió de su casa. En fin, basta; dejémosla a ella en paz. Pienso disponer de su futuro, tal como resolví disponer hace ya varios años, y en modo alguno me importa que pueda afectarle ver en mí las repugnantes alteraciones que su agresión me ha producido ya para siempre. Basta, le digo, de los Sherwin —padre, madre e hija—, que su destino, el de usted, no es cosa de ellos, sino mía.

»¿Aún se regocija por haber deformado mis facciones, por haberme dejado con un rostro capaz de repugnar a todos los seres humanos que me miren? ¿Aún se siente triunfante al recordar esa atrocidad, tal como se sintió triunfante cuando la llevó a cabo, convencido seguramente de haber destrozado mi futuro con Margaret, de haber destrozado incluso mi propia identidad de hombre? Si es así, le aseguro que a la hora de haber salido de este

Librodot

hospital, su triunfo habrá concluido y comenzará su expiación, que no terminará sino con la muerte de uno de nosotros dos. Vivirá usted, refinado y educado caballero como es, deseoso como un rufián de haberme matado, y su padre deseará lo mismo mientras viva.

»¿Será que pretendo amedrentarle con palabras feroces, como si fuera un chulo jactancioso y abusón? Póngame a prueba, retroceda un poco en el tiempo, descubra de qué he sido capaz de abstenerme con tal de conseguir mi propósito. Con sólo haber dicho una o dos palabras a modo de respuesta a todas las preguntas con que me han importunado día tras día quienes me rodean, hubiese hecho que tuviera usted que presentarse ante un magistrado para dar cuenta de una agresión, una agresión tan sorprendente como salvaje, incluso en un país como éste, en el que la brutalidad de trato físico es una mercancía que se puede comprar y vender entre el prisionero y los representantes de la ley. Con sólo haber hablado, el apellido de su padre habría sido públicamente emparejado con el deshonor de usted, pero guardé silencio. Guardé el secreto y lo guardé simplemente porque vengarme de usted por medio de un mezquino escándalo, que hubiese obligado a su familia (frente a su riqueza, posición social, carácter demostrado, simpatía en general) a agachar la cabeza por espacio de unos días, no es ni mucho menos la venganza que yo quiero, ya que saldar las cuentas pendientes ante magistrados y jueces debido a la exposición de una lesión física que hiciera un mendigo, aparte de confesar como un cobarde la derrota física, no es ni mucho menos mi manera de saldar cuentas. Tengo en perspectiva la posibilidad de tomar represalias durante toda la vida, y pienso en represalias que las leyes y los legisladores serán incapaces de reprimir: son represalias como las que dejaron una marca en Caín (tal como yo he de dejar una marca en usted), convirtiendo su vida en su castigo (tal como yo haré con la suya).

»¿Cómo? Recuerde cómo ha sido mi trayectoria, y piense que yo he de hacer lo mismo de la suya. Así como la muerte de mi padre a manos del verdugo afectó toda mi existencia, los sucesos de la noche en que usted me siguió afectarán la suya. Su padre habrá de verle llevar la vida a la que sus pruebas contra mi padre me condenaron; habrá de ver la infame mancha de su desastre adherida a usted allá por donde vaya. La infamia con la que he resuelto perseguirle será su propia infamia, una infamia de la que no podrá desquitarse, ya que nunca se desquitará de mí, ni podrá tampoco desquitarse nunca de la esposa que le ha deshonrado. Puede usted abandonar su hogar, puede abandonar Inglaterra; puede hacer nuevas amistades, encontrar otras ocupaciones; puede que pasen años y años, que, a pesar de los pesares, no escapará de nosotros. En ningún momento sabrá cuándo estaremos cerca de usted, ni cuándo estaremos lejos, cuándo estaremos listos para aparecer ante usted, cuándo estaremos seguros y lejos de su alcance. Mi rostro deforme y su belleza fatal le perseguirán por todo el mundo. El terrible secreto de su deshonor, y de la atrocidad con que quiso vengarlo brotarán por insólitos canales, en vagos perfiles, mediante procesos tortuosos e intangibles, siempre cambiantes en su modo de exposición, jamás remediables si de su resistencia se trata, y dirigidos siempre a la misma finalidad: su aislamiento en tanto que hombre marcado por el deshonor en todas las nuevas esferas en que pretenda relacionarse, en todas las nuevas comunidades a las que se quiera retirar.

»¿Le parece que se trata de una inmensa locura de malignidad y de venganza? Pues se trata, en cambio, de la única ocupación que me queda por desempeñar en esta vida, gracias a la mutilación de la que me ha hecho objeto. Y la acepto por ser una tarea a la altura de mi deformidad. En la perspectiva que entraña el ver cómo aguanta usted esta cacería de por vida, cuánto tiempo resiste la influencia envenenada, tan lenta como segura, de una lengua artera que nunca podrá ser acallada, de una presencia de la cual no podrá escapar, una presencia que será su denuncia, de un secreto maldito que le habrá sido arrancado a la fuerza, y que será expuesto cada vez que lo oculte, reside la promesa de un deleite innombrable; sólo de pensar en ello, unas veces me vuelvo febril, y otras se me hiela la sangre. Aquí tendido, en esas horas de la noche, horas de oscuridad y de tranquilidad en que el ambiente de desdicha humana que

Librodot

hay en derredor me oprime más que nunca cuando duermo, sueño con profecías terribles sobre todo lo que habrá de suceder entre nosotros y mi espíritu se siente perturbado. En esas ocasiones sé muy bien, y me estremezco sólo de saberlo, que existe algo más que el mero motivo de la represalia, algo menos terrenal, menos aparente, que me apremia horrorosamente, de modo sobrenatural, a vincularme a usted de por vida; es algo que me hace sentir el portador de una maldición que le seguirá adonde quiera que vaya, el instrumento de una fatalidad sentenciada mucho antes de que nos conociéramos, una fatalidad que comienza mucho antes de que el verdugo separase para siempre a su padre y el mío, una fatalidad que se perpetúa en usted y en mí, y que terminará o cuándo, o cómo.

»Le prevengo: no busque consuelo en la falsa seguridad que le daría despreciar mis palabras, tacharlas de enloquecidas, escritas por un demente que sueña con perpetrar crímenes imposibles. A lo largo de esta carta le he advertido de lo que puede esperar, ya que no le acosaré en desventaja, tal como usted me asaltó a mí, y por el placer que me produce buscarle la ruina por más que se me resista abiertamente. Le he ofrecido juego limpio, tal como los cazadores ofrecen juego limpio al animal que se proponen acechar y abatir en su momento. Queda usted advertido: no busque falsas esperanzas en la creencia de que no estoy en posesión de mis facultades, de que mi resolución es puramente visionaria. Nada más falso, ya que semejante esperanza no sería más que desesperanza disimulada.

»He terminado. No está lejos el día en que mis palabras se conviertan en realidad. En los hospitales públicos, hasta el más enfermo se cura rápido. Pronto nos veremos las caras.

»Robert Mannion»

«¡Pronto nos veremos las caras!»

¿Cómo? ¿Cuándo? Repasé la última página de la carta, pero mi atención vagaba extrañamente; confundía un párrafo con otro, y cuanto más tiempo estuve leyendo, menos pude comprender el sentido no ya de las frases, sino también de las palabras más simples.

Desde las primeras líneas de la carta, y hasta el final, lo escrito no había dejado ninguna impresión definida en mi mente. Me encontraba tan absolutamente agotado por los acontecimientos que se habían sucedido a lo largo del día, que incluso las primeras páginas de la confesión de Mannion, las que revelaban la conexión existente entre mi padre y el suyo, y la forma terrible en que sobrevino su separación, apenas me produjeron más que un asombro pasajero. Me limité a recordar que nunca oí hablar de tal suceso en casa, salvo una o dos veces, aunque por medio de vagas insinuaciones que con aire de misterio dejó caer un viejo criado; también recordé la escasa consideración que dediqué en su día a cuestiones que habían tenido lugar antes de que yo naciera. De este modo reflexioné sucintamente y con languidez sobre la narración con que se abría la carta; luego seguí leyendo maquinalmente. A excepción de aquellos pasajes que contenían la revelación del verdadero carácter de Margaret y de aquellos que describían el origen y el desarrollo de la infame trama que urdió Mannion, en la carta no hubo nada que me impresionase, si bien más adelante estaba destinado a llevarme una fortísima impresión cuando la leí por segunda vez. El letargo de todos los sentimientos en que me hallaba hundido recordaba el mismísimo letargo de la muerte.

Intenté despejarme, concentrar todas mis facultades, dedicarme a pensar en otros asuntos, pero fue en vano. Todo lo que había visto y oído desde que me levanté por la mañana, regresó a mí de forma cada vez más vaga y más confusa. No era capaz de trazar un plan para el presente ni para el futuro. No tenía ni idea de cómo afrontar la última amenaza de Mr. Sherwin, cuando afirmó que pensaba en forzarme a reconocer públicamente como esposa

Librodot

mía a su hija, cargada ya de culpabilidad, ni sabía tampoco cómo iba a defenderme de la hostilidad de por vida con que me amenazaba Mannion. Una sensación de temor y de aprensión, que no supe atribuir a ninguna causa concreta, se adueñó misteriosa e irresistiblemente de mí. Me abrumaron el horror de la deslumbrante brillantez del día, la suspicacia de la soledad del lugar al que me había retirado, el anhelo de hallarme de nuevo entre mis congéneres, de vivir allí donde latía la vida, la agitada vida londinense. Volví apresuradamente sobre mis pasos y regresé de los suburbios al centro de la ciudad.

Empezaba a anochecer cuando alcancé una de las grandes avenidas. Mientras caminaba, al ver a los habitantes de las casas sentados ante las ventanas abiertas, disfrutando del aire del atardecer, por vez primera en todo el día se me ocurrió un interrogante: ¿dónde iba a descansar esa misma noche? Ya no tenía hogar ninguno. No me faltaban las amistades que de mil amores me hubiesen acogido en sus domicilios, pero haberles visitado hubiera supuesto explicarles mi situación, desvelar, al menos en parte, el secreto de mi calamidad, y era algo que estaba resuelto a mantener en secreto, tal como le había dicho a mi padre. El último consuelo que me quedaba no era otro que saber a ciencia cierta que iba a mantener intacta esa resolución, a salvaguardarla con honor a despecho de todo riesgo, a toda costa.

Por eso dejé de pensar en el socorro o la comprensión que hubiesen podido prestarme mis amigos. Convertido en un extraño tuve que abandonar mi hogar; convertido en un extraño estaba resignado a vivir, hasta que aprendiera cómo domeñar mi infortunio, gracias únicamente a mi vigor y a mi resistencia. Firme en esta determinación, aun cuando no tuviera firmeza en nada más, busqué a mi alrededor el primer refugio que pudiera pagar a unos extraños, cuanto más humilde, mejor.

A la sazón lo encontré en la parte más depauperada, en el lado más pobre de la gran avenida por la que caminaba, entre las tiendas de menos categoría, entre casas de muy pocos pisos. Allí no me fue difícil encontrar una habitación en régimen de alquiler; al poco rato, me vi en posesión del cuarto diminuto que en el futuro, quizá un futuro larguísimo, debía resignarme a considerar mi hogar.

¡Mi hogar! En todo lo que me sugería esa sencilla palabra revivió un triste, dolorido recuerdo. A pesar de las tinieblas que iban espesando en mi espíritu, pasó de través un tenue rayo de luz que me prometió la llegada del alba, la luz del rostro apacible que contemplé por última vez cuando descansaba sobre el pecho de mi padre.

¡Clara! Mis palabras de despedida, cuando tuve que soltarme de aquellos brazos que cariñosamente me sujetaban del cuello, y que de mil amores me hubiesen retenido en casa para siempre jamás, le expresaron una promesa que aún no había cumplido. En ese instante, temblé al pensar en la situación en que se había quedado mi hermana. Desconocedora del lugar al que había encaminado yo mis pasos cuando me fui de casa, ajena a los extremos a los que bien podría precipitarme mi desesperación; absolutamente ignorante incluso de si llegaríamos a vernos alguna otra vez... era terrible reflexionar por un instante siquiera sobre la incertidumbre que bien podría estar padeciendo, en ese mismo instante, por mi culpa. De todas las promesas, la que más importancia vital tenía era sin duda la promesa de escribirle; era la primera que debería cumplir.

Le envié una carta muy breve. Le comuniqué la dirección de la casa en la que me había alojado (a sabiendas de que todo lo que no fuera información concreta y positiva no valdría para aliviar efectivamente su angustia); le pedí que me contestara por escrito, que me diera noticias suyas, que eran las mejores noticias que podría recibir, y le encarecí que creyera incondicionalmente en mi paciencia y en mi valor frente a todos los desastres, que estuviera segura de que, al margen de lo que pudiera pasar, nunca iba a perder la esperanza de verla muy pronto. De los peligros que me cercaban, de los males y las injurias que bien pudiera estar condenado a padecer, no le dije ni palabra. Eran verdades que había determinado

Librodot

ocultarle hasta el final. ¡Ya había sufrido por mí más de lo que yo me atrevía a pensar siquiera!

Envié mi carta para que le fuera entregada en propia mano, cerciorándome así de su entrega inmediata. Al escribir aquellas líneas tan escuetas como sencillas, no pude sospechar ni por asomo qué importantes resultados estaban destinadas a producir. Al pensar en el mañana, en todo lo que el mañana pudiera depararme, poco pude sospechar qué voz sería la primera que oyese al día siguiente, qué mano me iba a ser tendida con todo el afecto de una amistad dispuesta a ayudarme.

Librodot

VI

Era todavía muy temprano cuando oí que alguien llamaba con vehemencia a la puerta de la casa; acto seguido, la dueña indicaba a una criada que era «un caballero que viene a ver al caballero que se alojó aquí anoche». En el instante en que llegaron esas palabras a mis oídos, mis pensamientos recurrieron a la carta del día anterior. ¿Había descubierto Mannion dónde me refugiaba? Según me pasaba esa sospecha por la cabeza, se abrió la puerta y entró en mi cuarto el visitante.

Lo miré totalmente anonadado, sin poder articular palabra. ¡Era mi hermano mayor! ¡Era Ralph en persona quien entró en mi habitación!

—¡Bueno, Basil! ¿Cómo estás? —saludó, con su talante despreocupado, con su voz más cordial.

—¡Ralph! ¿Qué haces en Inglaterra? ¿Cómo es que has venido?

—Regresé de Italia ayer por la noche. ¡Basil, qué espantosamente cambiado te encuentro! ¡Casi ni siquiera te reconozco!

Su talante experimentó una visible transformación cuando dijo estas palabras. La mirada de tristeza y de alarma que me dedicó me alcanzó de lleno en el corazón. Pensé en las vacaciones, cuando éramos niños los dos; pensé en la ruidosa jactancia con que me trataba Ralph, en las humoradas de chiquillo que gastaba a mi costa, en el fuerte lazo que nos unía a los dos, un lazo extrañamente compuesto por mi debilidad y por su fortaleza; pensé en mi pasividad y en su naturaleza activa; comprendí qué poco había cambiado él desde entonces, y supe mejor que nunca qué miserable había sido mi transformación. Toda la vergüenza y todo el pesar que me causaba mi expulsión del hogar volvieron a mí al ver ese rostro familiar y amigo. Me esforcé todo lo que pude por mantener la compostura, e intenté darle una animada bienvenida, pero ese esfuerzo era más de lo que estaba a mi alcance. Aparté la cabeza cuando le di la mano, ya que el sentimiento infantil que siempre me llevó a no dejar que Ralph viese las lágrimas en mis ojos aún me influía.

—¡Basil! ¡Basil! ¿Qué te sucede? No puede ser. Mírame, escúchame bien. Le he prometido a Clara que te sacaré como sea de este desdichado embrollo en que te has metido y pienso hacerlo, así que acerca una silla y dame fuego. Me voy a sentar en tu cama, me pienso fumar un habano y pienso tener contigo una larga conversación.

Mientras prendía su cigarro lo miré con mayor atención que antes. Aunque era el mismo de siempre en todos los sentidos, aunque su expresión todavía conservaba la intrépida levedad de antaño, detecté que en otros sentidos sí había cambiado un poco. Sus rasgos se habían vuelto más ásperos; la vida de disipación que llevó había dejado mella en sus facciones. Aunque aún tenía un corpachón activo y musculoso, había engordado notablemente; vestía de manera bastante descuidada, y de todos sus adornos y cadenas de antaño, no se le veía uno solo. Ralph parecía prematuramente avejentado, en comparación con la última vez que le había visto.

—Bueno —comenzó—. En primer lugar, te hablaré de mi regreso. La verdad es que mi esposa morganática —y así hacía referencia a su última amante— deseaba ver Inglaterra, y yo estaba ya cansado de vivir en el extranjero. Por eso me la he traído de vuelta, con la idea de vivir tranquilamente los dos en el barrio de Brompton. Por cierto que esa mujer ha sido mi salvación; tienes que venir a conocerla un día. Me ha curado del vicio del juego, por culpa del cual me estaba yendo al demonio a la máxima velocidad. Y gracias a ella he dejado de jugar, aunque todo eso ya lo sabes, claro. Bueno, pues llegamos a Londres ayer por la tarde, y a última hora la dejé en el hotel, para presentarme en casa como es debido. Allí, lo primero que me dijeron fue que me habías arrebatado mi antigua y original distinción, y que ya no era yo

Librodot

el granuja de la familia. No te pongas tan triste, Basil, que no me estoy riendo de ti. He venido a hacer algo mejor aún. Tampoco te tomes al pie de la letra mi manera de hablar, ni le des importancia; ya sabes que, para mí, nada ha sido nunca realmente serio, y que nunca lo será.

Calló un instante para depositar en un platillo la ceniza del habano y se acomodó mejor en mi cama, antes de proseguir.

—He tenido la mala fortuna de ver a mi padre seriamente ofendido en más de una ocasión, pero debo decirte que nunca le he visto tan sosegado ni tan peligroso como ayer por la noche, mientras me hablaba de ti. Recuerdo muy bien cómo me habló, cómo me miró cuando me sorprendió guardando las moscas para la pesca de la trucha en esa historia de la familia que tan celosamente guarda entre sus papeles, pero aquello no fue nada en comparación con su estado actual. Te voy a decir una cosa, Basil: si creyera que realmente existe eso que los poetas llaman un corazón destrozado, y conste que no lo creo, casi me temería que es eso lo que le sucede, que tiene destrozado el corazón. Me di cuenta de que, por ahora, ni siquiera serviría de nada que dijera algo en tu favor, así que permanecí en silencio y le escuché con toda atención hasta que me dio su venia para retirarme. Acto seguido, subí a las habitaciones de Clara. Te doy mi palabra de honor, allí todo fue mucho peor. Clara iba de un lado a otro, con tu carta en la mano... Alcánzame las cerillas, que se me ha apagado el cigarro. Hay quien sabe charlar y fumar a partes iguales, pero yo no he aprendido aún.

Continuó cuando hubo encendido de nuevo el habano.

—Sabes tan bien como yo que Clara no es muy efusiva que se diga. Siempre me ha parecido una muchacha de temperamento más bien frío, pero en el instante en que metí la cabeza por la rendija de la puerta, me di cuenta de que hasta ahora he sido un perfecto idiota en este sentido, así como en casi todos los demás. Basil, te juro que el chillido que se le escapó a Clara nada más verme y su forma de mirarme cuando me habló de ti, me dieron verdadero miedo. No podría describirte cómo fue todo; detesto las descripciones que dan los demás (seguramente por esa misma razón), así que no te describiré todo lo que dijo e hizo. Baste con que sepas que nuestro encuentro terminó con mi promesa de que vendría aquí a primera hora de la mañana, con mi promesa de sacarte del atolladero, y con mi promesa, en resumidas cuentas, de hacer todo lo que ella me pidiera. Por eso, aquí me tienes, listo para resolver tus asuntos antes de ponerme manos a la obra con los míos. La bella señora que conmigo comparte la existencia está en el hotel, medio frenética conmigo, porque no he querido salir a buscar vivienda con ella; pero Clara es lo primero de todo, Clara es lo que más me importa. Alguien tendrá que ser buen chico en casa, y ahora que tú has dimitido del puesto, voy a procurar sucederte, aunque sólo sea para variar.

—¡Ralph! ¡Ralph! ¿Cómo es posible que hables de Clara y de esa mujer casi a la vez? ¿Dejaste a Clara más tranquilizada? ¿Se quedó mejor? ¡Por Dios bendito, te pido que al menos por esta vez seas un poco serio, ya que no lo eres en nada más!

—¡Con calma, Basil! *Doucement, mon ami!* Sí que la he dejado más tranquila; con mi promesa, casi volvió a parecer la de siempre. En cuanto a lo que dices sobre el hecho de que hablo de Clara y de mi señora al mismo tiempo, he estado hablando y fumando a la vez, hasta no quedarme un solo instante para pensar en virtudes de segunda categoría. ¡He ahí una respuesta incontestable, si es lo que buscabas! Ahora, vayamos al asunto que me trae por aquí. No quiero que te preocupes si saco a relucir todo este penoso embrollo una vez más, de principio a fin; lo que ocurre es que pretendo asegurarme a fondo de que he comprendido la historia como corresponde. Si no, difícilmente podría servirte de ayuda. Mi padre se ha mostrado un tanto oscuro en determinados aspectos. Habló largo y tendido, más que de sobra, acerca de las consecuencias que todo esto entraña para la familia, acerca de su aflicción, acerca de su renuncia a ti para siempre; en breve, acerca de todo, salvo del caso en concreto, tal como en realidad están las cosas entre nosotros. Y eso es, precisamente, lo que quiero

Librodot

saber con todo detalle: debo estar al corriente de todo, no queda más remedio. Permíteme decirte en tres palabras lo que averigüé ayer por la noche.

—Adelante, Ralph. Como tú digas.

—Muy bien. En primer lugar, tengo entendido que te encaprichaste de la hija de un comerciante. Por ahora, conste que no te culpo de nada. Yo he pasado ratos muy placenteros en compañía de las damiselas que atienden en el mostrador. En cambio, en segundo lugar tengo entendido que ¡has llegado al extremo de casarte con esa muchacha! No quisiera tratarte con dureza, compañero, pero en ese proceder encuentro que hay un ramalazo de demencia que no tiene parangón y que está más a la altura de cualquier paciente de un manicomio que de mi propio hermano. No sé, no estoy muy seguro de haber comprendido bien qué es exactamente un comportamiento recto y virtuoso, pero si eso es rectitud... ¡Bueno, bueno! No te alteres tanto. Terminemos con esto del casorio, para seguir con el resto del asunto. En resumidas cuentas, desposaste a esa muchacha, y luego diste tu inocente consentimiento a la incomprensible condición de esperar durante todo un año a consumar el matrimonio. ¡Imagino que vuelve a ser un comportamiento de virtud! Una vez cumplido ese plazo... ¡No apartes la mirada, Basil! Puede que sea un granuja, en efecto, pero nunca he sido ni seré tan canalla como para hacer un chiste, en tu presencia o a tus espaldas, sobre esta parte de la historia. Si prefieres, no me importa pasarla por alto, aunque haya de hacerte una o dos preguntas. Ya ves, mi padre no quiso o no pudo hablar llanamente de lo peor del asunto; le conoces de sobra, así que ya sabes por qué. Ahora bien, alguien tendrá que ser algo más explícito; si no, no podré hacer nada al respecto. ¿Quieres hablarme de ese individuo? ¿Has encontrado a esa sabandija? ¿No lo has tenido al alcance de tus manos?

Referí a mi hermano la lucha que sostuve con Mannion en la plaza.

Me escuchó casi con el mismo deleite de mozalbete que antiguamente mostraba cada vez que yo salía con bien de una prueba de fuerza o de agilidad, a su plena satisfacción. Casi saltó de la cama, y me sostuvo ambas manos con fuerza entre las suyas; tenía la cara radiante, los ojos centelleantes.

—¡Choca esos cinco, Basil! ¡Choca esos cinco, que aún no nos hemos dado la mano! ¡Eso sí que compensa por todo! Bueno, una cosa más acerca de ese individuo. ¿Dónde se encuentra?

—En el hospital.

Ralph se rió a carcajadas y volvió a dar un brinco en la cama. Me acordé de la carta de Mannion y me estremecí sólo de pensar en ella.

—También debo preguntarte por la muchacha —dijo mi hermano—. ¿Qué ha sido de ella? ¿Dónde se ha encontrado durante todo el tiempo que has pasado enfermo?

—En casa de su padre, que es donde sigue estando.

—¡Ah, claro! Ya entiendo. Es la vieja historia, cómo no: sostiene que es inocente y su padre está convencido de que sí, ¿no es eso? Qué duda cabe; es la vieja historia de siempre. Ahora entiendo en qué aprieto nos hallamos: nos amenazan con un escándalo si tú no cedes a reconocerla en público como esposa tuya. ¡Espera un momento! ¿Tienes alguna prueba contra ella, aparte de tu palabra?

—Tengo una carta, una larga carta de puño y letra de su cómplice, en la que confiesa su culpabilidad y la de ella.

—Sin duda, ella dirá que esa presunta confesión es pura confabulación. No nos serviría de nada, a menos que osáramos acudir a la ley, y no lo haremos. Hemos de mantener todo esto en silencio, cueste lo que cueste. Si no, supondría la muerte de mi padre. Tal como yo había supuesto, es mera cuestión de dinero. El señor Tendero y su hija y señorita tienen una considerable partida de silencio que desean poner a la venta y que nosotros hemos de adquirir

Librodot

directamente en el mostrador de su establecimiento, a tanto el metro. ¿Has ido ya a verles, Basil, para preguntar qué precio tiene, para cerrar el trato?

—Estuve ayer mismo en su domicilio.

—¡Caramba! ¿Y a quién viste? ¿Al padre? ¿Llegaste a un acuerdo con él? ¿Hablaste de negocios con el señor Tendero?

—Su conducta fue de lo más brutal; su lenguaje, el lenguaje de un bravucón.

—Tanto mejor. Ésos son los más fáciles de lidiar. Ah, si le diera un arranque parecido en mi presencia, te puedo garantizar el éxito de antemano. De todos modos... ¿cómo terminó la cosa?

—Tal como había empezado: amenazas por su parte, resistencia por la mía.

—¡Aja! ¡A ver qué tal le sienta mi resistencia acto seguido! Seguro que se le antoja una resistencia muy distinta de la tuya. Por cierto, Basil, ¿qué cantidad le ofreciste?

—No le hice ninguna oferta. Se presentaron diversas circunstancias por las cuales me fue de todo punto imposible pensar siquiera en una oferta económica. Tenía previsto ir a verle hoy de nuevo, y si el dinero bastara para sobornarle y comprometerle a guardar silencio, si así fuese posible ahorrar a mi familia el deshonor que ha caído sobre mí, le habría dejado todo el dinero que poseo por derecho propio, la reducida pensión que me dejó nuestra madre.

—¿Quieres decir que tu único recurso es esa triste nimiedad, y que de veras estabas dispuesto a prescindir de ella, para echar a andar por el mundo sin ningún sustento? ¿Quieres decir que mi padre te ha abandonado a tu suerte sin hacer la menor provisión para ti, teniendo en cuenta el atolladero en el que estás metido? ¡Diantre, hazle justicia! Ha sido muy duro contigo, ya lo sé, pero no es posible que te haya dado fríamente la espalda de ese modo ante la ruina que te aguarda.

—Me ofreció dinero al despedirnos, pero con tales palabras de desprecio, con un tono tan insultante que hubiese preferido morir antes que aceptarlo. Le dije que sin la menor ayuda de su peculio estaba dispuesto a preservar su buen nombre, a preservar a su familia de la infamia de mi calamidad, aun cuando hubiera de sacrificar mi propia felicidad y mi propio honor en el empeño. Y hoy mismo voy a hacer ese sacrificio. La pérdida de lo poco que tengo asegurado, de lo que dependo, es la parte que menos importa. Puede que no se dé cuenta de la injusticia que me hace al dudar de mí hasta que ya sea tarde, pero ya se dará.

—Perdóname un momento, Basil, pero esto es casi tan demencial como demencial fue tu casorio. Me merece el máximo respeto la independencia de tus principios, compañero, pero mientras yo esté al frente, pienso tomar todas las precauciones para que no te arruines de forma gratuita, y menos aún en aras de ningún principio, por respetable que sea. Escúchame con atención. En primer lugar, recuerda que lo que te dijo mi padre, te lo dijo en un momento de exasperación. Tú habías arrastrado por un barrizal el orgullo de su vida: eso no le gusta a nadie, y a mi padre menos aún. En cuanto a tu oferta, a esa nimiedad, si contabas con saciar el hambre y la codicia de esos individuos, mucho me temo que no llegue ni a la cuarta parte de sus pretensiones. Saben de sobra que la nuestra es una familia acaudalada y harán, por tanto, una demanda en consonancia con ello. Cualquier otro sacrificio, incluido el aceptar a la muchacha por esposa (¡aunque eso es algo que jamás podrías animarte a pensar, reconócelo!), no serviría lo que se dice de nada. No hay otra solución que la monetaria, y ha de ser un dinero repartido con astucia, bajo las estipulaciones más férreas que sea posible imponer. Está claro que yo soy el hombre indicado para cerrar el trato, y además resulta que dispongo de ese dinero; mejor dicho, mi padre dispone de ese dinero, pero viene a ser lo mismo. Escríbeme aquí mismo el nombre y la dirección de ese individuo, que no hay tiempo que perder... ¡Marcho en seguida a visitarle!

—No puedo permitirte, Ralph, que pidas a mi padre lo que yo no he querido pedirle...

Librodot

—Dame el nombre y la dirección, o terminarás por agriar el excelente humor que tengo para el resto de mis días. Tu obstinación no te valdrá conmigo, Basil. De nada te sirvió cuando íbamos juntos al colegio y de nada va a servirte ahora. Le pediré a mi padre ese dinero para mí y emplearé todo el dinero que me parezca oportuno en salvaguardar tus intereses. Ahora que he vuelto convertido en un buen chico, me dará todo lo que le pida. No debo a nadie ni cincuenta libras, ya que mis últimas deudas quedaron saldadas... gracias a mi señora, que es la mejor administradora del mundo entero. Por cierto que, cuando la conozcas, no te sorprendas al ver que es algo mayor que yo. ¡Ah! Ésta es la dirección, ¿verdad? ¿Hollyoake Square? ¿Dónde demonios está eso? Bueno, da lo mismo; tomaré un coche de punto y dejaré que sea el cochero el que asuma la responsabilidad de encontrarlo. Manten firme el ánimo y aguarda aquí mismo mi regreso. ¡Tendrás noticias del señor Tendero y de su hija que ni de lejos podrías esperar! *Au revoir*, mi querido compañero. *Au revoir*.

Abandonó el cuarto tan de prisa como había llegado. Nada más partir, recordé que debiera haberle advertido de la fatal enfermedad que padecía Mrs. Sherwin. Tal vez estuviera muriéndose; tal vez hubiese muerto ya, a tenor de lo que yo sabía, cuando él llegara a la casa. Me asomé corriendo a la ventana para llamarle a voces, pero ya era tarde. Ralph se había marchado.

Aun cuando le permitieran entrar en North Villa... ¿tendría éxito su misión? No estaba yo en condiciones de evaluar qué porcentaje de probabilidades tenía a su favor. Lo inesperado de su visita, la extraña mezcla de simpatía y de ligereza que noté en su talante, la mezcla de sabiduría mundana y de monsergas de adolescente con que impregnó su conversación, parecían confundirme tanto en su ausencia como me habían confundido en su presencia. Mis pensamientos se fueron alejando imperceptiblemente de Ralph, de la misión que había emprendido en mi nombre, para asentarse en un asunto que parecía destinado en el futuro a concitar toda mi atención, irresistible y siniestro, en todas mis horas de soledad. La fatalidad que había denunciado Mannion en su carta ya había empezado a surtir efecto en mí. Esa terrible confesión de miserias y crímenes del pasado, esa monstruosa declaración de enemistad que iba a perdurar durante toda la vida, comenzó a ejercer una paralizante influencia en todas mis facultades, al mismo tiempo que proyectaba su asoladora sombra sobre mi corazón.

Abrí de nuevo la carta y releí las amenazas que me lanzaba a modo de conclusión. Una por una fueron surgiendo en mí preguntas de toda clase. ¿Cómo podría resistir o escapar del ánimo de venganza, de su espíritu maligno? ¿Cómo iba a alejar de mí la terrible deformidad de ese rostro, que había de aparecérseme en secreto? ¿Cómo iba a silenciar esa monstruosa lengua, y cómo hacer que fuera inofensivo el veneno que iba a verter gota a gota en mi vida? ¿En qué momento debería estar prevenido frente a la primera aparición de esa presencia vengadora? ¿Ahora mismo? ¿Faltaban acaso meses hasta ese momento? ¿Dónde iba a encontrármela? ¿En la casa, en plena calle? ¿A qué hora iba a llegar a mi lado a hurtadillas? ¿De día, de noche? ¿No debería mostrarle la carta a Ralph? No, sería en vano. ¿De qué me iba a valer cualquier consuelo, la ayuda que pudieran darme su coraje y su intrepidez, frente a un enemigo que conjugaba la feroz vigilancia de un salvaje con la iniquidad perdurable que un hombre civilizado me había jurado?

Al rondarme el pensamiento esta última idea, volví a guardar con prisa la carta, determinado (¡ay, qué futilidad!) a no abrirla nunca más. Casi en el mismo instante, oí que alguien llamaba a la puerta de la casa. ¿Estaría Ralph de regreso? No, imposible. Además, la forma de llamar era muy distinta de la suya: sonó con escasa fuerza, la justa para resultar audible desde donde yo me encontraba.

¿Mannion? ¿Podría presentarse de ese modo, abiertamente, a cuerpo gentil, a plena luz del día, en medio de una calle ajetreada?

Por las escaleras ascendieron unos pasos ligeros y veloces; se me aceleró el pulso, me puse en pie. Eran los mismos pasos por los que tantas veces había aguzado el oído, los pasos cuyo sonido tanto amé cuando estuve postrado por la enfermedad. Corrí a la puerta y abrí. No me había engañado el instinto. ¡Era mi hermana!

—¡Basil! —exclamó, sin darme tiempo a decir nada—. ¿Ha venido Ralph a verte?

—Sí, amor, sí ha venido.

—¿Y adonde se ha marchado? ¿Qué es lo que ha hecho por ti? Me prometió que...

—Y ha cumplido su promesa con nobleza, Clara. Se ha marchado para ayudarme.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Se hundió sin resuello en una silla, a la vez que se le escapaba una exclamación. ¡Ay, qué aguijonazo de dolor al verla en ese instante, al ver cómo había cambiado, al ver la desolación y la fatiga en sus ojos, el miedo y la pena que ya habían ensombrecido su rostro joven y brillante!

—En seguida estaré repuesta —dijo, al percatarse por mi expresión de lo que yo sentía entonces—. Es que al verte en este extraño lugar, sobre todo después de lo ocurrido ayer, y al haber venido aquí en secreto, aterrada de que mi padre pudiera enterarse... No puedo menos que sentir que tu posición y la mía son un poco dolorosas al principio. Pero es mejor no quejarse, al menos mientras pueda venir de vez en cuando a verte; pensemos solamente en un futuro más feliz. ¡Qué misericordia, qué felicidad que Ralph haya regresado! Siempre hemos sido injustos con él; es muchísimo más amable, muchísimo mejor persona de lo que habíamos pensado. ¡Basil! ¡Qué cansado, qué mal te encuentro! ¿Es que no se lo has contado todo a Ralph? ¿Es que estás en peligro?

—No, Clara. No, ni mucho menos.

—No te apenes en exceso por lo que pasó ayer. Intenta olvidar esa espantosa despedida y todo lo que trajo consigo. Él no ha vuelto a decir nada al respecto, salvo para indicarme que es preciso que yo no pretenda saber nada más de tu falta, de tu infortunio, que lo poco, lo poquísimo que sé. Y he resuelto no pensar más en ello, no preguntarte nada más en lo sucesivo. Ya tengo una esperanza, Basil, todavía lejos, muy lejos de cumplirse, a pesar de lo cual sigue siendo una esperanza. ¿No se te ocurre qué pueda ser?

—Tu esperanza, Clara, está desde luego muy lejos de cumplirse, si es una esperanza que depende de mi padre.

—¡Sssh! No digas eso, que yo sé cosas que tú no sueñas. Ayer mismo ocurrió algo... Fue muy poca cosa, pero ocurrió pronto, y fue suficiente para demostrar que cuando piensa en ti, lo hace con más pena que ira.

—Ojalá pudiera creerte, amor; sin embargo, lo que recuerdo de ayer...

—¡No te fíes de ese recuerdo, no pienses siquiera en él! Te diré qué es lo que pasó. Poco después de que tú te fueras, y tras haberme recobrado un poco en mis aposentos, volví a la planta baja para estar con mi padre, pues me encontraba demasiado aterrada y entristecida por lo ocurrido, y no quería estar a solas. Cuando miraba a mi alrededor en el primer instante, vi los pedazos de tu página del libro de la familia esparcidos por el suelo y vi tu viva imagen en miniatura, tu retrato de cuando eras un niño, tirado entre los demás fragmentos. Había sido arrancado de su marquito de papel, pero no había sufrido desperfecto alguno. Lo recogí del suelo, Basil, y lo dejé sobre la mesa, en el sitio en que se sienta siempre mi padre, y dejé al lado mi pequeño guardapelo, en el que conservo un rizo tuyo, de modo que entendiera que la miniatura no la había recogido accidentalmente uno de los criados. Después, recogí todos los pedazos de la página y me los llevé, pensando que sería preferible que él no volviese a verla. Nada más atravesar la puerta que da a la biblioteca, cuando estaba a punto de cerrarla, oí que se abría la otra puerta, la que da acceso al despacho desde el vestíbulo; entró él y fue

Librodot

directamente a la mesa. Como me daba la espalda, pude mirarle sin que se fijara en mi presencia. Observó inmediatamente la miniatura y se quedó muy quieto, con ella en la mano; luego suspiró, suspiró con inmensa amargura, y tomó el retrato de nuestra querida madre de uno de los cajones del escritorio, abrió la funda en que lo guarda y depositó tu miniatura dentro de ella, con mucha dulzura, con mucha ternura. No osé quedarme a ver nada más, pues no me fiaba de mi estado, así que de nuevo subí a mis aposentos; poco más tarde subió con mi guardapelo y me lo devolvió, diciendo simplemente: «Te has dejado esto en mi escritorio, Clara». Sin embargo, si hubieras visto qué cara se le puso, habrías podido poner en él toda tu esperanza para los tiempos venideros, tal como yo he hecho.

—Y yo también tendré esa esperanza, Clara, aunque no sea por otro motivo que por gratitud hacia ti.

—Antes de salir de casa —prosiguió Clara, tras un instante de silencio—, pensé en tu soledad en este extraño lugar, a sabiendas de que no podría venir a verte con frecuencia, y sólo en secreto, es decir, incurriendo en una falta que, si llegara a conocimiento de mi padre... En fin, es mejor que no hablemos de eso. Pensé en las horas que aquí habrías de pasar a solas y por eso te he traído un viejo y olvidado compañero tuyo, para que te haga compañía, para que te impida pensar con demasiada constancia en todo lo que has sufrido. ¡Mira, Basil! ¿No ves con buenos ojos a este viejo amigo tuyo?

Me entregó un pequeño manuscrito enrollado, esforzándose por esbozar su afable sonrisa de antaño, aun cuando las lágrimas le empañaban la mirada. Desaté las hojas, eché un vistazo a las páginas escritas y vi ante mí, una vez más, los primeros capítulos de mi novela aún inconclusa. Una vez más observé aquellas páginas que había elaborado con infinita paciencia, reliquia familiar de aquella primeriza y espléndida ambición que había abandonado por amor. Eran recuerdos demasiado fieles de los tranquilos, ennoblecedores placeres a que me había dedicado, y que había perdido ya para siempre. ¡Ah, qué no daría yo por un solo pensamiento florecido, por el jardín de los sueños en que viví felizmente en el pasado!

—Cuidé esas hojas manuscritas, después de que tú las desecharas, con más esmero que cualquier otra de mis cosas —dijo Clara—. Siempre tuve claro que llegaría el día en que volverías a la ocupación que en otro tiempo te dio infinito placer y que era para mí infinito placer observar. Y no cabe duda de que ha llegado ese día. Estoy convencida, Basil, de que tu libro te ayudará a esperar con paciencia a que lleguen tiempos más felices; te ayudará mejor que ninguna otra actividad. Este lugar a buen seguro te resulta extraño y solitario; en cambio, ver esas hojas manuscritas, verme a mí a veces, siempre que pueda venir a verte, tal vez sirva para que casi te parezca un hogar. El cuarto no es... no es muy...

Se calló de repente. Vi que le temblaba el labio, vi que de nuevo se le enturbiaban los ojos. Cuando traté de manifestar toda la gratitud que sentía, se dio la vuelta rápidamente y dio en ajetrearse reordenando aquellos muebles desvencijados, ocultando los agujeros de las cortinas deshilachadas, transformando en la medida de lo posible la inhóspita incomodidad de mi único y miserable cuarto. Estaba aún absorta en esta ocupación cuando las campanas de la iglesia más cercana dieron la hora, la hora que le avisaba de que no se quedase más.

—Debo marcharme —dijo—; es más tarde de lo que pensaba. No temas por mi regreso; la vieja Martha me acompañó hasta aquí y está esperando abajo para volver conmigo; ya sabes que podemos confiar en ella. Escríbeme tan a menudo como te sea posible; a diario tendré noticias tuyas gracias a Ralph, pero también me gustaría recibir carta tuya de vez en cuando. No pierdas las esperanzas y sé tan paciente, querido, a pesar del infortunio, como deseas que yo también lo sea. Sabes que yo no perderé la esperanza. No le digas a Ralph que he venido a verte; tal vez se enfade. Volveré a la primera oportunidad que tenga. Adiós, Basil. Procuremos despedirnos con alegría, con la esperanza de que lleguen pronto tiempos mejores. Adiós, querido, adiós, pero sólo por ahora.

A punto estuvo de fallarle la compostura cuando me dio un beso y se volvió hacia la puerta. Me indicó con un gesto que no la siguiera a la planta baja y, sin volver la vista atrás, se marchó de prisa de mi cuarto.

Fue provechoso para mantener nuestro secreto que se abstuviera con tanta decisión de aplazar su partida. Sólo habían pasado unos minutos desde la despedida, y aún estaba fresco en mi corazón el adorable influjo, el consuelo que me dio su presencia; estaba yo mirando con tristeza aquellas páginas manuscritas que tan preciadas habían sido para mí, y que ella había querido devolverme, cuando regresó Ralph de North Villa. Le oí subir a saltos, a la carrera, los desvencijados escalones de madera. Entró en mi cuarto más impetuosamente que nunca.

—¡Excelente! —dijo, al tiempo que de un salto se acomodaba igual que antes, sobre la cama—. Podemos comprar al señor Tendero por lo que nos dé la real gana y podemos, incluso, dejarle sin nada que llevarse a la boca, si es que preferimos ser tacaños con él. Su inocentísima hija ha hecho la mejor de las confesiones, y la ha hecho en el momento oportuno. ¡Basil, muchacho! ¡Se ha marchado de casa de su padre!

—¿Qué quieres decir?

—¡Que se ha fugado al hospital!

—¡Mannion!

—¡Sí, Mannion! Tengo la carta que él le escribió. Y esa carta sí la incrimina, mucho más allá de las contradicciones de su padre. Conste que ese individuo no se anda con chiquitas. De todos modos, empecemos por el principio, que te lo contaré todo paso a paso. ¡Diantre, Basil! ¡Cualquiera diría, por tu aspecto, que te traigo malas noticias, en vez de buenas!

—No te preocupes por mi aspecto, Ralph. Te ruego que sigas.

—Bueno, pues lo primero que supe, nada más llegar a la casa, fue que la esposa de Sherwin estaba muñéndose. El criado tomó buena nota de mi nombre y fue a comunicárselo a su amo; yo pensé que, lógicamente, no iba a franquearme la entrada. ¡Nada de eso! Me permitió pasar de inmediato, y lo primero que me dijo ese individuo, el tal Sherwin, fue que su esposa solamente estaba enferma, que los criados exageraban y que estaba perfectamente dispuesto a enterarse de lo que el muy respetable hermano de Mr. Basil quisiera comunicarle. ¡Imagínate, llamarme a mí «muy respetable»! El muy imbécil, ya lo ves, fue tan astuto como para intentar de entrada un trato civilizado y cortés. ¡Nunca he visto con mis ojos a un despojo humano de aire tan penoso como ése! Tomé de inmediato la medida del individuo y en dos minutos le dije con toda exactitud a qué había ido a verle, sin suavizar una sola palabra.

—¿Y cómo te contestó?

—Tal como me esperaba, empezó por echar bravatas inmediatamente. Le paré los pies justo cuando mascullaba su segundo juramento. «Señor mío —le dije con toda cortesía—, si se propone hacer de esta reunión un muestrario de juramentos y maldiciones, creo que es de justicia informarle de antemano que lo más probable es que se lleve con mucho la peor parte. Cuando haya agotado todo el repertorio de juramentos en inglés, le advierto que puedo jurar con toda soltura en cinco lenguas distintas: siempre he tenido por principio devolver cualquier insulto con interés compuesto, y no exagero cuando le digo que soy muy capaz de dejarle a la altura del barro si se trata de jurar y de maldecir, siempre y cuando persista en darme ese ejemplo. Así pues, si tiene la bondad de seguir explicándose, le ruego que lo haga; estoy listo para oír lo que quiera decirme.» Mientras yo hablaba, dio en mirarme fijamente, en un estado de total asombro y desamparo; cuando hube terminado, comenzó a echar bravatas de nuevo, aunque esta vez fueron bravatas pomposas y dignas, de corte parlamentario, que terminó cuando sacó del bolsillo interior tu infortunado certificado de matrimonio, aseverando por quincuagésima vez que su niña era inocente y proclamando que a toda costa te obligaría a

Librodot

reconocerla como esposa legal, siempre y cuando quisiera presentarse ante un magistrado con dicha intención. Imagino que eso mismo es lo que dijo cuando tú fuiste a verle, ¿no es así?

—En efecto, casi palabra por palabra.

—Yo llevaba la respuesta preparada y se la solté a boca jarro, sin darle tiempo a guardarse el certificado en el bolsillo. «Ahora, Mr. Sherwin —le dije—, tenga la bondad de escucharme a mí. Mi padre tiene ciertos prejuicios de familia y ciertas delicadezas de los nervios, que yo no he heredado de él, aunque sí me propongo tomar las medidas oportunas para impedir que usted se aproveche. Al mismo tiempo, le ruego que haga lo posible por comprender que he venido a verle sin que él lo sepa. Conste, así pues, que no soy el embajador de mi padre, sino el de mi hermano, el cual como usted bien sabe se halla incapacitado para tratar con usted, porque no tiene ni el ánimo ni el mundo suficientes para tal empresa. Por lo tanto, en calidad de enviado de mi hermano, y por elemental consideración hacia los peculiares sentimientos de mi padre, le ofrezco a partir de mis propios recursos una determinada suma anual, un dinero más que suficiente para cubrir todos los gastos de su hija, que será pagadera trimestralmente con la condición de que ni ella, ni por supuesto usted, nos molesten nunca más, de que nunca y en ninguna parte hagan uso de nuestro apellido, y de que el casorio de mi hermano, que hasta la fecha se ha mantenido en secreto, sea en el futuro consignado al olvido definitivo. Nosotros seguimos opinando que su hija es culpable; usted sigue convencido de que es inocente. Nosotros queremos comprar su silencio; usted tiene silencio que vender cada trimestre. Si alguna de las partes vulnera las condiciones pactadas, cada una dispone de un remedio: el suyo es un remedio bien fácil, el nuestro es mucho más difícil. Este acuerdo, sumamente injusto y peligroso para nosotros, sumamente ventajoso y seguro para usted, ¿debo entender que lo rechaza?» «Señor —dice con toda solemnidad—, sería indigno de ser padre...» «Muchas gracias —comenté, con la sensación de que recaía otra vez en el paternalismo—. Muchas gracias, le entiendo muy bien. Si le parece, podemos pasar al reverso de la cuestión.»

—¿El reverso? ¿Qué reverso, Ralph? ¿Qué más pudiste añadir?

—Aguarda, que ya lo sabrás. «Estando como está por su parte totalmente decidido —le dije— a no ceder de ninguna manera, a obligar a mi hermano, incluida toda su familia, cómo no, a reconocer por esposa a una mujer sobre cuya culpabilidad no tenemos la más mínima duda, piensa que podrá lograr su propósito amenazándonos con un escándalo. ¡Pues basta ya de amenazas! ¡Arme el escándalo que usted quiera! ¡Vaya a ver cuanto antes a los magistrados! ¡Dé nuestros nombres y apellido en cualquier periódico, táchenos de ser una familia relacionada por matrimonio con la hija de Mr. Sherwin, el dueño de una pañería, a quien considera mancillada para siempre como mujer y como esposa! Haga lo peor que se le ocurra; publique todos los particulares vergonzosos que pueda. ¿Qué provecho obtendrá con ello? La venganza, se lo garantizo. Ahora bien, ¿le reportará la venganza un solo penique a sus arcas? ¿Servirá la venganza para pagar el menor gasto del mantenimiento de su hija? ¿Es que la venganza nos obligará a acogerla en nuestro seno? ¡Ni muchísimo menos! Nos habremos visto acorralados; ya no tendremos que temer ningún escándalo después de que nos haya denunciado; tampoco nos quedará remedio ninguno a la situación, si se exceptúa un remedio harto desesperado, y recurriremos a la ley; recurriremos a la ley abiertamente, con osadía, y conseguiremos el divorcio. Disponemos de pruebas por escrito, pruebas de las que usted no tiene conocimiento, y podemos recurrir a testigos que usted nunca podría amordazar. Yo no soy abogado, pero me juego quinientos contra uno (¡conste que en términos amistosos, mi querido señor!) a que nos salimos con la nuestra. ¿Que qué viene después? Le devolvemos a su hija, sin un solo andrajo de carácter con el que cubrirse, y nos lavamos cómodamente las manos respecto de ustedes dos.»

—¡Ralph! ¡Pero... Ralph! ¿Cómo has podido...?

Librodot

—¡Calla! ¡Déjame terminar, y ya verás! Está bien claro que no podíamos llevar a cabo la amenaza del divorcio, lo sé de sobra, sin que ello entrañase la muerte de mi padre, pero también pensé que un poco de sosegado abuso por mi parte podría sentarle pero que muy bien al señor tendero Sherwin. Y no me equivocaba. No habrás visto en tu vida a un hombre más escocido que él cuando se quedó sentado sobre el afilado borde de un dilema. Yo me mantuve en mis trece a pesar de los pesares. Una de dos: o el dinero y el silencio, o el escándalo y el divorcio, lo que más le gustara. «Niego todas las infames imputaciones que usted me hace», dijo. «Ésa no es la cuestión», repuse. «Iré a ver personalmente a su padre», dijo. «No le será permitida la entrada», contesté. «Le escribiré», dijo. «No llegará a recibir su carta», respondí. Así llegamos a un callejón sin salida. Él comenzó a balbucear, yo me refresqué con una pizca de rapé. Cuando por fin se dio cuenta de que no iba a llegar a ninguna parte, prescindió de la buena educación y retomó su talante de tendero. «Aun cuando consintiera en acceder a este abominable compromiso, ¿qué será de mi hija?», inquirió. «Lo mismo que sucede con cualquier otra persona que disponga de una cómoda asignación anual con la que puede vivir de forma más que decente», contesté. «El afecto que siento por mi hija, a la que tan profundo daño se ha causado, me inclina a consultar con ella, a saber cuáles son sus deseos, antes de que zanjemos esta cuestión —dijo—. Subiré a verla.» «Muy bien, yo le espero aquí mismo», repuse.

—¿Y no puso ninguna objeción?

—No, en modo alguno. Marchó al piso de arriba y en pocos minutos volvió corriendo, con una carta abierta en la mano, con aspecto de que el demonio hubiera venido a reclamarlo antes de que le llegase la hora. En los últimos peldaños de la escalera tropezó, se sujetó a la balaustrada y, en ese momento, se le cayó la carta que llevaba; enfiló el corredor con tal furia y tal premura que parecía un demente, arrancó el sombrero del colgador en que se hallaba y salió a la carrera. Por los pelos le oí decir que su hija volvería a casa, vaya que sí, en cuanto le pusiera una camisa de fuerza. Entre el tropezón, su apasionamiento y sus prisas, nunca se le pasó por la cabeza volver a recoger la carta que se le había caído por encima de la balaustrada. La recogí antes de marcharme, pues sospeché que podrá constituir una muy buena prueba a nuestro favor, y no me equivoqué. Léela tú mismo, Basil; tienes todo derecho moral y legal sobre este preciado documento. Aquí tienes.

Tomé la carta y leí, en la inequívoca caligrafía de Mannion, estas palabras fechadas en el hospital:

«He recibido tu última nota y no me extraña nada que estés cada vez más impaciente bajo tantas presiones. Sin embargo, recuerda que si no hubieras actuado tal como te avisé que actuaras de antemano en caso de accidente, si no hubieras protestado y no hubieras insistido en tu inocencia ante tu padre, si hubieras mantenido un silencio absoluto ante tu madre, si no te hubieras opuesto en un retiro absoluto, conduciéndote como una mártir doméstica, y si no hubieras evitado, en calidad de víctima, toda mención voluntaria del nombre de tu marido, ahora te hallarías en una situación muy delicada. Como no estaba en condiciones de ayudarte, lo único que podía hacer era enseñarte a salir con bien por tus propios medios. Te di la lección, y tú has sido lista y has sabido sacar partido.

»Ahora ha llegado el momento de introducir un cambio en mis planes. He sufrido una recaída, y aún es incierto en qué fecha pueda obtener el alta del hospital. Dudo que sea seguro, tanto para ti como para mí mismo, que permanezcas aún en casa de tu padre y que esperes allí a que me cure del todo. Por lo tanto, es preferible que vengas a verme mañana mismo, y que lo hagas a cualquier hora en que puedas salir sin que nadie se dé cuenta. Te permitirán la entrada en calidad de visitante y te acompañarán hasta mi lecho si preguntas por Mr. Turner, que es el nombre que he dado a las autoridades del hospital. Gracias a la ayuda de

Librodot

un amigo que se encuentra fuera de estos muros, he encontrado un lugar en el que podrás alojarte sin que nadie te descubra, hasta que yo sea dado de alta y pueda reunirme contigo. Podrás venir, si quieres, dos veces por semana, y será mejor que lo hagas, para acostumbrarte a la visión de mis lesiones. En mi primera carta ya te expliqué cómo y dónde me habían sido producidas; cuando las veas con tus propios ojos, estarás mejor preparada para conocer cuáles son los planes que tengo para el futuro, así como para saber de qué forma podrás contribuir a llevarlos a la práctica.

R. M.»

Se trataba palmariamente de la carta acerca de la cual me había consultado la criada de North Villa; la fecha correspondía a la fecha de la carta que me remitió Mannion. Me di cuenta de que no tenía sobre, y le pregunté a Ralph si lo había encontrado.

—No —repuso—; Sherwin dejó caer la carta tal y como te la acabo de entregar. Sospecho que la muchacha se llevó el sobre, seguramente convencida de que llevaba dentro la carta que había dejado atrás. La pérdida del sobre no tiene la menor importancia. Mira, ese individuo ha escrito el nombre de ella al pie de la página con toda la frialdad del mundo, como si fuese correspondencia ordinaria. Es todo lo que necesitamos en nuestra futura negociación con su padre.

—Pero Ralph, ¿tú crees que...?

—¿Que si creo que su padre la llevará a la fuerza a su casa? Si llega a tiempo de pescarla en el hospital, no me cabe la menor duda de que se la llevará. De lo contrario, sospecho que tendremos ciertos problemas por nuestra parte. Para mí, las cosas se encuentran de la siguiente forma, Basil: después de leer esa carta, después de comprobar que su hija se había fugado, Sherwin no tiene más remedio que callarse de una vez y dejar de afirmar la inocencia de su hija; por eso, bien podemos considerar que lo suyo queda zanjado, atado y bien atado. En cuanto a ese otro granuja, ese Mannion, es preciso reconocer que escribe como si se propusiera hacer algo realmente peligroso. Si de veras se propone fastidiarnos la vida, le dejaremos marcado una vez más. ¡Y la próxima vez seré yo quien lo haga, aunque sólo sea para variar! Él no tiene un certificado de matrimonio con el que darnos en la cabeza, está claro. ¡Eh! ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan pálido otra vez?

Percibí que me cambiaba el color mientras le escuchaba hablar. Había algo realmente ominoso en el contraste que en ese momento no me quedó más remedio que notar, el contraste que se daba entre la enemistad de Mannion tal como la estimaba Ralph en su ignorancia y tal como yo la conocía en verdad. El primero de los pasos conducentes a la conspiración con que me había amenazado ya se había dado con la fuga de Margaret de casa de su padre. ¿No debería mostrar a mi hermano la carta que había recibido de Mannion, estando ante el primerísimo aviso de los sucesos que estaban por desencadenarse? ¡No! Contra los peligros que me amenazaban, la defensa que Ralph sin lugar a dudas me aconsejaría, la defensa que casi con toda seguridad pondría en práctica, solamente serviría para incluirle a él en la persecución que de por vida me amenazaba. Repitió ese comentario sobre mi súbita palidez, y me limité a dar cuenta del mismo con alguna excusa vulgar, mientras le rogaba que prosiguiera.

—Basil —dijo—, supongo que la verdad es que no te queda más remedio que estar un tanto perplejo, aunque nunca debieras haber esperado nada mejor de esa muchacha, al saber que ha seguido con arrojo al tal Mannion incluso al hospital. —Y Ralph estaba en lo cierto; a pesar de mí, esa sensación contaba entre las muchas que me influían en ese momento—. De todos modos, si dejamos eso a un lado, entiendo que estamos preparados para dejar que ella elija lo que quiera, que viva como más le plazca, al menos mientras no quiera vivir con

nuestro apellido. ¡He ahí el gran temor, la gran dificultad con que nos tropezamos! Si Sherwin no la encuentra, nosotros debemos encontrarla; en caso contrario, nunca estaremos del todo seguros de que no haya contraído deudas de toda clase afirmando ser tu esposa. Si su padre consigue llevarla a su casa, podré llegar a un acuerdo con ella en North Villa; si no, tengo que conseguir noticias de ella, allá donde quiera que se esconda. Ahora, ella es la única espina que tenemos por nuestra parte, y es preciso extraernos esa espina con unas pinzas de oro y hacerlo tan pronto podamos. ¿No te das cuenta, Basil?

—Me doy cuenta, Ralph.

—Muy bien. Ya sea esta noche, ya sea mañana por la mañana, me pondré en contacto con Sherwin, para averiguar si le ha echado el guante. Si no lo ha conseguido, será preciso que vayamos al hospital, a ver qué podemos descubrir por nuestra cuenta. No te pongas tan triste, no estés tan abatido, Basil, que yo iré contigo; ahora bien, ten en cuenta que por fuerza has de venir conmigo, ya que tal vez me vea obligado a recurrir a ti. Ahora ha llegado el momento de dar por terminadas las pesquisas, al menos por hoy. Me lo he ganado. Además, he de regresar junto a mi señora (por desgracia, es una de las mujeres más sensibles que hay en el mundo entero), ya que, si no, pondrá un anuncio en todos los periódicos. Saldremos de ésta, mi querido compañero. ¡Ya lo verás! Oye, a propósito: ¿no sabrás de una simpática casita sin adosar en el barrio de Brompton, verdad? Casi todos mis viejos amigos del teatro viven por esa zona. ¡Pero tiene que ser sin adosar, ojo! Si quieres que te diga la verdad, últimamente me ha dado por tocar el violín. Me pregunto qué venada me dará después de ésta. Mi señora me acompaña tocando el piano, y la verdad es que podemos ser una molestia execrable para los vecinos más próximos, ya lo ves. ¿No sabes de una casa así? No te importe; iré a ver a un agente, o algo por el estilo. Informaré a Clara esta misma noche de que estamos prosperando por el buen camino, siempre y cuando pueda dar esquinazo a la mujer más valiosa del mundo entero; es un poco obstinada, ¿sabes?, pero te aseguro que se trata de una mujer superior de verdad. No piensa más que en mi constancia en tocar el violín, en pagar el alquiler y los impuestos de una simpática villa en las afueras. ¡Hay que ver qué de prisa caen los hombres! En fin; adiós, Basil, adiós.

Librodot

VII

A la mañana siguiente, no apareció Ralph; pasó el día sin que tuviera noticias. Por fin, ya a última hora de la tarde, recibí una carta suya.

En su carta me informaba de que había escrito a Mr. Sherwin, limitándose a preguntarle si había recuperado a su hija o no. La respuesta a su pregunta no llegó hasta muy avanzado el día y fue una respuesta negativa: Mr. Sherwin no había podido encontrar a su hija. Se había marchado del hospital antes de que él llegase y nadie supo darle razón de dónde había ido. Su lenguaje y su talante, según él mismo reconocía, fueron tan violentos que le fue denegada la entrada en el ala en que se encontraba Mannion. Cuando volvió a casa, se encontró a su esposa a punto de morir, y esa misma noche falleció. Ralph decía que su carta era la de un hombre al que poco le faltaba para enloquecer. Sólo mencionaba a su hija para afirmar, en términos de total furia, que pensaba acusarla ante los parientes de su esposa de haber sido la causa directa de que su madre falleciera, mientras se desentendía de las más terribles acusaciones que pesaban sobre sus hombros, caso de que alguna vez llegase a cruzar palabra con ella, aun cuando le gustaría verla muñéndose de hambre por las calles. En una posdata, Ralph me informaba de que pasaría a verme a la mañana siguiente, para concertar las medidas oportunas para hallar el paradero de la hija de Sherwin.

Todas y cada una de las frases de su carta eran advertencia de la crisis que estaba a punto de desencadenarse. Sin embargo, poca apetencia y menos poder tenía yp de aprestarme para ello. La supersticiosa convicción de que todos mis actos estaban regidos por una fatalidad que ninguna previsión humana podría alterar, ni menos aún evitar, fue haciéndose fuerte dentro de mí. Desde ese momento y en lo sucesivo, esperé el desarrollo de los acontecimientos con paciencia y sin inquirir nada al respecto, con la desamparada resignación de quien ha desesperado.

Llegó mi hermano puntual a su cita. Cuando me propuso que le acompañase en seguida al hospital, no dudé en hacer exactamente lo que él deseaba. Llegamos a nuestro destino y Ralph se acercó al portón para hacer las primeras indagaciones.

Aún estaba hablando con el celador de la entrada cuando un caballero que salía del hospital avanzó hacia ellos. Vi que reconocía a mi hermano y oí que Ralph prorrumpía en una exclamación.

—¡Bernard! Jack Bernard! ¿Cómo es posible que hayas venido a parar a Inglaterra?

—¿Y por qué no iba a venir? —repuso el otro—. Hace seis meses obtuve todos los títulos que pudieron expedirme en el parisino hospital del Hotel Dieu y no podía permitirme el lujo de seguir en París sólo por placer. ¿No recuerdas haberme llamado «desconocido, enmudecido Liston»[1] la última vez que nos vimos, hace ya mucho tiempo? Bueno, pues he venido a Inglaterra dispuesto a salir del anonimato y a convertirme en una de las más resplandecientes luminarias de la profesión. Aquí en el hospital hay trabajo de sobra y, en cambio, es lamentable que apenas haya práctica de la medicina en ningún otro lugar.

—¿No querrás decirme que perteneces a este hospital?

—Mi querido amigo, soy miembro del personal quirúrgico y ahora paso aquí dentro todos los días de mi vida.

—Entonces, eres el más indicado para esclarecer nuestras dudas. Ven, Basil; acércate y deja que te presente a un viejo amigo de París. Mr. Bernard, éste es mi hermano. Basil, a

[1] Robert Listón (1794-1847), cirujano y profesor de anatomía, fue famoso en la época inmediatamente anterior al empleo de los anestésicos por su rapidez y destreza en la mesa de operaciones.

Librodot

menudo me has oído hablar del hijo menor de Sir William Bernard, que prefirió dedicarse a curar los cuerpos de los seres humanos antes que curar sus almas, y que de hecho insistió en trabajar en un hospital, cuando bien podría haber vivido sin dar ni clavo, gracias a los dineros de su familia. Pues aquí lo tienes; seguro que es el mejor de los médicos, como es el mejor de los amigos.

—¿Es que traes a tu hermano al hospital para que siga mi loco ejemplo? —preguntó Mr. Bernard, cuando me estrechó la mano.

—No, no exactamente, Jack. Pero lo cierto es que nuestra visita tiene su miga. ¿Podemos charlar en algún sitio en privado? No serán más que diez minutos a lo sumo. Tenemos la intención de averiguar algo sobre uno de tus pacientes.

Nos hizo pasar a una sala vacía, en la planta baja del edificio.

—Deja que yo me ocupe del asunto —me susurró Ralph cuando nos sentamos—. Me enteraré de todo, ya verás. Muy bien, Bernard —añadió—. ¿Está aquí ingresado un individuo que se hace llamar Mr. Turner?

—¿Es que eres amigo de ese misterioso paciente? ¡Magnífico! Los estudiantes le llaman «el Gran Misterio de Londres», y me empieza a dar la sensación de que tienen toda la razón con ese apelativo. ¿Quieres subir a verlo? Cuando no lleva su máscara verdosa, debo decir que supone una visión bastante aterradora, en serio te lo digo, para quien no esté acostumbrado a lo que suele verse en esta profesión.

—No, no, al menos de momento; mi hermano, en cambio, no quiere verlo de ninguna manera. Lo que sucede es que, por determinadas circunstancias que no hacen al caso, nos vemos en la obligación de interesarnos por ese individuo. Como estoy seguro de que tú tampoco nos harás preguntas indebidas, te diré que se trata de algo que deseamos mantener en secreto.

—¡Desde luego!

—Entonces, dejémonos de preámbulos; el objeto de nuestra visita de hoy es averiguar todo lo que sea posible acerca del tal Mr. Turner y de las personas que hayan venido a verle. ¿Vino de visita una mujer hace dos días, o sea, anteayer?

—Así es, y se condujo de manera sumamente extraña, por lo que tengo entendido. No estaba yo en el hospital cuando ella se personó aquí, pero me han dicho que preguntó por Turner en términos de gran agitación. Se le indicó que acudiera al ala Victoria del hospital, que es donde está ingresado; cuando llegó, estaba excesivamente alterada y excitada, quizá por ver el ala llena de pacientes, por no estar acostumbrada a los hospitales. Fuera como fuese, aunque la enfermera le indicó la cama correspondiente, ella corrió con grandes prisas hacia una cama que no era la que buscaba.

—Entiendo —dijo Ralph—. Es como esas mujeres que van corriendo a subir al ómnibus que no deben, cuando el que tienen que tomar se halla delante de ellas.

—Exactamente. En fin, descubrió su error solamente después de haberse inclinado sobre el desconocido de la otra cama, ya que el ala estaba bastante a oscuras. El desconocido yacía con la cara mirando al otro lado. Para entonces, la enfermera llegó a su lado y la condujo a la cama que buscaba. Entonces, según tengo entendido, tuvo lugar otra escena de consideración. Al ver el rostro del paciente, que se halla terriblemente desfigurado, a punto estuvo de sufrir un ataque de nervios, según le pareció a la enfermera. Turner, sin embargo, la detuvo en seco. Se limitó a ponerle la mano sobre el brazo y a decirle algo al oído, y aunque la mujer se puso pálida como las cenizas, de inmediato se tranquilizó. Acto seguido, Turner le entregó una hoja de papel, le indicó que acudiera a la casa cuya dirección constaba en la hoja y le dijo que volviera al hospital en cuanto estuviera en condiciones de mostrar mayor aplomo. Ella se marchó rápidamente, sin que nadie sepa adonde fue.

Librodot

—¿No ha preguntado nadie adonde fue?

—Sí, un individuo que dijo ser su señor padre y que se condujo como un loco. Llegó aquí una hora después de que ella se marchase y no quiso creer que de veras no supiésemos nada de ella. ¿Cómo demonios íbamos a saber algo, eh? Amenazó a Turner, a quien por cierto llamó Manning, o algún nombre parecido, de forma tan ultrajante que nos vimos obligados a negarle la entrada en el ala correspondiente. El propio Turner se niega a dar la más mínima información al respecto, pero yo me temo que sus lesiones son producto de alguna riña sostenida con el padre por culpa de la hija. Y tuvo que ser una riña salvaje, debo decirlo, a tenor de las consecuencias. Oye, perdóname, pero tu hermano parece enfermo. ¿Le resulta demasiado atosigante esta sala? —me preguntó.

—No, ni mucho menos. En absoluto. Es que me he restablecido hace poco de una grave enfermedad, pero le ruego que prosiga.

—Es muy poco más lo que aún tengo que decir. El padre salió hecho un basilisco, tal como había llegado. La hija aún no se ha presentado por segunda vez. Sin embargo, por lo que después he sabido acerca de su primer encuentro con el tal Turner, me atrevería a decir que volverá, seguro. Desde luego, si desea ver a Turner tendrá que venir, ya que éste no será dado de alta al menos hasta dentro de un par de semanas. Su salud ha empeorado bastante, pues se ha dedicado a escribir cartas sin cesar. Nos temíamos que tuviera una erisipela, pero el peligro ha pasado, al menos según creo.

—En cuanto a esa mujer —dijo Ralph—, es de la máxima importancia que sepamos cuál es su paradero. ¿Hay alguna posibilidad de que algún tipo avispado la siga a su casa la próxima vez que venga al hospital? Estamos dispuestos a pagar lo que sea.

Mr. Bernard titubeó unos instantes, considerando la cuestión.

—Creo que podré resolverlo con el celador de la entrada, después de que os vayáis —dijo—, siempre y cuando me dejéis plena libertad para darle la remuneración que me parezca necesaria.

—Cualquier cosa, compañero. ¿Tienes pluma y tintero? Te anotaré la dirección de mi hermano para que le comuniques a él los resultados de la investigación tan pronto los tengas.

Mientras Mr. Bernard se entretenía en el otro extremo de la sala, buscando recado de escribir, Ralph me susurró algo casi al oído.

—Si me lo comunicase a mi domicilio, mi señora podría ver su carta. Es una persona sumamente amigable, teniendo en cuenta cómo son las de su sexo; ahora bien, si la información del domicilio de una mujer, dirigida a mí, cayera en sus manos... ¡Ya me entiendes, Basil! Además, será más fácil que tú mismo me lo digas cuando Jack te lo haga saber. ¡Anímate, jovencito! Todo va saliendo a pedir de boca; navegamos viento en popa y con la marea a favor.

En ese momento, Mr. Bernard nos trajo pluma y tintero. Mientras Ralph anotaba mi dirección, su amigo se dirigió a mí.

—Confío en que no suponga que es mi deseo entrometerme en sus secretos si le advierto, dando por hecho que su interés por Turner es exactamente lo contrario de un interés amistoso, que esté muy al tanto cuando por fin sea dado de alta en el hospital. Una de dos: o hay antecedentes de locura en su familia, o su cerebro ha sufrido gravemente debido a sus lesiones más visibles. Legalmente, está en perfectas condiciones de moverse a sus anchas, ya que es capaz de mantener la apariencia de estar en pleno dominio de sus facultades para todos los asuntos de la vida ordinaria. Moralmente, estoy convencido de que tiene una peligrosa manía persecutoria, una manía relacionada con una idea fija, aún no sé cuál, que no le deja descansar a sol ni a sombra. Me jugaría lo que fuese a que morirá en una cárcel o en un manicomio.

Librodot

—Y yo también me jugaría lo que fuese —dijo Ralph—, si es que está tan loco como para molestarnos, a que nosotros somos quienes habremos de encerrarlo. Ten, ésta es la dirección. Ahora, ya no es necesario que te hagamos perder más el tiempo. He alquilado una casa en Brompton, Jack; tenéis que venir los dos, Basil, a cenar un día de éstos. En cuanto tenga puestas las alfombras.

Salimos de la estancia. Según cruzábamos el vestíbulo, un caballero abordó a Mr. Bernard y habló con él.

—La fiebre que tiene ese hombre ingresado en el ala Victoria por fin se ha declarado —dijo—. Esta misma mañana se han presentado los síntomas.

—¿Y qué indican?

—Tifus de un carácter sumamente maligno, no cabe la menor duda. Venga, subamos a verlo.

Vi que Mr. Bernard se ponía en marcha y vi que miraba de reojo a mi hermano. Ralph miró fijamente a su amigo.

—¡El ala Victoria! ¿Cómo ha mencionado...? —exclamó, pero se calló de pronto, con un repentino y extraño cambio de expresión. Acto seguido, hizo un aparte con Mr. Bernard—. Quiero preguntarte —le dijo— si la cama que ocupa ese hombre del ala Victoria cuya fiebre ha resultado ser tifus es la misma, o si está cerca de...

El resto de la frase no conseguí oírlo, ya que ambos se alejaron caminando.

Después de hablar en susurros por unos instantes, volvieron a reunirse conmigo. Mr. Bernard le explicaba a Ralph, en esos momentos, las distintas teorías sobre el contagio.

—Yo tengo la impresión —dijo— de que esa infección en concreto se contagia a través de los pulmones. Basta respirar el ambiente viciado que rodea de cerca a la persona afectada, y que viene a constituir una esfera de medio metro de radio a su alrededor, para que su enfermedad se contagie a quien lo respire, siempre y cuando, claro está, exista en el individuo expuesto a la enfermedad una predisposición constitutiva al contagio. Sabemos de sobra que esta predisposición se incrementa notablemente por una agitación mental, por una debilidad física; sin embargo, en el caso del que estamos hablando —y me miró de arriba abajo—, las posibilidades del contagio deben de ser de un cincuenta por ciento. Sea como fuere, no puedo hacer previsiones en esta fase inicial.

—¿Nos escribirás tan pronto sepas algo? —dijo Ralph estrechándole la mano.

—En cuanto me entere de algo, desde luego. Tengo bien guardada la dirección de tu hermano.

Nos despedimos. Ralph estuvo insólitamente serio y silencioso durante el camino de vuelta. Me dejó muy bruscamente a la entrada de la casa en que me alojaba, sin haber hecho referencia a nuestra visita al hospital.

Así pasó una semana, sin tener noticias de Mr. Bernard. Durante todo este tiempo prácticamente no vi a mi hermano, que estaba muy ocupado con el traslado a su nueva casa. A finales de la semana, vino a informarme de que se hallaba a punto de abandonar Londres por espacio de unos cuantos días. Mi padre le había pedido que fuera a la casa que tenía la familia en el campo por un asunto relacionado con la administración local de las fincas. Ralph seguía teniendo el mismo rechazo de siempre por las cuentas del mayordomo y por las consultas de los abogados, pero se sintió obligado, por gratitud a la especial amabilidad que había tenido mi padre con él desde que regresó a Inglaterra, a poner coto a sus propias inclinaciones y a mostrar la debida compostura, yendo al campo cada vez que allí era requerida su presencia. No contaba con estar fuera de Londres más de dos o tres días, pero me encomendó, pese a todo, que le escribiera si recibía noticias del hospital durante su ausencia.

Librodot

Durante la semana, Clara vino dos veces a verme, y en ambas ocasiones se escapó de casa en secreto, como hiciera antes. En ambas ocasiones manifestó la misma afectuosa preocupación por darme ejemplo con su ánimo y por manifestar su esperanza. Con tristeza y con una aprensión que no fui totalmente capaz de ocultarle, me di cuenta de que la expresión de fatiga no había abandonado su rostro, y de que ni siquiera había disminuido desde la primera vez que la vi. Ralph, por la debida delicadeza, había evitado toda ocasión de incrementar las preocupaciones ocultas que de forma bien visible acuciaban la salud de mi hermana, para lo cual la mantuvo perfectamente al margen de nuestra visita al hospital y, evidentemente, de los particulares que habíamos acordado desde que él regresó a Inglaterra. Yo me cuidé como debía de guardar el mismo secreto durante las breves entrevistas que mantuvimos los dos. Después de su tercera visita, se despidió de mí con una tristeza inmensa, que en vano se esforzó por disimular. Poco podía pensar yo entonces que sería la última vez en que oyera su voz dulce y cristalina, antes de marcharme a la región más alejada, al oeste de Inglaterra, desde donde escribo ahora.

Al final de la semana —era sábado, me acuerdo— salí de mi alojamiento de buena mañana, con la idea de ir al campo. No pensaba volver antes de que anocheciera. Al levantarme había percibido en mi pecho una intensa opresión, poco menos que irresistible. Aunque no hacía un calor excesivo, me sudaba la frente con profusión; el aire de Londres se me hizo cada vez más irrespirable; notaba el corazón tenso y a punto de estallar, y las sienes me latían como si tuviera fiebre; mi propia vida parecía depender de que saliera al aire libre, a un lugar en el que encontrase la sombra de los árboles, el agua que corriese fresca y que refrescara sólo de mirarla. Por eso me puse en camino, sin pensar siquiera en la dirección que había emprendido, y pasé el día entero en el campo. La tarde dejaba paso a la noche cuando regresé a Londres.

En mi alojamiento, pregunté a la criada que me abrió la puerta si se había recibido alguna carta para mí. Me contestó que sí, que había llegado una carta en cuanto me marché por la mañana, y que me la había dejado encima de la mesa. Nada más mirarla me fijé en el nombre de Mr. Bernard estampado en el remite. Abrí la carta con ansiedad, y esto fue lo que leí.

«Privado »Viernes

»Mi estimado señor,

»En la hoja que le adjunto hallará la dirección de la mujer de que me habló su hermano cuando nos encontramos en el hospital. Lamento comunicarle que las circunstancias en que he obtenido esta información sobre su domicilio son de naturaleza harto luctuosa.

»El plan que ideé para descubrir su residencia, de acuerdo con la sugerencia de su hermano, resultó infructuoso. La mujer nunca vino por segunda vez al hospital. Su dirección la he recibido esta mañana del propio Turner, quien me suplicó que le hiciera una visita de índole estrictamente profesional, pues no tiene ninguna confianza en el médico que estaba al cuidado de la mujer. Existen múltiples razones por las cuales acceder a esta solicitud es desde mi punto de vista cualquier cosa, salvo una labor grata o deseable. Ahora bien, a sabiendas de que usted —o su hermano, tal vez debería decir— estaban interesados por esa joven, decidí aprovechar la primerísima oportunidad que tuviera para visitarla y celebrar la consulta pertinente con su médico de cabecera. No iba a poder acudir a su domicilio hasta bien entrada la tarde. Cuando llegué, la encontré aquejada por uno de los peores ataques de tifus que recuerde haber visto en toda mi vida. Creo que es mi deber afirmar con toda sinceridad que la considero en peligro inminente. A la vez, creo adecuado informarle de que el caballero que está a su cuidado no comparte esa opinión conmigo, pues entiende que aún hay bastantes posibilidades de salvarla.

»No puede caber ninguna duda, de todos modos, sobre el hecho de que fue infectada por el tifus cuando vino al hospital. Tal vez recuerde cómo les conté que la enorme agitación que sentía cuando entró en el ala Victoria la había privado de todo dominio de sí, y que en esa situación se dirigió a una cama que no era la que buscaba, sin que la enfermera pudiera impedírselo. El hombre a quien confundió con Turner padecía entonces una fiebre que aún no se había declarado de forma específica, pero que finalmente resultó ser una fiebre tifoidea, tal como supimos el día mismo en que usted y su hermano vinieron al hospital. La enfermedad de este paciente debía de hallarse ya en fase infecciosa cuando la mujer se inclinó sobre él, bajo la falsa impresión de que era la persona que había ido a visitar. Aunque se apartó de él de inmediato, en cuanto descubrió su error, tuvo tiempo de respirar el ambiente que rodeaba a ese paciente y de contraer, por tanto, la infección; la agitación mental que padecía en esos momentos, según tengo entendido, sumada a una considerable debilidad física, la hacían especialmente propensa a contraer la peligrosa enfermedad a la que por puro accidente estuvo expuesta.

»Desde que se presentaron los primeros síntomas de la enfermedad, el pasado sábado, no creo que se haya cometido el más mínimo error según el tratamiento médico que se le ha administrado. Hoy permanecí algún tiempo junto a su lecho, decidido a observarla. El delirio que suele darse como resultado más o menos habitual del tifus es particularmente intenso en su caso, y se manifiesta tanto en el habla como en sus gestos. Ha sido imposible aplacarla por los medios que hasta la fecha se han probado. Mientras me hallaba junto a ella, no dejó de llamarle a usted por su nombre, insistiendo en que tenía que verlo como fuera. Me ha informado el médico que la atiende de que sus desvarios han discurrido en esa dirección durante las últimas veinticuatro horas de forma invariable. Ocasionalmente, mezcla otros nombres con el suyo, aunque los menciona como si de hecho los aborreciera; ahora bien, su insistencia en suplicar su presencia de usted es tan llamativa que me siento tentado, solamente por lo que he tenido ocasión de oír, de sugerir que de veras acuda usted a verla, pues cabe la posibilidad de que ejerza sobre ella algún efecto tranquilizador. Al mismo tiempo, si teme contraer la infección, o si no siente la inclinación de adoptar la opción que le señalo, por razones personales en las que yo no tengo ni el derecho ni el deseo de inmiscuirme, no considere de ninguna forma que es su deber acceder a mi propuesta. Puedo asegurarle con la conciencia bien tranquila que el deber no tiene nada que ver con esto.

»Sin embargo, tengo otra sugerencia que hacerle, una sugerencia de naturaleza positiva y a la que casi con toda seguridad dará usted su aprobación. Convendría que sus padres, o algún pariente suyo si es que no tiene padres, fueran informados de su situación. Posiblemente conozca usted a alguno de sus familiares cercanos, por lo cual podrá cumplir este buen oficio. Está muriéndose en un lugar que no es el suyo, entre personas que la rehuyen tal como lo harían frente a una pestilencia. Aun cuando sólo sea para proceder a su enterramiento, algún pariente debiera acudir de inmediato a su lado.

»Yo la visitaré mañana en dos ocasiones, por la mañana y por la noche. Si no tiene el deseo de arriesgarse a verla, y le repito que no es en modo alguno imperativo que combata esa repugnancia si la tiene, quizá quiera comunicarse conmigo en mi domicilio particular.

Atentamente suyo,
JOHN BERNARD.

»P. S. Abro esta carta una vez cerrada, para informarle de que Turner, actuando en contra de todo lo aconsejable, se ha marchado hoy mismo del hospital. Ya intentó abandonarlo el martes pasado, que es cuando recibió información, supongo, de que la muchacha estaba gravemente enferma; sin embargo, sufrió un violento ataque de náuseas y

Librodot

mareos, al intentar ponerse en pie y echar a caminar, de modo que se desplomó nada más salir del ala del hospital. En esta segunda ocasión, sin embargo, logró cumplir su objetivo y se marchó sin sufrir accidentes, al menos por lo que aseguran las personas empleadas en el hospital.»

Cuando se me cayó la carta de las manos temblorosas, cuando por vez primera expresé para mis adentros la pregunta más temible —es decir, «¿Tengo yo, a sabiendas de que sólo pensar en ver de nuevo a esta mujer ha sido para mí una contaminación de la que a toda costa he querido alejarme, tengo yo la fuerza de voluntad necesaria para velar junto a su lecho de muerte? ¿Tengo el valor de verla morir?»—, entendí a la perfección de qué manera me había fortificado el sufrimiento, a la vez que me había vuelto más humilde. Sólo entonces comprendí cómo la aflicción tiene el poder de purificar, además del de entristecer.

Todos los amargos recuerdos del mal que me había causado, de la miseria que había sufrido yo a sus manos, dejó de tener presencia en mi ánimo. Una vez más, las últimas palabras de lamento que escaparon de labios de su madre —«¿Quién rezará por ella cuando yo haya muerto?»— parecieron murmurarme al oído y en plena armonía aquellas otras divinas palabras con que la Voz del Monte de los Olivos inculcó en nosotros la necesidad de otorgar el perdón a las injurias de toda la humanidad.

Estaba muriéndose; estaba muriéndose entre desconocidos, presa de la aberrante locura de la fiebre. Y el único ser de todos los que la conocían, el único cuya presencia junto a su lecho de muerte aún podría aportar algo de calma a sus últimos momentos, para entregarla con quietud y con ternura a la muerte, era el hombre a quien ella había engañado y deshonrado de forma despiadada, el hombre cuya juventud había arruinado, cuyas esperanzas había truncado para siempre. ¡Qué extraño era que el destino nos hubiese juntado, tras separarnos de forma tan terrible! ¡Qué espantoso era que nos uniese otra vez al final!

Por considerables que fueran, ¿qué suponían mis errores? Por punzantes que fueran, ¿qué suponían mis sufrimientos? ¿Cómo era posible que se interpusieran entre esa mujer a punto de morir y la última esperanza de hacerle recobrar la conciencia, de hacerle saber que estaba a punto de presentarse ante el trono de Dios? El único recurso que el saber de los hombres y la piedad de los hombres sugería, el único posible, no era otro que aferrarse a la posibilidad de que aún pudiera recuperar el sentido para arrepentirse antes de entregarse a la muerte. ¿Cómo pude comprender que en aquellos gritos incesantes con los que había invocado mi nombre resonaba la última angustia terrena de un espíritu torturado, que me llamaba para que derramase yo una sola gota de agua que así refrescase el ardor de su culpa, una sola gota de las aguas de la paz?

Tomé del suelo la carta de Mr. Bernard y la remití a mi hermano, limitándome a escribir en un espacio en blanco una sola frase: «He ido a sosegarla en sus últimos momentos». Antes de partir, escribí a su padre conminándole a que acudiera a su lecho de muerte. Ahora ya no podría hurtarse a la culpa de su ausencia —si es que su natural despiadado y endurecido contra ella no cambiaba al final—, de la que yo sí me había desquitado. Me abstuve de pensar de qué manera contestaría a mi carta, pues recordaba las palabras que había escrito a mi hermano, en las que declaraba que estaba más que nunca dispuesto a acusar a su hija de haber sido la causante de la muerte de su madre; incluso sospeché entonces que estaba deseoso de cargar sobre su hija la culpa vergonzante del penoso trato que él había dado a su desdichada esposa.

Tras escribir esta segunda carta, marché de inmediato a la casa cuya dirección me había dado Mr. Bernard. No pensé en mí; no pensé siquiera en el peligro que sugería la ominosa revelación que sobre Mannion contenía la posdata de la carta del cirujano. En la inmensa calma, en la celestial serenidad que se había adueñado de mi espíritu, el fuego arrasador de

todas las sensaciones que sólo pertenecían a este mundo parecía apagado para siempre.

Eran las once cuando llegué a la casa. Me abrió la puerta una mujer sucia y malhumorada.

—Ah, supongo que será usted otro médico —musitó, a la vez que me miraba con ojos de pocos amigos—. En fin, ojalá fuese el enterrador, ojalá viniera a llevársela de mi casa antes de que nos pegue a todos la muerte. ¡Ahí tiene! Ese que baja la escalera es el otro médico, él le dirá cuál es la habitación, que yo no pienso acercarme ni por el forro.

Al tomar de sus manos la palmatoria, vi que Mr. Bernard bajaba las escaleras hacia mí.

—Me temo que ya no puede hacerse nada —dijo—, pero me alegro de que haya venido.

—Entonces, ¿no hay esperanza?

—A mi juicio, ni la más remota. Vino Turner esta mañana; que ella le reconociera o no, estando sumida en el delirio, no podría asegurarlo. Lo cierto es que empeoró tanto en su presencia que he insistido en que no vuelva a verla más, salvo si cuenta con expreso permiso médico. Ahora mismo no hay nadie más en la habitación. ¿Está dispuesto a subir de inmediato?

—¿Sigue hablando de mí en sus desvarios?

—Sí, tan continuamente como siempre.

—Entonces, estoy listo para acudir junto a su lecho.

—Por favor, le ruego que se dé cuenta de que siento en lo más profundo el sacrificio que hace usted. Desde que le escribí, por lo que ha dicho en sus delirios me he percatado... —vaciló—. Me he percatado de mucho más, me temo, de lo que usted hubiese querido hacerme saber, teniendo en cuenta que no soy más que un desconocido. Me limitaré a decirle que los secretos que se revelan inconscientemente en el lecho de muerte de un enfermo son para mí secretos sagrados, tal como lo son para todos los que nos dedicamos a mi vocación. Lo que inevitablemente he sabido en el cuarto de la enferma es doblemente sagrado, en mi estima, teniendo en cuenta que afecta a un pariente cercano y muy querido de uno de mis más viejos amigos. —Hizo una pausa y me tomó afectuosamente la mano, para añadir: —Estoy seguro de que se tendrá por recompensando por todas las duras pruebas que habrá de pasar esta noche, siempre y cuando pueda recordar en los años venideros que su presencia ha servido para sosegar su espíritu en sus últimos momentos.

Su simpatía y su delicadeza me tocaron en lo más profundo, hasta el punto de que no supe expresarlo con palabras. Sólo pude expresar mi gratitud con la mirada, en el momento en que me pidió que lo siguiera al piso de arriba.

Entramos sin hacer ruido en la habitación. Una vez más, aunque por última vez en este mundo, me encontré en presencia de Margaret Sherwin.

Ni siquiera verla como la había visto por última vez me supuso una visión tan desdichada como contemplarla ahora, abandonada en su lecho de muerte, tendida en una gran agitación y con la cabeza apartada de mí, cubriéndose y descubriéndose el rostro con sus largos mechones de pelo negro, musitando mi nombre sin cesar, en un sueño provocado por la fiebre:

—¡Basil! ¡Basil! ¡Basil! ¡No dejaré de llamarle hasta que venga! ¡Basil! ¡Basil! ¿Dónde está? ¡Oh! ¿Dónde, dónde está?

—Está aquí —dijo el doctor, tomando la palmatoria de mi mano y sosteniéndola de tal modo que me iluminase de lleno la cara—. En cuanto se dé la vuelta, mírela, hable con ella como lo haría en condiciones normales —me dijo, en un susurro.

Ella siguió sin moverse. Siguió hablando con aspereza, con fiereza incluso, con rapidez, con esa voz que había sido otrora la música a cuyo compás me latía el corazón, y que era

Librodot

ahora la discordancia bajo la cual se retorcía.

—¡Basil! ¡Basil! —decía, cada vez más de prisa—. ¡Traédlo aquí! ¡Traédme a Basil!

—Aquí está —repitió Mr. Bernard, en voz bien alta—. ¡Mírelo! ¡Aquí lo tiene!

Se dio la vuelta un instante y se apartó con violencia el cabello de la cara. Por un momento, me obligué a mirarla; por un instante, hube de afrontar la fiebre ardiente de sus mejillas, la mirada vitrea de sus ojos enrojecidos, la distorsión de los labios resecos, su repugnante manera de aferrar el aire con los dedos extendidos como garras. El dolor agónico que me produjo esa visión fue más de lo que estaba preparado para soportar y hube de apartar la cabeza y ocultar la cara, horrorizado.

—¡Compóngase! —susurró el doctor—. Ahora que está en calma, hable con ella. Hable con ella antes de que empiece otra vez, llámela por su nombre.

¡Su nombre! ¿Cómo iba a brotar de mis labios su nombre en un momento así?

—¡De prisa! ¡De prisa! —exclamó Mr. Bernard—. Inténtelo, ahora que tiene la oportunidad.

Luché contra los recuerdos del pasado y logré hablarle, y pongo a Dios por testigo de que le hablé con la misma amabilidad de antaño, ya que no con la misma felicidad.

—Margaret —dije—. Margaret, me has llamado y aquí estoy.

Alzó los brazos por encima de la cabeza y soltó un agudo chillido, terroríficamente prolongado, hasta terminar en gemidos y en murmullos. De nuevo apartó la cabeza al otro lado y se cubrió el rostro con el pelo.

—Me temo que esté demasiado ida —dijo el doctor—. De todos modos, inténtelo otra vez.

—Margaret —dije de nuevo—. ¿Es que me has olvidado? ¡Margaret!

Me miró una vez más. Esta vez, sus ojos secos y apagados parecieron ablandarse, y sus dedos se enredaron menos vehementemente en sus cabellos. Comenzó a reírse, con una risa grave, vacía, tétrica.

—Sí, sí —dijo—. ¡Ya sé que por fin ha venido! Basta que yo lo diga para que haga lo que yo quiera. ¡Traedme el bonete y el echarpe! Da igual, cualquier echarpe valdrá, aunque será mejor uno de luto, porque vamos al funeral de nuestra boda. ¡Ven, Basil! Volvamos juntos a la iglesia y descasémonos. Para eso quería que vinieras. No nos tenemos ningún aprecio: Robert Mannion me quiere más que tú y no se avergüenza de que mi padre sea un comerciante. Él no haría como que está enamorado de mí, no se casaría conmigo para mortificar el orgullo de su familia. ¡Venga! Yo misma diré al clérigo que lea al revés el servicio de los esponsales; así se convierte un matrimonio en agua de borrajas, como todo el mundo sabe.

Cuando estas últimas y disparatadas palabras escapaban de sus labios, alguien llamó desde abajo a Mr. Bernard. Salió un minuto y entró de nuevo, para decirme que debía acudir a visitar a una persona que había enfermado repentinamente y que debía atender sin tardanza.

—El médico al que encontré aquí la primera vez que vine —dijo— tuvo que marcharse esta misma noche al campo, para celebrar consulta sobre una operación, según tengo entendido. De todos modos, si algo sucede estaré a su servicio. Aquí tiene la dirección de la casa a la que ahora me dirijo. —La anotó en una tarjeta—. Si me necesita, mándeme a buscar. Volveré en todo caso tan pronto como pueda, para ver de nuevo a la enferma; ahora mismo ya parece más tranquila, y quizá se tranquilice mucho más si usted permanece más tiempo a su lado. La enfermera de guardia está en la planta baja; le diré que suba en cuanto baje. Mantenga la habitación bien ventilada, con las ventanas abiertas, tal como están. No se aceque demasiado a ella, no respire el aire cerca de ella, y no tiene por qué temer el contagio. Es la

primera vez que la he visto mirar en la misma dirección durante dos minutos seguidos; yo incluso diría que lo ha reconocido. Aguarde a mi regreso, si es que buenamente puede. No tardaré más de lo estrictamente necesario.

Salió apresuradamente de la habitación. Me volví a la cama y vi que me seguía mirando. No cesó de mascullar entre dientes mientras Mr. Bernard me hablaba y tampoco dejó de hacerlo cuando llegó la enfermera.

Sólo de ver a esa mujer, nada más entrar, me sentí enfermo y pasmado. Todo lo que ya era de natural repulsivo en ella resultaba doblemente nauseabundo por estar investido por las características de la borracha habitual, que me miraba con ganas de fulminarme, con el rostro purpúreo e hinchado, a la vez que se encorvaba. Ver sus manos recias y torpes sacudir la almohada al intentar ahuecarla mecánicamente; verla de pie junto al lecho, ora mofándose, ora refunfuñando, como si fuese la blasfemia hecha carne en una sagrada cámara mortuoria, fue como contemplar la más espantosa de todas las burlas, la más impía de las profanaciones. No hubo soledad en presencia de aquella agonía mortal que me pusiera a prueba tanto como me puso la visión de la vejez, la degradación y la disipación que de ese modo contaminaba la habitación de la enferma. Decidí esperar a solas junto al lecho, hasta que regresara Mr. Bernard.

No sin algunas dificultades logré hacer entender a la penosa borracha que podía marcharse a la planta baja, que ya la llamaría si me fuera necesaria su presencia. Finalmente comprendió lo que le dije y abandonó la habitación. Se cerró la puerta tras ella, y me quedé a solas, para asistir a los últimos momentos de vida que le quedaban a la mujer que me había llevado a la ruina y la perdición.

Mientras permanecía sentado junto a la ventana abierta, los ruidos que me llegaban de la calle me indicaron que comenzaba la noche. Oí el eco de muchos pasos, un áspero murmullo de voces enfrentadas, tan pronto cerca como lejos después. Las tabernas públicas dejaban en la calle a las muchedumbres embriagadas, las muchedumbres de un sábado por la noche: eran las doce.

Entre esos ruidos callejeros, esas desatadas procacidades y esas risas horrendas, la voz de la moribunda penetró en mis pensamientos, hablando con más lentitud y con más claridad, de modo más terrible aún que antes.

—Lo veo —dijo, a la vez que me miraba como si estuviera ausente, dando lentos manotazos en el aire—. ¡Lo veo! Pero está todavía muy lejos, no podrá oír nuestros secretos, y tampoco sospecha de ti, como sí sospecha mi madre. ¡No digas eso, no lo digas nunca más de él; se me encogen las carnes al oírtelo decir! ¿Por qué me miras así? Me siento como si estuviera sobre ascuas. Sabes que me gustas porque a la fuerza me has de gustar, porque no puedo evitarlo. No, no me digas que me calle; ya te digo que no puede oírnos, que todavía no puede vernos. No ve ni a un palmo de narices; tú te burlas de él como si fuera un idiota, yo me burlo igualmente de él. ¡Pero mucho cuidado! Dispondré de mi propio carruaje, para mí sólita; tienes que mantenerlo todo en secreto, para que pueda disponer de mi carruaje. Te digo que dispondré de mi carruaje, e iré en mi carruaje allí donde mi padre va caminando. Me da igual que las ruedas de mi carruaje lo salpiquen de barro. Así estaremos en paz, por algunos de los arrebatos que ha tenido conmigo. ¡Ya lo verás! ¡Iré a la tienda y encargaré los vestidos que me venga en gana encargar! ¡Cállate! ¡Ya te digo que no puede oírnos! Y me haré vestidos de terciopelo, en vez de los vestidos de seda que gasta su hermana. Y me los haré de seda, en vez de la muselina que ella gasta: soy una muchacha más fina que ella y por eso he de ir mejor vestida que ella. ¡A él le diré lo que haga falta, por supuesto! ¿Qué me he olvidado de decirle? No es tan fácil hacerle creer a todas horas que estoy enamorada de él, y menos aún después de lo que me has dicho. ¿Y si nos descubriese? ¿Que si estoy irritada? No más irritada que tú, desde luego. ¿Por qué no volviste de Francia a tiempo de impedirlo todo? ¿Por

Librodot

qué dejaste que me casara con él? Bonita mujer he sido para él; bonito marido ha sido él para mí, un marido que espera todo un año. ¡Ja, ja! ¿Y se las da de hombre, no es cierto? ¡Un marido que espera todo un año!

Me acerqué algo más a la mesilla y le hablé de nuevo, con la esperanza de arrastrarla con ternura a soñar con cosas mejores. No sé si me llegó a oír, pero es verdad que sus desatinados pensamientos cambiaron de rumbo, cambiaron siniestramente para ocuparse de sucesos posteriores.

—¡Camas! ¡Camas! —exclamó—. ¡Camas por todas partes, camas de moribundos! Y hay una que es más terrible que todas las demás, ¡fíjate en ella! ¡El rostro deforme, con el blanco de la almohada alrededor! ¿Que ese rostro es el suyo? ¿El suyo, que no tenía el menor defecto? ¡Nunca! ¡Es el rostro de un demonio; las uñas del demonio son las que lo han marcado! ¡Sácame de aquí! ¡Llévame lejos de aquí, aunque sea a rastras! No me puedo mover, esa cara está a todas horas delante de mí: me acorrala contra las camas, me quema por todas partes. ¡Agua, agua! ¡Arrójame al mar! ¡Arrójame a lo más hondo, lejos de esa cara que me quema!

—¡Ya, Margaret! ¡Ya, tranquila! Ten, bebe esto, que te refrescará. —Le di un sorbo de limonada que tenía en la mesilla.

—Sí, sí. Tranquila, como tú dices. ¿Dónde está Robert? ¿Dónde está Robert Mannion? ¿Que no está aquí? Pues entonces tengo un secreto que contarte. Cuando vayas a casa esta noche, Basil, y cuando reces tus oraciones antes de acostarte, reza para que caiga una tormenta con bien de rayos y truenos, y reza para que un rayo me alcance de lleno, y a Robert también. Faltan dos semanas para la fiesta de mi tía, y en dos semanas querrás que los dos estemos muertos, así que más te vale rezar a tiempo para que sea como te digo. A los dos nos quedarán bellos cadáveres. En mi ataúd deposita rosas escarlata si es que puedes encontrarlas, porque es el ataúd de la Mujer Escarlata, como se dice en la Biblia. ¿Escarlata? ¡Y a mí qué más me da! Es el color más osado del mundo. Robert te dirá a ti y a toda tu familia cuántas mujeres son tan escarlatas como yo: las virtuosas usan ese color en casa, en secreto; las viciosas se lo ponen fuera, en público. Ésa es la única diferencia, como él dice. ¡Rosas escarlata! ¡Rosas escarlata! Arrójalas a puñados en mi ataúd, arrójalas a cientos, ahógame en ellas, entiérrame bien abajo en la calle, en lo más oscuro y tranquilo, donde hay un ancho escalón de entrada a una casa, y una cara blanca y atónita, que se parece a la de Basil, que mira horrorosamente desde el umbral. ¡Ah! ¿Por qué tuve que conocerle? ¿Por qué tuve que casarme con él? ¿Por qué? ¿Por qué?

Pronunció estas últimas palabras con una cadencia lenta y comedida, horrorosa y burlesca réplica de una cantinela que solía tocarnos los domingos por la noche en North Villa. Luego se le quebró de nuevo la voz, se le espesó el tono, se hizo indiscernible lo que decía. Fue como el paso de las tinieblas a la luz del día, a ojos de un insomne, oír ya sólo sus murmullos incomprensibles después de haber descifrado sus terribles palabras.

Pasaron al final las fatigosas horas de la noche. Cada vez fueron más amplios los intervalos de silencio entre los ruidos esparcidos de la calle; cada vez se hicieron menos frecuentes los ruidos de los carruajes que pasaban de lejos, y el eco de los rápidos pasos de los que buscaban toda clase de placeres y ya se retiraban a sus casas. Por fin, ya sólo el recio caminar del policía que hacía la ronda perturbó el silencio de la madrugada. Con eso y con todo, la voz que surgía del lecho musitaba sin cesar, sólo que ahora en un tono lánguido, amodorrado; Mr. Bernard aún no había regresado; el padre de la muchacha moribunda tampoco acudió, desobedeciendo la apelación de la carta que lo convocaba por última vez a su lado.

(Entre los ausentes, había uno más todavía, uno cuya proximidad al lecho de la moribunda era preciso mantener a raya, uno cuya presencia maligna era de temer como una

Librodot

pestilencia y una plaga. ¡Mannion! ¿Dónde estaba Mannion?)

Me quedé sentado junto a la ventana, resignado a esperar en absoluta soledad a que llegara el final, observando mecánicamente aquellos ojos vacíos que no dejaban de mirarme; de repente, fue como si el rostro de Margaret desapareciera de mi vista. Me sobresalté, miré a mi alrededor. La vela, que había colocado en el otro extremo de la habitación, se había agotado por completo sin que me diera cuenta y expiraba sobre la palmatoria. Corrí a encender con el pábilo la vela que me quedaba sobre la mesa, pero llegué tarde. Parpadeó la llama unos instantes, el cuarto quedó sumido en las tinieblas.

Mientras buscaba a tientas una caja de cerillas, la voz de Margaret recuperó de nuevo su fortaleza.

—¡Inocente! ¡Juro que soy inocente! —la oí exclamar, quejosamente en la oscuridad—. ¡Soy inocente! ¡Mi propio padre puede dar testimonio de mi inocencia! ¡Ay, inocente de mí! ¡Ay de mí!

Repitió estas palabras una vez tras otra, hasta que de tanto oírlas se me confundieron los sentidos. Apenas acertaba a saber qué estaba palpando a tientas. De pronto, mis manos se quedaron quietas, sin buscar más. No supe por qué. ¿Se había producido algún cambio en la habitación? ¿Había más aire en ella, como si se acabara de abrir la puerta? ¿Es que algo se movía por el suelo? ¿Se había levantado Margaret de la cama? ¡No! Su voz plañidera hablaba intermitentemente, hablaba desde la misma distancia que siempre.

Me desplacé a buscar las cerillas en una cómoda que se hallaba cerca de la ventana. Aunque la madrugada estaba en su punto más negro y la casa se encontraba entre dos lámparas de gas, allí dentro llegaba un hálito de luz. Miré al interior de la habitación desde la ventana y me pareció ver una sombra que se movía cerca de la cama.

—¡Que se lo lleven de aquí! —oí gritar a Margaret con la voz más desatinada—. ¡Me está tentando con las manos, me está tentando la cara, quiere saber si estoy muerta!

Corrí a su lado, pero tropecé con algún mueble en la penumbra. Cuando me acercaba a la cama, noté que algo pasaba rápidamente entre ésta y el punto en que me encontraba. Me pareció que se cerraba una puerta. Se hizo el silencio por un instante; en el momento en que alargaba las manos, con la derecha palpé la mesilla que estaba junto al lecho de Margaret y acto seguido encontré la caja de cerillas que había quedado encima.

Cuando encendía una cerilla, su voz volvió a sonar muy cerca de mis oídos.

—¡Me está tentando con las manos, me está tentando la cara, quiere saber si estoy muerta!

Se encendió el fósforo. Mientras llevaba la lumbre a la vela, miré a mi alrededor y vi por primera vez que existía otra puerta en la pared más alejada de la habitación, y que daba a una especie de alcoba interior, iluminada como pude ver por los paneles de cristal que había en la parte superior de la puerta. Cuando intenté abrirla, descubrí que estaba cerrada por dentro y que la alcoba del otro lado estaba a oscuras.

A oscuras y en silencio, pero ¿no había nadie allí escondido, a oscuras y en silencio? ¿Cabía alguna duda de que unos pasos sigilosos se habían acercado a Margaret, de que unas manos no menos sigilosas la habían tocado mientras el cuarto estaba del todo a oscuras? ¿Dudaba? No había nadie en aquel rincón, ni en ningún otro. La suspicacia tomó la forma de una convicción en un visto y no visto, e identificó al desconocido que a oscuras había pasado sigilosamente entre la cama y yo, con el hombre cuya presencia más había detestado yo, la presencia de un espíritu maligno en la cámara mortuoria.

En secreto, acechaba dentro de la casa, aguardaba a sus últimos momentos, escuchaba sus últimas palabras, atento a su oportunidad, quizá para entrar de nuevo en la habitación y profanarla abiertamente con su presencia. Me coloqué junto a la puerta, resuelto, si se

Librodot

acercase, a arrojarlo de allí a empellones, a toda costa, lejos del lecho. No sé cuánto pude permanecer quieto, absorto y atento a la oscuridad de la alcoba interior, pero tuvo que haber pasado bastante tiempo hasta que el silencio que me envolvía me obligó a prestar atención. Me volví hacia Margaret; en un solo instante, todos los pensamientos que tenía previamente quedaron en suspenso sólo de ver lo que vieron mis ojos.

Su presencia se había alterado por completo. Sus manos, tan inquietas hasta ese momento, yacían inertes sobre el cobertor; sus labios no se movían; toda la expresión de su rostro había cambiado... Los rastros de la fiebre permanecían en todos sus rasgos, a pesar de lo cual había desaparecido la impresión de que tuviera fiebre. Tenía los ojos casi cerrados; su respiración agitada se había vuelto calma, lenta. Le busqué el pulso; le latía con suavidad, quebradizo y revuelto. ¿Qué indicaba esa pasmosa alteración? ¿Un restablecimiento? ¿Era posible? En el momento en que esa idea se me pasó por la cabeza, todas mis facultades se concentraron en la única ocupación de observar detenidamente su cara; ni por todo un mundo hubiese podido apartarme un solo instante del lecho.

Titilaba vagamente por la ventana el primer atisbo del alba, pero se produjo un nuevo cambio: exhaló un largo suspiro y abrió los ojos muy despacio para mirarme a los míos. Su primera mirada fue muy rara y muy asombrosa, muy difícil de sostener, pues era la mirada que en ella era natural, la calma mirada de la conciencia, restablecida y devuelta a como siempre había sido en el pasado. Duró tan sólo un momento. Me reconoció; instantáneamente, una expresión de angustia y de vergüenza voló por encima de su primer terror, de su primera sorpresa, para adueñarse de su cara. En vano se debatió por levantar las manos que había tenido tan agitadas toda la noche y que tan lacias tenía ahora. Un vago gemido de súplica salió de entre sus labios, y muy despacio volvió la cabeza sobre la almohada, como si quisiera ocultarme la cara.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró con voz baja, plañidera—. ¡Le he partido el corazón y a pesar de todo aquí viene, a mi lado, a ser amable conmigo! ¡Esto es peor que la muerte! ¡Soy tan mala que no tengo perdón! ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Oh, Basil, déjame morir!

Algo le dije, pero desistí casi de inmediato; desistí incluso de pronunciar su nombre. Sólo con oír mi voz, su sufrimiento de nuevo aumentó hasta la agonía; la desatada desesperación del alma que se debatía horrorosamente con la retorcida debilidad del cuerpo se manifestó en palabras y gritos espantosos, más allá de lo que la imaginación alcanza. Me hinqué de rodillas a su lado; la fuerza con que me había sostenido durante horas me abandonó en un instante, y rompí a llorar torrencialmente, a medida que mi espíritu brotaba a través de mis labios en una súplica por el suyo. Fueron lágrimas que no me humillaron, pues supe, a la vez que las derramaba, que la había perdonado.

Rayó el alba; gradualmente, según la luz exacta del nuevo día inundaba maravillosamente su lecho, según la fresca brisa del amanecer levantaba con ternura, juguetona, los rizos de su cabello que estaban esparcidos en desorden sobre la almohada, la calma volvió a su voz y la quietud y el reposo a sus extremidades. Pero ya nunca volvió hacia mí la cara; no fue así ni siquiera cuando hube de oír su última y débil súplica para que la dejase morir como merecía, ni cuando esa súplica final terminó dolorosamente en un último y gimoteante empeño por respirar. Esperé después largo rato; le hablé luego con dulzura, volví a esperar. La oía respirar aún, sólo que despacio, más despacio a cada minuto que pasaba. Le hablé por segunda vez, en voz más alta que antes. No me contestó, no se movió siquiera. ¿Estaba dormida? No sabría decirlo. Por alguna extraña influencia, me abstuve de dar la vuelta y de acercarme al otro lado de la cama, para mirarle la cara, que mantenía apartada de mí, casi escondida contra la almohada.

La luz fue en aumento y se volvió más cálida con la clara belleza del sol de la mañana. Oí unos rápidos pasos que se acercaban por la calle, que se detuvieron bajo la ventana. Una

Librodot

voz que no me costó reconocer me llamó por mi nombre. Me asomé y vi que Mr. Bernard por fin había regresado.

—No me ha sido posible volver antes —dijo—, era un caso desesperado y me daba miedo dejar a la enferma sola. Encontrará una llave en la repisa de la chimenea; arrójemela por la ventana y podré entrar sin más complicaciones. Cuando me marché, les dije que no cerrasen con pestillo.

Obedecí sus instrucciones. Cuando entró en la habitación, me pareció que Margaret se movía un poco, y con un gesto indiqué a Mr. Bernard que no hiciera ruido. Miró hacia la cama sin dar la menor muestra de sorprenderse y me preguntó en un susurro en qué momento y de qué manera le había sobrevenido el cambio. Se lo dije muy concisamente y le pregunté si había visto alguna vez un cambio como ése.

—Muchas veces —repuso—, he visto muchos cambios tan extraordinarios como éste, que dieron lugar a esperanzas que nunca se vieron cumplidas. Es preferible esperar lo peor por el cambio que ha visto con sus propios ojos. Es un indicio fatal.

Sin embargo, a pesar de lo que dijo, pareció como si temiera despertarla, ya que habló en voz muy baja y caminó de puntillas al acercarse al lecho.

Se calló de repente cuando estaba a punto de palparle el pulso, y miró hacia la puerta acristalada. Aguzó el oído.

—Me ha parecido —dijo como si hablara para sí— que oía moverse a alguien en esa habitación, pero debe de ser un error; es imposible que haya nadie levantado tan temprano en la casa.

Con esas palabras, miró a Margaret y separó con dulzura los cabellos que le caían sobre la frente.

—No la moleste —susurré—. Está dormida, sin duda que está dormida.

Hizo una pausa antes de contestarme y le puso la mano sobre el corazón. A continuación, estiró la sábana con suavidad, hasta que le hubo tapado la cara.

—Sí, está dormida —dijo con gravedad—. Está dormida, y ya nunca más despertará. Ha muerto.

Aparté la cabeza en silencio, pues los pensamientos que en esos momentos me embargaron no eran pensamientos que un hombre pudiera comunicar a otro.

—Triste escena para una persona de su edad —siguió diciendo, con amabilidad, mientras se alejaba del lecho—, pero debo decir que la ha soportado muy bien. Me alegro de saber que puede usted conducirse con tantísima calma durante una prueba tan ardua.

¿Con calma?

¡Sí! En ese momento era natural que estuviese en calma, pues recordé que no en vano la había perdonado.

Librodot

VIII

Al cuarto día después de la mañana en que murió, me hallaba a solas en el cementerio, junto a la tumba de Margaret Sherwin.

Había quedado de mi cuenta asistir a sus últimos momentos; había quedado de mi cuenta conferir a sus restos la última caridad que pueden transmitir los vivos a los muertos. ¡Si me hubiese sido posible vislumbrar el futuro en aquel fatal día en que nos casamos, si hubiese podido saber que el único hogar que yo le diera, el único en el que ella habitara, iba a ser la sepultura...!

Su padre me había escrito una carta que destruí en su momento. Aunque ahora la tuviese en mi poder, me abstendría de reproducirla en estas páginas. Baste, pues, relatar aquí que ese individuo nunca perdonó el acto por el cual ella cercenó las mercenarias intenciones que él tenía sobre mí y sobre mi familia; baste reseñar que alejó de sí la sospecha y el disgusto de los parientes de su esposa (cuya hostilidad tenía sobrados motivos de índole pecuniario para temer como temía) acusando a su hija de haber sido la auténtica causa de que falleciera su madre, tal como afirmó que haría sin dudarlo; que se cuidó mucho de dar visos de sinceridad a la indignación que decía sentir contra ella, para lo cual se negó a acompañar sus restos al lugar en que hallarían descanso para siempre.

Ralph regresó a Londres tan pronto recibió la carta de Mr. Bernard que yo le remití. Me ofreció su ayuda en los últimos deberes que habían quedado de mi cuenta, y lo hizo con un afecto y una gravedad que nunca le había visto desplegar hacia mí. Sin embargo, Mr. Bernard se había ocupado generosamente de relevarme en todas aquellas responsabilidades que de uno u otro modo podrían ser desempeñadas por los demás. Por consiguiente, en esta ocasión no tuve necesidad de poner a prueba la pronta amabilidad de mi hermano.

Estaba a solas junto a la tumba. Mr. Bernard se había despedido de mí; los trabajadores y los merodeadores ociosos ya se habían marchado del cementerio. No había motivo ninguno para no seguir sus pasos, a pesar de lo cual me había quedado allí, inmóvil, con la mirada fija en la tierra recién removida, a mis pies, pensando en los muertos.

Así transcurrió algún tiempo, hasta que el sonido de unos pasos que se acercaban me llamó la atención. Alcé la mirada y vi a un individuo que llevaba un largo capote negro, cerrado del cuello a los pies. Sobre los ojos se había tocado con una visera que le ocultaba toda la parte superior de la cara; avanzaba lentamente hacia mí, con la ayuda de un bastón. Acudió directamente a la tumba y se plantó a los pies, frente a mí, que estaba en la cabecera.

—¿Me reconoce? —dijo de golpe—. ¿Reconoce en mí a Robert Mannion? —Al pronunciar su nombre, se quitó la visera y me miró a la cara.

Nada más ver a plena luz del mediodía ese rostro abrumador, esa fantasmal y descolorida apariencia que sólo da la enfermedad, amén de la repugnante deformidad de sus facciones y la feroz e inmutable expresión, maligna como nunca, que me escrutaba como si pudiera fulminarme con una mirada, con la misma mirada ultraterrena, de furia y de triunfo, que le había visto sólo un instante bajo el momentáneo resplandor del relámpago, aquella vez en que nos despedimos cuando ya escampaba la tormenta, me quedé sin habla allí donde estaba. Y no he olvidado esa impresión desde entonces. No debo olvidarla, si bien tampoco me atrevo a describir esa pavorosa visión, por más que ahora aparezca vivida en mi imaginación, por más que baile delante de mis ojos, mientras escribo, cargada con todo el horror de la primera vez, ni por más que descienda sobre mi ventana, molesta sombra que me oculta la radiante perspectiva de la tierra, del cielo y el mar, cada vez que levanto la mirada de la página que escribo para gozar de la belleza del paisaje de mi casa de campo.

—¿Reconoce en mí a Robert Mannion? —repitió—. Ahora que lo ve con sus propios

Librodot

ojos, ¿reconoce la obra que ha hecho con sus propias manos? ¿O acaso estoy tan cambiado que ya no me puede reconocer, tal como habría cambiado mi padre hasta el punto de que el suyo no le reconociera, si se hubiesen encontrado en la mañana en que fue ejecutado, de pie bajo la horca, con la caperuza sobre la cabeza?

Seguía sin poder hablar, sin poder moverme. Solamente pude apartar la mirada de él, horrorizado, y clavar los ojos en el suelo.

Se colocó de nuevo la visera y habló de nuevo.

—Bajo este terreno que ahora hollamos los dos —dijo, colocando un pie sobre la tumba—, ahí debajo, exactamente donde usted está mirando, está enterrada la última influencia que un buen día hubiese podido granjearle a usted tregua y misericordia por mi parte. ¿No pensó en esa única, última oportunidad que perdía cuando vino a verla morir? Yo le observé a usted, la observé a ella. Oí todo lo que usted oyó, vi todo lo que vio usted. Sé cuándo murió, y cómo, tan bien como lo sabe usted; compartí sus últimos minutos con usted, hasta el final. Quise seguir a pie firme, no renunciar a ella y dejarla a su merced, ni siquiera en su lecho de muerte; ahora quiero seguir a pie firme, y no dejarle a solas, como si su cadáver fuera de su exclusiva propiedad, aquí en su tumba.

Mientras decía estas últimas palabras noté que poco a poco recobraba el dominio de mí. No logré animarme a decir nada, aunque de muy buena gana hubiese hablado. Tan sólo se me ocurrió hacer ademán de marcharme, de dejarlo allí.

—Deténgase —dijo—, que lo que aún me queda por decir sigue siendo de su incumbencia. Tengo que decirle aquí cara a cara, sobre su cadáver, que lo que le dije en la carta que le escribí desde el hospital es exactamente lo que pienso hacer; pienso hacer que todos los días que le queden de vida sean una larga expiación de esta deformidad —dijo, señalándose la cara— y por esta muerte —volvió a apoyar el pie en la tumba—. No importa adonde vaya, que este rostro mío no se apartará de usted; esta lengua mía, que nunca podrá acallar si no es por medio de un crimen, despertará en contra de usted las supersticiones adormecidas, las crueldades de que es capaz la humanidad toda. El ruidoso secreto de aquella noche en que nos siguió a los dos apestará como una hedionda pestilencia a todos sus congéneres, sean quienes sean. Puede escudarse tras su familia y sus amigos, que yo le alcanzaré con saña por medio de los más queridos, los más valerosos. La próxima vez en que nos veamos, tendrá que reconocer con sus propios labios que actúo a la altura de lo que digo. ¡Viva, viva si quiere la libertad que Margaret Sherwin le ha devuelto con su muerte, que pronto se dará cuenta de que es la vida de Caín!

Se alejó de la tumba y me dejó a solas, yéndose por donde había venido. Sin embargo, su asquerosa imagen, más el recuerdo de las palabras que me había dicho, ya nunca me abandonó. Ni por un solo instante me dejó en paz cuando aún estaba en el cementerio; cuando me marché y estuve caminando por las calles, tampoco me dejó en paz un solo instante. El horror de aquel monstruoso rostro seguía estando ante mis ojos; el veneno de sus monstruosas palabras seguía en mis oídos cuando regresé a la casa en que me alojaba y me encontré a Ralph, que me estaba esperando en mi habitación.

—¡Por fin estás de vuelta! —dijo—. Estaba dispuesto a esperar a que regresaras, aun cuando hubiera tenido que pasarme el día entero aquí. ¿Sucede algo? No te habrás metido en un embrollo aún peor que antes, ¿eh?

—No, Ralph, no es eso. ¿Qué tienes que decirme?

—Algo que sin duda te sorprenderá, Basil. He venido a decirte que te vayas de Londres cuanto antes, sin esperar a más. Tienes que marcharte por tu propio interés y por el de todos los demás. Mi padre ha descubierto que Clara ha venido a verte algunas veces.

—¡Cielo santo! ¿Cómo ha sido?

Librodot

—Eso no me lo quiere decir; lo cierto es que se ha enterado. Sabes muy bien qué opinión le mereces; dejo que tú mismo imagines lo que piensa de Clara por haber venido hasta aquí.

—¡No, no! ¡Dímelo tú, Ralph! ¡Dime cómo soporta su desagrado!

—Todo lo mal que puedas imaginar. No contento con haberle prohibido expresamente que vuelva a pisar esta casa nunca más, ahora solamente manifiesta que está muy ofendido con su continuo silencio, y es exactamente eso, cómo no, lo que a ella más le inquieta. Entre la idea que tiene de la absoluta obediencia que a él le debe, y la idea contraria y no menos asentada de sus deberes fraternos para contigo, se siente sumamente desdichada a todas horas del día y de la noche. Si las cosas siguen como están, no quiero ni pensar cómo habrá de terminar. Y ya sabes que yo no me asusto con facilidad. Por eso, Basil, te pido que me escuches: eres tú quien ha de poner fin a este asunto, y es asunto mío comunicártelo tal como lo siento.

—Haré todo lo que tú quieras, haré lo que sea en beneficio de Clara.

—Entonces has de marcharte de Londres y poner así fin a la lucha que ella siente entre su deber y su inclinación. Si no lo haces, mi padre es muy capaz de llevársela de inmediato a la casa de campo, aun cuando tenga importantes asuntos que debe atender aquí en Londres. Escríbele una carta a Clara, dile que te has marchado por un asunto de salud, por cambiar de aires y encontrar más paz de espíritu; dile que te has marchado, en resumidas cuentas, para volver cualquier día de éstos. Y no le digas adonde te vas, ni me lo digas a mí, porque ella con toda seguridad me lo preguntaría, y yo tendría que decírselo si en realidad lo supiera. En tal caso, a lo mejor daría en escribirte, y eso también podría descubrirlo mi padre. Si le das cuenta de tu ausencia como es debido, no podrá inquietarse más de lo debido. Al menos, se inquietará menos de lo que está ahora, y eso ya es digno de ser tenido en consideración. Y si te marchas, será muy bueno para tus intereses, tanto como para Clara. Ya son dos cosas dignas de ser tenidas en consideración, ¿no crees?

—No importan mis intereses. ¡Clara! Tan sólo puedo pensar en Clara.

—Pero tú también tienes intereses por los que debes mirar, Basil, y debes tenerlos muy en cuenta. Le referí a mi padre la muerte de la desdichada mujer, le hablé de tu noble comportamiento cuando ella estaba muñéndose. No, no me interrumpas, Basil; fue un noble comportamiento, ya lo creo. ¡Yo no hubiese podido hacer lo que hiciste tú! Me di cuenta, de todos modos, de que se quedaba mucho más impresionado de lo que estaba dispuesto a reconocer. El vuelco que han dado las circunstancias le ha causado una profunda impresión. Tienes que dejar ahora que esa impresión se fortalezca, y en seguida estarás a salvo. En cambio, si la echas a perder quedándote en Londres después de lo ocurrido, y si obligas a Clara a permanecer en este dilema, querido compañero, terminarás por destrozar tu mejor posibilidad de salir bien parado. Si te quedas es como si de algún modo le desafiaras a él; si te marchas, le estás haciendo una concesión muy apropiada.

—Me marcharé, Ralph. Me has convencido de que debo marcharme. Mañana mismo me iré, aunque no sé adonde.

—Tienes todo el día por delante, piénsalo bien. Yo que tú me iría al extranjero y procuraría divertirme, claro que tu concepto de la diversión seguramente no tiene nada que ver con el mío. En todo caso, vayas donde vayas siempre podré proporcionarte dinero; puedes escribirme después de llevar un tiempo fuera, que yo te contestaré tan pronto como tenga buenas noticias que darte. Sólo te pido que seas fiel a la determinación que has tomado, Basil, y te doy mi palabra de que estarás de vuelta en casa, en tu estudio de siempre, en cuanto pasen unos cuantos meses.

—Pondré fuera de mi alcance la tentación de no seguir mi resolución escribiendo a

Librodot

Clara de inmediato y te daré la carta a ti para que tú se la entregues mañana por la tarde, cuando ya lleve unas horas lejos de Londres.

—¡Así se habla, Basil! ¡Eso es hablar y actuar como un hombre, sí, señor!

Escribí de inmediato y di cuenta de mi repentina ausencia, tal como Ralph me había aconsejado; escribí con gran congoja todo lo que se me ocurrió que pudiera tranquilizar y alegrar a Clara. Y sin permitirme un instante de vacilación, le entregué la carta a mi hermano.

—La recibirá mañana por la tarde sin falta —dijo—, y mi padre sabrá por qué razón te ausentas de la ciudad al mismo tiempo. Cuenta conmigo, que yo me encargo de esto, como de todo lo demás. Ahora, Basil, debo despedirme de ti... A menos que estés de humor para venir a conocer mi casa esta noche. ¡Ah! Entiendo que no te apetezca precisamente ahora, así que adiós, compañero. Escríbeme cuando te veas en cualquier necesidad; recupera el ánimo y la salud, y no tengas la menor duda de que el paso que ahora das es lo mejor para Clara y para ti.

Se marchó con prisa de la habitación, pues obviamente sentía la despedida mucho más de lo que estaba dispuesto a dejar que yo descubriese. Me quedé a solas el resto del día, pensando en el lugar al que encaminaría mis pasos al día siguiente.

Sabía que lo mejor sería que me fuera sin duda de Inglaterra, pero de pronto fue como si hubiera crecido en mí un anhelo por mi país como nunca había sentido anteriormente, una intensa nostalgia de la tierra en que vivía aún mi hermana. Ni una sola vez me llevaron mis pensamientos a tierras lejanas; sopesé con toda la calma que pude en qué dirección me marcharía de Londres.

Mientras estaba aún sumido en las dudas, las más antiguas impresiones de mi infancia volvieron a mi memoria. Por influjo de estas impresiones pensé en Cornualles. Mi aya era de Cornualles; mis primeras ensoñaciones, mis primeras sensaciones de curiosidad habían sido excitadas por los cuentos de Cornualles que ella me refirió, por sus descripciones del paisaje, de las costumbres, de la gente de su tierra natal, con las que siempre estuvo dispuesta a entretenerme. A medida que iba creciendo acaricié el proyecto de viajar alguna vez a Cornualles, y este proyecto siempre estuvo entre mis preferidos. Quise explorar aquella ignota tierra del Occidente, a ser posible a pie, y recorrer todos sus rincones. Ahora, sin que el menor motivo relacionado con el placer influyera en mi decisión; ahora que había de marcharme solo, sin techo que me cobijase, presa de la incertidumbre, apesadumbrado, acosado por el peligro, aquella pretérita ensoñación siguió haciendo valer su influencia y así me indicó mi camino, que iba a transcurrir por entre los rocosos confines de la costa de Cornualles.

La última noche que pasé en Londres fue una noche terrible, debido más que nada a la temible presencia de Mannion en mis sueños y a la tristeza que me venció durante la vigilia al pensar en el día en que había de separarme de Clara. No obstante, no me falló la resolución que había tomado y en toao momento seguí decidido a marcharme de Londres por su bien. Cuando llegó la mañana, recogí mis contadas pertenencias, añadí un par de libros y estuve en seguida listo para partir.

Mi camino por las calles de Londres me llevó cerca de la casa de mi padre. Cuando transitaba por aquella vecindad que tan bien recordaba, el dominio de mí que había tenido hasta entonces me abandonó por completo, tanto que me detuve y me interné por la plaza, con la esperanza de ver a Clara una última vez antes de partir. Con cautela y lleno de dudas, como si fuese un intruso ya en la vía pública, alcé los ojos hacia la casa que ya no era mi casa, hacia las ventanas del dormitorio y la sala de mi hermana, contiguas las dos. No estaba de pie ante ninguna de ellas, ni tampoco pasó accidentalmente de una estancia a otra en esos momentos. Aun así, no me pude persuadir de marcharme. Pensé en los muchos, muchísimos actos de amabilidad desinteresada que había tenido ella conmigo, y que hasta ese momento nunca había apreciado quizá en todo su valor. Pensé en todo lo que había tenido que sufrir por mí, pensé en lo que tal vez aún había de padecer por mí, y el anhelo de verla una vez más, aunque

Librodot

sólo fuera un instante, me llevó a permanecer más tiempo aún cerca de la casa, a mirar en vano aquellas ventanas desiertas.

Era una mañana de otoño resplandeciente y fresca. Tal vez hubiera salido al jardín de la plaza, como hacía muy a menudo al menos cuando yo aún vivía en la casa, para sentarse a leer un rato al aire libre. Di la vuelta a la verja, buscándola por entre las brechas del follaje; ya casi había recorrido de ese modo todo el perímetro del jardín, cuando me llamó la atención la figura de una dama sentada a solas bajo uno de los árboles. Me detuve, la miré con detenimiento, comprobé que era Clara.

Tenía el rostro casi totalmente apartado de mí, pero la reconocí por el vestido, por su figura, incluso por su postura, sencilla como era. Estaba sentada con las manos sobre un libro cerrado que reposaba sobre su rodilla. A sus pies dormitaba un pequeño spaniel que yo le había regalado; daba la sensación de que estaba mirando al animal, al menos por la inclinación de su cabeza. Cuando me desplacé a un lado, por ver si lograba verle la cara, los árboles la taparon de mi vista. Tuve que conformarme con lo poco que alcanzaba a vislumbrar de ella a través de una de las brechas del follaje, por la que podía ver bastante bien el sitio en que estaba sentada. Hablar con ella, arriesgarme a la tristeza inmensa que a los dos nos causaría la despedida, era más de lo que me hubiese atrevido a intentar. Hube de limitarme a permanecer de pie, en silencio, y a mirarla —¡quizá por última vez!— hasta que las lágrimas me anegaron los ojos, de modo que ya no pude ver más. Me resistí a la tentación de secármelas. Mientras las lágrimas me impedían verla, mientras me era imposible verla por más que quisiera, me alejé del jardín y salí de la plaza.

Entre todos los pensamientos que se arracimaron en mí cuando me alejaba paso a paso de la vecindad en que se hallaba la que había sido mi casa, entre todos los recuerdos de los sucesos del pasado —desde el día en que conocí a Margaret Sherwin hasta el día en que estuve de pie ante su tumba— que me trajo a la memoria el mero hecho de marcharme de Londres, por vez primera se formó en mí una duda que desde ese día y hasta el día de hoy no me ha dejado a sol ni a sombra: la duda de si Mannion no estaría siguiéndome en secreto, recorriendo tras mis pasos todo mi camino.

Instintivamente me di la vuelta y miré atrás. A lo lejos se movían muchas figuras de transeúntes; en cambio, la figura que había visto en el cementerio contiguo a la iglesia no era visible entre todas ellas. Poco más adelante volví de nuevo la vista atrás, pero obtuve idéntico resultado. Después, dejé pasar un intervalo más largo hasta que me detuve por tercera vez, para darme de nuevo la vuelta y escrutar la calle con ojos ansiosos y suspicaces. A cierta distancia, por la otra acera, me fijé en un individuo que estaba quieto (como lo estaba yo) entre la muchedumbre en movimiento. Tenía una estatura comparable a la de Mannion; llevaba una capa como la que llevaba Mannion cuando se acercó a mí ante la tumba de Margaret. No pude precisar nada más; me hubiera sido preciso cruzar la calle. Los vehículos que transitaban por la calzada y los peatones que se movían sin cesar me impedían verlo a las claras, al menos desde el punto en que me encontraba.

Esa figura visible sólo a ratos, ¿era la figura de Mannion? ¿Sería cierto que me seguía los pasos? A medida que esta sospecha ganaba peso en mis pensamientos, repentinamente me volvió a la mente el recuerdo de su amenaza en el cementerio: «Puede usted escudarse tras su familia y sus amigos, que yo le alcanzaré con saña por medio de los más queridos, los más valerosos». Y trajo consigo un pensamiento que me llevó a seguir mi camino sin más tardanza. Ya nunca volví a mirar atrás, pues me dije lo siguiente: «Si realmente me sigue, no debo rehuirlo, y no lo pienso rehuir; el mejor resultado de mi partida será que arrastre tras de mí su presencia destructora, alejándola así a una distancia segura de mi familia, de mi hogar».

Por eso, ya no me desvié de mi camino, ni tampoco apresuré mis pasos, ni volví la vista atrás. A la hora que había resuelto, marché de Londres camino de Cornualles sin hacer el

Librodot

menor intento por disimular mi partida. Y aunque supiera que casi con toda seguridad me estaba siguiendo, ya nunca lo volví a ver: nunca descubrí si me seguía el rastro de cerca o de lejos.

Han pasado dos meses desde esa fecha y ahora no sé de él más de lo que sabía entonces.

Librodot

DIARIO

19 de octubre. — He terminado mi retrospección. He dejado constancia de la historia de mis errores e infortunios, de lo mal que he obrado, de los castigos que he sufrido por ello, desde el pasado hasta la actualidad.

Las páginas de mi manuscrito, muchas más de las que en principio pensé que llegaría a escribir, están apiladas sobre la mesa, delante de mí. No me atrevo a repasarlas; no me atrevo a releer los renglones que mi propia mano ha trazado. Puede que en mi forma de escribir haya muchos detalles que requieran alteraciones, pero no tengo valor para retomar esa tarea, para revisarlo y reconsiderarlo, tal como sin duda debiera si mi propósito fuera escribir un libro que hubiera de publicarse estando yo vivo. Cuando yo ya no esté en el mundo, aparecerán otros muy capaces de pulir, alisar y abrillantar lo escrito para que sea acorde con el gusto popular del momento, pues este basto material que obedece a la Verdad con mayúscula habrá de quedar tal cual se encuentra tras de mí.

Ahora, mientras recojo estas páginas y me dispongo a sellarlas para que mis manos nunca más vuelvan a abrirlas, ¿tengo acaso la impresión de haber relatado todo lo que era necesario relatar? ¡No! Mientras Mannion siga vivo, mientras yo desconozca los cambios que aún pueden obrarse en la casa de la que me he exiliado, me queda por delante un futuro del que habré de dejar constancia, en tanto continuación necesaria de la narración del pasado. No sé aún qué podrá ocurrir que sea digno de quedar recogido; no alcanzo a prever qué sufrimientos puede que aún padezca, y que tal vez me dejen incapacitado para proseguir con la labor ahora por el momento terminada. No tengo esperanza en el futuro, ni tampoco en mí, al menos para pensar que tendré el tiempo o la energía necesarios para escribir, como hasta ahora, de memoria. Lo mejor, por tanto, es que consigne los sucesos de cada día tal como se produzcan, para garantizar así, al menos mientras sea posible, una continuación fidedigna de mi narración, fragmento a fragmento, hasta el final mismo.

Antes, sin embargo, para dar adecuado comienzo al diario que me propongo redactar, quisiera revelar aquí muy brevemente cómo es la vida que llevo en mi retiro de la costa de Cornualles.

La aldea pesquera en la que he escrito las páginas precedentes se encuentra en la costa sur de Cornualles, a no muchas millas de Finisterre. La casa de campo en que habito está construida con sillares de granito sin desbastar, tiene una tosca techumbre de paja y consta sólo de dos habitaciones. No poseo más mobiliario que mi cama, mi mesa y mi silla; mis únicos vecinos son media docena de pescadores, junto con sus familias. Pero no acuso ni la carencia de lujos ni la falta de trato social; todo lo que deseaba encontrar cuando vine aquí lo tengo con creces, pues no es más que una reclusión absoluta.

Mi llegada produjo al principio tanto asombro como suspicacia. Los pescadores de Cornualles aún conservan intactas todas las supersticiones, incluso las más grotescas, que fueron tan queridas a sus humildes ancestros, hace muchos siglos. Estos sencillos vecinos no acertaban a entender por qué no tenía yo ocupación a la que dedicarme, ni lograban reconciliar mi rostro gastado y melancólico con la juventud de mi edad. Una soledad como la mía resultaba antinatural, especialmente para las mujeres. Me interrogaron con visible curiosidad, y la propia sencillez de mi respuesta, esto es, que había venido a Cornualles sólo por vivir en calma y tranquilidad, para recuperar la salud, las dejó perplejas. Día tras día aguardaron, nada más instalarme yo en la casa, a ver qué cartas me llegaban, pero no llegó correo para mí; esperaron que mis amigos se reunieran conmigo, pero no vinieron amigos. A sus ojos, esto sólo sirvió para ahondar el misterio. Les dio por recordar las antiguas

Librodot

leyendas de Cornualles que mencionan a seres solitarios y secretos, que habían vivido hace muchos, muchos años, en determinados rincones del país, venidos nadie sabía de dónde, subsistiendo sin que nadie supiera por qué medios, hasta morir y desaparecer sin que nadie supiera cuándo. Sentíanse a medias inclinadas a identificarme con alguno de aquellos misteriosos visitantes, a considerarme como un forastero ajeno a toda la familia de los hombres, que hubiera venido a consumirse por efecto de una maldición, y morir ominosamente y en secreto entre ellos. Hasta la persona a la que pagué un dinero por el transporte de mi equipaje puso en duda por un momento la legalidad del pago, no fuera a resultarle perjudicial.

De todos modos, estas dudas en términos generales desaparecieron; esa curiosidad supersticiosa terminó por agotarse sin sentir entre mis pobres vecinos. Poco a poco se acostumbraron a mi modo de existencia entre ellos, solitario, pensativo, a su juicio inexplicable. Uno o dos favores de elemental amabilidad que presté poco después de mi llegada a sus hijos obraron maravillas en mi favor, y ahora soy más objeto de compasión que de desconfianza. Cuando la pesca se da bien, suelen hacerme un pequeño regalo con lo que han recogido las redes. Hace sólo unas semanas, después de haber salido a primera hora de la mañana, me encontré a la vuelta dos o tres nidos de gaviota en una cesta, delante de la puerta de la casa. Los habían dejado allí los niños de la aldea, para que con ellos adornase la ventana de mi casa de campo; eran los únicos adornos que podían regalarme, los únicos adornos de los que tenían noticia.

Ahora, puedo ir de un lado a otro sin que nadie se fije en mí, puedo dirigir mis pasos por el arroyo que baña nuestra aldea, subir hacia la iglesia de piedra gris que se encuentra en lo alto del cerro, rodeada por el páramo desierto. Si hay algún niño que esté jugando entre las tumbas esparcidas cerca de la iglesia, ya no se sobresaltan ni echan a correr cuando me ven sentado en la piedra en forma de ataúd que hay a la entrada del atrio, o bien caminando en torno a la recia torre de granito, levantada por manos que hace siglos se han convertido en polvo. Mi presencia ha dejado de ser de mal agüero para mis pequeños vecinos. Tan sólo me observan por un instante, me sonríen con luminosidad y luego siguen con sus juegos.

Desde el atrio contemplo cómo baja el arroyo, cuando hace buen tiempo, hasta el mar. A uno y otro lado, por encima de las casas de los pescadores se elevan grandes rocas de granito; el trocito de playa que los peñascos encierran brilla en toda su pureza a la luz del sol; en el interior, el arroyo que vierte el agua sobre el lecho de las rocas centellea en algunos sitios como si fuese un riachuelo de fuego plateado; las nubes blancas y redondas, con sus sombras violáceas y sus luminosos bordes ondulados, ruedan majestuosamente allá en lo alto; los graznidos de las gaviotas, el interminable y fúnebre murmullo de las olas, la distante música del viento en las cuevas del océano, llegan a veces juntos, a veces por separado, a mis oídos. La voz de la naturaleza y la belleza de la naturaleza —los ángeles de Dios que apaciguan y purifican el alma— me hablan con la mayor ternura y con la máxima felicidad en momentos como éste.

Cuando comienza a llover, cuando el viento y el mar se yerguen a la vez —cuando, abrigado entre las cuevas, al borde del precipicio, contemplo las temibles olas, los espumarajos que saltan de ellas—, es cuando percibo los desconocidos peligros que penden sobre mi cabeza, y los percibo con todo el horror que entraña su incertidumbre. Es entonces cuando las amenazas de mi mortal enemigo refuerzan el temible dominio que tienen sobre todos mis sentidos. Veo esa tenebrosa y fantasmal personificación de una fatalidad que me aguarda emboscada, y la veo en las extrañas formas que adquiere la neblina cuando envuelve el cielo como un sudario, cuando se mueve en remolinos, se ilumina y se oscurece, glorificándose de forma extraña, única, sobre las aguas henchidas. Luego, el estruendo de las olas contra los acantilados aulla por encima de mí como si fuese el ruido de un juicio, y el vozarrón del viento que gruñe y que batalla tras de mí, en las oquedades de la cueva, adquiere

Librodot

siempre, siempre, esa misma voz tonante, que sólo habla de advertencia y de condenación a mis oídos.

Este presentimiento de que Mannion siempre me vigila, de que sus pasos siempre siguen los míos en secreto, ¿será debido solamente a la debilidad, a mi desgaste de energía? ¿Es posible que otro, en mi situación, pudiera abstenerse de temer, como temo yo, que me observa incesantemente y en secreto? Es posible, sin duda. Pero bien pudiera ser que su terrible vínculo con todos los sufrimientos que hube de padecer yo en el pasado me lleve a otorgarle con demasiada facilidad ese poder destructor que se arroga de cara al futuro. Y también podría ser que en mí haya quedado paralizada toda resolución de resistir a sus designios, no tanto por el miedo que me produce su apariencia, cuanto por la incertidumbre que me produce el momento en que tendrá lugar; es decir, no tanto por sus amenazas en sí, cuanto por la postergación de su ejecución. No obstante, aunque puedo estimar en justicia el valor de estas consideraciones, no consiguen ejercer en mí un duradero influjo de tranquilidad. Recuerdo qué es lo que este hombre ha hecho; a pesar de todo raciocinio, creo firmemente en lo que me ha dicho que aún hará. Por loco que pueda estar, no tengo esperanza de defenderme, ni de escapar de él en un sentido u otro, mire a donde mire.

De no haber sido por la ocupación que he tenido gracias a la narración precedente; de no haber sido por el alivio que puede obtener mi corazón sólo de pensar en Clara, a la fuerza me hubiese hundido bajo el tormento de la incertidumbre y la suspicacia en que ahora transcurre cada minuto de mi vida. ¡Mi hermana! Incluso en esta ausencia autoimpuesta que me impide verla, he encontrado medios de relacionarme aunque sea remotamente con algo que ella ama. El nombre ficticio bajo el que vivo, bajo el que continuaré viviendo hasta que mi padre vuelva a darme su confianza y su afecto, es el nombre de una pequeña finca que perteneció a mi madre, y que ahora es propiedad de su hija. Hasta los más desdichados tienen su capricho, su última ensoñación favorita. No poseo recuerdo alguno de Clara, ni siquiera una carta suya. El nombre que he tomado de ese sitio del que ella siempre estuvo tan prendada como orgullosa es, para mí, lo que un rizo de cabello, cualquier recordatorio amoroso es para otros más afortunados y felices que yo.

Me he alejado sin sentir de los simples detalles de mi vida en este paraje. ¿Será el momento de volver a ellos? No, hoy no; me arde la cabeza, tengo la mano fatigada. Si mañana no me trae suceso del que valga la pena escribir, mañana mismo podré reanudar este asunto que ahora doy por bueno.

20 de octubre. — Ayer, tras dejar la pluma a un lado, salí a dar una vuelta, con la idea de renovar la amistad ya trabada con mis pobres vecinos, que ha quedado interrumpida durante las últimas tres semanas debido al trabajo constante que he dedicado a las últimas partes de mi narración.

En el transcurso de mi caminata por entre las casas de la aldea, hasta llegar a la vieja iglesia del páramo, vi a menos personas que de costumbre. La conducta de aquellos con quienes sí llegué a cruzarme me pareció incomprensiblemente distinta; puede que fuera mera suposición, pero pensé que me rehuían. Una mujer cerró bruscamente la puerta de su casa cuando yo me aproximaba por el camino. Un pescador, cuando le di los buenos días, apenas contestó nada y siguió caminando sin detenerse a conversar conmigo, como hacíamos de costumbre. Unos cuantos niños a los que alcancé en el camino de la iglesia se alejaron a todo correr, haciéndose unos a otros gestos que no logré comprender. ¿Será que aquella desconfianza inicial que les inspiré por pura superstición regresa cuando yo pensaba que ya la había superado? ¿O es que mis vecinos sólo manifiestan su resentimiento por el hecho de que no les haya prestado atención durante las últimas tres semanas? Mañana mismo he de intentar averiguarlo.

Librodot

21. — ¡Lo he descubierto todo! La verdad, que ayer tuve tan curiosa lentitud en sospechar, hoy se me ha impuesto por completo.

Salí esta mañana, tal como me había propuesto, a descubrir si mis vecinos realmente habían cambiado de actitud hacia mí durante ese lapso de reclusión de tres semanas consecutivas. En la puerta de la casa de campo más cercana a la mía vi jugar a dos niños pequeños, a los que me había ganado por pura simpatía poco después de mi llegada. Me acerqué a charlar con ellos, pero a medida que me aproximaba, salió su madre y los arrebató de mi presencia con verdadero enojo, con alarma. Antes de que pudiera preguntarle qué ocurría, se los había llevado al interior de la casa y había cerrado la puerta.

Casi en el mismo instante, como si se tratara de una señal concertada de antemano, tres o cuatro mujeres salieron de sus moradas, a escasa distancia, y me advirtieron en voz alta y colérica que no me acercase a ellas ni a sus hijos; acto seguido desaparecieron, cerrando las puertas. Sin sospechar aún la verdad, me di la vuelta y eché a caminar hacia la playa. El mozo al que había contratado para que se encargase de mis provisiones estaba allí sentado, apoyado contra un viejo bote de remos. Al verme, se puso en pie de un brinco y se alejó unos cuantos pasos. Luego se detuvo y me habló a gritos.

—Ya no pienso llevarle nada más; mi padre dice que ya no le venderá nada, da lo mismo lo que le quiera usted pagar.

Pregunté al muchacho por qué había dicho eso su padre, pero él echó a correr hacia la aldea sin contestarme.

—Mejor sería que se marchase —musitó una voz a mis espaldas—. Si no se marcha por decisión propia, nuestro pueblo le obligará a irse, lo rendirán por el hambre.

El hombre que había dicho estas palabras era uno de los primeros que dieron ejemplo de trato amistoso conmigo, poco después de mi llegada. Así pues, a él acudí en busca de la explicación que nadie parecía dispuesto a darme.

—Sabe muy bien de qué se trata, sabe muy bien por qué todos queremos que se marche. Lo sabe de sobra. —Ésa fue su respuesta.

Le aseguré que no lo sabía y le rogué tan en serio que me lo aclarase, que se detuvo cuando ya se alejaba de mí.

—Le hablaré de ello —dijo—, pero no ahora. No quiero que nadie me vea con usted. — Y, al decirlo, se dio la vuelta para mirar hacia las mujeres, que de nuevo habían salido a la puerta de sus viviendas—. Vayase a su casa, enciérrese, no salga. Yo iré a verle al atardecer.

Y vino, tal como había prometido. En cambio, cuando le ofrecí que entrase en mi casa rechazó la invitación. Dijo que prefería hablar conmigo desde fuera, por la ventana. Este rechazo a cobijarse bajo mi techo me recordó que mis provisiones habían sido depositadas en el alféizar de la ventana a lo largo de la última semana, en vez de ser introducidas hasta la habitación, tal como había sido costumbre con anterioridad. Estuve demasiado ocupado para prestar atención a esa circunstancia a su debido tiempo, aunque ahora me pareció muy extraña.

—¿Pretende decirme que no sospecha por qué deseamos todos que se vaya de nuestra aldea? —dijo el hombre, a la vez que me miraba con total desconfianza por la ventana.

Le repetí que no podía ni imaginar siquiera por qué habían cambiado todos de parecer con respecto a mí, ni qué perjuicio pensaban que les pudiera haber causado.

—Entonces, yo mismo se lo diré —prosiguió—. Queremos que se marche de aquí porque...

—Porque —interrumpió otra voz a sus espaldas, en la que reconocí la voz de su

Librodot

mujer—, porque usted trae una maldición sobre nosotros, sobre nuestras casas... *y porque queremos que las caras de nuestros hijos queden tal como Dios las hizo*...

—Porque —saltó otra mujer, que había venido con ella— usted trae la venganza de un demonio entre un pueblo cristiano. ¡Vuelve, John! No es seguro que un hombre de verdad, como tú, hable así con él.

Se llevaron al pescador poco menos que a rastras, sin darle tiempo a decir una palabra más. Yo ya había oído más que suficiente. La fatal verdad reventó de golpe en mi entendimiento. Mannion me había seguido de verdad hasta Cornualles y estaba ejecutando sus amenazas al pie de la letra.

(*10 en punto de la noche*). — Enciendo la vela por última vez en esta casa, para añadir unos cuantos renglones a mi diario. La aldea está en silencio, no se oyen pasos ahí afuera. Sin embargo, ¿puedo tener la menor certeza de que Mannion no esté acechando ahora mismo cerca de mi puerta?

Debo partir cuando llegue la mañana; debo renunciar a este apacible retiro, en el que con tanta tranquilidad he vivido hasta ahora. No tengo la menor esperanza de poder rehabilitarme en la opinión de mis pobres vecinos. Él ha enconado contra mí la despiadada hostilidad de sus supersticiones. Ha encontrado la crueldad que yacía adormecida incluso en el corazón de estas gentes tan sencillas, y la ha despertado para que la esgriman contra mí, tal como afirmó que haría. Su maligna obra ha debido iniciarse a lo largo de las últimas tres semanas, mientras yo pasaba la mayor parte del tiempo sin salir de casa, es decir, cuando tuvo muy pocas posibilidades de encontrarse conmigo en mis caminatas habituales. No serviría de nada preguntarse cómo ha logrado llevar a cabo su obra; ahora, mi único objetivo ha de ser prepararme para partir de inmediato.

(*11 en punto de la noche*). — Mientras recogía los escasos libros que conservo conmigo, hace un minuto, cayó de uno de ellos un marcapáginas bordado que no había observado hasta ahora, pero que reconocí de inmediato, por habérmelo hecho Clara expresamente para mí. ¡A fin de cuentas, sí que tengo en mi poder un recordatorio de mi hermana! Por poca cosa que sea, pienso guardarlo como si fuera un mensajero del consuelo, en estos tiempos de adversidad y de peligros.

(*1 de la madrugada*). — El viento azota la aldea; desciende de los páramos en rachas cada vez más desabridas; las olas estallan con dureza contra el promontorio rocoso en que se encuentra la aldea; la lluvia golpetea desatadamente las ventanas. Las tinieblas más densas que se pueda imaginar cubren el cielo por entero. La tormenta que venía anunciándose desde hacía varios días toma cuerpo a gran velocidad.

(*Poblado de Treen, 22 de octubre*). — Los acontecimientos de este día han transformado todo el futuro que me queda por delante. He de esforzarme por consignarlos cuanto antes. Algo me advierte que si me retraso, si lo dejo aunque sólo sea para mañana, seré incapaz de relatarlos por completo.

Era aún muy temprano, creo que las siete de la mañana más o menos, cuando cerré a mis espaldas la puerta de mi casa de campo, para nunca más volverla a abrir. Me encontré sólo con un par de vecinos cuando me marchaba de la aldea. Se hicieron a un lado para dejarme pasar sin decir palabra. Con gran congoja en el corazón, más apesadumbrado de lo que me hubiese parecido posible por tener que despedirme como un enemigo de aquellas personas con las que había vivido en amistad, pasé despacio por delante de las últimas casas y

ascendí por el sendero del acantilado que lleva al páramo.

La tormenta había arreciado con fiereza máxima pocas horas antes. Con el alba, el viento perdió fuerza, aunque la majestad de la mar poderosa no había perdido por el momento ni un ápice de terror, de grandeza. Las enormes olas del Atlántico seguían lanzándose entre espumarajos de furia contra el sólido granito de los roquedos de Cornualles. El cielo estaba oculto por una espesa niebla blanquecina, inmóvil, húmeda, pegada a la tierra, aunque acto seguido rodase en contornos que semejaban inmensas coronas fúnebres hechas de humo, a merced del viento leve que aún soplaba a intervalos. A cualquier distancia que superase unos cuantos metros, hasta los objetos de mayores dimensiones eran de todo punto invisibles. Salvo el incesante rugir del mar a mi derecha, no había nada más que me guiase en mi trayecto.

Tenía el propósito de llegar a Penzance antes de que anocheciera. Aparte de esa idea, carecía de proyectos, y no había pensado siquiera en qué refugio debiera buscar a continuación. Toda esperanza que anteriormente hubiese podido albergar respecto a huir de Mannion me había abandonado para siempre. No supe descubrir por medio de ninguna indicación externa que aún me siguiera los pasos. La neblina ocultaba todos los objetos a mi vista; el estruendo incesante del oleaje apagaba todos los sonidos que llegaran de tierra adentro, a pesar de lo cual no dudé ni por un instante que me seguía observando a medida que caminaba.

Avanzaba despacio, manteniendo mi distancia de los precipicios sólo por el método de guardar el rugido del mar siempre a la misma distancia; sabía que avanzaba en la dirección adecuada, aunque fuese dando grandes rodeos, y lo sabía mientras siguiera oyendo las olas a mi derecha. Haberme aventurado por el camino más corto, por los páramos y los cruces de caminos que sin duda encontraría más a mi izquierda, sólo me habría llevado a perderme irremisiblemente en la neblina.

De esta tediosa manera llevaba un buen rato caminando cuando me sobresalté al percibir que el ruido del mar alteraba por completo mi sentido del oído. Era como si resonase de forma muy extraña por uno y otro lado, tanto a la derecha como a la izquierda. Me detuve y agucé la vista, intentando vislumbrar algo por entre la niebla, pero fue en vano. Los peñascos, incluso a pocos metros de mí, parecían sombras en medio del vapor espeso y blanquecino. Una vez más, seguí caminando un trecho; de pronto, sin que pasara mucho tiempo, oí que el rumor del mar venía hacia mí, que resonaba como si dijéramos bajo mis pies; por debajo del rumor del mar, oí un sonido hueco e intermitente, como un trueno que restallase a lo lejos. Volví a pararme y descansé, apoyado contra una roca. Al cabo de un rato, la neblina comenzó a despejar hacia el mar, aunque seguía siendo más espesa que nunca a uno y otro lado. Avancé hacia la parte que clareaba; el retumbar del trueno restallaba a cada paso con más fuerza, en el corazón mismo, me parecía, del inmenso acantilado.

La neblina despejó un poco más, y pude ver una marca de tierra para los barcos en el punto más elevado de los roquedos que me rodeaban. Subí hasta allí y reconocí las intensas franjas blanquirrojas con que estaba pintada; así supe que me había apartado de la línea de la costa, hasta llegar en medio de la niebla a uno de los grandes promontorios graníticos que se internan en el mar, como si fuesen rompeolas naturales, que hay en la costa sur de Cornualles.

En dos ocasiones anteriores había llegado hasta ese paraje, mientras duró mi estancia en la aldea pesquera, con objeto de mis paseos por los alrededores. Mientras escuchaba el estruendo del trueno, supe de qué fuente procedía.

Más allá del punto en que me encontraba, las rocas descendían precipitadamente, casi en perpendicular, hasta el macizo situado más abajo. En una de las partes más elevadas de la pared granítica que así se configuraba, se abría un negro agujero que caía de forma oblicua, como un túnel, hasta una insondable, ignota profundidad; en esa oquedad encontraban las olas

Librodot

una entrada por algún canal subterráneo. Incluso en rachas de calma, el mar nunca permanecía callado en ese espantoso abismo; en cambio, los días de tormenta su furia era terrible. Las olas desatadas bullían y atronaban encajonadas entre las rocas, hasta que daba la impresión de que se convulsionaba el sólido roquedo que se alzaba muy por encima de ellos, como si se tratase de un terremoto. Ahora bien, por mucho que saltaran entre aquellas paredes rocosas, nunca llegaban a asomar a la vista. Salvo las nubes de espuma, nada indicaba a la vista lo que era sin duda un horrendo tumulto de aguas furiosas que hervía allá abajo.

Al haber reconocido el lugar en que por pura inadvertencia me encontraba, tuve en cuenta los peligros que había dejado atrás, cuando recorrí el rocoso sendero que llevaba de la tierra firme hacia el promontorio: peligros cifrados en la estrechez de las cornisas, en los traicioneros precipicios por los que había transitado sano y salvo, aun sin saberlo, desconocedor de su presencia en medio de la niebla, pero a los que no quise tentar de nuevo, ahora que los recordé, hasta que el cielo se hubiese despejado y pudiera ver el camino por el que transitaba. El ambiente iba iluminándose muy poco a poco, a despecho de las lejanas olas que bullían sin cesar. Decidí esperar hasta que hubiera terminado de cernirse la oscuridad que me rodeaba, antes de pensar siquiera en volver sobre mis pasos.

Avancé hacia los roquedos más bajos, buscando un lugar menos expuesto a la fuerza de los elementos que el que mal me cobijaba. A medida que me acercaba al abismo, los terroríficos alaridos de las olas me llegaban con tal violencia que apagaban no ya el estruendo de la espuma por los roquedos y salientes del promontorio, sino también los agudos graznidos de cientos y cientos de aves marinas que daban vueltas en el aire, por encima de mí, salvo cuando sus vuelos las llevaban a descender a mi alrededor. A uno y otro lado del abismo, aunque las rocas caían de forma precipitada, ofrecían buenos agarres para las manos y los pies. Según iniciaba el descenso, el mórbido anhelo de mirar de frente al peligro, que a tantos hombres ha llevado al filo de un precipicio aun cuando en lo más profundo de sí lo temieran, me impulsó a avanzar tanto como pude hacia la boca del abismo, e incluso a mirar al fondo. Poco pude discernir dentro de sus negras, relucientes paredes, y menos entre los fragmentos de roca que aquí y allá sobresalían, coronados por manchas de algas alargadas y lacias que oscilaban de un lado a otro en medio del vacío; poco pude ver de todo esto, ya que la espuma del agua enrabietada que rugía en las invisibles honduras subía como el vapor, casi sin descanso, como el humo, y salía despedida en nubes siseantes de la boca del abismo, planeando sobre una inmensa roca plana, cubierta de algas, situada justo al lado. Sólo de ver esta placa de granito lisa y resbaladiza, tan cerca de la entreabierta hondura del agujero, bastó para que me diese vueltas la cabeza; el tronar del agua me desconcertaba y me ensordecía, y me alejé unos pasos mientras tuve esa posibilidad: avancé unos veinte metros hacia un lateral, hacia los bordes del promontorio que bajaba en pendiente hacia el mar. Allí de nuevo se alzaban las rocas en formas imprevisibles, formando cavernas y cornisas naturales. Hacia una de ellas encaminé mis pasos, pensando en cobijarme hasta que se hubiese aclarado el cielo.

Acababa de entrar en aquel resguardo, muy cerca del borde del abismo, cuando una mano cayó repentinamente y con firmeza sobre mi brazo. A pesar del restallido de las olas allá abajo, a pesar del graznido incesante de las aves marinas que me rodeaban, oí estas palabras muy cerca de mi oído:

—Tenga mucho cuidado con su vida, que no es suya y no puede desperdiciar así, puesto que a mí pertenece.

Me volví y encontré a Mannion a mi lado. No llevaba visera que disimulase la repugnante distorsión de su rostro. Me miraba con su único ojo, mientras señalaba de forma significativa las olas que espumeaban sesenta metros más abajo.

—¡Suicida! —dijo, muy despacio—. Ya lo sospechaba, y por eso le he seguido esta vez muy de cerca. Le he seguido para espantar la muerte que quisiera darse.

Según me apartaba del borde del precipicio, según me desembarazaba de su mano, me percaté del vacío que afloraba en el fulminante triunfo de su único ojo, y recordé cómo había sido advertido respecto a él ya en el hospital.

La neblina de nuevo espesaba, aunque fuese en nubes que de vez en cuando se abrían y que cambiaban a cada minuto por la influencia de la luz que alumbraba tras ellas. Ya me había percatado antes de estas bruscas transiciones, y ya sabía que eran los indicios que precedían a un aclaramiento del ambiente.

Cuando alcé la vista al cielo, Mannion retrocedió unos cuantos pasos y señaló en dirección a la aldea pesquera de la que me había marchado.

—Hasta en tan remoto lugar —dijo— y entre gentes tan ignorantes, la deformidad de mi rostro ha sido testigo en contra de usted, y así he vengado la muerte de Margaret, tal como le dije que haría. Ha sido usted expulsado, tachado de plaga y de maldición, de una comunidad de pobres pescadores. Así es como empieza usted a vivir una vida de total excomunión, que es como yo vivo la mía. ¡Ah, la superstición! ¡La bárbara, monstruosa superstición que encontré a mi total disposición es el azote gracias al cual le he obligado a salir de su escondrijo! ¡Míreme bien! He recuperado mis fuerzas; ya no estoy internado en un ala de hospital, y allá por donde vaya usted tengo yo las extremidades y la resistencia necesarias para acompañarle. Vuelvo a decirle que estamos unidos para siempre, y que no podría dejarle en paz por más que quisiera. ¡La terrible alegría de perseguirle y darle caza por el mundo entero me hace hervir la sangre! ¡Mire, fíjese bien en las olas revueltas! No hay descanso para ellas, así como tampoco habrá descanso para usted.

Verle tan cerca de mí en medio de aquel paraje desolado, oír su voz áspera cuando la alzó casi hasta regocijarse de mi desamparo; el incesante rumor del mar sobre las rocas, el rugido de las aguas aprisionadas en las honduras del abismo que ya quedaba a nuestras espaldas, la oscuridad de la niebla y las extrañas, desatinadas formas que comenzaba a adquirir a medida que rodaba por encima de nuestras cabezas... Todo cuanto vi, todo cuanto oí entonces pareció enloquecerme de repente, cuando Mannion pronunció esas últimas palabras. Se me encendió un fuego en el cerebro, se me convirtió en hielo el corazón. Se apoderó de mí una espantosa tentación de librarme para siempre del desdichado que tenía delante, lanzándole al precipicio que se abría a mis pies. Noté que extendía sin querer las manos hacia el abismo; si hubiese esperado otro momento más, lo habría arrojado a la destrucción, o bien me habría arrojado yo en el intento. Sin embargo, me di la vuelta a tiempo. Con temeridad, ajeno a todo el peligro que me circundaba, huí de él atravesando a grandes zancadas la peligrosa superficie del acantilado.

El sobresalto de un tropiezo entre las rocas, sin que hubiese avanzado más que unos metros, me devolvió en parte el dominio de mis instintos. A pesar de todo, no me atreví a volver la mirada para colegir si Mannion me seguía mientras el precipicio situado a sus espaldas aún estuviera a la vista.

Inicié la subida hacia los roquedos casi por el mismo punto por donde había descendido antes, a juzgar por la cercanía del rumor del agua en el abismo. A mitad del ascenso me detuve en un amplio saledizo, y descubrí que debía avanzar otro trecho bien hacia la izquierda, o bien hacia la derecha, antes de proseguir con más facilidad mi subida. En ese momento se henchía lentamente de luz la neblina. Miré primero a la izquierda, por ver de qué manera sería más indicado proseguir. Luego miré a la derecha, hacia los salientes más cortados de las rocas que me quedaban más cerca.

En ese mismo instante vi a Mannion por el rabillo del ojo: avanzaba como una sombra por debajo de mí, alejándose, según recortaba por el filo más distante de la resbaladiza placa de granito que formaba una repisa natural sobre la boca del abismo. La repentina brillantez del ambiente le demostró que en medio de la niebla se había arriesgado a transitar

excesivamente cerca de un punto peligroso. Se detuvo; alzó la vista y me descubrió mirándolo. Levantó el puño y lo blandió de forma amenazadora. Calculó mal la violencia de ese gesto, perdió del todo el equilibrio; trastabilló, intentó enderezarse, se dio media vuelta quizá sin querer y cayó de espaldas, encima del peldaño que formaba la repisa.

Las algas empapadas se le escaparon por entre los dedos cuando intentó aferrarse como un poseso a lo que fuera. Se debatió con gran frenesí, intentante sujetarse al lado más seguro del declive, pero resbaló más y más con cada empeño. Cerca ya de la boca del abismo dio un salto como si hubiera sido alcanzado por un disparo. En ese mismo instante brotó por encima de él un tremendo chorro de espuma. Oí un chillido tan agudo, tan horrible y tan distinto de cualquier grito humano, que pareció acallar incluso el tronar de las aguas. Se desvaneció la espuma. Vi por un instante dos manos lívidas y ensangrentadas, aferradas a las negras paredes del agujero, antes de que terminase de precipitarse. Acto seguido, las olas volvieron a rugir con toda fiereza en sus recónditas honduras; saltó una vez más una andanada de espuma, que al desvanecerse en el aire ya no me dejó ver nada más en la boca del precipicio: nada se movía ya sobre la repisa de granito, con la excepción de algunas hebras de algas que resbalaban despacio sobre la superficie.

El susto tuvo que haber paralizado en mí la capacidad de recordar lo que sucedió luego, ya que nada recuerdo después de haber visto la repisa desierta allá abajo, con la excepción de que me agaché sobre la cornisa en que me encontraba para no perder el equilibrio, que hubo un intervalo de total olvido, que fue como si despertara más tarde, por así decir, oyendo el tronar del agua encajonada en el abismo. Cuando me puse en pie y miré a mi alrededor, el cielo estaba maravillosamente claro por el lado del mar; la espuma de las olas destellaba gloriosamente bajo el sol, y todo lo que de la niebla quedaba era una gran masa de sombras púrpuras, prendida a lo lejos sobre el interior del roquedo.

Débil, lentamente desanduve el camino del promontorio. Era tan grande mi fragilidad que me temblaban las extremidades. Se adueñó de mí una extraña inseguridad, y no supe cómo llevar a cabo ni siquiera los actos más sencillos. A veces me detenía en donde estaba, titubeando a mi pesar ante los menores obstáculos que me salían al paso; otras veces me sentía confuso sin que hubiera causa que lo justificase, y no sabía por dónde estaba avanzando, aunque me imaginé que más o menos regresaba a la aldea de pescadores. Lo que había presenciado me afectó al parecer más física que mentalmente. A medida que me arrastraba con pasos cansinos por la costa, noté en todo momento un doloroso vacío en mis pensamientos, como si careciera de la facultad de comprender por el momento la terrorífica muerte de Mannion.

Para cuando llegué a la aldea estaba tan absolutamente agotado que la gente de la posada tuvo que ayudarme a subir. E incluso ahora, al cabo de unas horas de reposo, el mero esfuerzo de mojar la pluma en el tintero me cuesta un trabajo enorme y doloroso. Tengo el corazón extrañamente alterado; mis recuerdos de nuevo son confusos, no puedo seguir escribiendo.

23. — La pavorosa escena que ayer presencié aún ejerce una desastrosa influencia sobre mí. En vano me he esforzado por no pensar en la muerte de Mannion, concentrándome en la perspectiva de libertad que esa muerte ha abierto a mis ojos. Cuando duermo, cuando estoy en vela, es como si la fatalidad tuviera aprisionadas todas mis facultades dentro de las negras paredes del abismo. Ayer por la noche, en sueños, vi de nuevo las manos lívidas y ensangrentadas asomando por la repisa. Ahora que la mañana es bien clara, ahora que sopla una brisa bien fresca, no encuentro reposo en mis pensamientos, en los que nada parece cambiar. La intensa belleza de la luz diurna, que no empañan las nubes, parece no tener la menor influencia de felicidad que antaño ejercía sobre mí.

Librodot

25. — Durante todo el día de ayer ni siquiera tuve fuerzas para añadir un solo renglón a este diario. Es como si la fuerza necesaria para dominarme me hubiera abandonado para siempre. El más leve ruido que por accidente se produzca en la casa me provoca un temblor que no consigo controlar. No cabe duda de que si la muerte de un ser humano produjo alguna vez la liberación y la salvación de otro, la muerte de Mannion me las ha producido; sin embargo, el efecto que me ha dejado el horror de haberla presenciado no disminuye... Ni siquiera por la certeza de todo lo que he ganado al verme definitivamente libre del enemigo más mortífero y determinado que haya tenido nunca un hombre.

26. — Visiones —unas en sueños, otras en vela— durante la noche entera. Visiones de mi última noche a solas en la aldea de pescadores, de Mannion una vez más, las lívidas manos en un remolino, a oscuras, por encima de mi cabeza. Luego, atisbos de mi hogar, de Clara leyéndome unas páginas en mi estudio; un salto a la habitación en que falleció Margaret, su largo cabello negro desparramado sobre el rostro. El olvido y la nada por un tiempo quizá muy breve, y Mannion una vez más, caminando de un lado a otro junto a mi lecho; su muerte, como un sueño; su vigilancia a lo largo de la noche, sin quitarme ojo de encima, como una realidad a la que acabase de despertar; Clara caminando por el otro lado, Ralph entre los dos, señalándome con el dedo.

27. — Mucho me temo que mi mente haya quedado gravemente afectada. Debía de estar fatalmente debilitada antes de vivir las terribles escenas del roquedo. Debía de haber sufrido de los nervios mucho más de lo que suponía por entonces, por causa del constante suspenso en que he vivido desde que me fui de Londres, de la incesante tensión, de la agitación que me ha producido la redacción del relato de todo lo que me ha ocurrido. ¿Debería escribir a Ralph? No, todavía no. Podría parecer impaciencia, incapacidad de llevar mi ausencia con el debido sosiego y con resolución.

28. — La noche en vela, atormentado por mórbidas aprensiones: lo que de mí se haya dicho en la aldea de pescadores podría llegar hasta este lugar. Quizá se hagan indagaciones sobre el paradero de Mannion, quizá sospechen que yo he causado su muerte.

29. — La gente de la posada ha ido en busca de un médico que me atienda. Ha llegado hoy. Es la amabilidad en persona, pero sufrí un ataque de temblores en cuanto entró en la habitación. Me quedé cada vez más confuso al intentar explicarle qué me sucede. Al final, no supe articular una sola palabra con un poco de coherencia. Pareció muy serio mientras me examinaba y mientras interrogaba a la posadera. Me pareció que algo decía sobre la conveniencia de mandar recado a mis amistades, pero no puedo estar seguro.

31. — Cada vez más débil. Desesperado, hoy intenté escribir a Ralph, pero no supe qué forma dar a la carta. Las expresiones más sencillas se confundían irremediablemente; me vi obligado a renunciar. ¡Es sorprendente que aún pueda añadir a pluma alguna entrada en este diario! Cuando ya no pueda continuar esta ocupación a la que me he acostumbrado durante las últimas semanas, ¿qué será de mí? ¿No habré perdido entonces la única salvaguardia que me mantiene con un mínimo de cordura?

* * *

Librodot

¡Peor! ¡Peor aún! He olvidado a qué día estamos, y cuando me lo dicen no logro recordarlo ni por un instante; ni siquiera puedo recordar cuánto tiempo llevo confinado en cama. Es como si se me agotase el corazón. ¡Ay, si pudiera ver a Clara otra vez...!

* * *

El médico, con un desconocido, ha registrado mis papeles.

¡Dios mío! ¿Me estaré muriendo? ¿Me estaré muriendo precisamente ahora que existe una oportunidad de ser feliz en el futuro?

* * *

¡Clara! ¡Qué lejos de ella estoy, sin otra cosa que el marcapáginas que me hizo! Lo llevo colgado al cuello cuando...

No puedo moverme, no puedo pensar, no puedo respirar. ¡Ay, si al menos me llevasen de vuelta! ¡Si me viera mi padre tal como estoy ahora! Es de noche otra vez. Los sueños que vendrán... Los sueños que me llevan siempre a casa, unas veces a la casa aún desconocida en el cielo, otras a la casa familiar aquí en la tierra...

* * *

¡Clara! Moriré irremediablemente loco a menos que Clara... Que le den la noticia con dulzura, que podría morirse...

¡Su rostro calmo y luminoso! Y sus ojos vigilantes y llorosos, mirándome siempre con esa luz que alumbra con firmeza a pesar de las lágrimas temblorosas... Mientras dure esa luz, seguiré con vida. Cuando empiece a fallar...[2]

[2] Más allá de este punto hay algunos renglones más, pero son ilegibles.

CARTAS A MODO DE CONCLUSIÓN

CARTA I

DE WILLIAM PENHALE, MINERO, EN BARTALLOCK (CORNUALLES) A SU ESPOSA, EN LONDRES

Mi querida Mary,

Recibí tu carta ayer mismo y me alegré lo indecible al enterarme de que nuestra pequeña Susan ha encontrado una casa tan buena allí en Londres, y de que su nueva señora le agrada tanto... Da mis saludos más cordiales a tu hermana y a su marido, y di que no me duelen prendas por el dinero que se ha gastado en enviarte a ti con Susan para cuidar de ella. Era demasiado jovencita, pobre niña, para hacer el viaje ella sola. Como yo estaba obligado a permanecer en casa y a trabajar para mantener a los otros niños, para devolver además lo que pedimos prestado para el viaje, a la vista está que tú eras la persona más indicada, descontándome a mí, para acompañar a Susan, cuyo bienestar sabes que es para los dos algo más preciado que todo el dinero del mundo, estoy seguro. Además, cuando me casé contigo y te traje a Cornualles, siempre te prometí que haríamos algún día un viaje a Londres para ver a tus amigos, así que esa promesa queda cumplida. Por eso, una vez más te repito que no te apures por el dinero que se ha gastado, que pronto lo devolveré.

Tengo algunas extrañas noticias que darte, Mary. Ya sabes qué mal estaba lo del trabajo en la mina antes incluso de que te fueras; tan mal se había puesto la cosa que poco después de que te fueras me dije: «¿No debería intentar ver qué se puede hacer con la pesca en Treen?». Y allí me fui. Gracias a Dios, me ha ido bien en el intento. He podido arrimar el hombro en casi todo, y este año la pesca se ha dado muy bien. Por eso he conservado mi trabajo. Y ahora paso a darte las noticias.

La dueña de la posada de aquí, ya lo sabes, es más o menos pariente mía. Total, que tres tardes después de que te fueras me acerqué a la posada para saludarla, cuando iba de camino de la playa, y vi a un joven caballero, un perfecto desconocido, que se acercaba hacia nosotros. Parecía muy pálido, muy aturdido, pensé, cuando nos preguntó por un lugar donde alojarse, y de golpe y porrazo se desmayó; se sintió tan indispuesto que me vi obligado a echar una mano para llevarlo a la posada. A la mañana siguiente supe que su estado había empeorado; al día siguiente pasó otro tanto de lo mismo. A la dueña de la posada le entró bastante miedo, porque el enfermo estaba muy inquieto, y porque hablaba a solas de manera muy extraña, especialmente de noche. No quería decir qué le sucedía, ni tampoco quién era. Lo único que logramos averiguar fue que había estado alojado en un poblado de pescadores, algo más al oeste, y que al final de su estancia no lo habían tratado demasiado bien, ¡vergüenza debiera darles! Estoy seguro de que el pobre joven no pudo causarles ningún daño, sea quien fuera. Bueno, al final lo que pasó fue que yo mismo hube de ir en busca del doctor, y que cuando entramos los dos en su cuarto lo vimos todo pálido y tembloroso, mirándonos, pobre alma candida, como si nos hubiésemos propuesto asesinarlo. El doctor dio a su dolencia algunos complicados nombres que no sé ni siquiera cómo se escriben, aunque parece que se trata más de su mente que de su cuerpo, y que seguramente había pasado un gran susto, que le había dejado los nervios hechos trizas. La única manera de ayudarle a restablecerse, dijo el doctor, era conseguir que sus parientes se ocuparan de cuidarle y darle toda clase de

Librodot

atenciones, de mantenerlo en reposo, calma, entre gente que conociera bien. Los rostros de cualquier desconocido a su alrededor sólo servirían para que empeorase. El doctor le preguntó en dónde residían sus amistades, pero él no soltó prenda, no quiso decir nada. Últimamente ha empeorado tanto que ni siquiera consigue hablar a las claras con ninguno de nosotros.

Anoche nos dio a todos un buen susto. Cuando el doctor me oyó llegar y preguntar por él, me indicó que subiera a ayudarle a moverlo para que le hicieran la cama. Tan pronto lo levanté en vilo, y eso que estoy seguro de que lo toqué con toda delicadeza, perdió el conocimiento. Mientras recuperaba poco a poco el sentido, se le cayó al suelo un trocito de cartón bellamente bordado con hilo de seda y cuentas de colores, que llevaba al cuello como si fuera un escapulario. Lo recogí yo, Mary, pues recordé aquella época en que éramos novios, y recordé qué preciada era para mí cualquier cosilla que a ti perteneciese. Así pues, yo se lo cuidaría hasta que estuviera mejor, pensando que sería un recordatorio de su amada. Y así fue: cuando recobró el sentido, se llevó las manos blancas y delgadas al cuello y me miró con verdadera gratitud cuando até de nuevo el pedazo de cartón al cordel del que lo llevaba colgado. Nada más hacerlo, el doctor me indica que me acerque al otro extremo de la habitación.

—Esto no sirve de nada —me dice en un susurro—. Si sigue como hasta ahora, va a terminar por perder la razón, si es que antes no pierde la vida. Es preciso que registre sus papeles, por ver de averiguar qué amistades tiene. Y usted tiene que ser testigo.

Así, el doctor abre su bolso de viaje y saca primero un paquete cuadrado y sellado, y luego dos o tres cartas atadas con una cinta; el pobre no deja de mirarnos mientras tanto, como si ansiara impedirnos que las tocásemos. Total, que el doctor dijo que no había razón para abrir el paquete, ya que la dirección era la misma en todas las cartas, y el nombre corresponde a las iniciales que lleva bordadas en su ropa.

—Estoy prácticamente seguro de dónde vive, o de dónde vivía, así que a esa dirección pienso escribir —dice el doctor.

—¿Quiere que mi esposa lleve la carta en mano, señor? —le digo—. Está en Londres con Susan, nuestra hija. Si sus amigos no se hallasen en la dirección a la que usted va a escribir, tal vez ella sea capaz de localizarlos.

—¡Muy acertado, Penhale! —me dice—. Eso es lo que haremos. Escriba a su esposa y yo adjuntaré mi carta dentro de la suya.

He hecho de inmediato lo que me dijo y su carta va dentro de ésta, con la dirección de la casa a la que hay que llevarla.

Mi querida Mary, acude allí cuanto antes y mira a ver qué puedes averiguar. La dirección que figura en la carta del doctor puede ser la de su domicilio; si no lo fuera, tal vez allí haya quien sepa darte razón. Acude cuanto antes y haznos saber directamente qué suerte tienes, pues no hay tiempo que perder. Si vieras a este joven caballero, te compadecerías de él tanto como nosotros.

He tenido que escribir una carta tan larga que no me queda sitio para más. ¡Dios te bendiga, Mary, y bendiga a mi querida Susan! Dale un beso de parte de su padre.

Tu marido que te quiere,

William Penhale

Librodot

CARTA II

DE MARY PENHALE A SU ESPOSO

Queridísimo William,

Susan te envía cientos de besos, con todo su cariño para ti y para sus hermanos y hermanas. Le va estupendamente; su señora es amabilísima y le tiene un tremendo aprecio. También te envío saludos de mi hermana Martha y su marido. Ahora que termino de darte todos los mensajes pendientes, paso a darte buenas noticias para el pobre caballero que tan mal se encuentra, allá en Treen.

Tan pronto vi a Susan y pude leerle tu carta, fui al lugar al que estaba dirigida la carta del doctor. ¡Qué mansión tan grandiosa, William! Me dio verdadero miedo llamar a la puerta. Por eso, hice acopio de todo mi valor y toqué la campana. Casi antes de que terminase de repicar, un hombre muy grueso y muy grande, con la peluca toda empolvada, me abrió la puerta.

—Por favor, señor —le digo, a la vez que le enseño la dirección que constaba en la carta del doctor—. ¿Vive aquí algún amigo de este caballero?

—Desde luego que sí —me responde—. Aquí residen su padre y su hermana. De todos modos, ¿por qué lo pregunta?

—Quiero que lean esta carta —le explico—. Es para que sepan que el joven caballero se encuentra en mi pueblo y que está muy mal de salud.

—No le será posible ver a mi señor —me dice—, pues se ve obligado a guardar cama debido a una enfermedad. Por si fuera poco, Miss Clara también está muy delicada de salud, lo mejor será que deje la carta en mis manos.

En el momento en que dijo esto último, una señora de edad cruzó por el vestíbulo (después me enteré de que era el ama de llaves) y preguntó qué se me ofrecía. Cuando se lo dije, me pareció que se llevaba un buen sobresalto.

—Pase por aquí, señora —me dice—, que le hará a Miss Clara un bien mayor del que podrían hacerle todos los médicos juntos. No obstante, es preciso que le dé la noticia con muchísimo cuidado, antes incluso de que pueda ver la carta. Le ruego que pinte la noticia mejor incluso de lo que pueda ser, ya que la damisela se halla muy delicada de salud.

Subimos a la primera planta; ¡tenías que haber visto qué alfombras cubrían las escaleras! Casi me daba miedo pisarlas, después de haber caminado por las sucias calles. El ama de llaves abrió una puerta, dijo mirando al interior algo que yo no acerté a oír y me hizo pasar a la estancia en que se encontraba la damisela.

¡Oh, William! Tenía la cara más dulce, más afable que haya visto en mi vida. Pero estaba palidísima, y me miró con tal carga de tristeza en los ojos al indicarme que me sentara, que se me clavó en el corazón sobre todo al pensar en la noticia que venía a darle. Al principio, ni siquiera pude decir palabra; supongo que ella debió de darse cuenta de que estaba en un aprieto, pues me rogó que no le dijera lo que había ido a decirle, al menos hasta que me hubiera repuesto. Lo dijo con tal voz, con tal mirada, que, idiota de mí, me eché a llorar en vez de responder como debía. Pero eso me sentó bien, y así me fue posible hablarle de su hermano, aunque con tanta suavidad como me fue posible, antes de entregarle la carta del doctor. Ella no llegó a abrir la carta; se quedó en cambio de pie ante mí, como si se hubiera convertido en una estatua de piedra, sin poder llorar, ni hablar, ni moverse. Tanto me asustó

Librodot

verla en tan terrible estado que en el acto me olvidé de la grandiosa mansión, de la diferencia que existía entre nosotras, y la tomé en mis brazos, obligándola con suavidad a tomar asiento en el sofá, a mi lado, tal y como habría hecho si hubiese tenido que consolar a nuestra Susan de algún disgusto. ¡Bueno! En un rato logré que recobrase el sentido, dándole consuelo de todas las maneras que se me ocurrieron. Ella apoyó su pobre cabecita en mi hombro, y yo la acaricié y la besé (sin acordarme para nada de que ella era una dama de nacimiento, sin tener en cuenta que estaba besando a una desconocida), y por fin rebosaron las lágrimas, y le hicieron mucho bien. En cuanto fue capaz de hablar, dio gracias a Dios porque su hermano hubiera aparecido, y más porque hubiese caído en buenas manos. No tuvo valor para leer por sí misma la carta del doctor y me pidió que se la leyese yo. Aunque el doctor le daba una muy mala relación del estado en que se hallaba el joven caballero, también decía que con cuidados y con atenciones, y sobre todo llevándoselo de un lugar que le era desconocido, para acogerlo en su propia casa, entre sus amigos y familiares, aún podría restablecerse poco menos que por milagro. Cuando llegué a esta parte de la carta, la damisela se sobresaltó y me pidió que se la entregase. Acto seguido me preguntó cuándo tenía pensado volver a Cornualles, y le dije, que «tan pronto me sea posible» (y es que ya va siendo hora, William, de que vuelva yo a casa).

—¡Espere! ¡Le ruego que espere a que muestre la carta a mi padre! —me dice, de pronto. Y salió corriendo de la estancia, con la carta en la mano.

Al cabo de un rato volvió a la estancia, es un decir, toda arrebolada, y muy diferente de como estaba a mi llegada, para decirme que al ir a entregar esa carta había hecho yo tanto por devolver la felicidad a la familia que ella nunca podría agradecérmelo como debiera. La siguió un caballero, que era su hermano mayor según ella misma dijo; era el caballero más apuesto, más grato y más animado que haya visto yo en mi vida. Me dijo que era yo la primera persona que había hecho el bien a su familia llevándoles malas noticias. Después me preguntó si estaba dispuesta a viajar a la mañana siguiente a Cornualles y añadió que tanto la damisela como él me acompañarían, junto con un doctor amigo suyo. Yo ya había pensado en dar por terminada mi estancia con la pobrecita Susan y en despedirme de ella ese mismo día, así que le dije que sí. Después no me dejaron marchar hasta que hube tomado algo de comer y de beber; la deliciosa y afabilísima damisela me preguntó por Susan, quiso saber en dónde vivía y me preguntó además por ti y por los niños. ¡Pobrecita! Estaba tan aturdida, tan deseosa porque llegara el día siguiente, que el caballero hubo de hacer todo lo posible por tranquilizarla, por impedir que cayera en una especie de ataque de risas y de llanto, pues parece ser que últimamente ha tenido accesos de ese estilo. Por fin me permitieron marchar, así que fui a quedarme con Susan todo el tiempo que pude, hasta que llegara la hora de despedirnos. Y aguantó con valentía la despedida, ¡pobrecita mía! Dios la bendiga; estoy segura de que la tendrá muy presente, pues no hay en el mundo una sola madre que haya tenido una hija mejor. Querido marido, mucho me temo que esta carta esté muy mal escrita, pero es que se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en Susan y me encuentro además muy fatigada, muy aturdida después de todo lo que ha ocurrido. Mañana mismo, muy temprano, saldremos en un carruaje que ha de ser transportado en el tren en que viajemos. ¡Imagínate, llegar a casa en un espléndido carruaje, y con gente de nota! ¡Qué sorpresa se llevarán Willie, Nancy y los pequeños! Llegaré a Treen casi al mismo tiempo que esta carta, pero pensé de todos modos que debía escribirte, para que recibas las buenas noticias y para que no dejes de dárselas al joven caballero. Estoy segura de que así se pondrá mejor, sólo de oír que su hermano y su hermana van de camino para llevarlo a su casa.

Ya no puedo escribir nada más, querido William, de tan cansada que estoy, aunque sí quiero decirte que anhelo verte a ti y a los pequeños, y que soy

tu atenta esposa que te quiere,

Mary Penhale

Librodot

CARTA III

A MR. JOHN BERNARD,

DEL AUTOR DE LA AUTOBIOGRAFÍA PRECEDENTE [ESTA CARTA ES CASI NUEVE AÑOS POSTERIOR A LAS CARTAS QUE LA PRECEDEN.]

Mi querido amigo,

Descubro en su última carta que duda usted de que todavía recuerde las circunstancias en las que le hice una promesa hace ya más de ocho años. Debo decirle que se equivoca: mi memoria retiene perfectamente todas y cada una de aquellas circunstancias. Con objeto de satisfacerle, paso a rememorarlas a renglón seguido. Tendrá que reconocer, o eso espero, que no se me ha olvidado nada.

Después de partir de Cornualles (¡jamás podré olvidar el instante en que vi a Clara y a Ralph junto a mi lecho!), cuando la enfermedad nerviosa que había padecido durante tantísimo tiempo por fin cedió a la dedicación y al afecto de mi familia, debidamente respaldados por el incansable ejercicio que hizo usted de su destreza médica, una de mis primeras preocupaciones fue demostrar que era muy capaz de apreciar y agradecer debidamente lo mucho que se desveló usted por mi restablecimiento, y quise hacerlo depositando en usted la misma confianza que debo poner en mis más próximos y queridos familiares. Desde el momento en que nos conocimos en el hospital, se puso usted a mi servicio, pasando toda clase de penurias anímicas y corporales, con la delicadeza y la abnegación de un verdadero amigo. Sentí que era solamente su natural derecho conocer en aras de qué durísimas pruebas me vi reducido a la situación en que me encontró usted cuando acompañó a mi hermano y a mi hermana hasta Cornualles; lo sentí con toda claridad, y por eso puse en sus manos la narración que había escrito para relatar el error que cometí y las terribles consecuencias que entrañó. Relatarle de viva voz todo lo que me había ocurrido fue una tarea que entonces no estaba en mí llevar a cabo; ahora, al cabo de todos estos años, también sería más de lo que honestamente podría hacer.

Después de dar cumplida lectura a mi narración, me apremió usted, al devolvérmela, para que permitiese su publicación incluso estando yo vivo. Reconocí la justeza de las razones por las cuales decidió usted aconsejarme que lo hiciera, pero le dije al mismo tiempo no obstante que existía un obstáculo, que a la fuerza tenía yo que respetar, y que me impediría seguir su consejo. Mientras viviera mi padre, yo no podría soportar que se hiciera de dominio público un manuscrito en el que él quedaba representado (poco importa que fuera bajo una provocación desmedida) como un hombre muy capaz de desentenderse de su propio hijo de forma sumamente amarga y hostil. No podría soportar yo que fuesen dados al resto de los hombres, en forma de narración impresa que quizá podría llegar incluso a sus manos, los acontecimientos de los que, una vez ocurridos, nosotros mismos nunca volvimos a hablar después. Usted reconoció, bien lo recuerdo, la justicia de estas consideraciones; prometió incluso, en caso de que yo muriese antes que él, que se encargaría personalmente de impedir la publicación del manuscrito mientras viviera mi padre. Al contraer semejante compromiso, usted estipuló no obstante, con mi aquiescencia, que yo reconsiderase sus argumentos en el supuesto de que mi padre falleciera antes que yo. Así se lo prometí, y ésas fueron las circunstancias en que le hice mi promesa. Estará de acuerdo, espero, en que mi memoria es más exacta de lo que usted imaginaba.

Y ahora me escribe para recordarme mi parte de nuestro acuerdo, bien que absteniéndose, con su delicadeza de costumbre, de comentar el asunto hasta pasados más de seis meses desde la muerte de mi padre. Ha hecho usted bien. He tenido tiempo de asimilar

todo el consuelo que me ha aportado el recuerdo de que, durante todos estos años que han pasado, mi vida tuvo sentido al endulzar en parte la vida de mi padre, al comprender, además, que su muerte ha tenido lugar debido al curso ordinario de la naturaleza, y al colegir que, al menos que yo sepa, nunca le di motivo para arrepentirse de la plena y cariñosa reconciliación que se obró entre nosotros tan pronto pudimos hablar libremente el uno con el otro después de que volviera a casa.

No obstante, aún no he contestado a su pregunta: ¿estoy por fin ahora dispuesto a permitir que se publique mi narración, siempre y cuando todos los nombres y lugares en ella mencionados sean disimulados, de modo que nadie más que Ralph, Clara y usted mismo sepan de buena tinta que soy yo el autor de mi propia historia? Mi contestación es que sí lo estoy. Dentro de muy pocos días recibirá usted el manuscrito; le será llevado por un mensajero digno de toda confianza. Ni mi hermano ni mi hermana tienen nada que objetar a que se publique en los términos que le refería. No he glosado por lo menudo la volubilidad del carácter de Ralph; sin embargo, la amabilidad fraterna y la viril generosidad que se hallan bajo ella resultan tan visibles en mi narración, confío, como lo son en realidad. Y Clara... ¡mi querida Clara! Todo lo que de ella he dicho sólo ha de lamentarse por ser indigno del más noble asunto sobre el que mi pluma, o cualquier otra pluma, pueda haber escrito.

Sin embargo, sigue quedándonos todavía un escollo: ¿cómo habrán de concluir las páginas que estoy a punto de remitirle? En el sentido que tiene la palabra para todo el que gusta de leer novelas, mi historia carece de una auténtica conclusión. El reposo que nos ha sido dado a todos nosotros después de tanta tribulación —a mí, reposo en vida, aunque para otros tan a menudo sea reposo que sólo se halla en la sepultura— es el fin que ha de poner cierre a esta autobiografía, un fin en calma, natural, sin sobresaltos, aunque tal vez no del todo desprovisto de lecciones, de valores. ¿Le parece acertado que, en aras del efecto, me ponga a redactar una conclusión, y ponga un final ficticio a lo que ha comenzado y hasta la fecha ha discurrido por los caminos de la verdad? Si he de tener en cuenta el interés del arte, así como el interés de la realidad misma, sin duda que debo renunciar a tal añadido.

Todo lo que aún pueda quedar por relatarse después de la última entrada de mi diario quedará expresado de manera sumamente sencilla, que es por consiguiente la mejor, por medio de las cartas de William y de Mary Penhale, que a tal fin le adjunto con ésta. Cuando visité Cornualles para ver al buen minero y a su esposa, mientras les interrogaba acerca del pasado descubrí que los dos conservaban las cartas que acerca de mi situación de entonces se habían escrito uno al otro, estando yo enfermo en Treen. Les pedí permiso para hacer copias de estos dos documentos, ya que contenían materiales que tosca y defectuosamente podría haber aportado yo a partir de mis propios recursos, y que cubrían una laguna de mi relato. Me dieron su inmediato consentimiento, y me dijeron que los dos habían guardado siempre las cartas que se habían escrito después de contraer matrimonio, con tanto esmero como las habían conservado antes de casarse, en prueba de que aquel afecto del principio persistiría sin alteraciones hasta el final. Al mismo tiempo, me encarecieron con la más elemental sencillez que puliera yo sus giros y expresiones domésticos, y que les diera el rebozo más adecuado a su lectura, según ellos mismos dijeron. Podrá imaginar fácilmente que ni siquiera se me pasó por la cabeza llevar a cabo tal adulteración, y sin duda estará de acuerdo conmigo en que las dos cartas que le adjunto habrán de ser impresas tan literalmente como las copié yo de mi puño y letra.

Ahora que ya he resuelto la continuación de mi relato en el período en que regresé a casa, aún me quedan en el tintero un par de asuntos por tratar respecto al hecho de preparar la autobiografía antes de darla a la imprenta. Como no me hallo con fuerzas para cumplir ni siquiera ahora la resolución de repasar una vez más mi manuscrito, dejo en manos de quien corresponda las correcciones que sea preciso introducir, aunque con una única condición. Que ninguno de los pasajes en los que he relatado sucesos o he descrito a los personajes sea ni

Librodot

suavizado ni suprimido. Tengo plena constancia de que algunos lectores tienen la tendencia a denunciar que la verdad misma es improbable o inverosímil, a menos que su experiencia personal les haya permitido ser testigos de ella; precisamente sobre esta base mantengo firme mi determinación de no permitir ni un encogimiento que de antemano pueda darse ante cualquier incredulidad anticipada. Todo cuanto he escrito responde a la Verdad, y habrá de darse al mundo tal como se daría la Verdad, esto es, sin rebajarse a ningún compromiso. Que mi estilo sea corregido tanto como usted quiera; ahora bien, que los personajes y los acontecimientos que están tomados de la realidad sigan siendo tan reales como son.

Con respecto a las personas todavía vivas con las que me relaciona esta narración, poco puedo decir, y menos aún si su conocimiento ha de ser de la incumbencia del lector. El hombre al que en las páginas que anteceden he presentado con el nombre de Sherwin tengo entendido que sigue vivo y que aún reside en Francia, país al que emigró poco después de la fecha en que tuvieron lugar los últimos acontecimientos que se detallan en mi autobiografía. Su ayudante introdujo un nuevo proceder en su negocio, aunque fuese un proceder que, cuando se quedó solo y sin más recursos que los suyos, no supo llevar a cabo con mínimo provecho. Sus negocios se resintieron, se produjo una crisis comercial que fue de todo punto incapaz de resolver, y hubo de declararse en bancarrota, aunque antes se hubiese asegurado con toda deshonestidad un sustento de por vida, que sacó del hundimiento de sus propiedades. Accidentalmente oí hablar de él hace ya algunos años, y supe que mantenía entre los ingleses residentes en la ciudad en que habitaba la fachada de un hombre que inmerecidamente había sufrido graves infortunios de familia, y que llevaba su aflicción con ejemplar piedad y resignación.

A quienes tuvieron estrecha relación con él, personas que ya no viven, ni tengo por qué hacer referencia ni puedo hacerla. Esa parte del terrible pasado con la que están en estrecha relación es la parte que aún me produce escalofríos sólo de pensar en ella. Hay dos nombres que no han salido de mis labios desde hace años, dos nombres que nunca más volveré a pronunciar en esta vida. Los cubre la noche de la muerte, una noche de la que siempre habrá que alejar la mirada.

Alejar la mirada, sí, pero ¿hacia qué otro objeto? ¿El futuro tal vez? Por ese camino algo alcanzo a ver, aunque con muy poca claridad aún. Mis pensamientos están en cambio fijos en el presente, en esta dicha que no aspira a ningún cambio.

Durante estos últimos cinco meses he vivido aquí con Clara; aquí, en la finca que fue antes de su madre y que hoy es suya. Mucho antes de que falleciera mi padre a menudo charlábamos los dos, en la gran casa de campo, de los días que en un futuro tal vez no muy lejano podríamos pasar juntos en este paraje, tal como ahora los pasamos. Aunque puede ser que a menudo nos marchemos de aquí por temporadas, siempre tendremos Lanreath Cottage por hogar nuestro. Los años de retiro que pasé en la casa solariega, después de mi restablecimiento, no han despertado en mí el menor anhelo por regresar al ajetreo de la ciudad. Ralph, que es ahora el cabeza de familia, y que ahora vive sus deberes con un nuevo concepto de la posición que ocupa, emancipado ya de muchos de los hábitos que en tiempos le atraparon y le rebajaron, el bueno de Ralph me ha escrito, y me ha pedido que exprima al máximo los recursos que su posición le permite poner a mi discreción, si es que decido dedicarme a la vida pública. Sin embargo, no tengo yo ese propósito; sigo estando resuelto a vivir en la dulce medianía, en el retiro, en paz. He sufrido demasiado; he padecido heridas demasiado tristes para compararme con los héroes de la Ambición, para luchar por abrirme paso hacia lo más alto. La gloria y el esplendor que en otro tiempo aspiré a tener por míos, ahora me deslumhrarían, me destruirían. Sobresaltos tales como los que yo he tenido que resistir dejan tras su estela algo que cambia del todo el carácter y el propósito que uno pueda tener en la vida. El áspero y montañoso camino de la Acción ha dejado de ser para mí un camino; mi esperanza, en el futuro, se detiene en mi felicidad presente, en el umbrío valle del

Librodot

Reposo.

Y no es un reposo que no entrañe deberes, que de nada sirva; no es un reposo que el pensamiento no pueda ennoblecer, que el afecto no pueda santificar. Estar al servicio de la causa de los pobres y de los ignorantes, en la reducida esfera que ahora me rodea; alisar el camino hacia el placer y la abundancia, allí donde el dolor y la necesidad lo habían vuelto empinado e intransitable desde hacía ya demasiado tiempo; vivir de forma más y más digna a cada día que pasa con el amor fraterno de mi hermana, un amor que incansable, inmutable, me vigila en este retiro, en este hogar que tanto venero... Ésos son los propósitos, los únicos propósitos que aún puedo acariciar. Ojalá pueda vivir hasta cumplirlos. Así, la vida me habrá dado todo cuanto podría pedirle.

Ahora ya puedo cerrar mi carta. He puesto en su conocimiento todos los materiales que puedo proporcionarle en vistas a la conclusión de mi autobiografía; le he transmitido las únicas instrucciones que deseo dar de cara a su publicación. Que sea presentada al lector en la forma y en el momento que juzgue usted oportunos. Acerca de la recepción que pueda depararle el público no tengo ningún deseo de especular. A mí me basta con saber que, a pesar de todos sus defectos, ha sido escrita con sinceridad, con total obediencia a la verdad de los hechos. No sentiré falsa vergüenza si fracasa, ni falso orgullo si triunfa.

Si hubiera otra información que usted juzgara necesario poseer, y que a mí se me hubiera olvidado comunicarle, escríbame al respecto o, mejor aún, venga aquí en persona y pregúnteme de viva voz todo lo que quiera saber. Venga y juzgue la vida que llevo, pero hágalo viendo con sus propios ojos cómo es en realidad. Aunque no sea más que por unos pocos días, haga una pausa en su actividad, suspenda momentáneamente su dedicación a los demás, su empeño por lograr fama y honores, para hallar el tiempo de ocio que le permita visitar la humilde casa de campo en que vivimos. La invitación que le extiendo es tan mía como de Clara. Ella nunca olvidará (¡caso de que yo pudiera olvidar!) todo lo que le debo a su amistad; nunca se fatigará (¡caso de que yo pudiera cansarme!) de mostrarle que somos los dos muy capaces de merecerlo. Venga, pues, y venga a verla a ella como a mí; ¡véala una vez más, a mi hermana de antaño! Recuerdo bien lo que usted dijo de Clara la última vez que nos vimos y hablamos de ella; estoy convencido de que será usted feliz viéndola con su carácter de siempre, tanto como lo soy yo.

Hasta entonces, ¡adiós! No se apresure al juzgar los motivos que me impulsan a persistir en la vida de retiro que he llevado durante tantos años. No piense que la calamidad me ha enfriado el corazón, ni menos aún me ha debilitado el ánimo. Puede que los sufrimientos del pasado me hayan cambiado, pero no me han deteriorado, desde luego; si acaso, han fortificado mi espíritu con una fuerza duradera; me han hecho saber a las claras y con toda sencillez muchas cosas que antes sólo me habían sido vagamente reveladas; me han dado a comprender fines a los que puedo dedicar mi existencia, fines que cuentan con la sanción de voces que no son por cierto las voces de la fama; me han enseñado a entender esa bravísima ambición que tiene el vigor suficiente para imponerse incluso a la vida tranquila que llevo aquí. ¡Bernard! Todo lo bueno que en este mundo podamos hacer, con nuestros afectos, con nuestras facultades, se eleva al mundo eterno que está más allá, muy por encima de nosotros, como canto de alabanza que entona la Humanidad a Dios. Entre los miles, miles de tonos que en todo momento se suman para henchir la música de ese cántico, están los que suenan con más potencia y con más grandeza aquí, y están los tonos que transitan con más dulzura y con más pureza hacia el Trono Imperecedero, los que se mezclan en perfectísima armonía con el himno que canta el coro de los ángeles. Hágase esa pregunta en lo más profundo de su corazón y responda, entonces: ¿no es posible, acaso, que la vida más oscura, una vida incluso como la mía, se dignifique gracias a una aspiración duradera dedicada a un noble propósito?

He terminado. Esta apacible noche de verano se me ha echado encima mientras le escribía. La voz de Clara, que es ahora la voz alegre de la felicidad de antaño, me llama

desde nuestro asiento en el jardín, para que salga a contemplar a su lado cómo se pone el sol a lo lejos, sobre el mar. Una vez más, ¡adiós!